

BAIILANDO CON LOBOS

MICHAEL BLAKE



Lectulandia

El teniente Dunbar, héroe de la Guerra de Secesión norteamericana, se ve obligado por las circunstancias a permanecer solo en un fuerte fronterizo. Un contacto fortuito con un grupo de comanches, que ha instalado en las inmediaciones su campamento de verano, le permitirá conocer el modo de vida de los indios, en el que acabará integrándose convertido en el guerrero Bailnado con Lobos...

Lectulandia

Michael Blake

Bailando con lobos

ePUB v1.0

Perseo 01.01.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Dances with Wolves*

Michael Blake, 1988

Traducción: José Manuel Pomares

Diseño/retoque portada: Perseo, basada en la original

Editor original: Perseo (v1.0)

ePub base v2.0

Al final, la inspiración lo es todo.

Esto es para Exene Cervenka.

Capítulo

1

El teniente Dunbar no se sentía realmente ahogado, pero ésa fue la primera palabra que acudió a su mente.

Allí, todo era inmenso.

El enorme cielo sin nubes. El océano de hierba ondulante. Mirara a donde mirase, no había nada más. Ningún camino. Ningún rastro de rodadas que pudiera seguir el gran carromato. Sólo espacio puro y vacío.

Se hallaba abandonado a su suerte. Eso hacía que el corazón le latiera con fuerza, de un modo extraño y profundo.

Mientras permanecía sentado en el pescante plano, dejando que su cuerpo se bamboleara al compás de la pradera, los pensamientos del teniente Dunbar se centraron en los latidos de su corazón. Se sentía estremecido y, sin embargo, la sangre no le corría desbocada en las venas, sino que fluía serenamente. La confusión que eso le producía mantenía su mente ocupada de una forma encantadora. Las palabras giraban constantemente en su cabeza, al tiempo que intentaba conjurar palabras o frases capaces de describir lo que sentía. Y era difícil acertar.

Al tercer día, la voz que resonaba en su cabeza pronunció las palabras: «Esto es religioso», y ese concepto pareció el más correcto. Pero el teniente Dunbar nunca había sido un hombre religioso, de modo que, aun cuando la frase le pareció correcta, no supo muy bien qué hacer con ella.

Si no se hubiera sentido tan excitado, probablemente habría encontrado una explicación, pero en la ensoñación en que se encontraba, se lanzó sobre la frase.

El teniente Dunbar se había enamorado. Se había enamorado de este país salvaje y hermoso y de todo lo que contenía. Se trataba de la clase de amor que las personas sueñan con sentir por otras: desinteresado y libre de toda duda, reverente y eterno. Su espíritu acababa de elevarse y el corazón le saltaba en el pecho. Quizá fuera ésa la razón por la que el anguloso y elegante teniente de caballería había pensado en la religión.

Por el rabillo del ojo, vio a Timmons echar la cabeza a un lado y escupir por enésima vez hacia la hierba, que alcanzaba la altura de la cintura de un hombre. El escupitajo surgió en forma de una corriente desigual, como sucedía con tanta

frecuencia, que luego obligaba al conductor de la carreta a limpiarse la boca. Dunbar no decía nada, pero los incesantes escupitajos de Timmons le hacían encogerse interiormente.

Se trataba de un acto inofensivo, pero de todos modos le irritaba, como si tuviera que ver a alguien meterse el dedo en la nariz.

Habían estado sentados el uno junto al otro durante toda la mañana. Pero sólo porque el viento soplaba en la dirección correcta. Aunque sólo le separaban un par de pasos, la brisa soplaba hacia donde debía, y el teniente Dunbar no podía oler a Timmons. En sus poco menos de treinta años había olido mucho a la muerte, y no había nada peor que eso. Pero la muerte siempre era alejada, o enterrada, o soslayada, mientras que con Timmons no podía hacer ninguna de esas cosas. Cuando la corriente de aire cambiaba de dirección, el olor hediondo de Timmons envolvía al teniente Dunbar como una nube apestosa e invisible.

Así que cuando la brisa no soplaba correctamente, el teniente se levantaba del asiento y prefería subirse a la montaña de provisiones apiladas en el piso del carro. A veces, permanecía allí durante horas. Otras veces, saltaba sobre la alta hierba, desataba a «Cisco» y exploraba el terreno, adelantándose uno o dos kilómetros. Ahora, se volvió a mirar a «Cisco», que avanzaba con lentitud tras el carro, con el hocico enterrado en el saco de forraje y la piel brillándole bajo el sol. Dunbar sonrió mientras contemplaba a su caballo y, por un momento, deseó que los caballos pudieran vivir tanto tiempo como los hombres. Con un poco de suerte, «Cisco» estaría con él durante diez o doce años más. Luego le seguirían otros caballos, pero este animal era de los que sólo se presentan una vez en la vida. Una vez que hubiera desaparecido, no habría forma de sustituirlo.

Mientras el teniente Dunbar lo observaba, el animal levantó los ojos de color ámbar sobre el borde del saco de forraje, como si quisiera comprobar dónde estaba el teniente. Luego, satisfecho con lo que había visto, continuó mordisqueando su grano.

Dunbar se acomodó en el asiento y deslizó una mano en el interior de la guerrera, sacando un papel doblado. Se sentía preocupado por esta hoja de papel del ejército, porque en ella estaban escritas sus órdenes. Sus ojos oscuros y sin pupilas habían recorrido el contenido del documento en media docena de ocasiones desde que abandonara Fort Hays, pero eso no había logrado que se sintiera mejor.

Su nombre estaba escrito de forma equivocada en dos ocasiones. El mayor de aliento alcohólico que lo había firmado había pasado descuidadamente una manga sobre la tinta, antes de que ésta se secase, y la firma oficial aparecía emborronada. La orden no tenía fecha, de modo que el teniente Dunbar la escribió una vez que emprendieron el camino. Pero lo hizo con un lápiz, que contrastaba con los garabatos de la pluma del mayor y con las letras de imprenta del formulario.

El teniente Dunbar suspiró ahora, a la vista del documento oficial. Aquello no

parecía ninguna orden del ejército. Más bien parecía basura.

Ahora, mientras la miraba, pensó en cómo se había producido, y eso aún le hizo sentirse más preocupado. Todo había ocurrido durante aquella extraña entrevista con el mayor de aliento alcohólico.

En su avidez para que se le asignara una misión, en cuanto descendió del tren, en el apeadero, se dirigió directamente al cuartel general. El mayor fue la primera y única persona con la que habló entre el momento de su llegada y el de su partida, aquella misma tarde, cuando subió al pescante del carro para sentarse junto al maloliente Timmons.

Los ojos inyectados en sangre del mayor le habían sostenido la mirada durante largo rato. Cuando finalmente habló, su voz sonó francamente sarcástica.

—Conque un luchador contra los indios, ¿eh?

El teniente Dunbar nunca había visto a un indio, y mucho menos había luchado con ninguno.

—Bueno, no en este momento, señor. Pero supongo que podría suceder y en ese caso puedo luchar.

—Conque un luchador, ¿eh?

El teniente Dunbar prefirió no decir nada. Se quedaron mirando en silencio durante lo que pareció un largo rato antes de que el mayor se pusiera a escribir. Lo hizo furiosamente, ignorando el sudor que le resbalaba por las sienes. Dunbar observó otras gotas aceitosas que empezaban a formarse en la parte superior de su cabeza casi calva. Los jirones grasientos del escaso cabello que le quedaba al mayor aparecían pegados sobre la calva. Era un estilo que al teniente Dunbar le hizo pensar en algo insalubre.

El mayor sólo interrumpió una vez su escritura. Tosió, arrancó una flema y escupió hacia la escupidera de feo aspecto situada en el suelo, junto a un costado de la mesa. En ese momento, el teniente Dunbar deseó que la entrevista ya hubiera terminado. Todo lo que rodeaba a este hombre le producía una sensación de náusea.

El teniente Dunbar se habría preocupado aún más de haber sabido que, durante algún tiempo, la cordura de este mayor había estado pendiente de un delgado hilo, y que ese hilo había terminado por romperse apenas diez minutos antes de que el teniente Dunbar entrara en el despacho. El mayor había permanecido tranquilamente sentado ante su mesa, con las manos entrelazadas delante de él, y en esos breves instantes se había olvidado de toda su vida. Había sido una vida impotente, alimentada por las miserables limosnas que reciben aquellos que sirven obedientemente, pero que no dejan huella. Pero de pronto, como por arte de magia, se desvanecieron todos los años de indiferencia, de soledad, de lucha con la botella. La amarga rutina de la existencia del mayor Fambrough había sido sustituida por un acontecimiento inminente y maravilloso. Sería coronado rey de Fort Hays en algún

momento antes de la cena.

El mayor terminó de escribir y le tendió la hoja de papel.

—Le destino a Fort Sedgewick; se presentará directamente al capitán Cargill.

El teniente Dunbar miró el documento garabateado.

—Sí, señor. ¿Cómo llegaré allí, señor?

—¿Acaso cree usted que no lo sé? —replicó el mayor mirándolo con intensidad.

—No, señor, en modo alguno. Lo que sucede es que soy yo el que no lo sabe.

El mayor se reclinó en el asiento, descendió las dos manos sobre las perneras del pantalón y sonrió con presunción.

—Me siento generoso y le voy a hacer un favor. Dentro de poco saldrá un carro lleno de vituallas. Encuentre a un campesino que se hace llamar Timmons y vaya con él. —Se detuvo y señaló la hoja de papel que el teniente Dunbar sostenía en la mano—. Mi sello le garantiza un salvoconducto para atravesar doscientos kilómetros de territorio pagano.

Desde el principio de su carrera, el teniente Dunbar había aprendido a no cuestionar las excentricidades de sus oficiales superiores. Así que saludó con viveza y dijo:

—Sí, señor.

Luego, giró sobre sus talones. Localizó a Timmons y después regresó apresuradamente al tren para recoger a «Cisco». Media hora más tarde salía de Fort Hays.

Ahora, mientras contemplaba las órdenes, después de haber recorrido ciento cincuenta kilómetros, se dijo que todo terminaría por salir bien.

Notó que el carro ralentizaba su marcha. Timmons estaba observando algo que fue apareciendo entre la hierba a medida que se acercaban, hasta que se detuvieron.

—Mire ahí.

A menos de veinte pasos de distancia del carro había una mancha de blanco tendida sobre la hierba. Los dos hombres saltaron al suelo para investigar.

Era un esqueleto humano, con los huesos totalmente blancos y la calavera mirando al cielo.

El teniente Dunbar se arrodilló junto a los huesos. La hierba crecía a través del costillar. Y un montón de flechas surgía como si estuvieran clavadas en un cojín. Dunbar extrajo una de la tierra y la hizo girar entre sus manos. Mientras pasaba uno de los dedos por la flecha, Timmons dijo por encima de su hombro:

—Allá en el este habrá alguien preguntándose por qué no escribe.

Aquella noche llovió a cántaros. Pero lo hizo por oleadas, como suele suceder con las tormentas de verano, que de algún modo no parecen tan húmedas como en otras épocas del año, y los dos viajeros durmieron acurrucados bajo el carro cubierto por la lona.

El cuarto día transcurrió de una forma muy parecida a todos los anteriores, sin que sucediera nada. Y el quinto y el sexto. El teniente Dunbar se sintió desilusionado ante la ausencia de búfalos. No había visto un solo animal. Timmons dijo que, a veces, las grandes manadas desaparecían de pronto. También le dijo que no se preocupara por ello porque, cuando aparecieran, lo harían en tal número que tendría la impresión de estar viendo una nube de langostas.

Tampoco vieron a ningún indio y Timmons no encontró ninguna explicación para eso. Dijo que no tardarían en ver a alguno y que, de todos modos, era mucho mejor no verse acosados por los ladrones.

Al séptimo día, Dunbar apenas si escuchaba ya lo que le decía Timmons.

Mientras recorrían los últimos kilómetros, no hacía más que pensar en llegar a su destino.

El capitán Cargill se metió los dedos dentro de la boca, tanteando, con la mirada fija y la atención concentrada. Tuvo un destello de comprensión, seguido inmediatamente por un fruncimiento del ceño.

«Se me ha vuelto a aflojar otro —pensó—. Maldita sea».

Con una expresión de desconsuelo, el capitán miró primero hacia una pared y luego hacia otra de su húmedo y malsano acuartelamiento. Allí no había absolutamente nada que ver. Era como una celda.

«El acuartelamiento —pensó con sarcasmo—. El maldito acuartelamiento». Ya hacía más de un mes que todo el mundo utilizaba esa misma expresión, incluso el propio capitán, que la empleaba desvergonzadamente, delante de sus hombres. Y ellos lo hacían delante de él. Pero no se trataba de una cuestión interna, de una broma ligera entre camaradas. No, se trataba de una verdadera maldición.

Y era una mala época.

El capitán Cargill se apartó la mano de la boca. Permaneció sentado, a solas, en la penumbra de su maldito acuartelamiento y escuchó. En el exterior, todo estaba en silencio, un silencio que a Cargill hacía que se le encogiera el corazón. En circunstancias normales desde el exterior llegarían los sonidos de sus hombres cumpliendo con sus deberes habituales. Pero ya hacía muchos días que no había deberes que cumplir. Hasta las tareas más sencillas se habían ido dejando de cumplir. Y el capitán no podía hacer nada al respecto. Eso era lo que más le dolía. Mientras escuchaba el terrible silencio del lugar, sabía que ya no podría esperar durante mucho más tiempo. Hoy mismo tendría que emprender la acción que tanto había estado temiendo. Aunque eso representara una desgracia. O la ruina de su carrera. O algo aún peor.

Apartó de su mente aquel «algo aún peor» y se levantó pesadamente. Al avanzar hacia la puerta, manoseó un instante uno de los botones sueltos de su guerrera. El

botón se desprendió del hilo y cayó, rebotando sobre el suelo. No se molestó en recogerlo. No tenía nada con que volverlo a coser.

Al salir a la brillante luz del sol, el capitán Cargill se permitió imaginar por última vez que allí, en el patio, pudiera haber un carro recién llegado de Fort Hays.

Pero no había ningún carro. Sólo este lugar tenebroso, esta úlcera en la tierra que no se merecía ni nombre.

Fort Sedgewick.

De pie ante el umbral de su sombría celda, el capitán Cargill contempló lo que le rodeaba. No llevaba sombrero, ni se había lavado y se dedicó a hacer inventario por última vez.

No había caballos en el escuálido corral que hacía no mucho tiempo había albergado a cincuenta. En el transcurso de dos meses y medio, los caballos habían sido robados, sustituidos y vueltos a robar. Los comanches se los habían llevado todos.

Su mirada se desplazó hacia el barracón de aprovisionamiento, al otro lado del patio. Aparte de su maldito acuartelamiento, era la única otra estructura que aún se mantenía en pie en Fort Sedgewick. Todo había sido un condenado trabajo desde el principio. Nadie sabía cómo construir con hierba seca, y dos semanas después de haberlo terminado, una buena parte del techo se desmoronó. Una de las paredes estaba tan combada que casi parecía imposible que aún se mantuviera en pie. Seguro que no tardaría en desmoronarse.

«No importa», pensó el capitán Cargill reprimiendo un bostezo.

El barracón de aprovisionamiento estaba vacío. Y llevaba así la mayor parte del mes. Habían estado manteniéndose de los pocos restos que quedaban y de lo que eran capaces de cazar en la pradera: conejos y perdices. Había llegado a desear tanto el regreso de los búfalos. Incluso ahora se le hizo la boca agua sólo de pensar en un filete de búfalo. Cargill apretó los labios y reprimió una repentina tensión en los ojos.

No había nada que comer.

Caminó los cincuenta metros de terreno pelado, hasta el borde del risco donde se había construido Ford Sedgewick, y contempló fijamente la tranquila corriente que serpenteaba sin ruido allá abajo, a cien pasos de distancia. Una capa de basura heterogénea cubría sus orillas, y aunque el viento no soplara en aquella dirección, un rancio olor a desperdicios humanos llegó hasta las narices del capitán. Restos y desperdicios que seguían pudriéndose allá abajo.

La mirada del capitán se deslizó por la suave pendiente de la escarpadura en el momento en que dos de los hombres aparecieron en los aproximadamente veinte agujeros para dormir excavados en la pared, como si fueran picadas de viruela. La pareja de hombres mugrientos se quedó de pie, parpadeando bajo el resplandor del sol. Miraron con gesto hosco hacia donde estaba el capitán, pero no hicieron el menor

gesto de saludo. Tampoco lo hizo Cargill. Los soldados volvieron a meterse en sus agujeros, como si el hecho de ver a su comandante les hubiera obligado a ello, dejando al capitán nuevamente a solas en lo más alto del risco. Pensó en la pequeña delegación que sus hombres le habían enviado al cobertizo hacía ocho días. Su petición había sido razonable. De hecho, había sido necesaria. Pero el capitán había decidido en contra de lo evidente. Él aún seguía confiando en la llegada de un carro. Tenía la sensación de que su deber consistía en confiar en la llegada de un carro.

Durante los ocho días transcurridos desde entonces, nadie había hablado con él, ni siquiera una sola palabra. A excepción de las salidas de la tarde para ir de caza, los hombres habían permanecido metidos en sus agujeros, sin comunicarse, dejándose ver muy raras veces.

El capitán Cargill inició el regreso hacia su maldito acuartelamiento, pero se detuvo a mitad de camino. Se quedó de pie en medio del patio, mirándose las punteras de las botas peladas. Tras unos momentos de reflexión, murmuró: «Ahora», y se dio media vuelta para volver por donde había venido. Había algo más de nervio cuando llegó al borde del risco.

Tuvo que llamar tres veces al cabo Guest antes de que percibiera un movimiento delante de uno de los agujeros. Por allí apareció un conjunto de hombros huesudos envueltos en una guerrera sin mangas, y luego un rostro horrible miró hacia la loma. El soldado se vio repentinamente paralizado por un ataque de tos, y Cargill esperó a que desapareciera antes de hablar.

—Reúna a los hombres delante de mi maldito acuartelamiento dentro de cinco minutos. Todo el mundo, incluso los no aptos para el servicio.

El soldado se llevó lentamente las puntas de los dedos al costado de la cabeza y luego desapareció, regresando a su agujero.

Veinte minutos más tarde los hombres de Fort Sedgewick se habían reunido sobre el espacio plano y abierto situado delante del horrible barracón de Cargill. En lugar de soldados, parecían más bien un grupo de prisioneros torturados.

Había dieciocho. Sólo quedaban dieciocho del grupo original de cincuenta y ocho hombres. Treinta y tres de ellos habían bajado la pendiente, arrostrando los peligros que pudieran esperarles en la pradera. Cargill había enviado una patrulla montada de siete hombres en persecución del grupo más numeroso de desertores. Quizá habían muerto, o quizá habían terminado por desertar ellos también. Lo cierto es que nunca regresaron.

Ahora sólo quedaban dieciocho hombres en estado lamentable.

El capitán Cargill se aclaró la garganta.

—Me siento orgulloso de todos ustedes por haberse quedado —empezó a decir. El pequeño grupo de zombis continuó en silencio—. Recojan sus armas y todo aquello que quieran llevarse de aquí. En cuanto estén preparados iniciaremos la

marcha de regreso a Fort Hays.

Los dieciocho hombres empezaron a moverse antes incluso de que hubiera terminado de hablar, dirigiéndose como borrachos hacia los agujeros donde dormían, en la pendiente de la escarpadura, como si temieran que el capitán pudiera cambiar de idea si no se daban prisa.

Todo estuvo preparado en menos de quince minutos. El capitán Cargill y su fantasmagórico grupo de hombres bajaron la pendiente con rapidez, tambaleantes, hasta llegar a la pradera, e iniciaron el camino hacia el este para recorrer los doscientos kilómetros que los separaban de Fort Hays.

Una vez que se hubieron marchado, la quietud que cayó sobre el fracasado monumento armado en que se había convertido Fort Sedgewick fue de lo más completa. Cinco minutos más tarde, un lobo solitario apareció en la orilla de la corriente y se detuvo para husmear la brisa que soplaba hacia él. Se alejó, como si hubiera decidido abandonar, él también, aquel lugar muerto.

Y así fue como se completó el abandono del puesto más avanzado del ejército, la punta de lanza de un gran plan para impulsar la civilización hacia el corazón más profundo de la frontera. El ejército lo consideraría como un simple revés, como un retraso en la expansión que probablemente tendría que esperar a que la guerra civil hubiera seguido su curso, hasta que se pudieran reunir los recursos adecuados para avituallar toda una cadena de fuertes. Regresarían, desde luego, pero, por el momento, la historia de Fort Sedgewick se había detenido de una forma más bien desalentadora. De ese modo, estuvo preparado para empezar el capítulo perdido en la historia de Fort Sedgewick, y el único que quizá pudiera pretender alcanzar la gloria.

El nuevo día se inició casi con avidez para el teniente Dunbar. Ya estaba pensando en Fort Sedgewick en cuanto parpadeó, despertándose, mirando con los ojos semicerrados las grietas en la madera del piso del carro, a medio metro por encima de su cabeza. Se preguntó cómo estaría el capitán Cargill y los hombres que había en aquel lugar, y cómo sería su primera patrulla, y un montón de cosas más que cruzaron excitadamente por su mente.

Hoy debía llegar finalmente al puesto al que había sido destinado, cumpliendo de ese modo su largo sueño de servir en la frontera.

Apartó a un lado la manta y rodó sobre sí mismo, saliendo de debajo del carro. Temblando a la luz del amanecer, se puso las botas y dio unas fuertes pisadas, con impaciencia.

—Timmons —susurró, inclinándose debajo del carro.

El maloliente conductor dormía profundamente. El teniente lo empujó ligeramente con la punta de una bota.

—Timmons.

—¿Sí, qué? —balbuceó el hombre, medio incorporándose, alarmado.

—Pongámonos en marcha.

La columna del capitán Cargill había avanzado algo. Unos quince kilómetros a primeras horas de la tarde.

Sus ánimos también se habían levantado un tanto. Los hombres cantaban canciones orgullosas, surgidas de corazones alegres, mientras continuaban su esforzado avance a través de la pradera. Esos sonidos animaban tanto el ánimo del capitán Cargill como los de cualquier otro hombre. Y las canciones le infundían una gran resolución. El ejército podía colocarle delante de un pelotón de fusilamiento si así lo quería, y él habría seguido fumándose su último cigarrillo con una sonrisa. Había tomado la decisión correcta. Nadie podría convencerle de lo contrario.

Y mientras avanzaba a través de la hierba sintió recuperar una satisfacción perdida desde hacía tiempo. Era la satisfacción del mando. Volvía a pensar como un comandante. Deseaba una verdadera marcha, al mando de una columna de tropas a caballo.

«En estos momentos habría enviado exploradores por los flancos —musitó para sí mismo—. Los haría avanzar a un buen kilómetro de distancia hacia el norte y el sur».

Miró hacia el sur en el momento en que la idea de los exploradores de flanqueo cruzó por su mente.

Luego, apartó la mirada, sin llegar a saber que si en aquel preciso momento hubiera tenido un explorador de flanqueo un kilómetro hacia el sur, habrían podido encontrar algo.

Habrían descubierto a dos viajeros que se habían detenido en su camino para echar un vistazo a los restos quemados de una carreta que aparecía tumbada en una suave hondonada. Uno de ellos despedía un olor nauseabundo a su alrededor, mientras que el otro, un hombre joven y gravemente elegante, iba vestido de uniforme.

Pero como no había exploradores en los flancos, nada de eso se descubrió.

La columna del capitán Cargill continuó resueltamente su marcha, cantando mientras avanzaba hacia el este, en dirección a Fort Hays.

En cuanto al joven teniente y su compañero, después de haber hecho una breve pausa, regresaron a su carro y continuaron su camino en dirección a Fort Sedgewick.

Capítulo

2

Durante el segundo día de su viaje, los hombres del capitán Cargill mataron a un grueso búfalo de un pequeño rebaño de una docena de animales, e interrumpieron su marcha durante unas pocas horas para darse un banquete con la deliciosa carne, al estilo indio. Los hombres insistieron en asar un buen filete para su capitán, y los ojos del comandante se hincharon de alegría mientras hundía los dientes que le quedaban en la carne y dejaba que se deshiciera en su boca.

La buena suerte de la columna se mantuvo y hacia el mediodía del cuarto día se tropezaron con un gran grupo de vigilancia del ejército. El mayor al mando observó toda la veracidad del martirio por el que habían pasado los hombres de Cargill, el estado en que éstos se encontraban, y la simpatía que sintió hacia ellos fue instantánea.

Gracias al préstamo de media docena de caballos y de una carreta para los enfermos, la columna del capitán Cargill hizo muy buenos progresos, y llegó a Fort Hays cuatro días más tarde.

A veces sucede que aquellas cosas que más tememos son las que menos daño nos causan, y eso fue lo que sucedió con el capitán Cargill. No fue arrestado por haber abandonado Fort Sedgewick; nada de eso. Sus hombres, que apenas unos días antes habían estado peligrosamente cerca de insubordinarse contra él, contaron la historia de las privaciones pasadas en Fort Sedgewick, y ni uno solo de ellos dejó de señalar al capitán Cargill como un verdadero líder, en quien todos habían depositado la más completa confianza. Todos, como un solo hombre, testificaron que, sin el capitán Cargill no habrían conseguido sobrevivir.

El ejército de la frontera, cuyos recursos y moral estaban tan desgastados que se hallaban a punto de romperse, escuchó con alegría todo este testimonio. Inmediatamente, se tomaron dos medidas. El comandante del puesto comunicó toda la historia del abandono de Fort Sedgewick al general Tide, en el cuartel general regional de St. Louis, terminando su informe con la recomendación de que Fort Sedgewick fuera abandonado de forma permanente, al menos hasta que se indicara lo contrario. El general Tide admitió de buena gana esta sugerencia y pocos días después Fort Sedgewick dejó de estar relacionado con el gobierno de Estados Unidos,

convirtiéndose en un lugar sin nombre.

La segunda medida afectó al capitán Cargill. Fue elevado al más completo estatus de héroe, recibiendo, en rápida sucesión, la Medalla al Valor y su ascenso a mayor. En la cantina de oficiales se organizó una «cena de la victoria» en su nombre. Y fue durante esta cena, entre las copas tomadas al final, cuando Cargill se enteró por un amigo de la pequeña y curiosa historia que más había dado que hablar entre todos los presentes en el fuerte antes de su triunfante llegada.

El viejo mayor Fambrough, un administrador de nivel medio con un deslucido expediente, se había vuelto completamente loco. Una tarde, en medio de la parada de la tropa, había empezado a balbucear de forma incoherente acerca de su reino, pidiendo una y otra vez su corona. Pocos días antes, el pobre hombre había sido enviado hacia el este.

Mientras el capitán escuchaba los detalles de este extraño acontecimiento, él, desde luego, tampoco tenía ni la menor idea de que la triste partida del mayor Fambrough se había llevado consigo todo rastro del teniente Dunbar. Oficialmente, el joven oficial sólo existía en los vacíos recovecos del agrietado cerebro del mayor Fambrough.

Cargill también se enteró de que, irónicamente, el mismo infortunado mayor había despachado por fin un carro lleno de provisiones con destino a Fort Sedgewick. Probablemente, se habrían cruzado con él en el camino de regreso. El capitán Cargill y su amigo lanzaron una buena risotada al imaginarse la llegada del conductor a aquel lugar horrible para preguntarse qué demonios habría sucedido. Llegaron incluso a especular, sin la menor sombra de humor, sobre qué habría hecho el conductor en cuestión, y llegaron a la conclusión de que, de haber sido listo, habría continuado hacia el oeste, para vender las provisiones en los distintos puestos comerciales situados a lo largo del camino. A altas horas de la noche, Cargill regresó a su alojamiento, medio borracho, y su cabeza descansó sobre la almohada con el maravilloso pensamiento de que, ahora, Fort Sedgewick no era más que un recuerdo.

Así pues, resultó que sólo quedó en la tierra una única persona con una idea acerca del paradero, e incluso la existencia del teniente Dunbar.

Y esa persona era un civil, conductor de carretas, que bien poco importaba a nadie.

Timmons.

Capítulo

3

El único signo de vida era el trozo de lona desgarrada que ondeaba suavemente ante la puerta del barracón de avituallamiento, medio desmoronado. Se había levantado la brisa de últimas horas de la tarde, pero lo único que se movía eran los restos de la lona.

De no haber sido por las letras toscamente talladas sobre una de las vigas de la última residencia del capitán Cargill, el teniente Dunbar no habría podido creer que éste pudiera haber sido el lugar. Pero allí lo decía claramente: «Fort Sedgewick».

Los hombres se quedaron sentados en silencio sobre el pescante del carro, mirando a su alrededor, contemplando las escasas ruinas que habían resultado ser su destino final.

Finalmente, el teniente Dunbar descendió y cruzó precavidamente el umbral de la puerta de Cargill. Reapareció segundos más tarde y se quedó mirando a Timmons, que seguía sentado en el pescante.

—No es lo que se llamaría una preocupación actual —dijo Timmons.

El teniente no dijo nada. Se dirigió al barracón de avituallamiento, apartó la lona y se asomó. No había nada que ver y un instante después regresó al carro. Timmons se le quedó mirando y empezó a mover la cabeza.

—De todos modos, podemos descargar —dijo el teniente con naturalidad.

—¿Para qué, teniente?

—Pues porque hemos llegado.

—Aquí no hay nada —dijo Timmons removiéndose inquieto en su asiento.

El teniente Dunbar se volvió y observó lo que ya era su puesto.

—No, por el momento no.

Un silencio se extendió entre ellos, un silencio que llevaba en sí mismo la tensión de una distante frialdad. Los brazos le colgaban a Dunbar a lo largo de los costados, mientras que Timmons manoseaba las riendas. Escupió hacia el otro lado del carro.

—Todo el mundo se ha marchado... o ha sido muerto —miró con dureza al teniente, como si no quisiera tener nada que ver con aquella locura—. Nosotros también podríamos dar la vuelta e iniciar el regreso.

Pero el teniente Dunbar no tenía la menor intención de regresar a ninguna parte.

Lo que había ocurrido en Fort Sedgewick era algo que había que descubrir. Quizá todo el mundo se había marchado, o quizá había sido muerto. Quizá hubiera supervivientes, a sólo una hora de distancia, esforzándose por llegar al fuerte.

Y había una razón mucho más profunda para quedarse, algo que iba más allá de su agudo sentido del deber. Hay momentos en que una persona desea tanto algo, que el precio o las condiciones que tenga que pagar por ello dejan de ser obstáculos. Y lo que más había querido el teniente Dunbar había sido estar en la frontera. Y ahora estaba aquí. El aspecto que tuviera Fort Sedgewick o cuáles fueran las circunstancias, eso era algo que no le importaba. En el fondo de su corazón ya había tomado su decisión.

Así que sus ojos no vacilaron ni un ápice cuando habló, y su tono de voz sonó uniforme y desapasionado.

—Éste es el puesto al que he sido designado, y éstas son las provisiones del puesto.

Volvieron a mirarse el uno al otro. Una sonrisa apareció en la boca de Timmons. Finalmente, se echó a reír.

—¿Está usted loco, muchacho?

Timmons dijo esto sabiendo que el teniente era un novato, que probablemente nunca había entrado en combate, que tampoco había estado nunca en el Oeste, y que ni siquiera había vivido lo suficiente como para saber algo. «¿Está usted loco, muchacho?». Las palabras habían surgido como si procedieran de un padre sacado fuera de quicio.

Estaba equivocado.

El teniente Dunbar no era un novato. Era suave y sumiso, y a veces hasta dulce. Pero en modo alguno era un novato.

Había visto el combate durante casi toda su vida. Y había tenido éxito en el combate porque poseía una cualidad muy rara. Dunbar tenía un sentido innato, una especie de sexto sentido que siempre le indicaba cuándo había llegado el momento de ser duro. Y cada vez que llegaba ese momento crítico, algo intangible parecía pegarle una patada en la psique, y el teniente Dunbar se convertía entonces en una máquina letal e imparable que no se detenía hasta haber alcanzado su objetivo. Cuando se trataba de empujar, el teniente era siempre el primero en hacerlo. Y quienes replicaban al empujón, lamentaban haberlo hecho.

Ahora, las palabras «¿Está usted loco, muchacho?» pusieron en marcha el mecanismo de la máquina, y la sonrisa de Timmons empezó a desvanecerse lentamente mientras observaba cómo se ennegrecían los ojos del teniente Dunbar. Un momento más tarde, vio cómo se elevaba la mano derecha del teniente, lenta y deliberadamente. Vio cómo la palma de la mano de Dunbar se posaba ligeramente sobre la culata del gran revólver de la Marina que llevaba colgado de la cadera. Y vio

cómo el dedo índice del teniente se deslizaba suavemente alrededor del gatillo. — Levante el culo de esa carreta y ayúdeme a descargar.

El tono de estas palabras tuvo un efecto muy profundo sobre Timmons. Ese tono le indicó que la muerte acababa de aparecer de repente en escena. Y se trataba de su propia muerte.

Timmons ni siquiera parpadeó, ni se atrevió a contestar. Casi con un solo movimiento, ató las riendas al freno de la carreta, saltó del pescante, se dirigió rápidamente hacia la parte trasera de la carreta, abrió la lona de un tirón, y sacó del vehículo el primer paquete sobre el que pudo echar las manos.

Apilaron todo lo que pudieron en el medio desmoronado barracón de avituallamiento y el resto en el antiguo acuartelamiento de Cargill.

Capítulo

4

Diciendo que la luna saldría aquella noche y que quería ganar tiempo, Timmons se marchó antes de que se hiciera de noche.

El teniente Dunbar se sentó en el suelo, lio un cigarrillo y se quedó contemplando la carreta, que iba haciéndose cada vez más pequeña en la distancia. El sol se puso casi al mismo tiempo que la carreta desapareció en el horizonte, y él permaneció en la penumbra durante largo rato, contento de tener el silencio por toda compañía. Al cabo de una hora, empezó a sentirse agarrotado, así que se levantó y entró en la cabaña del capitán Cargill.

Repentinamente cansado, se dejó caer sin desnudarse sobre el pequeño camastro que había preparado entre los suministros, y apoyó la cabeza.

Aquella noche, sus orejas fueron muy grandes. Tardó en quedarse dormido. Cada pequeño ruido que se producía en la oscuridad exigía una explicación que Dunbar no siempre podía encontrar. Esta situación continuó durante largo rato y poco a poco fue agotando al teniente Dunbar. Estaba cansado y se sentía muy inquieto; esa combinación abrió del todo la puerta a un visitante que no fue bien recibido. A través de la puerta del insomnio del teniente Dunbar penetró la duda. Una duda que le desafió con dureza aquella primera noche, que le susurró cosas horribles en los oídos. Había sido un estúpido. Se había equivocado en todo. No valía para nada. Era lo mismo que estuviese muerto. Aquella noche, la duda le llevó incluso al borde de las lágrimas. El teniente Dunbar trató de tranquilizarse con pensamientos amables. Lo intentó hasta bien avanzada la noche, y ya en las primeras horas de la madrugada logró alejar la duda de su mente, a patadas, y se quedó durmiendo.

Se habían detenido.

Eran seis.

Se trataba de pawnees, la más terrible de todas las tribus. El cabello fuerte, las arrugas prematuras y un estado mental colectivo similar a la máquina en que podía llegar a convertirse ocasionalmente el teniente Dunbar. Pero en la forma como los pawnee veían las cosas no había nada de ocasional. Ellos veían las cosas con ojos

nada sofisticados, sino despiadadamente eficientes; ojos que, una vez fijados en un objeto, decidían como el rayo si éste debía vivir o morir. Y si se había determinado que el objeto dejara de existir, el pawnee se ocupaba de su muerte con una precisión psicótica. Cuando había que tratar con la muerte, los pawnee eran automáticos, y todos los indios de las praderas les temían como a ninguna otra tribu.

Lo que había hecho que estos seis pawnee se detuvieran fue algo que habían visto.

Y ahora estaban sentados a lomos de sus escuálidos caballos, contemplando una serie de barrancas suaves. Un diminuto hilillo de humo se ensortijaba en el aire de la mañana, a poco menos de un kilómetro de distancia.

Desde su ventajosa posición, sobre una ligera elevación del terreno, podían ver el humo con claridad. Pero no podían ver la fuente de la que procedía, ya que esa fuente estaba oculta en la última de las barrancas. Y como no podían ver todo lo que deseaban ver, los hombres empezaron a hablar del humo y de lo que podía ser, haciéndolo en tonos bajos y guturales. Si se hubieran sentido más fuertes, habrían descendido inmediatamente, pero llevaban mucho tiempo fuera de casa, y todo ese tiempo había sido un desastre para ellos.

Habían empezado siendo un pequeño grupo de once que emprendió el camino hacia el sur para robar a los comanches, ricos en caballos. Después de cabalgar durante casi una semana, fueron sorprendidos por una fuerza más numerosa de kiowas en el momento de cruzar un río. Tuvieron mucha suerte de haber podido escapar sólo con un muerto y un hombre herido.

El herido resistió una semana, con un pulmón gravemente perforado, y la carga que representaba retrasó mucho la marcha de todo el grupo. Finalmente, cuando murió y los nueve pawnee que quedaban pudieron reanudar su búsqueda sin verse obstaculizados, no tuvieron nada más que mala suerte. Los grupos comanches andaban siempre un paso o dos por delante de los desventurados pawnee, y durante más de dos semanas no hicieron otra cosa que encontrar huellas frías. Finalmente, localizaron un gran campamento donde había muchos y buenos caballos y se alegraron al ver que se había levantado la nube negra que les había seguido durante tanto tiempo. Pero lo que no sabían los pawnee era que su suerte no había cambiado en modo alguno. De hecho, era precisamente la peor de las suertes la que había guiado sus pasos hasta aquel poblado, ya que aquel grupo de comanches había sido duramente golpeado unos pocos días antes por una fuerte partida de utes, que habían matado a varios buenos guerreros y se habían apoderado de treinta caballos.

Así que, ahora, todo el grupo comanche se encontraba alerta y con el ánimo vengativo. Los pawnee fueron descubiertos en cuanto empezaron a introducirse a escondidas en el poblado, y se vieron obligados a huir, seguidos muy de cerca por la mitad de los hombres del campamento, desorientados en medio de una oscuridad

desconocida y sobre sus ponis cansados. Sólo en la retirada volvieron a encontrar la suerte, porque aquella noche debieron de haber muerto todos. Al final, sin embargo, sólo perdieron a otros tres guerreros.

Así que, ahora, los seis hombres descorazonados, sentados en este solitario altozano, con sus escuálidos ponis demasiado cansados para moverse bajo ellos, se preguntaron qué debían hacer con respecto a aquel pequeño hilillo de humo que se elevaba a poco menos de un kilómetro de distancia.

Debatir la conveniencia o no de efectuar un ataque era una costumbre muy india. Pero debatir durante más de media hora a causa de un simple hilillo de humo ya era otra cuestión, lo cual no hacía más que demostrar hasta qué punto se había hundido la confianza de estos pawnee en sí mismos. Los seis se dividieron: una parte era favorable a la idea de retirarse; la otra prefería investigar. Mientras se entretenían con esta discusión, sólo uno de los hombres, el más feroz de ellos, se mantuvo impertérrito desde el principio. Deseaba dirigirse de inmediato hacia el lugar de donde procedía el humo, y a medida que se iba dilatando la discusión, su ánimo se mostraba más y más hosco.

Después de treinta minutos se apartó de sus hermanos y empezó a bajar en silencio del altozano. Los otros cinco se le acercaron, preguntándole qué se proponía hacer.

El guerrero hosco les contestó cáusticamente diciéndoles que no parecían pawnee, y que él no cabalgaría en compañía de mujeres. Dijo que debían atarse los rabos entre las piernas y regresar a casa. Dijo que no eran pawnee, y que él preferiría morir antes que discutir con hombres que no eran hombres.

Y tras decir esto empezó a cabalgar hacia el lugar de donde procedía el humo.

Los otros le siguieron.

A pesar de lo mucho que le disgustaban los indios, en realidad, Timmons no sabía nada sobre sus costumbres. El territorio había sido relativamente seguro durante largo tiempo. Pero él era un hombre solo, sin una buena forma de defenderse, y debería haber sido lo bastante sensato como para encender un fuego sin hacer humo.

Pero aquella mañana, en cuanto apartó de sí las malolientes mantas, tuvo una fuerte sensación de hambre. La idea del tocino y el café fue la única que surgió en su mente, y se apresuró a encender un cálido y pequeño fuego con madera verde. Fue el humo de la hoguera de Timmons lo que atrajo al pequeño grupo de indios pawnee.

Estaba acurrucado ante el fuego, rodeando con los dedos el mango de la sartén, absorbiendo el humo del tocino, cuando una flecha le alcanzó. Se le introdujo profundamente en la nalga derecha y su fuerza le hizo caer al otro lado del fuego. Escuchó los alaridos antes de que pudiera ver a nadie, y eso le hizo sentir verdadero pánico. Echó a correr por la barranca y, sin perder impulso, subió por la pendiente,

con una flecha pawnee de brillantes plumas sobresaliéndole del trasero.

Al ver que sólo se trataba de un hombre, los pawnee se tomaron su tiempo. Mientras los demás se dedicaban a saquear el carro, el feroz guerrero que los había avergonzado hasta inducirles a entrar en acción, galopó sin prisas detrás de Timmons.

Alcanzó al conductor de carretas en el momento en que estaba a punto de llegar a lo alto de la pendiente que salía de la barranca. Allí, Timmons tropezó de pronto y cayó de rodillas. Al levantarse, volvió la cabeza al escuchar el sonido de los cascos.

Pero no llegó a ver ni al caballo ni a su jinete. Lo que sí vio, durante una fracción de segundo, fue el hacha de guerra, que le golpeó en seguida en un costado del cráneo con tal fuerza que la cabeza de Timmons se abrió literalmente con un estallido.

Los pawnee saquearon los suministros, llevándose todo lo que pudieron. Desataron el bonito tiro de caballos del ejército, incendiaron la carreta y se alejaron, pasando junto al cadáver mutilado de Timmons sin dignarse dirigirle siquiera una mirada. Le habían quitado todo lo que deseaban. La cabellera del conductor de carretas se balanceaba ahora cerca de la punta de la lanza de quien lo había matado.

El cuerpo permaneció durante todo el día entre la alta hierba, a la espera de que lo descubrieran los lobos, a la caída de la noche. Pero la muerte de Timmons tuvo mayor importancia que la extinción de una vida, ya que con ella se cerraba un insólito círculo de circunstancias.

El círculo se había cerrado alrededor del teniente Dunbar.

Ningún hombre podría haberse encontrado más solo.

Capítulo

5

Él también encendió un fuego aquella mañana, pero lo hizo bastante más temprano que el de Timmons. En realidad, el teniente ya casi se había tomado su primera taza de café una hora antes de que muriera el conductor de carretas.

Entre los suministros se habían incluido dos sillas de campamento. Extendió una de ellas delante del barracón de Cargill y se quedó sentado allí durante largo rato, con una manta del ejército envolviéndole los hombros y una taza entre las manos, contemplando cómo se desplegaba ante sus ojos el primer día completo que pasaba en Fort Sedgewick. Sus pensamientos se pusieron rápidamente en marcha, y en cuanto lo hicieron volvieron a aparecer las dudas.

Luego, de una forma asombrosamente repentina, el teniente se sintió abrumado. Se dio cuenta de que no tenía la menor idea de por dónde debía empezar, cuál debía ser su función allí o cómo debía considerarse a sí mismo. No tenía ninguna obligación, ningún programa que seguir, ningún estatus.

Mientras el sol se elevaba continuamente a su espalda, Dunbar se encontró metido en la fría sombra de la cabaña, así que volvió a llenarse la taza y trasladó la silla de campamento al patio, bajo la luz directa del sol.

Estaba sentándose cuando vio al lobo. Estaba sobre el escarpado situado frente al fuerte, al otro lado del río. El primer instinto del teniente consistió en ahuyentarlo con un par de disparos, pero cuanto más tiempo observaba a su visitante, tanto menos sentido parecía tener aquella idea. Incluso desde aquella distancia, sabía que el animal sólo sentía curiosidad. Y de alguna forma oculta que no acabó de aflorar a la superficie de sus pensamientos, se sintió contento por esta pequeña compañía.

«Cisco» relinchó en el corral y el teniente se puso inmediatamente alerta. Se había olvidado de su caballo. Al dirigirse hacia el barracón de avituallamiento miró por encima del hombro y vio que su temprano visitante había dado media vuelta y desaparecido por debajo del horizonte, más allá del risco.

Se le ocurrió en el corral, mientras vertía el grano de «Cisco» en una cazuela vacía. Era una solución sencilla, y bastó para ahuyentar las dudas una vez más.

Por el momento, él mismo se inventaría sus propias obligaciones.

Dunbar llevó a cabo una rápida inspección de la cabaña de Cargill, el barracón de

avituallamiento, el corral y el río. Luego se puso a trabajar, empezando primero por las basuras que ensuciaban las orillas de la pequeña corriente.

Aunque no era delicado por naturaleza, el terreno donde habían arrojado las basuras le pareció una completa desgracia. Había botellas y desperdicios desperdigados por todas partes. Utensilios rotos, jirones de uniforme, pero lo peor de todo eran los cuerpos en diversos grados de descomposición que habían sido arrojados descuidadamente a lo largo del río. La mayoría de ellos correspondían a animales de caza menor, conejos y perdices. Había un antílope entero, y parte de otro.

Revisar toda aquella miseria le proporcionó a Dunbar la primera clave real sobre lo que podría haberle sucedido a Fort Sedgewick. Evidentemente, se había convertido en un lugar en el que ya nadie sentía orgullo. Y entonces, sin saberlo, se acercó bastante a la verdad.

Quizá fuera la comida, pensó. Quizá se hubieran estado muriendo de hambre. Trabajó sin parar hasta el mediodía, después de habérselo quitado todo, a excepción de los calzoncillos largos, el par de pantalones y unas botas viejas, dedicado a revisar metódicamente la basura que había esparcida alrededor del río. Había más cuerpos hundidos en la propia corriente, y el estómago se le retorció con arcadas al extraer los rezumantes cuerpos de animales del barro fétido formado en las aguas superficiales.

Lo amontonó todo sobre una lona extendida, y cuando tuvo bastante para formar una carga, ató los extremos de la lona como si fuera un saco. Luego, utilizando a «Cisco» para aportar la fuerza muscular, arrastraron aquel terrible cargamento hasta lo alto del risco.

A media tarde, la corriente había quedado limpia, y aunque no estaba seguro del todo, el teniente casi podría haber jurado que ahora se deslizaba con mayor rapidez. Se preparó un cigarrillo y descansó un rato mientras contemplaba el paso del agua. Libre de la carroña que lo había cubierto, volvía a tener aspecto de corriente, y el teniente experimentó una cierta sensación de orgullo por lo que había hecho.

Al incorporarse de nuevo, sintió dolorida toda la espalda. A pesar de que no estaba acostumbrado a aquella clase de trabajo, el dolor no le desagradó del todo. Significaba que había conseguido algo.

Después de limpiar las últimas huellas de basura, subió a lo alto del risco y se plantó delante del montón de restos, que casi le llegaban a la altura de los hombros. Vertió un bidón de fuel-oil sobre el montón y le prendió fuego.

Estuvo observando durante un rato la gran columna de humo grasiento y negro que se elevaba hacia el cielo vacío.

Pero entonces, el corazón se le encogió en el pecho al darse cuenta de lo que acababa de hacer. Jamás debería haber encendido aquel fuego. Una humareda de aquel tamaño era como encender un fanal en una noche sin luna, como lanzar una enorme flecha humeante e invitadora que señalara a Fort Sedgewick.

Alguien iba a verse atraído por la columna de humo y lo más probable era que ese alguien fuesen los indios.

El teniente Dunbar se sentó delante de la cabaña hasta el crepúsculo, oteando constantemente el horizonte, en todas direcciones.

No apareció nadie.

Se sintió aliviado. Pero mientras permaneció sentado durante toda la tarde, con un rifle Springfield y su gran revólver de la Marina al alcance, su sensación de aislamiento se hizo más intensa. Hubo un momento en que la palabra «abandonado», como en una isla desierta, apareció en su mente. Y eso le produjo un estremecimiento. Sabía que aquélla era la palabra adecuada. Y también sabía que probablemente tendría que permanecer solo durante algún tiempo. En realidad, deseaba estar a solas, aunque lo deseaba de una forma profunda y secreta. Sin embargo, aquello de sentirse abandonado no tenía nada que ver con la euforia que había sentido durante el viaje con Timmons.

Esto era algo más bien sobrio. No tenía nada que ver con la euforia.

Tomó una cena frugal y completó el informe de su primer día. El teniente Dunbar era un buen escritor, lo que le hacía mostrarse menos reticente con el trabajo administrativo que la mayoría de los soldados. Y estaba ávido por llevar un registro escrupuloso de su estancia en Fort Sedgewick, sobre todo a la vista de aquellas extrañas circunstancias.

12 de abril de 1863

He encontrado Fort Sedgewick completamente desierto'. Parece que este lugar se ha estado pudriendo desde hace algún tiempo. Si poco antes de mi llegada hubo aquí un contingente de hombres, ellos también debieron de haber estado pudriéndose.

No sé qué hacer.

Fort Sedgewick es el puesto al que he sido destinado, pero no hay nadie a quien informar. La comunicación sólo puede producirse si me marcho, pero no quiero abandonar mi puesto.

Los suministros son abundantes.

Me he asignado a mí mismo la tarea de limpiar el lugar. Trataré de reforzar el barracón de avituallamiento, pero no sé si un solo hombre podrá hacer ese trabajo. Aquí, en la frontera, todo está tranquilo.

Tte. John J. Dunbar, EE.UU.

Aquella noche, cuando ya estaba a punto de quedarse dormido, se le ocurrió la idea del toldo. Un toldo para la cabaña. Un gran parasol extendiéndose a partir de la entrada. Un lugar donde pudiera sentarse a trabajar los días en que el calor en el

interior del acuartelamiento fuera insoportable. Una adición al fuerte.

Y una ventana, hecha en la hierba seca. La existencia de una ventana marcaría una gran diferencia. Podía reducir el corral y utilizar los postes extra así obtenidos para hacer otra construcción. Después de todo, quizá pudiera hacer algo con el barracón de avituallamiento.

Dunbar se quedó dormido antes de poder catalogar todas las posibilidades con las que mantenerse ocupado. Fue un sueño profundo, y soñó vívidamente.

Estaba en un hospital de campaña, en Pennsylvania. Los médicos se habían reunido a los pies de su cama. Eran media docena, con batas largas y blancas, empapadas con la sangre de otros «casos».

Estaban discutiendo si debían cortarle el pie a la altura del tobillo o de la rodilla. El debate dio paso a una discusión, la discusión adquirió un cariz feo y, ante la mirada horrorizada del teniente, los médicos empezaron a luchar entre sí.

Se golpeaban los unos a los otros con las extremidades cortadas de amputaciones anteriores. Mientras giraban por todo el hospital, blandiendo sus grotescos palos, los pacientes que habían perdido aquellas extremidades saltaban a brincos o se arrastraban para buscar sus muletas, sorteando desesperadamente los restos de la lucha de los médicos, compuestos por sus propios brazos y piernas.

Él logró escapar en medio de la confusión, galopando como un loco a través de las puertas principales, con su pie medio volado.

Cojeó por un prado verde y resplandeciente cubierto con cadáveres de la Unión y la Confederación. Los cadáveres, como si fueran fichas de dominó moviéndose al revés, se fueron sentando a medida que él pasaba, apuntándole con pistolas. Encontrándose con un arma en la mano, el teniente Dunbar disparó contra cada uno de los cadáveres, antes de que ellos pudieran hacer lo mismo con él. Y cada cabeza estallaba ante el impacto de la bala. Parecían como una larga hilera de melones, cada uno de los cuales, al llegarle su turno, explotara en el lugar donde se encontraba, sobre los hombros de los hombres muertos.

El teniente Dunbar pudo verse a sí mismo a cierta distancia, como una figura salvaje cubierta por un ensangrentado camión de hospital, tambaleándose por entre un montón de cadáveres, cuyas cabezas volaban por el aire a medida que él pasaba.

De pronto, ya no hubo ni más cadáveres ni más disparos.

Pero detrás de él había alguien llamándole con un tono de voz maravilloso.

—Cariño..., cariño.

Dunbar miró por encima del hombro.

Corriendo detrás de él llegaba una mujer elegante, de pómulos altos, espesa mata de cabello arenoso y unos ojos tan vivos por la pasión que él pudo sentir cómo su corazón latía con mayor fuerza. Ella sólo iba vestida con pantalones de hombre, y corría con un pie ensangrentado en la mano extendida, como si se lo ofreciera.

El teniente bajó la mirada hacia su propio pie herido y descubrió que éste había desaparecido. Ahora, corría sobre un muñón del que sobresalía el hueso blanco.

Se despertó de pronto, incorporándose, asustado, y extendió las manos hacia su pie, al extremo de la cama. Estaba allí.

Las mantas estaban húmedas por el sudor. Tanteó bajo la cama en busca de su equipo y lio apresuradamente un cigarrillo. Luego apartó las mantas de una patada, se medio incorporó sobre la almohada y se quedó allí, echando humo, a la espera de que amaneciera.

Sabía exactamente qué era lo que había inspirado aquel sueño. De hecho, los elementos básicos del mismo habían ocurrido en la realidad. Dunbar dejó que su mente repasara aquellos acontecimientos.

Había sido herido en el pie por la metralla. Había pasado un cierto tiempo en un hospital de campaña, se había hablado incluso de la necesidad de amputarle el pie y, al no poder soportar esa idea, el teniente Dunbar se había escapado. En medio de la noche, rodeado por los terribles gemidos de los hombres heridos que arrancaban ecos en la sala, se deslizó fuera de la cama y robó lo necesario para prepararse un vendaje. Vertió polvos antisépticos sobre el pie herido, se lo envolvió bien en gasas y, de algún modo, se las arregló para introducirlo en la bota.

Luego, salió cojeando por una puerta lateral, robó un caballo y, no teniendo ningún otro sitio a dónde ir, volvió a incorporarse a su unidad al amanecer, contando un cuento sobre una herida que se había hecho en un dedo del pie.

Ahora, sonrió al recordarlo y se preguntó: «¿En qué podría haber estado pensando?».

Dos días más tarde, el dolor era tan grande que el teniente sólo deseaba morir. Y en cuanto se le presentó la oportunidad, la aprovechó.

Dos unidades enfrentadas se habían estado atacando con fuego de fusilería durante buena parte de la tarde, desde posiciones opuestas a ambos lados de un campo desnudo. Se ocultaban detrás de unos muros de piedra bajos que bordeaban los dos extremos opuestos del campo, sin que ninguna de las dos unidades tuviera una idea precisa acerca de la fortaleza de la otra, y sin terminar de decidirse a lanzar una carga.

La unidad del teniente Dunbar lanzó un globo de observación, pero los rebeldes no tardaron en derribarlo.

La situación continuó en tablas y a finales de la tarde, cuando la tensión alcanzó su clímax, el teniente Dunbar también llegó a su punto de ruptura personal. Sus pensamientos se enfocaron de forma imperturbable en la idea de acabar con su vida.

Se presentó voluntario para salir a caballo y atraer el fuego enemigo.

El coronel al mando del regimiento no estaba bien dotado para la guerra. Tenía un estómago débil y una mente obtusa.

Normalmente, no habría permitido una cosa así, pero aquella tarde se encontraba bajo una presión extremada. El pobre hombre se hallaba completamente perdido y por alguna razón no explicada, en su mente no hacía más que aparecer el pensamiento de un gran cuenco de helado de melocotón.

Para empeorar aún más las cosas, el general Tipton y sus ayudantes habían ocupado hacía poco una posición de observación en una colina alta situada hacia el oeste. Así pues, su actuación estaba siendo observada, y lo que se veía era que, en realidad, no tenía capacidad alguna para actuar.

El milagro lo representó aquel joven teniente, con el rostro tan pálido, que le habló con los dientes apretados de atraer sobre sí el fuego enemigo. Sus ojos, de mirada salvaje y sin pupilas, asustaron al coronel.

El inepto comandante estuvo de acuerdo con el plan.

Como su propia montura no se encontraba en muy buenas condiciones, a Dunbar se le permitió elegir entre las que había disponibles. Tomó un caballo nuevo, uno pequeño y fuerte, del color del ante, llamado «Cisco», y se las arregló para montar en la silla sin lanzar gritos de dolor, mientras todo el destacamento le observaba.

Al acercarse con el caballo a la pared de piedra, desde el otro lado del campo hicieron unos pocos disparos pero, por lo demás, todo permaneció en silencio, y el teniente Dunbar se preguntó si aquel silencio era real o si las cosas siempre eran igual momentos antes de que un hombre muriera.

Espoleó a «Cisco» en los flancos, saltó el murete de piedra y se lanzó al galope por el campo desnudo, dirigiéndose directamente hacia el centro de la pared de piedra que ocultaba al enemigo. Por un momento, los rebeldes se sintieron demasiado conmocionados como para disparar siquiera, y el teniente logró salvar los cien primeros metros rodeado por un silencioso vacío.

Luego, abrieron fuego. Las balas llenaron el aire que le rodeaba como el rocío de un grifo. El teniente no se molestó en devolver el fuego. Se enderezó aún más en la silla, como para ofrecer un mejor blanco, y volvió a espolear a «Cisco». El pequeño caballo aplanó las orejas y se lanzó volando hacia el murete. Durante todo ese tiempo, Dunbar sólo esperaba que una de aquellas balas terminara por encontrarle.

Pero ninguna lo hizo, y cuando ya estuvo lo bastante cerca como para verle los ojos al enemigo, él y «Cisco» giraron a la izquierda y el caballo galopó hacia el norte, en una línea recta, a cincuenta metros de distancia de la pared. «Cisco» avanzaba con tanta furia que los cascos traseros lanzaban al aire una gran cantidad de tierra, como la ola formada por un bote rápido. El teniente mantuvo su postura erecta sobre la silla y aquella actitud suya demostró ser irresistible para los confederados. Se incorporaron por detrás de su parapeto, como si fueran blancos en una caseta de tiro, lanzando cortinas de fuego de fusilería a medida que el jinete solitario pasaba ante ellos como una exhalación.

No pudieron alcanzarle.

El teniente Dunbar se dio cuenta de que el fuego disminuía. La línea de fusileros se había incorporado por completo. En el momento en que detuvo su carrera, sintió algo que le quemaba en la parte superior del brazo y descubrió que había sido alcanzado en el bíceps. El hormigueo del calor le hizo recuperar brevemente su buen sentido. Miró hacia la línea ante la que acababa de pasar y vio que los confederados se movían de un lado a otro por detrás del muro, en un estado de incredulidad.

Sus oídos volvieron a funcionar de pronto y escuchó los gritos de ánimo procedentes de su propia línea, al otro lado del campo. Luego, fue una vez más consciente de su pie, que le latía como si llevara metida una horrible bomba en la bota.

Hizo dar a «Cisco» media vuelta y cuando el pequeño caballo se agitó contra el freno, el teniente Dunbar escuchó un griterío clamoroso. Miró hacia el otro lado del campo. Sus compañeros de armas se incorporaban en masa por detrás de la pared.

Espoleó de nuevo a «Cisco» y ambos se lanzaron hacia adelante, recorriendo de nuevo el mismo camino a la inversa, esta vez para poner a prueba el otro flanco de los confederados. Los hombres ante los que acababa de pasar fueron pillados con los pantalones bajados y pudo verlos volviendo a cargar frenéticamente sus armas, mientras él pasaba por delante.

Pero por delante de él, a lo largo del flanco ante el que no había pasado aún, pudo ver a los fusileros levantándose tras el muro, apoyando las armas contra el pliegue del hombro.

Decidido a no fracasar en su empeño, el teniente, con un movimiento repentino e impulsivo, dejó caer las riendas y levantó ambos brazos en el aire, como si hubiera sido el caballista de un circo, aunque él sabía que aquello sería el final. Había levantado los brazos como un último gesto de despedida a esta vida. Pero, para cualquiera que hubiera estado observándolo, aquel gesto podría haber sido malinterpretado. Podría haber parecido como un gesto de triunfo.

El teniente Dunbar, desde luego, no había tenido intención alguna de que fuera una señal para nadie. Lo único que él deseaba era morir. Sus compañeros de la Unión, sin embargo, ya tenían el corazón en un puño y cuando vieron que, además, el teniente se permitía levantar los brazos al aire, aquello ya fue más de lo que podían soportar.

Se lanzaron como una oleada contra la pared, en un flujo espontáneo de combatientes, rugiendo con un abandono que detuvo la sangre en las venas de las tropas confederadas.

Los hombres con uniformes de color claro rompieron la línea y echaron a correr en desbandada, desparramándose en una retorcida confusión en dirección al grupo de árboles situado por detrás de ellos.

Para cuando el teniente Dunbar detuvo a «Cisco», las tropas de uniformes azules de la Unión ya habían asaltado el muro, y perseguían a los aterrorizados rebeldes que se introducían en el bosque.

Y, de pronto, la cabeza se le aclaró.

Y el mundo que le rodeaba empezó a girar a su alrededor.

El coronel y sus ayudantes convergían hacia él, procedentes de una dirección, y el general Tipton y su gente llegaban desde otra. Todos ellos lo vieron caer, inconsciente, de la silla y todos apresuraron el paso. Corriendo hacia el lugar situado en medio del campo vacío donde «Cisco» permanecía quieto junto a la figura caída a sus pies, el coronel y el general Tipton compartieron unos mismos sentimientos bastante raros entre los oficiales de alta graduación, sobre todo en época de guerra.

Compartieron una profunda y genuina preocupación por un solo y único individuo.

De los dos, el general Tipton fue el que se sintió más abrumado. En sus veintisiete años como militar había sido testigo de numerosos actos de valentía, pero nada que se pareciera al despliegue de valor del que había sido testigo aquella tarde. Cuando Dunbar recuperó el conocimiento, el general estaba arrodillado a su lado, con el fervor de un padre al lado de un hijo caído.

Y al descubrir que este bravo teniente había cabalgado hacia el campo estando ya herido, el general bajó la cabeza, como si estuviera rezando, e hizo algo que no había hecho desde su niñez. Unas lágrimas rodaron por su canosa barba.

El teniente Dunbar no se encontraba con ánimos para hablar mucho, pero se las arregló para hacer una sola petición, aunque pronunció las palabras varias veces:

—No me corten el pie.

El general Tipton escuchó y registró aquella petición como si fuera una orden divina. Al teniente Dunbar le sacaron del campo en la propia ambulancia del general, le trasladaron al cuartel general del regimiento y, una vez allí, fue instalado bajo la supervisión directa del médico personal del general.

Al llegar allí se produjo una breve escena. El general Tipton le ordenó a su médico que salvara el pie de aquel joven, pero después de haber efectuado un examen rápido, el médico contestó que existía la fuerte posibilidad de que tuviera que amputar.

Entonces, el general Tipton se llevó al médico a un lado.

—Si no le salva el pie a ese muchacho, le apartaré del servicio por incompetente. Le apartaré del servicio aunque sea lo último que haga.

La recuperación del teniente Dunbar se convirtió en una verdadera obsesión para el general. Cada día se tomaba un poco de tiempo para visitar al joven teniente y no dejaba de mirar por encima del hombro al médico quien, por su parte, no dejó de sudar durante las dos semanas que tardó en salvar el pie del teniente Dunbar. Durante

ese período de tiempo, el general le dijo pocas cosas al paciente. Se limitó a mostrar por él una preocupación paternal. Pero una vez que el pie hubo quedado fuera de peligro, entró una noche en la tienda, se acercó una silla a la cama que ocupaba el teniente, y empezó a hablar desapasionadamente de algo que había ido formándose en su mente.

Dunbar le escuchó asombrado, mientras el general le exponía su idea. Quería que la guerra terminara para el teniente Dunbar porque su acción en el campo de batalla, una acción en la que el general seguía pensando, era más que suficiente para un hombre en una sola guerra.

Y quería que el teniente le pidiera algo porque, y al decirlo bajó el tono de voz: «Todos estamos en deuda con usted. Yo estoy en deuda con usted».

El teniente se permitió una tenue sonrisa antes de contestar:

—Bien..., yo he conservado mi pie, señor.

El general Tipton, sin embargo, no le devolvió la sonrisa.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó.

Dunbar cerró los ojos y pensó. Finalmente, contestó:

—Siempre he querido que me destinaran a la frontera, señor.

—¿A qué lugar?

—A cualquier parte..., sólo a la frontera.

—Está bien —dijo el general levantándose de la silla y disponiéndose a salir de la tienda.

—¿Señor? —el general se detuvo en seco, y cuando se volvió a mirar hacia la cama, lo hizo con un afecto casi conmovedor—. Me gustaría conservar el caballo... ¿Puedo?

—Pues claro que puede.

El teniente Dunbar continuó reflexionando sobre la entrevista con el general durante todo el resto de la tarde. Se sintió muy excitado acerca de las nuevas y repentinas perspectivas que se le habían presentado en la vida. Pero también experimentó un hormigueo de culpabilidad cuando pensó en el afecto que había visto en el rostro del general. No le había dicho a nadie que él sólo había pretendido suicidarse. Pero ahora ya parecía demasiado tarde para decir nada de eso. Y aquella tarde decidió que nunca lo diría.

Ahora, tumbado entre las mantas pegajosas, Dunbar se lio su tercer cigarrillo en media hora y reflexionó sobre la misteriosa forma de actuar del destino que le había conducido finalmente hasta Fort Sedgewick.

El interior de la estancia se iba aclarando poco a poco, y lo mismo parecía suceder con el estado de ánimo del teniente. Alejó sus pensamientos de los acontecimientos del pasado y volvió al presente. Luego, con la dedicación de un hombre que se siente contento con el lugar que ocupa, empezó a pensar en cuál sería

la fase de hoy en su campaña de limpieza.

Capítulo

6

Lo mismo que un muchacho que prefiere soslayar las verduras y atacar directamente el pastel, al teniente Dunbar pasó por alto la difícil tarea de apuntalar el barracón de avituallamiento y prefirió dedicar sus esfuerzos a la más agradable tarea de construirse un toldo.

Revisando las vituallas que había traído, encontró una serie de tiendas de campaña que le proporcionarían la lona, pero, a pesar de sus esfuerzos, no logró encontrar un instrumento adecuado con el que coser; en aquel momento deseó no haberse apresurado tanto a quemar los esqueletos de los animales.

Se pasó una buena parte de la mañana registrando las orillas del río antes de encontrar un pequeño esqueleto que le permitió conseguir varias astillas fuertes de hueso que pudiera utilizar como aguja de coser.

Ya de regreso en el barracón de avituallamiento, encontró una delgada cuerda que desenmarañó hasta convertirla en el hilo del tamaño que había imaginado. El cuero habría sido mucho más duradero, pero al introducir todas estas mejoras, al teniente Dunbar le agradó la idea de asignarle un aspecto temporal a su trabajo. Había que sostener el fuerte en pie, se dijo con una sonrisa. Había que sostenerlo en pie hasta que retornara a la vida, con la llegada de tropas de refresco.

Aunque llevaba buen cuidado de evitar las expectativas, estaba seguro de que, tarde o temprano, alguien llegaría.

La tarea de coser fue brutal. Se pasó el resto del segundo día cosiendo aplicadamente la lona, y consiguió progresar bastante. Para cuando dejó la tarea, a últimas horas de la tarde, tenía las manos tan inflamadas e hinchadas que tuvo dificultades hasta para prepararse el café de la noche.

A la mañana siguiente, sus dedos eran como piedras; estaban demasiado agarrotados para seguir trabajando con la aguja. De todos modos, se sintió tentado a probarlo, ya que le faltaba muy poco para terminar. Pero finalmente no lo hizo. En lugar de eso, volvió su atención hacia el corral. Después de un cuidadoso estudio del lugar, obtuvo cuatro de los postes más altos y robustos, que no habían estado enterrados a gran profundidad, y que, por lo tanto, no tardó mucho tiempo en extraer.

«Cisco» no iba a marcharse a ninguna parte y el teniente jugueteó por un

momento con la idea de dejar el corral abierto. Al final, sin embargo, decidió que la desaparición del corral violaría el espíritu de la campaña de limpieza, así que tardó otra hora en arreglar la cerca.

Luego, extendió la lona delante de la cabaña donde dormía y hundió los postes lo más profundamente que pudo, apretando la pesada tierra a su alrededor, para que los sostuviera.

Había empezado a hacer calor y una vez que hubo terminado con los postes, el teniente se encontró entrando penosamente en la sombra que le ofrecía la cabaña de techo de paja. Se sentó en el borde de la cama, y apoyó la espalda contra la pared. Sentía los ojos pesados. Se dejó caer en el jergón para descansar un poco y no tardó en quedarse profunda y deliciosamente dormido.

Se despertó en plena forma, con la impresión de bienestar sensual que produce el haberse rendido por completo, en este caso a una pequeña siesta. Se desperezó lánguidamente; luego dejó caer una de las manos al costado de la cama y jugueteó con el suelo sucio, como si fuera un niño que estuviese soñando.

Se sentía maravillosamente bien allí tumbado, sin nada que hacer, y se le ocurrió pensar entonces que, además de inventarse sus propias obligaciones, también podría decidir su propio ritmo. Al menos por el momento. Decidió que, del mismo modo que se había rendido a la siesta, también se mostraría más flexible con respecto a otros placeres. Y así, se dijo a sí mismo que no le vendría nada mal ser un poco más perezoso.

Las sombras entraban por la puerta de la cabaña y, curioso por saber durante cuánto tiempo había dormido, Dunbar se metió una mano en los pantalones y extrajo el sencillo y viejo reloj de bolsillo que había sido el de su padre. Cuando se lo acercó a la cara se dio cuenta de que se había parado. Por un momento, consideró la idea de ponerlo en marcha con una hora aproximada, pero en lugar de eso dejó el viejo y gastado reloj sobre su estómago y se hundió en una profunda meditación.

¿Qué importaba ahora el tiempo? En realidad, ¿había importado alguna vez? Bueno, quizá fuera necesario, por ejemplo, en el movimiento de las cosas, los hombres y los materiales; o para cocinar las cosas correctamente; o para las escuelas, las bodas, los servicios religiosos o el ir a trabajar.

Pero ¿qué importaba eso aquí?

El teniente Dunbar se lio un cigarrillo y colgó la reliquia familiar en un conveniente clavo situado a medio metro por encima de la cama. Se quedó mirando fijamente los números de la esfera del reloj mientras fumaba, pensando que sería mucho más eficiente trabajar cuando una persona se sintiera con ganas de hacerlo, comer cuando se tuviera hambre o dormir cuando se tuviera sueño.

Dio una larga chupada al cigarrillo y lanzó una bocanada de humo azulado, poniéndose las manos por detrás de la cabeza, con expresión de satisfacción.

«Qué bueno sería vivir sin tiempo durante una temporada», pensó.

De pronto, escuchó el sonido de unos pesados pasos en el exterior. Se iniciaron, se detuvieron y se volvieron a escuchar. Una sombra en movimiento pasó ante la entrada de la cabaña y un momento más tarde la enorme cabeza de «Cisco» apareció a través del umbral. Tenía las orejas levantadas y los ojos muy abiertos, con una expresión de asombro. Parecía como un niño que hubiera invadido la intimidad del dormitorio de sus padres un domingo por la mañana.

El teniente Dunbar lanzó una fuerte risotada. El caballo dejó caer las orejas e imprimió a su cabeza una sacudida larga y casual, como si aparentara que aquella situación un tanto embarazosa no se hubiese producido. Sus ojos registraron la habitación con actitud imparcial. Luego miró directamente al teniente y movió uno de los cascos de la forma en que hacen los caballos cuando quieren espantarse las moscas.

Dunbar sabía que el animal quería algo.

Probablemente, salir a cabalgar un rato.

Había estado ocioso durante dos días.

El teniente Dunbar no era un jinete diestro. Nunca había recibido enseñanzas acerca de las sutilezas de la equitación. Su estructura, engañosamente fuerte a pesar de su delgadez, nunca se había sometido a ejercicios atléticos organizados. Pero algo le sucedía con los caballos. Esos animales siempre le habían gustado, desde que era un muchacho; quizá fuera ésa la razón. Aunque, en realidad, la razón no importa mucho. Lo que importa es que algo extraordinario sucedía cuando Dunbar saltaba a la grupa de un caballo, sobre todo si era un animal tan bien dotado como «Cisco».

Entre los caballos y el teniente Dunbar se producía una comunicación instantánea. Él tenía la habilidad para descifrar el lenguaje de un caballo. Y una vez que lo dominaba, el único límite era el cielo. Había dominado el dialecto de «Cisco» casi de inmediato, y había pocas cosas que ambos no pudieran hacer juntos. Cuando cabalgaban, lo hacían con la gracia de un grupo de danza.

Y cuanto más puro fuese el estilo, tanto mejor. Dunbar siempre había preferido un lomo desnudo antes que una silla, pero el ejército, claro está, no permitía esa clase de cosas. La gente se hacía daño y no había ni que pensar en ello durante las largas campañas militares.

Así que cuando el teniente entró en el barracón de avituallamiento en penumbras, extendió la mano automáticamente en busca de la silla, que había dejado en un rincón.

Se detuvo en medio de su gesto y reflexionó. El único ejército que había allí era él, y sabía que no se haría ningún daño por montar a pelo.

Así pues, tomó la brida de «Cisco» y dejó la silla donde estaba.

Estaban apenas a veinte metros del corral cuando volvió a ver el lobo. Le miraba fijamente desde el mismo lugar que había ocupado el día anterior, sobre el borde de la escarpadura situada al otro lado del río.

El lobo había empezado a moverse, pero cuando vio a «Cisco» se detuvo, se quedó como petrificado y luego, muy lentamente, volvió a su posición original y miró de nuevo al teniente, con fijeza.

Dunbar le devolvió la mirada con mayor interés del que había demostrado el día anterior. Se trataba del mismo lobo, de eso no cabía duda, con dos manchas blancas en las patas delanteras. Era grande y recio, pero hubo algo en él que le dio a Dunbar la impresión de que ya había dejado atrás su mejor edad. Su pelaje estaba sucio, y el teniente creyó distinguir una línea tortuosa a lo largo del hocico, lo que probablemente sería una vieja cicatriz. Mostraba una actitud alerta que sólo podía aprenderse con la edad. Parecía estar observándolo todo, sin mover un solo músculo. Sabiduría, ésa fue la palabra que acudió a la mente del teniente. La sabiduría es el premio que se alcanza después de haber sobrevivido muchos años, y el viejo animal aleonado de mirada vigilante había sobrevivido algo más de lo que le había correspondido.

«Es extraño que haya vuelto», pensó el teniente Dunbar.

Hizo avanzar ligeramente a «Cisco» y, al hacerlo, distinguió por el rabillo del ojo un cierto movimiento y miró hacia el otro lado del río.

El lobo también se había movido.

De hecho, siguió avanzando a medida que lo hacía él. Continuó así durante unos cien metros más, antes de que el teniente hiciera detener a «Cisco» de nuevo.

El lobo también se detuvo.

Dejándose guiar por un impulso, el teniente hizo dar a «Cisco» un cuarto de giro y se quedó mirando hacia el otro lado de la hondonada, directamente a los ojos del lobo. Y el teniente estuvo seguro de haber podido leer algo allí. Algo parecido a una sensación de nostalgia.

Estaba empezando a pensar en qué podía significar aquella impresión de nostalgia cuando el lobo bostezó y se volvió. Se lanzó a un ligero trote y no tardó en desaparecer.

13 de abril de 1863

Aunque estoy bien abastecido, he decidido racionar mis posesiones. La guarnición desaparecida o su relevo deberían estar aquí en cualquier momento. No me imagino que ahora puedan tardar mucho más tiempo.

En cualquier caso, me esfuerzo por consumir los productos de la forma en que lo haría si yo formara parte de esa guarnición, en lugar de ser su único miembro. Será duro cuando se me acabe el café, pero haré lo que pueda.

He empezado la confección del toldo. Si mis manos, que ahora están en un pobre estado, se ponen a funcionar por la mañana, es posible que tenga listo el toldo por la tarde.

Esta tarde he salido para efectuar una corta patrulla. No he descubierto nada.

Hay un lobo que parece muy interesado por lo que sucede aquí. Sin embargo, no da la impresión de que vaya a resultar una molestia y, aparte de mi caballo, es el único visitante que he tenido. En los dos últimos días, ha aparecido cada tarde. Si vuelve mañana, lo llamaré «Dos calcetines» tiene unas manchas blancas como la leche en las dos patas delanteras.

Tte. John J. Dunbar, EE.UU.

Capítulo

7

Los pocos días siguientes transcurrieron con suavidad.

El teniente Dunbar recuperó el uso de sus manos y el toldo quedó levantado. Veinte minutos después de haber terminado la tarea, cuando se estaba relajando bajo su sombra, apoyado sobre un barril, liando un cigarrillo, aumentó de pronto la fuerza de la brisa y el toldo se desmoronó sobre él.

Sintiéndose ridículo, salió a rastras, estudió el fallo durante unos pocos minutos y se le ocurrió la idea de instalar alambres de guía como solución. En lugar de alambre, utilizó cuerda y antes de que se pusiera el sol volvió a encontrarse a la sombra, con los ojos cerrados, fumando otro cigarrillo liado a mano, escuchando el agradable sonido de la lona movida suavemente por el viento, sobre su cabeza. Luego, utilizando una bayoneta, abrió una amplia ventana en la cabaña de paja, y extendió un trozo de lona sobre ella.

Trabajó largo y duro en el barracón de avituallamiento, aunque consiguió pocos progresos, a excepción de dejar libre una gran parte de la pared en mal estado. El resultado final de sus esfuerzos fue la aparición de un gran agujero. La paja original se desmoronaba cada vez que intentaba volverla a colocar, así que el teniente Dunbar se limitó a cubrir el agujero con otra sábana hecha a base de lona y se despreocupó de lo demás. El barracón de avituallamiento había sido un caso perdido desde el principio.

A últimas horas de las tardes, tumbado en su camastro, Dunbar pensaba una y otra vez en el problema del barracón de avituallamiento, pero a medida que transcurrieron los días fue dejando de pensar en él. El tiempo había sido muy bueno hasta entonces, sin que apareciera nada de la violencia característica de la primavera. La temperatura no podía ser más perfecta, el aire era suave como una pluma, la brisa era dulce y a últimas horas de las tardes hacía oscilar la lona que le servía de cortina para la ventana, por encima de su cabeza.

Los pequeños problemas diarios parecían fáciles de resolver a medida que transcurría el tiempo, y cuando terminaba de realizar su trabajo, el teniente se tumbaba en el jergón, con el cigarrillo encendido y se maravillaba ante la paz que sentía. Invariablemente, terminaba por sentir los ojos pesados y adquirió así la

costumbre de dormir una media hora de siesta antes de la cena.

«Dos calcetines» se convirtió en una costumbre. Cada atardecer aparecía en su lugar habitual de la escajadura y, al cabo de dos o tres días, el teniente Dunbar empezó a considerar como seguras las idas y venidas de su silencioso visitante. Ocasionalmente, observaba al animal que aparecía ante su vista, llegando al trote, pero lo más frecuente era que levantara la vista mientras llevaba a cabo alguna tarea, y lo viera de pronto allí, sentado sobre sus cuartos traseros, mirando fijamente desde el otro lado del río, con aquella curiosa pero inconfundible mirada de nostalgia.

Un atardecer, mientras «Dos calcetines» observaba, dejó junto al río un trozo de tocino del tamaño de un puño. A la mañana siguiente no quedaba ningún vestigio del tocino y aunque no tenía prueba alguna de que fuera así, Dunbar estuvo seguro de que «Dos calcetines» se lo había llevado.

El teniente Dunbar echaba de menos algunas cosas. Por ejemplo, la compañía de personas. Echaba de menos el placer de tomar una copa. Pero, sobre todo, echaba de menos a las mujeres, o más bien a una mujer. No es que pensara exactamente en el sexo, sino más bien en la necesidad de compartir. Cuanto más instalado se sentía en aquel estilo de vida libre y fácil en Fort Sedgewick, tanto más deseaba poder compartirlo con alguien, y al pensar en el elemento que le faltaba, hundía la barbilla y se quedaba mirando fija y tristemente hacia la nada.

Afortunadamente, estos estados de ánimo desaparecían con rapidez. Lo que pudiera faltarle era bien poco a la luz de lo que tenía. Su mente era libre. No había trabajo ni juego. Todo era una sola y misma cosa. No importaba que estuviera acarreado agua desde la corriente o disfrutando de una buena cena. Todo era lo mismo para él, y nada le parecía aburrido. Se imaginaba a sí mismo como una corriente individual en un río profundo. Estaba separado y, sin embargo, formaba parte del conjunto, todo al mismo tiempo. Era una sensación maravillosa.

Le encantaban las salidas diarias de reconocimiento, a lomos de «Cisco». Cada día cabalgaban en una dirección diferente, y a veces se alejaban hasta ocho o nueve kilómetros del fuerte. No vio búfalos, ni indios. Pero esa desilusión tampoco fue muy grande para él. La pradera era un lugar magnífico, resplandeciente de flores y lleno de caza. El pasto de los búfalos era lo mejor, tan vivo como un océano, ondulándose al viento en toda la extensión que eran capaces de abarcar sus ojos. Sabía que jamás se cansaría de aquella vista.

La tarde anterior al día en que el teniente Dunbar lavó su colada, él y «Cisco» se habían alejado poco más de un kilómetro del puesto cuando, por casualidad, miró por encima del hombro y allí estaba «Dos calcetines», siguiéndoles con su fácil trotecillo, a unos doscientos metros de distancia.

El teniente Dunbar detuvo su montura y el lobo aminoró el paso. Pero no se detuvo.

Miró con los ojos muy abiertos y reanudó el trotecillo. Al llegar a su altura, el viejo lobo se detuvo entre la hierba alta, a unos cincuenta metros a la izquierda de donde estaba el teniente, y se acomodó sobre sus cuartos traseros, a la espera de una señal para reanudar el paseo.

Siguieron cabalgando, internándose más y más en la pradera, y «Dos calcetines» les siguió. La curiosidad de Dunbar le indujo a efectuar varias paradas y reinicios de la marcha a lo largo del camino. «Dos calcetines», con los ojos amarillos siempre vigilantes, se detuvo y reinició la marcha en cada ocasión en que él lo hizo.

Incluso cuando Dunbar cambió de dirección y siguió un curso zigzagueante, el lobo hizo lo mismo, manteniéndose siempre a cincuenta metros de distancia. Cuando puso a «Cisco» a medio galope, el teniente quedó asombrado al ver que «Dos calcetines» también se lanzaba al trote.

Cuando se detuvo, miró a su fiel seguidor e intentó hallar una explicación. No cabía la menor duda de que este animal había conocido al hombre a lo largo de su vida. Quizá fuese medio perro. Pero cuando la mirada del teniente observaba el paisaje salvaje que le rodeaba, y que se extendía sin interrupción hasta el horizonte, no podía imaginarse a «Dos calcetines» más que como un lobo.

—Está bien —dijo el teniente en voz alta. «Dos calcetines» levantó las orejas—. Vámonos.

Los tres recorrieron un kilómetro y medio más antes de divisar un pequeño rebaño de antílopes. El teniente se quedó observando los cuernos acabados en punta, inclinados sobre la pradera, hasta que casi se perdieron de vista.

Al volverse para comprobar cuál había sido la reacción de «Dos calcetines», ya no pudo divisarlo por ninguna parte.

El lobo se había marchado.

Unas nubes se estaban formando por el oeste dejando escuchar el retumbar de unos truenos lejanos. Al iniciar el regreso, Dunbar no dejó de vigilar el frente de tormenta que se acercaba, avanzando en su dirección. La perspectiva de la lluvia agrió la expresión del rostro del teniente.

Realmente, tenía que ocuparse de su colada.

Las mantas habían empezado a oler como calcetines sucios.

Capítulo

8

La capacidad del teniente Dunbar para predecir el tiempo estuvo acorde con lo que suele decir la tradición.

Es decir, se equivocó por completo.

La espectacular tormenta se deslizó sobre él durante la noche sin descargar una sola gota de agua sobre Fort Sedgewick y a la mañana siguiente amaneció un día del más puro azul pastel, con un aire que casi daban ganas de bebérselo, y un sol clemente que tostaba todo aquello que tocaba, sin marchitar una sola hoja de hierba.

Mientras tomaba el café, el teniente releyó sus informes oficiales, escritos a lo largo de los últimos días, y llegó a la conclusión de que había hecho un muy buen trabajo a la hora de reflejar los hechos. Reflexionó durante un tiempo acerca de los datos subjetivos. En más de una ocasión tomó la pluma para tachar una línea, pero al final no cambió nada.

Se estaba sirviendo una segunda taza cuando observó la curiosa nube que se había formado allá lejos, hacia el oeste. Era una nube amarronada, de un marrón oscuro, que se extendía baja y plana sobre la base del cielo.

Pero era demasiado brumosa para ser una nube. Más bien parecía el humo procedente de un incendio. Sin duda alguna, los relámpagos de la noche anterior habrían alcanzado algo. Quizá se hubiese incendiado la pradera. Tomó una nota mental para vigilar aquella nube brumosa y emprender por la tarde un paseo en aquella dirección si la nube persistía. Había oído decir que los incendios de la pradera podían ser enormes y moverse con mucha rapidez.

Habían llegado el día anterior, poco antes del anochecer y, a diferencia del teniente Dunbar, les había llovido y estaban mojados.

Pero su ánimo no se había desalentado en lo más mínimo. Acababan de terminar el recorrido del último tramo desde el campamento de invierno situado más hacia el sur. Eso, y la perspectiva de la primavera, constituían la más feliz de las épocas. Sus ponis engordaban y se fortalecían a cada día que pasaba, la marcha había tonificado a todo el mundo después de meses de relativa inactividad, y dentro de poco se iniciarían los preparativos para las cacerías del verano. Eso les hacía sentirse aún más felices, con una felicidad experimentada en la boca de todos los estómagos. Los

búfalos empezaban a llegar. Los grandes banquetes estaban cercanos.

Y como éste había sido un campamento de verano durante generaciones, una fuerte sensación de hallarse de nuevo en casa aligeraba los corazones de los 172 hombres, mujeres y niños que componían el grupo.

El invierno había sido suave y el grupo lo había dejado atrás conservando una forma excelente. Hoy, en la primera mañana en que se sentían como en casa, las sonrisas abundaban por todo el campamento. Los jóvenes retozaban entre el rebaño de ponis, los guerreros contaban historias, y las mujeres realizaban las tareas propias de la preparación del desayuno con mayor alegría de lo habitual. Eran comanches.

La nube de humo que el teniente Dunbar tomara por un incendio de la pradera se había elevado de sus hogueras de campamento.

Habían acampado junto a la misma corriente, a doce kilómetros al oeste de Fort Sedgewick.

Dunbar tomó todo aquello que necesitaba una buena colada y lo metió dentro de una mochila. Luego se echó las mantas malolientes sobre los hombros, buscó un trozo de jabón y bajó al río.

Mientras se acurrucaba junto a la corriente, sacando la ropa sucia de la mochila, pensó que también le vendría bien lavar lo que llevaba puesto.

Pero entonces no le quedaría nada que ponerse mientras se secaba todo.

Sólo le quedaba el abrigo.

«Pero qué estúpido», dijo para sus adentros, y luego, lanzando una risotada, dijo en voz alta:

—Aquí sólo estamos yo y la pradera.

Era una buena sensación aquello de sentirse desnudo. De acuerdo con ese espíritu, hasta se quitó su sombrero de oficial.

Al inclinarse sobre el agua, con un puñado de ropa entre los brazos, vio su propio reflejo en la superficie cristalina. Era la primera vez que se veía a sí mismo en más de dos semanas. Y eso le dio en qué pensar.

Tenía el cabello más largo. Su rostro parecía más enjuto, a pesar de la barba que le había salido. Definitivamente, había perdido algo de peso, pero al teniente le pareció que tenía buen aspecto. La mirada de sus ojos era más penetrante que nunca., y sonrió como un muchacho al contemplar su reflejo, como si reconociera con ello el afecto que pudiera haber sentido por alguien.

Cuanto más contemplaba la barba, menos le gustaba. Corrió en busca de su navaja.

El teniente no pensó en su piel mientras se afeitaba. Su piel siempre había sido la misma. Los hombres blancos tienen pieles con muchos matices. Algunos son tan blancos como la nieve.

La piel del teniente Dunbar era tan blanca como para apartar los ojos de ella.

Pájaro Guía había abandonado el campamento antes del amanecer. Sabía que nadie le preguntaría por el motivo de su marcha. Nunca tenía que dar explicaciones por sus movimientos, y sólo raras veces por sus acciones. No, a menos que se tratara de acciones pobremente desarrolladas, porque las acciones pobremente desarrolladas podían conducir a la catástrofe. Pero aunque era nuevo, aunque era un chamán plenamente reconocido desde hacía sólo un año, ninguna de sus acciones había conducido a una catástrofe.

En realidad, había actuado bien. En dos ocasiones había producido pequeños milagros. Se sentía muy bien con respecto a los milagros, pero se sentía lo mismo de bien con respecto al pan y la sal de su trabajo, que consistía en ocuparse del bienestar cotidiano del grupo. Llevaba a cabo un sinfín de trabajos administrativos, atendía a las disputas de importancia diversa, practicaba bastante la medicina y asistía a los interminables consejos que tenían lugar cada día. Todo eso, además de ocuparse de dos esposas y cuatro hijos. Y todo ello realizado con una oreja y un ojo dirigidos hacia el Gran Espíritu, siempre a la escucha, siempre observando el más ligero sonido o señal.

Pájaro Guía llevaba muy honorablemente sus numerosas obligaciones, y eso era algo que todos sabían. Lo sabían porque conocían al hombre. Pájaro Guía no tenía en su cuerpo un solo hueso egoísta, y cuando cabalgaba, lo hacía con el peso de un gran respeto.

Algunos de los que también se habían levantado temprano podrían haberse preguntado a dónde se dirigía tan pronto, pero jamás se habrían atrevido a preguntárselo.

Pájaro Guía no se disponía a cumplir ninguna misión especial. Había decidido cabalgar por la pradera para aclararse la cabeza. Le disgustaban los grandes movimientos: del invierno al verano, del verano al invierno. El tremendo estruendo que producían no hacía más que distraerlo. Distraía su oreja y su ojo, que él trataba de mantener aguzados y dirigidos hacia el Gran Espíritu, y en esta primera mañana, después de la larga marcha, sabía que el ruido propio de la instalación del campamento sería algo más de lo que él podría soportar.

Así pues, había montado en su mejor poni, un castaño de ancho lomo, y se había alejado cabalgando hacia el río, siguiéndolo a lo largo de varios kilómetros, hasta que llegó a un pequeño montículo que conocía desde que era un muchacho.

Una vez allí, esperó a que la pradera se le revelara, y cuando así lo hizo, Pájaro Guía se sintió contento. Nunca le había parecido que tuviera tan buen aspecto como ahora. Allí estaban todos los signos correctos que auguraban un verano abundante. Habría enemigos, desde luego, pero la tribu era ahora muy fuerte. Pájaro Guía no pudo evitar que por su rostro se extendiera una sonrisa. Estaba seguro de que sería

una temporada muy próspera.

Una hora más tarde su optimismo no había disminuido en lo más mínimo. «Daré un paseo por este hermoso país», se dijo Pájaro Guía y espoleó su caballo hacia el sol que se elevaba en el horizonte.

Había hundido ya las dos mantas en el agua antes de recordar que había que golpear antes la ropa sucia. Pero no vio una sola roca cerca.

Apretándose las mantas y el resto de las ropas contra el pecho, el teniente Dunbar, novato en aquellas tareas de la colada, avanzó con lentitud corriente abajo, moviéndose con precaución sobre los pies desnudos.

Unos cuantos cientos de metros más adelante encontró un afloramiento rocoso en el agua que podía hacer muy bien las veces de plancha de lavar. Consiguió toda la espuma que pudo con el jabón y, tal y como haría un buen novato, empezó a enjabonar con precaución una de las mantas.

Poco a poco, fue aprendiendo a hacerlo, y a cada nueva pieza de ropa que tomaba, la rutina de enjabonarla, golpearla y enjuagarla se iba haciendo más experta, hasta que al final Dunbar se afanó haciendo su trabajo con la resolución, si bien quizá no con la precisión, de una lavandera bien curtida.

En las dos semanas que ya llevaba allí había cultivado un nuevo aprecio por el detalle y ahora, dándose cuenta de que las primeras piezas de ropa no las había hecho bien del todo, las volvió a lavar.

A poca distancia de la orilla crecía un pequeño roble en el que colgó su colada a secar. Aquél era un buen lugar, lleno de sol y donde la brisa no soplaba demasiado fuerte. Sin embargo, transcurriría algún tiempo antes de que la ropa se secara, y se había olvidado el tabaco.

El teniente desnudo decidió no esperar e inició el camino de regreso hacia el fuerte.

Pájaro Guía había escuchado historias desconcertantes relativas a su número. En más de una ocasión había oído decir a otros que eran más numerosos que los pájaros, y eso transmitió al chamán una sensación de incomodidad, que se instaló en el fondo de su mente.

Y, sin embargo, y sobre la base de lo que había visto en realidad, los bocapeludas sólo inspiraban lástima.

Parecían ser más bien una raza triste.

Aquellos pobres soldados del fuerte, tan ricos en mercancías y, sin embargo, tan pobres en todo lo demás. Disparaban sus armas muy mal, montaban muy mal sus enormes y lentos caballos. Se suponía que eran los guerreros del hombre blanco, pero no estaban alertas. Y se asustaban con facilidad. Apoderarse de sus caballos había sido cosa de risa, como recoger bayas de un arbusto.

Aquellos hombres blancos representaban un misterio para Pájaro Guía. No podía

pensar en ellos sin sentirse mentalmente confundido.

Como le sucedía, por ejemplo, con los soldados del fuerte. Vivían sin estar acompañados por sus familias. Y vivían sin sus más grandes jefes. A pesar de la evidencia de la presencia del Gran Espíritu por todas partes, en todo aquello que podía verse, ellos adoraban cosas escritas en un papel. Y eran tan sucios. Ni siquiera eran capaces de mantenerse limpios.

Pájaro Guía no podía ni imaginarse cómo aquellos bocapeludas podrían haberse mantenido durante un año. Y, sin embargo, se decía que prosperaban. Eso era algo que no comprendía.

Había empezado a seguir esta línea de pensamiento cuando pensó en el fuerte y decidió acercarse un poco. Esperaba que ya se habrían marchado, pero pensó que, de todos modos, lo comprobaría. Y ahora, sentado sobre su poni, mirando a través de la pradera, pudo ver a primera vista que el lugar había mejorado bastante. El fuerte del hombre blanco aparecía limpio. Un gran cuero se movía al viento. Un caballo pequeño, de bastante buen aspecto, estaba en el corral. No se apreciaba ningún movimiento. No se escuchaba ningún sonido. Aquel lugar debería haber estado muerto. Pero alguien lo había mantenido con vida.

Pájaro Guía hizo avanzar su caballo al paso.

Tenía que echar un vistazo desde más cerca.

El teniente Dunbar se entretuvo en su camino de regreso a lo largo de la corriente. Había tantas cosas que ver.

De una forma extrañamente irónica, el hecho de no llevar puestas las ropas hacía que se sintiera menos visible. Quizá las cosas fueran así. Cada pequeña planta, cada insecto que zumbara, parecían atraer su atención. Sentía que todo a su alrededor estaba notablemente vivo.

De pronto, justo delante de él, a menos de una docena de pasos de distancia, surgió volando un gavilán de cola roja, con una pequeña ardilla agitándose al extremo de sus garras.

A medio camino, se detuvo a la sombra de un chopo para observar a un tejón que excavaba su madriguera a poca distancia por encima de la superficie del agua. De vez en cuando, el tejón se detenía en su tarea y se volvía a mirar al teniente desnudo, pero luego seguía excavando.

Ya cerca del fuerte, Dunbar se detuvo para contemplar el entrelazamiento de los cuerpos de dos amantes. Una pareja de serpientes negras de agua se retorcían extáticamente en las aguas poco profundas de la corriente y, como suele suceder con todos los amantes, estaban dedicadas por entero a su actividad, sin darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor, ni siquiera cuando la sombra del teniente pasó sobre ellas.

Inició el camino de ascenso de la pendiente verdaderamente encantado, sintiéndose allí tan fuerte como cualquier otro ser, con la sensación de haberse

convertido en un verdadero ciudadano de la pradera.

Cuando su cabeza apareció por el risco, vio en seguida el poni castaño.

En ese mismo instante, distinguió la silueta que se movía bajo la sombra del toldo. Una fracción de segundo más tarde, la figura salió al sol y Dunbar se escondió, acurrucándose en una hendedura, justo por debajo del borde del risco.

Permaneció espatarrado sobre unas piernas temblorosas, con unas orejas tan grandes como platos, escuchando con una concentración que daba la impresión de que el oído fuera el único sentido que poseyera.

Su mente funcionó a toda velocidad. Unas imágenes fantásticas cruzaron ante los ojos cerrados del teniente. Pantalones con flecos. Mocasines con cuentas. Un hacha con pelo colgando de ella. Un peto de hueso reluciente. La pesada y brillante cabellera cayendo dividida a su espalda. Los ojos, negros y profundos. Una nariz grande. La piel del color de la arcilla. La pluma balanceándose en la brisa, en la parte posterior de la cabeza.

Sabía que se trataba de un indio, pero nunca había esperado nada tan salvaje, y la conmoción que le produjo le dejó tan atontado como si le hubieran propinado un mazazo en la cabeza.

Dunbar permaneció encogido por debajo del risco, con las nalgas rozando el suelo y unas gotas de sudor frío llenando poco a poco su frente. Apenas si era capaz de comprender lo que acababa de ver y tenía miedo de volver a mirar.

Escuchó el relincho de un caballo y, haciendo un esfuerzo para acumular todo su valor, atisbo lentamente por encima del risco.

El indio estaba en el corral. Se dirigía hacia «Cisco», llevando un lazo de cuerda en la mano.

En cuanto el teniente Dunbar vio esto, su parálisis se evaporó como por ensalmo. Dejó incluso de pensar, se puso en pie de un salto y acabó de subir a gatas a lo alto de la pendiente. Lanzó un grito y su rugido cortó la quietud como el restallido de un disparo.

—¡Eh, tú!

Pájaro Guía dio un verdadero salto en el aire.

Al girarse para enfrentarse a la voz que tanto le había asustado, el hechicero comanche se encontró frente a frente con la más extraña aparición que hubiera visto jamás.

Un hombre desnudo. Un hombre desnudo atravesando directamente el patio, blandiendo los puños, con la mandíbula adelantada y la piel tan blanca que casi dolían los ojos de mirarlo.

Pájaro Guía retrocedió, horrorizado, se enderezó y en lugar de saltar la cerca del corral, pasó justo a través de ella, derribándola, cruzó el patio a toda velocidad, saltó sobre su poni y salió de allí a todo galope como si llevara el diablo pegado a la cola

de su caballo.

No se volvió a mirar ni una sola vez.

Capítulo 9

27 de abril de 1863

He tenido mi primer contacto con un indio salvaje.

Uno vino al fuerte y trató de robarme el caballo. Cuando aparecí, se asustó mucho y huyó. No sé cuántos más puede haber por las cercanías, pero supongo que donde hay uno seguro que hay muchos más.

Estoy tomando medidas para prepararme para otra visita. No puedo organizar una defensa adecuada, pero intentaré causar una gran impresión cuando vuelvan otra vez.

Sin embargo, sigo estando solo, y es posible que todo esté perdido, a menos que las tropas vengan rápidamente.

El hombre con el que me encontré era un tipo de un aspecto magnífico.

Tte. John J. Dunbar, EE.UU.

Dunbar se pasó los dos días siguientes tomando medidas, muchas de ellas destinadas a dar una impresión de fuerza y estabilidad. El hecho de que un solo hombre tratara de prepararse para la embestida furiosa de incontables enemigos podría haber parecido una verdadera locura, pero la verdad es que el teniente poseía una cierta fortaleza de carácter que le permitía trabajar muy duro precisamente cuando disponía de tan poco. Ése era un buen rasgo y ayudaba a hacer de él un buen soldado.

Continuó con sus preparativos como si no fuera más que otro hombre de la guarnición del fuerte. Su primera prioridad consistió en esconder las provisiones. Hizo una selección entre todo el inventario y separó los artículos más necesarios. Lo demás lo enterró con gran cuidado en agujeros que hizo alrededor del fuerte. Apiló las herramientas, la lámpara de petróleo, varias cajas de clavos y otros materiales de construcción, guardándolo todo en uno de los antiguos agujeros que habían servido como dormitorios de los hombres. Luego lo cubrió con un trozo de lona alquitranada y extendió montones de tierra sobre el lugar. Después de varias horas de trabajo

meticuloso, el escondite daba toda la impresión de formar una parte natural de la pendiente.

Trasladó dos cajas de rifles y media docena de pequeños barriles de pólvora y balas hasta donde crecía la hierba alta. Allí, arrancó con la pala más de veinte trozos de pradera, cada uno de aproximadamente un pie cuadrado, sin arrancar por ello la hierba, y situados uno junto al otro. En ese mismo lugar, excavó un agujero profundo, de unos seis pies cuadrados, y enterró los pertrechos. Al final de la tarde ya había vuelto a colocar los trozos de tierra con la hierba, haciéndolo con tanto cuidado que ni el ojo más experimentado habría podido detectar cualquier perturbación de la zona. Marcó el lugar con una costilla reseca de búfalo, que enterró en el suelo formando un ángulo determinado a pocos metros por delante del lugar secreto.

En el barracón de avituallamiento encontró un par de banderas de Estados Unidos y, utilizando como mástiles dos de los postes del corral, las izó en ellos, colocando una sobre el tejado del barracón de suministros y la otra sobre su propio alojamiento.

Los paseos de la tarde se convirtieron a partir de entonces en cortas patrullas circulares que hacía alrededor del fuerte, sin perderlo nunca de vista.

«Dos calcetines» apareció como siempre sobre el risco de enfrente, pero Dunbar estuvo demasiado ocupado como para prestarle mucha atención.

Se acostumbró de nuevo a llevar el uniforme completo en cada ocasión, a mantener relucientes sus botas de montar, a procurar que el sombrero estuviera limpio de polvo y conservar el rostro bien afeitado. No iba a ninguna parte, ni siquiera a la corriente de agua, sin llevar consigo un rifle, una pistola y una canana llena de munición.

Después de dos días de febril actividad se sintió todo lo preparado que podía sentirse.

29 de abril de 1863

A estas alturas ya se debe de haber informado de mi presencia aquí. He terminado de hacer todos los preparativos que se me han ocurrido. Estoy a la espera.

Tte. John J. Dunbar, EE.UU.

Pero la presencia del teniente Dunbar en Fort Sedgewick no fue comunicada a nadie.

Pájaro Guía hizo que Hombre Que Brilla Como La Nieve se alejara de sus pensamientos. Durante dos días, el chamán permaneció sumido en sí mismo,

profundamente perturbado por lo que había visto, haciendo grandes esfuerzos por comprender el significado de lo que, en un principio, creyó que se trataba de una alucinación de pesadilla.

Después de mucha reflexión, sin embargo, terminó por admitir que lo que había visto fue algo real.

Y, en cierto modo, esta conclusión ya no le creó más problemas. El hombre era real. Tenía vida. Estaba allí. Además de eso, Pájaro Guía también llegó a la conclusión de que Hombre Que Brilla Como La Nieve debía estar relacionado, de algún modo, con el destino de la tribu. En caso contrario, el Gran Espíritu no se habría molestado en presentarle la visión de aquel hombre.

Había aceptado la responsabilidad de adivinar el significado de todo esto, pero, por mucho que lo intentaba, no lo lograba. En su conjunto, la situación le preocupaba mucho más que cualquier otra cosa que él hubiera experimentado.

En cuanto regresó de aquel fatídico paseo hasta Fort Sedgewick, sus esposas se dieron cuenta de que algo le preocupaba. Pudieron observar un cambio muy claro en la expresión de sus ojos. Pero, aparte de cuidar a su esposo de una forma extra, las mujeres no dijeron nada y continuaron con su trabajo.

Había un puñado de hombres que, al igual que Pájaro Guía, ejercían una gran influencia en la tribu. De entre todos ellos, nadie era más influyente que Diez Osos. Era el más venerado de todos y, a los sesenta años, su vigor, su sabiduría, y la mano notablemente firme con la que guiaba a la tribu, sólo se veían superadas por su extraña habilidad para saber por qué caminos iban a soplar a continuación los vientos de la fortuna, independientemente de lo grandes o pequeños que éstos fueran.

Diez Osos pudo observar a primera vista que algo le había sucedido a Pájaro Guía, a quien consideraba como un miembro importante de la tribu. Pero él tampoco dijo nada. Tenía la costumbre de esperar y observar, y eso le servía bien.

Pero, después de transcurridos dos días, a Diez Osos le pareció evidente que algo muy grave tenía que haber sucedido, de modo que a últimas horas de aquella tarde hizo una visita casual al hogar de Pájaro Guía.

Durante veinte minutos, estuvieron fumando en silencio el tabaco del hechicero, antes de empezar a comentar pequeñas habladurías sobre cosas sin importancia. Justo en el momento adecuado, Diez Osos dirigió la conversación hacia aguas más profundas, planteando una pregunta general. Le preguntó a Pájaro Guía cómo se sentía, desde un punto de vista espiritual, acerca de las perspectivas para el verano.

El hechicero le comunicó que las señales eran buenas, pero sin entrar en mayores detalles. Un chamán que no se preocupara de hacer su trabajo de un modo bien elaborado era para Diez Osos como un obsequio sin valor. Por ello, estuvo seguro de que Pájaro Guía se había guardado algo.

Luego, con la habilidad de un diplomático maestro, Diez Osos preguntó acerca de

la existencia de señales potencialmente negativas.

Las miradas de los dos hombres se encontraron. Diez Osos le había arrinconado de la forma más suave posible.

—Hay una —admitió Pájaro Guía.

Y en cuanto lo hubo dicho así, Pájaro Guía experimentó un alivio repentino, como si le hubieran desatado las manos. A continuación, lo dijo todo: el paseo, la visita al fuerte, el hermoso caballo de piel canela, y el Hombre Que Brilla Como La Nieve.

Una vez que hubo terminado, Diez Osos encendió de nuevo la pipa y aspiró pensativamente el humo, antes de dejarla entre ellos.

—¿Tenía el aspecto de un dios? —preguntó.

—No. Parecía un hombre —contestó Pájaro Guía—. Caminaba como un hombre, producía sonidos como los de un hombre. Su forma era la de un hombre. Hasta su sexo era el de un hombre.

—Nunca había oído hablar de un hombre blanco sin ropas —dijo Diez Osos con una expresión de recelo—. ¿Y es cierto que su piel reflejaba el sol?

—Escocía en los ojos.

Los dos hombres volvieron a guardar silencio. Al cabo de un rato, Diez Osos se levantó.

—Ahora me dedicaré a pensar en esto —dijo.

Diez Osos ahuyentó a todo el mundo de su tienda y permaneció sentado, a solas consigo mismo, durante más de una hora, pensando en lo que Pájaro Guía acababa de contarle.

Tuvo que pensar muy duro.

Sólo había visto hombres blancos en unas pocas ocasiones y, al igual que le sucedía a Pájaro Guía, no podía comprender su comportamiento. Debido a su acreditado gran número, tendrían que ser observados y, de algún modo, controlados, pero por el momento no habían sido más que una molestia permanente para la mente.

A Diez Osos nunca le gustaba pensar en ellos.

¿Cómo era posible que existiera una raza de mentalidad tan confusa?, pensó.

Pero se estaba desviando del tema y Diez Osos se reprendió internamente por su forma tan inconveniente de pensar. ¿Qué sabía él en realidad sobre el pueblo blanco? No sabía prácticamente nada... Eso, al menos, tenía que admitirlo.

Y como ejemplo estaba aquel extraño del fuerte. Quizá fuera un espíritu. Quizá fuese un tipo diferente de hombre blanco. Diez Osos admitió que cabía la posibilidad de que el ser que Pájaro Guía había visto fuera el primero de un pueblo completamente nuevo.

El viejo jefe suspiró para sí mismo, al tiempo que su cerebro amenazaba con desbordarse. Ya había demasiadas cosas por hacer, con la perspectiva de la caza del

verano. Y ahora, encima, se presentaba esto.

No pudo llegar a ninguna conclusión.

Y entonces, Diez Osos decidió convocar un consejo.

La reunión se inició antes de la puesta del sol, pero duró hasta bien entrada la noche, lo bastante como para atraer la atención colectiva del poblado, sobre todo de los hombres jóvenes, que se reunieron a su vez en pequeños grupos para especular sobre lo que podían estar discutiendo sus mayores.

Después de una buena hora de preparativos preliminares, los hombres abordaron el asunto. Pájaro Guía relató su historia. Una vez que hubo terminado, Diez Osos solicitó la opinión de los miembros del consejo.

Fueron numerosas, y muy variadas.

Cabello al Viento era el más joven de todos ellos, y un guerrero impulsivo pero experimentado. Pensó que debían enviar un grupo inmediatamente, para asaltar el fuerte y arrojar flechas sobre el hombre blanco. Si se trataba de un dios, las flechas no tendrían el menor efecto. Si era un ser mortal, tendrían un bocapeluda menos del que preocuparle. Cabello al Viento añadió que se sentiría muy contento de dirigir la partida.

Su sugerencia, sin embargo, fue rechazada por otros. Si aquella persona era un dios, no sería una buena idea arrojarle flechas. Y en cuanto a la cuestión de matar a un hombre blanco, eso era algo que había que tratar con cierta delicadeza. Un hombre blanco muerto podía producir la aparición de otros muchos vivos.

Cuerno de Toro era conocido por ser más conservador. Nadie se atrevería a poner en duda su bravura, pero era cierto que, habitualmente, optaba por la discreción en la mayoría de los temas. Hizo una sugerencia sencilla. Enviar una delegación para parlamentar con Hombre Que Brilla Como La Nieve.

Cabello al Viento esperó a que Cuerno de Toro hubiera terminado su declaración, bastante larga. Luego, se abalanzó sobre la idea con ánimo vengativo. Lo esencial de su discurso hizo hincapié en un punto que nadie se atrevió a discutir. Los comanches no enviaban a guerreros respetables a preguntarle a un hombre blanco solitario, insignificante e intruso qué asuntos le habían hecho aparecer por allí. Después de esto, nadie dijo gran cosa más, y cuando volvieron a hablar, la conversación abordó otros temas, como los preparativos para la caza y la posibilidad de enviar partidas de guerra contra diversas tribus. Durante otra hora más, los hombres se detuvieron en comentar rumores inconcretos e informaciones que pudieran estar relacionadas con el bienestar de la tribu.

Cuando finalmente volvieron a abordar la delicada cuestión de qué hacer con el hombre blanco, los ojos de Diez Osos se cerraban y ya empezaba a cabecear. Estaba claro que aquella noche no llegarían a ninguna parte. El anciano ya roncaba ligeramente cuando los demás abandonaron en silencio su tienda.

Así pues, el tema quedó sin resolver.

Pero eso no quería decir que no se hiciera nada al respecto.

En cualquier grupo pequeño y estrechamente relacionado resulta muy difícil guardar secretos, y aquella misma noche, algo más tarde, el hijo de catorce años de Cuerno de Toro escuchó a su padre comentar en murmullos lo esencial de la discusión del consejo con un tío que había acudido a visitarle. Así, oyó hablar del fuerte y de Hombre Que Brilla Como La Nieve, y también del hermoso caballo color canela, la pequeña montura que Pájaro Guía había descrito como igual a diez ponis. Y eso fue algo que encendió su imaginación.

El hijo de Cuerno de Toro no pudo dormir guardando en la cabeza aquel conocimiento y aún más tarde aquella misma noche, salió sigilosamente de la tienda para contarles lo que sabía a sus dos mejores amigos, para hablar con ellos de la gran oportunidad con la que se habían encontrado.

Tal y como esperaba, Lomo de Rana y Risueño se resistieron al principio. Sólo había un caballo. ¿Cómo se podía dividir un caballo entre los tres? Eso no representaba gran cosa. Además, cabía la posibilidad de que hubiera un dios blanco rondando por allí. Todo eso daba mucho en qué pensar.

Pero el hijo de Cuerno de Toro estaba preparado para replicarles. Ya lo tenía todo pensado. En cuanto al dios blanco, ésa era la mejor parte. ¿Acaso no querían seguir todos ellos el sendero de la guerra? Y, cuando llegara el momento, ¿no tendrían que acompañar a guerreros veteranos? ¿Y no sería lo más probable que vieran muy poca acción directa? ¿No sería lo más probable que tendrían muy pocas oportunidades para distinguirse?

Pero lanzarse contra un dios blanco; tres muchachos contra un dios. Eso sí que sería algo digno de elogio. La gente podría componer canciones sobre eso. Si le arrancaban el caballo, habría buenas oportunidades para que cada uno de ellos se viera pronto al frente de una partida de guerra, en lugar de tener que seguir a los demás.

En cuanto al caballo, bueno, el hijo de Cuerno de Toro sería su propietario, pero los otros dos tendrían el derecho de montarlo. Podrían hacer carreras si así lo deseaban.

Y ahora, ¿quién se atrevía a decir que aquél no era un buen plan?

Sus corazones ya latían aceleradamente cuando atravesaron el río y eligieron tres buenas monturas de la manada. Se alejaron a pie del poblado, conduciendo a los caballos, y trazaron un amplio círculo, rodeándolo en un arco.

Una vez que estuvieron seguros de no ser escuchados, los muchachos montaron y azuzaron a sus ponis, lanzándolos al galope y cantando para fortalecer sus corazones. Cabalgaron así por la pradera a oscuras, manteniéndose cerca de la corriente que les llevaría directamente a Fort Sedgewick.

Durante dos noches, el teniente Dunbar fue todo un soldado, durmiendo con una oreja abierta.

Pero los muchachos que llegaron no lo hicieron como jueguistas que buscaran emociones. Se trataba de jóvenes comanches y estaban participando en la acción más seria de toda su vida.

El teniente Dunbar no les oyó llegar.

Luego, el galope de los cascos y los gritos de alegría le despertaron, pero para cuando logró salir casi a trompicones por la puerta de la cabaña ya no eran más que sonidos, fundidos con la vastedad de la pradera envuelta por la noche.

Los jóvenes cabalaron con rapidez. Todo había salido perfectamente. Apoderarse del caballo había sido fácil y lo mejor de todo era que ni siquiera habían visto al dios blanco.

Pero no habían querido correr riesgos. Los dioses eran capaces de hacer muchas cosas fantásticas, sobre todo cuando se enojaban. Así que los jóvenes no se detuvieron ni a felicitarse por su éxito. Cabalaron a galope tendido, decididos a no aminorar la marcha hasta haber alcanzado la seguridad del poblado.

Sin embargo, se encontraban apenas a tres kilómetros de distancia del fuerte, cuando «Cisco» decidió ejercer su voluntad. Y su voluntad no consistía en alejarse con aquellos jóvenes.

Iban lanzados todos a galope tendido cuando el caballo color canela dio de pronto un fuerte tirón y cambió de dirección. El hijo de Cuerno de Toro se vio desmontado de su poni como si se hubiera encontrado en su camino con la rama de un árbol.

Lomo de Rana y Risueño trataron de darle caza, pero «Cisco» siguió cabalgando, arrastrando la trailla tras él. Era capaz de alcanzar una gran velocidad, y cuando parecía que la velocidad se agotaba, su nervio se hacía cargo de la situación.

Los ponis de los indios no podrían haberlo alcanzado ni aunque hubieran estado frescos.

Dunbar acababa de prepararse una taza de café y estaba sentado con aspecto triste junto al fuego, cuando «Cisco» apareció trotando con naturalidad junto a la luz parpadeante de la hoguera.

El teniente se sintió más aliviado que sorprendido. El hecho de que le robaran el caballo le había enfurecido más que un abejorro. Pero «Cisco» ya había sido robado antes, dos veces para ser exactos, y el animal siempre había encontrado la forma de regresar, como si fuera un perro fiel.

El teniente Dunbar le quitó la trailla comanche, comprobó el estado del caballo por si tenía cortes y cuando el cielo ya empezaba a tornarse rosado por el este, bajó

con él a la corriente de agua para que bebiera.

Mientras estaba sentado junto a la corriente, Dunbar observó la superficie. Los pequeños peces del río empezaban a morder las hordas de insectos invisibles que se posaban sobre la superficie del agua y, de repente, el teniente se sintió tan impotente como uno de aquellos diminutos insectos.

Los indios podrían haberlo matado con la misma facilidad con la que le habían robado el caballo.

La idea de la muerte le preocupó. «Podría estar muerto esta misma tarde», pensó. Pero lo que más le molestó fue la perspectiva de morir como un insecto.

Y en ese preciso momento, allí mismo, junto al río, decidió que si iba a tener que morir, eso no le sucedería estando en la cama.

Sabía que algo se había puesto en movimiento, algo que lo hacía vulnerable de una forma que le produjo un escalofrío por la espalda. Quizá él fuera un ciudadano de la pradera, pero eso no significaba que fuera aceptado. Él era como el chico recién llegado a la escuela. Los ojos de todos ellos estarían pendientes de él.

La espina dorsal aún le hormigueaba cuando condujo a «Cisco» de regreso al fuerte, pendiente arriba.

El hijo de Cuerno de Toro se había roto el brazo.

Fue entregado en manos de Pájaro Guía en cuanto el trío de jóvenes sucios y futuros guerreros entró en el poblado.

Los muchachos empezaron a preocuparse en cuanto el hijo de Cuerno de Toro descubrió que el brazo no le funcionaba. Si nadie hubiera resultado herido como consecuencia de su malograda incursión, podrían haberla mantenido en secreto. Pero las preguntas se plantearon inmediatamente y, aunque pudieran tener tendencia a arreglar un tanto los hechos, los jóvenes eran comanches, y los comanches tenían una gran dificultad para mentir. Incluso los muchachos.

Mientras Pájaro Guía actuaba sobre su brazo, y teniendo como oyentes a su padre y a Diez Osos, el hijo de Cuerno de Toro contó la verdad de lo que había sucedido.

No era nada insólito que un caballo robado se escapara de sus captores y regresara a su hogar, pero como cabía la posibilidad de que tuvieran que vérselas con un espíritu, la cuestión del caballo adquirió una gran importancia y los ancianos interrogaron más concienzudamente al muchacho herido.

Cuando éste les dijo que el caballo no había sido montado por ningún espectro, y que se había escapado deliberadamente, los rostros de sus mayores se hicieron notablemente más largos.

Se convocó en seguida otro consejo.

Esta vez, todo el mundo sabía ya de qué se trataba, pues la historia del infortunio de los muchachos se había convertido con gran rapidez en la comidilla de todo el

poblado. Algunas de las personas más impresionables de la tribu sufrieron verdaderos ataques de nervios cuando se enteraron de que un extraño dios blanco podría estar merodeando por los alrededores, pero la mayoría continuó ocupándose de sus tareas habituales, con la sensación de que al consejo convocado por Diez Osos se le ocurriría algo.

No obstante, todo el mundo se sentía angustiado.

Sin embargo, sólo una persona de entre todos ellos se sintió verdaderamente aterrorizada.

Capítulo 10

Ella ya se sintió aterrorizada el verano anterior, cuando se descubrió que los soldados blancos habían llegado al territorio. La tribu nunca había llegado a encontrarse con los bocapeludas, como no fuera para matar a varios, en ocasiones aisladas. Ella había confiado en que nunca llegarán a encontrarse con ellos.

A finales del verano anterior, cuando robaron los caballos de los soldados blancos, sintió verdadero pánico y huyó. Estaba segura de que los soldados blancos acudirían al poblado. Pero no lo hicieron.

No obstante, no dejó de sentir un hormigueo hasta que se decidió que, sin sus caballos, los soldados blancos estaban prácticamente impotentes. Sólo a partir de entonces pudo relajarse un poco, aunque la horrible nube de temor que la siguió durante todo el verano sólo desapareció por completo cuando, finalmente, levantaron el campamento y emprendieron el camino hacia los territorios para pasar el invierno.

Ahora, el verano había vuelto otra vez, y durante todo el camino de regreso desde el campamento de invierno había rezado fervientemente para que los bocapeludas se hubieran marchado. Sus oraciones no habían sido contestadas y, una vez más, sus días se vieron envueltos por la preocupación, hora tras hora.

Su nombre era En Pie con el Puño en Alto.

Ella, de entre todos los comanches, sabía que el hombre blanco no era ningún dios. Sin embargo, la historia del encuentro de Pájaro Guía era algo que le extrañaba. ¿Un hombre blanco solo y desnudo? ¿Allí? ¿En el territorio de los comanches? Aquello no tenía sentido. Pero no importaba. Sin saber exactamente por qué, lo cierto era que ella sabía que no se trataba de ningún dios. Algo muy antiguo se lo decía así.

Escuchó la historia aquella misma mañana, cuando se dirigía a la tienda de una-vez-al-mes, la que se preparaba especialmente para las mujeres con la menstruación. Había estado pensando en su esposo. Normalmente, no le gustaba ir a aquella tienda, porque entonces echaba de menos su compañía. Él era maravilloso, un bravo, apuesto y, en conjunto, un hombre excepcional. Un esposo modelo. Nunca la había golpeado y aunque los dos bebés que había tenido habían muerto (uno al nacer y el otro unas pocas semanas más tarde), él se había negado con tozudez a tomar otra esposa.

La gente le había indicado la conveniencia de tomar otra esposa. Hasta la propia

En Pie con el Puño en Alto se lo había sugerido. Pero él se había limitado a decir: «Tú ya son muchas», y ella no había vuelto a hablar del tema. En el fondo de su corazón, sin embargo, se sentía orgullosa de que él fuera feliz con ella sola.

Ahora, le echaba terriblemente de menos. Antes de que levantaran el campamento de invierno, había dirigido una gran partida contra los utes. Transcurrió casi un mes sin tener la menor noticia de él o de los otros guerreros. Y como ya estaba separada de él, acudir a la tienda de una-vez-al-mes no le pareció tan duro como otras veces. Esa mañana, mientras se preparaba para marcharse, la joven mujer comanche se sintió reconfortada al saber que una o dos buenas amigas estarían recluidas con ella, formando así un pequeño grupo con el que el tiempo pasaría con facilidad.

Pero cuando se dirigía a la tienda, escuchó contar la extraña historia de Pájaro Guía. Luego se enteró de la estúpida incursión nocturna. La mañana de En Pie con el Puño en Alto parecía haberle explotado delante del rostro. Una vez más, un gran temor se instaló sobre sus hombros, cuadrados y fuertes, como si fuera una manta de hierro, y cuando entró en la tienda de una-vez-al-mes se sentía muy conmovida.

Pero era una mujer fuerte. Sus hermosos y ligeros ojos pardos, ojos que mostraban el brillo de la inteligencia, no revelaron nada durante la mañana, que se pasó cosiendo y charlando con las amigas.

Conocían el peligro. Toda la tribu lo conocía. Pero no servía de nada hablar de ello, así que nadie lo comentó.

Durante toda la tarde, su cuerpo duro y esbelto se movió por el interior de la tienda sin mostrar una sola señal de la pesada manta que soportaba.

En Pie con el Puño en Alto tenía veintiséis años de edad.

Y durante casi doce de esos años había sido una mujer comanche.

Ante de eso había sido una mujer blanca.

Y antes de eso había sido..., ¿qué?

Sólo pensaba en aquel nombre en las raras ocasiones en las que no podía evitar el pensar en los blancos. Entonces, por alguna razón inexplicable, el extraño nombre terminaba por aparecer delante de sus ojos.

«Oh, sí —pensó en comanche—. Ahora lo recuerdo. Antes de eso fui Christine». Entonces pensaba en el antes, y siempre le sucedía lo mismo. Era como atravesar una cortina vieja y nebulosa detrás de la cual dos mundos se convertían en uno solo, el viejo mezclándose con el nuevo. En Pie con el Puño en Alto era Christine, y Christine era En Pie con el Puño en Alto.

La piel de sus pies se había oscurecido con el paso de los años y la totalidad de su aspecto era claramente salvaje. Pero, a pesar de los dos embarazos completos por los que había pasado, su figura era como la de una mujer blanca.

Y su cabello, que se negaba a crecer más allá de los hombros y a permanecer recto, seguía mostrando una pronunciada tonalidad cereza. Y, desde luego, estaban

los dos ojos, de un color pardo suave.

El mayor temor de En Pie con el Puño en Alto estaba bien fundado. Jamás podría escapar de él. Para un ojo blanco, la mujer que ahora estaba en la tienda de una-vez-al-mes, siempre tendría algo de extraño. Algo que no era del todo indio. Mientras que para los ojos de su propio pueblo siempre habría algo que no era del todo indio, ni siquiera después de todo aquel tiempo.

Era una carga terrible y pesada, pero En Pie con el Puño en Alto nunca hablaba de ella, y mucho menos se quejaba. La había soportado en silencio y con una gran valentía durante cada uno de los días de su vida india, y lo había hecho así por una razón monumental.

En Pie con el Puño en Alto quería quedarse donde estaba.

Allí se sentía muy feliz.

Capítulo

11

El consejo convocado por Diez Osos terminó sin haber tomado ninguna resolución, aunque eso no fuera una circunstancia insólita.

La mayoría de las veces, los consejos críticos terminaban de un modo indeciso, indicando así el inicio de una nueva fase en la vida política de la tribu.

Eran éstas las ocasiones en las que, si alguien lo prefería así, se emprendían las acciones independientes.

Cabello al Viento había presionado fuerte en favor de un segundo plan. Efectuar una incursión y apoderarse del caballo sin hacerle daño al hombre blanco. Pero en lugar de muchachos, esta vez irían verdaderos hombres. El consejo rechazó esta segunda idea, pero Cabello al Viento no se enfadó por ello con nadie.

Había escuchado abiertamente todas las opiniones y había ofrecido su solución. Una solución que no había sido adoptada, pero los argumentos que se le opusieron no convencieron a Cabello al Viento de que su plan fuera malo.

Él era un guerrero respetado, y como sucedía con todos los guerreros respetados, conservaba un derecho supremo.

Podía hacer lo que le diera la gana.

Si el consejo se hubiera mostrado inflexible, o si él hubiera puesto su plan en práctica y hubiese salido mal, habría surgido la posibilidad de ser expulsado de la tribu.

Cabello al Viento ya había considerado esa posibilidad. Pero el consejo no se había mostrado inflexible, sino aturdido. Y en cuanto a él mismo..., bueno..., Cabello al Viento nunca había hecho las cosas mal.

Así que, una vez terminado el consejo, se dirigió hacia una de las zonas más pobladas del campamento, sin dejar de buscar a varios amigos y diciendo lo mismo ante cada tienda:

—Voy a robar ese caballo. ¿Quieres venir?

Cada uno de los amigos replicó a su pregunta con otra propia:

—¿Cuándo?

Y Cabello al Viento tuvo la misma respuesta para todos:

—Ahora.

Se trataba de un pequeño grupo. Cinco hombres.

Salieron del poblado y se internaron por la pradera, avanzando a un paso estudiado. Se tomaron las cosas con calma. Pero eso no quiere decir que se mostraran joviales.

Cabalgaban con expresiones inexorables, como hombres inexpresivos que se dirigieran al funeral de un pariente lejano.

Mientras iban a buscar los ponis, Cabello al Viento les dijo lo que harían.

—Nos llevaremos el caballo. Lo vigilaré en el regreso. Cabalgaremos a su alrededor. Si hay un hombre blanco, no le disparéis; no, a menos que él dispare primero. Si trata de hablarnos, no le habléis. Nos llevaremos el caballo y veremos qué sucede.

Cabello al Viento no lo habría admitido ante nadie, pero lo cierto fue que experimentó una oleada de alivio cuando se hallaron a la vista del fuerte.

Había un caballo en el corral. Y era un animal de muy buen aspecto.

Pero no había el menor rastro de ningún hombre blanco.

El hombre blanco se había acostado bastante antes del mediodía. Durmió durante varias horas. Se despertó a media tarde, contento por el buen funcionamiento de su nueva idea.

El teniente Dunbar había decidido dormir durante el día y permanecer despierto por la noche, con una hoguera encendida. Los que habían robado a «Cisco» habían llegado al amanecer y por las historias que había oído contar, el amanecer siempre era el momento elegido para lanzar un ataque. De esta forma, estaría despierto cuando ellos llegaran.

Se sintió un poco aturdido después de una siesta tan larga. Y había sudado mucho. Notaba todo su cuerpo pegajoso. Le pareció un momento tan bueno como cualquier otro para tomar un baño.

Ésa fue la razón por la que se encontraba acuclillado dentro de la corriente, con la cabeza completamente enjabonada y cubierto por el agua hasta los hombros cuando escuchó a los cinco jinetes produciendo un gran estruendo a lo largo del risco.

Salió precipitadamente del agua y se dirigió instintivamente hacia donde había dejado los pantalones. Manoseó torpemente los pantalones, antes de renunciar a ponérselos, arrojarlos a un lado y empuñar el gran revólver de la Marina. Luego, echó a correr pendiente arriba, apoyándose en manos y pies.

Todos pudieron echarle un vistazo en el momento en que salieron cabalgando con «Cisco».

Estaba de pie sobre el borde del risco. El agua le goteaba por todo el cuerpo.

Tenía la cabeza cubierta con algo blanco. Llevaba un arma de fuego en la mano. Todo eso lo vieron por miradas dirigidas hacia él por encima del hombro. Pero no se detuvieron a ver más detalles. Todos recordaron las instrucciones que les había dado Cabello al Viento. Con uno de los guerreros sosteniendo a «Cisco» y el resto bien apretado a su alrededor, abandonaron el fuerte de forma precipitada, en apretada formación.

Cabello al Viento cerraba la marcha.

El hombre blanco no se había movido. Permaneció quieto y erguido sobre el borde del risco, con la mano que sostenía el arma de fuego colgándole a lo largo del costado.

Cabello al Viento no podría haberse sentido menos preocupado por el hombre blanco. Pero lo que sí le preocupaba era lo que éste representaba. Era el enemigo más constante de cualquier guerrero. El hombre blanco representaba temor. Una cosa era retirarse de un campo de batalla después de una dura lucha, pero dejar que el temor aleteara ante el rostro de uno y no hacer nada al respecto... Cabello al Viento sabía que no podía permitir que eso sucediera.

Así que tiró de las riendas de su frenético poni, lo hizo girar en redondo y se lanzó al galope hacia donde estaba el teniente.

En su salvaje subida de la pendiente hasta lo alto del risco, el teniente Dunbar fue todo lo que un buen soldado debería ser. Se apresuraba para enfrentarse con el enemigo. En su cabeza no había ningún otro pensamiento.

Pero todo eso desapareció como por ensalmo en cuanto llegó a lo alto del risco.

Se había preparado para enfrentarse con criminales, con una banda de desalmados fuera de la ley, con ladrones que necesitaran castigo.

Pero lo que encontró fue un verdadero espectáculo, un espectáculo lleno de acción que le cortó la respiración, como si fuera un muchacho que estuviera asistiendo a su primer gran desfile militar. El teniente se sintió impotente para hacer otra cosa que no fuera permanecer allí de pie, quieto, viéndolos marcharse.

La furiosa precipitación de los ponis al pasar atronadoramente. Sus pieles brillantes, las plumas que se balanceaban de sus bridas, crines y colas, la decoración de las grupas. Y los hombres montados en sus lomos, cabalgando con el abandono propio de niños sobre supuestos juguetes. Sus pieles, de ricas tonalidades oscuras, con las líneas de vigorosos músculos destacándose con toda nitidez. El cabello lustroso formando trenzas, los arcos, las flechas y los rifles; la pintura trazando líneas gruesas por sus rostros y brazos.

Y todo ello formando una armonía tan magnífica. El conjunto de hombres y caballos parecía como la gran hoja de un arado avanzando con rapidez por el paisaje, trazando sobre él un surco que apenas si arañaba la superficie.

Aquello tenía un colorido, una velocidad y una hermosura que jamás habría

imaginado. Era como la celebrada gloria de la guerra captada en un único mural vivo, y Dunbar se quedó como transfigurado, no tanto como hombre que era, sino como un par de ojos que miraban.

Se encontraba sumido en una profunda confusión que apenas empezaba a disiparse cuando se dio cuenta de que uno de ellos había vuelto grupas.

Hizo un esfuerzo por despertarse, como el durmiente que regresa del sueño. Su cerebro trataba de emitir órdenes, pero la comunicación seguía interrumpida. No podía mover un solo músculo.

El jinete se acercaba con rapidez, lanzado al galope hacia él, siguiendo una dirección que, inevitablemente, produciría una colisión. El teniente Dunbar no pensó en que estaba a punto de ser arrollado. No pensó en que hubiera llegado la hora de su muerte. En ese instante, había perdido toda capacidad de pensamiento. Permaneció de pie, inmóvil, con la mirada enfocada, como en un trance, sobre las dilatadas aletas de la nariz del poni.

Cuando Cabello al Viento se encontró a treinta pasos del teniente, frenó su caballo con tal fuerza que el animal estuvo a punto de sentarse en el suelo. Dando un gran brinco hacia arriba, el excitado animal recuperó su equilibrio e inmediatamente empezó a bailar, cabecear y girar. Cabello al Viento lo mantuvo con las riendas cortas, apenas consciente de los giros que se producían debajo de él.

Estaba mirando fijamente al hombre blanco, desnudo e inmóvil. La figura estaba absolutamente quieta. Cabello al Viento ni siquiera pudo verle parpadear. Sin embargo, sí observó el reluciente pecho blanco moviéndose pesadamente arriba y abajo. El hombre, por lo tanto, estaba vivo.

No parecía sentir ningún miedo. Cabello al Viento apreció esa ausencia de temor en el hombre blanco, pero, al mismo tiempo, eso le puso nervioso. Aquel hombre debería sentir miedo. ¿Cómo podía no ser así? Cabello al Viento sintió que regresaba su propio temor. Un temor que le produjo hormigueos en la piel.

Levantó el rifle por encima de la cabeza y rugió tres frases enfáticas:

—¡Yo soy Cabello al Viento! ¿Ves que no te tengo miedo? ¿Lo ves?

El hombre blanco no dijo nada y, de pronto, Cabello al Viento se sintió perfectamente satisfecho. Se había plantado directamente ante ese supuesto enemigo. Había desafiado al hombre blanco, y el hombre blanco no había hecho nada. Era más que suficiente para él.

Hizo girar al poni, inclinó la cabeza sobre él y lo espoleó, apresurándose a reunirse con sus amigos.

El teniente Dunbar se quedó observando al guerrero que se alejaba, sintiéndose como

en sueños. Aquellas palabras seguían resonando en su cabeza. O, al menos, el sonido de las palabras, que le parecieron como el ladrido de un perro. Aunque no tenía ni la menor idea de lo que pudieran significar, aquellos sonidos le habían producido la impresión de ser una declaración, como si el guerrero hubiera pretendido decirle algo.

Poco a poco, empezó a despertar de su ensoñación. Y lo primero que notó entonces fue el revólver que aún sostenía en la mano. Era extraordinariamente pesado. Y lo dejó caer al suelo.

Luego, él mismo se fue dejando caer lentamente sobre las rodillas y a continuación echó hacia atrás el peso de su cuerpo, hasta descansar sobre las nalgas. Permaneció así sentado durante largo rato, agotado como no se había sentido nunca, tan débil como un bebé recién nacido.

Durante un rato, pensó que casi le sería imposible volver a moverse, pero finalmente se puso en pie y avanzó lentamente hacia la cabaña. Una vez allí, tuvo que hacer un gran esfuerzo para liarse un cigarrillo. Pero se sentía demasiado débil para fumarlo y después de dos o tres chupadas, el teniente se quedó dormido.

La segunda escapada tuvo uno o dos trucos algo distintos pero, en general, las cosas se produjeron exactamente igual que la primera vez.

A unos tres kilómetros de distancia, los comanches dejaron que sus monturas avanzaran al trote. Había jinetes a la grupa y a ambos lados, de modo que «Cisco» siguió la única vía de escape que se le ofrecía.

Avanzó hacia adelante.

Los hombres acababan de iniciar el intercambio de unas pocas palabras cuando el caballo canela dio un salto, como si lo hubieran agujoneado en la grupa, y salió disparado.

El hombre que sostenía la brida salió arrastrado sobre la cabeza de su propio poni. Durante unos pocos segundos, Cabello al Viento aún tuvo la oportunidad de apoderarse de la brida que rebotaba sobre el suelo, por detrás de «Cisco», pero llegó un instante demasiado tarde y se le deslizó por entre los dedos.

Después de eso, la única alternativa que quedó fue la caza. Y ésta no se desarrolló de un modo muy feliz para los comanches. El hombre que se había visto arrastrado ya no tuvo la menor oportunidad de emprenderla, y en cuanto a los otros cuatro perseguidores, no tuvieron ninguna suerte.

Uno de los hombres perdió su caballo cuando éste tropezó con una madriguera de un perro de la pradera y se rompió una pata. Aquella tarde, «Cisco» fue tan rápido como un gato y otros dos jinetes salieron volando por los aires cuando trataron de que sus ponis siguieran de cerca sus rapidísimos zigzags.

Eso sólo dejó en liza a Cabello al Viento, quien logró mantener el ritmo durante varios kilómetros, pero cuando su propio caballo empezó a dar señales de

agotamiento, no había logrado reducir ni un ápice la distancia que lo separaba del perseguido, por lo que decidió que no valía la pena reventar a su poni favorito por algo que no podía alcanzar.

Mientras el poni recuperaba el aliento, Cabello al Viento observó al caballo canela durante el tiempo suficiente como para observar que tomaba la dirección del fuerte, y su frustración se vio aliviada únicamente al pensar que quizá Pájaro Guía tuviera razón. Quizá fuera un caballo mágico, algo que perteneciera a una persona mágica.

En su camino de regreso al poblado, se encontró con los otros. Era evidente que Cabello al Viento había fracasado, y nadie se molestó en preguntarle por los detalles.

Nadie dijo una sola palabra.

Recorrieron en silencio el largo trayecto que les separaba del poblado.

Capítulo 12

Al regresar, Cabello al Viento y sus hombres encontraron el poblado sumido en el duelo.

Había vuelto al fin el grupo que se había enviado hacía tanto tiempo a luchar contras los utes.

Y las noticias no eran buenas.

Sólo habían robado seis caballos, lo que no era suficiente ni para compensar sus propias pérdidas. Después de tanto tiempo, habían retornado con las manos vacías.

Con ellos regresaron cuatro hombres gravemente heridos, de los que sólo uno sobreviviría. Pero la verdadera tragedia consistía en los seis hombres que habían muerto; seis buenos guerreros. Y, lo que era peor aún, en las parihuelas sólo regresaban cuatro cadáveres, envueltos en mantas.

No habían podido recuperar a dos de los muertos y, tristemente, los nombres de aquellos dos hombres no volverían a pronunciarse jamás.

Uno de ellos era el esposo de En Pie con el Puño en Alto.

Como ella se encontraba en la tienda de una-vez-al-mes, la noticia se la tuvieron que comunicar desde el exterior dos de los amigos de su esposo.

Al principio, pareció tomarse la noticia con impasibilidad, quedándose sentada como una estatua sobre el suelo de la tienda, con las manos entrelazadas sobre el regazo y la cabeza ligeramente inclinada. Permaneció así sentada durante la mayor parte de la tarde, dejando que el dolor fuera abriéndose camino lentamente, a mordiscos, a través de su corazón, mientras las demás mujeres continuaban con sus ocupaciones habituales.

Sin embargo, la observaban, en parte porque conocían lo estrecha que había sido la relación que la uniera con su marido, pero también porque era una mujer blanca y eso, más que ninguna otra cosa, era motivo suficiente para observarla. Ninguna de ellas sabía cómo reaccionaría la mente de una mujer blanca ante esta clase de crisis. Así que la observaron con una mezcla de preocupación y curiosidad.

Y estuvo muy bien que lo hicieran así.

En Pie con el Puño en Alto se sintió tan profundamente desolada que ni siquiera parpadeó en toda la tarde. No derramó una sola lágrima. Simplemente, se quedó allí,

sentada. Y, durante todo ese tiempo, su mente funcionó con peligrosa rapidez. Pensó en su pérdida, en su esposo y, finalmente, en sí misma.

Repasó los acontecimientos de su vida con él, todo lo cual apareció con detalles fracturados pero vividos. Recordaba una y otra vez un determinado momento..., la única ocasión en que había llorado.

Fue una noche, no mucho después de la muerte de su segundo hijo. Ella había resistido, intentando poner en práctica todo lo que sabía para evitar hundirse en la miseria. Y seguía resistiendo cuando finalmente aparecieron las lágrimas. Intentó detenerlas, enterrando el rostro en la túnica de dormir. Ellos ya habían hablado sobre la posibilidad de tomar otra esposa, y él había dicho las palabras: «Tú son muchas». Pero eso no fue suficiente para cauterizar el dolor causado por la pérdida de su segundo hijo, un dolor que ella sabía que su marido también compartía. Entonces, tuvo que ocultar el rostro húmedo en la túnica. Pero no pudo detenerse, y las lágrimas continuaron fluyendo.

Una vez que hubo pasado, levantó la cabeza y encontró a su esposo sentado al borde de la hoguera, atizando el fuego con movimientos lentos y sin propósito, mirando a través de las llamas sin ver nada.

—No soy nada —dijo ella cuando se encontraron sus miradas.

Al principio, él no dijo nada. Pero miró directamente al fondo de su alma, y lo hizo con una expresión tan pacífica que ella no pudo resistir sus efectos calmantes y apaciguadores. Luego, observó en el rostro de su esposo la más tenue de las sonrisas, extendiéndose por su boca, y volvió a repetir aquellas mismas palabras:

—Tú son muchas.

Lo recordaba tan bien. Se levantó con una lentitud deliberada, apartándose de la hoguera, hizo un pequeño movimiento y dijo: «Acércate». Se introdujo con facilidad bajo la manta, y sus brazos la rodearon con una extremada suavidad.

Y recordó la inconsciencia del acto de amor que realizaron, tan libre de movimientos, palabras y energías. Fue como haber nacido flotando en el fluir infinito de una corriente invisible y celestial. Aquella fue su noche más larga. Cuando estaban a punto de quedarse dormidos, de algún modo, empezaban de nuevo. Y otra vez. Y otra. Dos personas formando una sola carne.

Ni siquiera la salida del sol les hizo detenerse. Por primera y única vez en su vida, ninguno de los dos abandonó la tienda aquella mañana.

Finalmente, cuando el sueño salió a su encuentro, fue de una forma simultánea y En Pie con el Puño en Alto recordó haberse dejado llevar por él con la sensación de que la carga de ser dos personas era repentinamente tan ligera que había dejado de importar. Recordó que en aquellos momentos ya no se sintió ni india ni blanca, sino como un solo y único ser, como una sola persona, sin divisiones.

En Pie con el Puño en Alto parpadeó para regresar al presente, en la tienda de

una-vez-al-mes.

Ahora ya no era una esposa, ni una comanche, ni siquiera una mujer. Ahora ya no era nada. ¿A qué estaba esperando?

Había un descarnador de cuero en el suelo apisonado, a pocos pasos de distancia. Se lo imaginó rodeándolo con la mano. Se lo imaginó hundiéndoselo en el pecho, hasta la empuñadura.

En Pie con el Puño en Alto esperó a que llegara el momento en que todas tuvieran la atención puesta en otra parte. Se balanceó unas pocas veces hacia adelante y atrás y finalmente se lanzó para recorrer a gatas los pocos pasos que la separaban del instrumento.

Su mano lo agarró limpiamente y en un abrir y cerrar de ojos la hoja estuvo delante de su rostro. La levantó aún más, lanzó un grito y la hizo descender sujetándola con ambas manos, como si se llevara un objeto muy querido al corazón.

La primera mujer llegó a su lado en medio de la fracción de segundo que el instrumento tardó en completar su recorrido. Aunque no logró sujetar las manos que sostenían el cuchillo, el choque fue suficiente como para desviar el trayecto que seguía hacia abajo. La hoja se desplazó hacia un lado trazando un diminuto surco sobre el vestido de En Pie con el Puño en Alto al tiempo que pasaba sobre su pecho izquierdo, seguía desgarrando la manga del vestido de piel de gamo, y se hundía en la parte más carnosa del brazo, justo por encima del codo.

Ella luchó como un demonio, y las mujeres tuvieron que emplearse a fondo para quitarle el cuchillo de la mano. Una vez que lo hubieron conseguido, la pequeña mujer blanca abandonó todo intento de lucha, se derrumbó entre los brazos de sus amigas y empezó a sollozar convulsivamente, como la inundación que se produce cuando finalmente se abre una válvula estropeada.

Medio llevaron y medio arrastraron hasta la cama al diminuto ovillo estremecido y lloroso. Mientras una de las amigas la acunaba como si fuera un bebé, las otras dos contuvieron la hemorragia y le vendaron el brazo.

Estuvo llorando durante tanto tiempo que las mujeres tuvieron que turnarse para sostenerla. Finalmente, la respiración empezó a hacerse menos intensa y los sollozos se fueron desvaneciendo en gemidos continuos. Luego, sin abrir los ojos hinchados por las lágrimas, pronunció repetidas veces las mismas palabras, casi canturreándolas con suavidad, como si sólo se las dijera a sí misma:

—No soy nada. No soy nada. No soy nada.

Ya entrada la tarde, las mujeres llenaron un cuerno hueco con una ligera sopa y la alimentaron. Ella empezó a tomarla con sorbos vacilantes, pero cuanto más bebía, tanto más necesitaba seguir bebiendo. Terminó el contenido del cuerno tomando un largo trago y luego se recostó sobre el lecho, con los ojos muy abiertos mirando hacia arriba, sin ver a sus amigas.

—No soy nada —volvió a decir.

Pero el tono de su frase se veía comedido ahora por la serenidad, y las otras mujeres se dieron cuenta de que ya había pasado por la fase más peligrosa de su dolor.

Con amables palabras de ánimo, murmuradas con dulzura, le acariciaron el cabello enmarañado y plegaron los bordes de una manta sobre sus pequeños hombros, arropándola.

Casi al mismo tiempo que el agotamiento inducía un profundo sueño sin pesadillas en En Pie con el Puño en Alto, el teniente Dunbar se despertó al escuchar el sonido de unos cascos que arañaban suavemente la puerta de su cabaña de paja.

Al no reconocer el sonido y medio adormilado aún después de su prolongado sueño, el teniente permaneció quieto, parpadeando para terminar de despertarse, al tiempo que tanteaba con la mano en busca de su revólver de la Marina. Reconoció el sonido antes de encontrar el arma. Era «Cisco», que acababa de regresar. Todavía en guardia, Dunbar se levantó sin ruido del camastro, y salió a gatas al exterior, pasando junto a su caballo.

Estaba todo a oscuras, pero aún era pronto. La estrella de la noche brillaba solitaria en el cielo. El teniente escuchó y observó. No había nadie por los alrededores.

«Cisco» le siguió al patio y cuando, con aire ausente, el teniente Dunbar extendió una mano y se la colocó sobre el cuello, encontró el pelaje atiesado a causa del sudor seco. Sonrió con una mueca y dijo en voz alta:

—Supongo que les has hecho pasar un mal rato, ¿verdad? Vamos a darte un poco de agua.

Mientras conducía a «Cisco» hacia la corriente, le extrañó darse cuenta de lo fuerte que se sentía. La parálisis que había experimentado durante la incursión de la tarde parecía algo muy lejano, a pesar de que la recordaba con viveza. No como si fuera algo borroso en la memoria, sino lejano, como una historia. Llegó a la conclusión de que aquello había sido para él como un bautismo, un bautismo que le había catapultado desde la imaginación a la realidad. El guerrero que había vuelto grupas para cabalgar hacia él y gritarle había sido bien real. Los hombres que se habían llevado a «Cisco» también habían sido reales. Ahora los conocía. Mientras «Cisco» jugueteaba con el agua, chapoteando en ella con los labios, el teniente Dunbar dejó que sus pensamientos siguieran esa misma línea.

«Esperando, eso es lo que he estado haciendo», pensó.

Sacudió la cabeza, como riéndose para sus adentros. «He estado esperando». Lanzó una piedra al agua. «Esperando ¿qué? ¿A que alguien me encontrara? ¿A que los indios se llevaran mi caballo? ¿A ver un búfalo?».

Apenas podía creer en lo que estaba sucediendo. Nunca se había comportado de una forma particularmente cuidadosa y, sin embargo, eso era lo que había estado haciendo durante aquellas últimas semanas. Había estado comportándose cuidadosamente, a la espera de que sucediera algo.

«Será mejor que ponga punto final a esto ahora mismo», se dijo a sí mismo.

Antes de poder seguir pensando, sus ojos captaron algo. Una mancha de color se reflejaba en el agua, al otro lado de la corriente.

El teniente Dunbar levantó la mirada por la pendiente situada tras él.

Una luna enorme empezaba a elevarse en el cielo.

Dejándose llevar por un impulso, montó en «Cisco» y subió hasta lo más alto del risco.

Era una vista maravillosa, con aquella luna tan grande, reluciente como la yema de un huevo, llenando el cielo de la noche como si fuera un nuevo mundo que hubiera acudido para hacerle una visita a él solo.

Desmontó, se lio un cigarrillo y contempló embelesado cómo la luna se elevaba con rapidez por encima de su cabeza, con las gradaciones de su topografía tan claras como si fueran un mapa.

A medida que se elevaba, la pradera se fue iluminando más y más. En las noches anteriores no había conocido otra cosa que la oscuridad, y este flujo de iluminación era algo así como un océano que, de repente, se hubiera quedado sin agua.

Tenía que introducirse en él.

Cabalgaron al trote durante media hora y Dunbar disfrutó cada momento. Cuando finalmente dio media vuelta se sentía lleno de confianza.

Ahora se sentía contento por todo lo que había sucedido. Ya no iba a sentirse más abatido por aquellos soldados que no llegaban. No iba a cambiar sus hábitos de sueño. Tampoco patrullaría en temerosos y pequeños círculos alrededor del fuerte, y no pasaría ninguna noche más con una oreja y un ojo abiertos.

Ya no iba a seguir esperando, sino que iba a forzar la situación.

Mañana mismo saldría a cabalgar y encontraría a los indios.

¿Y si lo devoraban?

Bueno, si lo devoraban, al diablo con los restos.

Pero no seguiría habiendo más esperas.

Al amanecer, cuando ella abrió los ojos, lo primero que vio fue otro par de ojos. Entonces, se dio cuenta de que había varios pares de ojos mirándola con fijeza. Lo recordó todo, y En Pie con el Puño en Alto se sintió repentinamente turbada ante toda esta atención de que era objeto. Había llevado a cabo su intento de una forma tan poco digna, tan poco comanche...

Sintió deseos de ocultar el rostro.

Le preguntaron cómo se sentía y si deseaba comer algo. En Pie con el Puño en

Alto contestó que sí, que se sentía mejor y que le agradecería comer algo.

Mientras comía, observó a las mujeres que continuaron con sus quehaceres habituales, y eso, junto con el sueño y la comida, tuvo sobre ella un efecto restaurador. La vida continuaba, y el hecho de comprenderlo así le permitió volver a sentirse como una persona.

Pero cuando quiso sentir su corazón, supo por sus agujonazos que se le había roto. Y eso era algo que tendría que curar si es que quería continuar en esta vida, algo que podría conseguir mucho mejor con un duelo razonado y completo.

Debía llorar la pérdida de su esposo.

Y para hacerlo adecuadamente tenía que abandonar la tienda de una-vez-al-mes. Aún era temprano cuando se preparó para salir. Sus amigas le hicieron las trenzas de su cabello enmarañado y enviaron a dos jóvenes a cumplir recados: una para que trajera su mejor vestido, y a la otra para traer uno de los ponis de su esposo de la manada.

Nadie le impidió a En Pie con el Puño en Alto pasarse un cinturón con la funda de su cuchillo más exquisito y atárselo a la cintura. El día anterior habían impedido que hiciera algo irracional, pero ahora estaba mucho más tranquila y si En Pie con el Puño en Alto deseaba quitarse la vida, tenía su derecho a hacerlo. Muchas mujeres lo habían hecho así en los pasados años.

La siguieron cuando ella salió de la tienda. Su aspecto era hermoso, extraño y triste. Una de ellas la ayudó a subir al poni. Después, el poni y la mujer se alejaron hacia las afueras de la cuenca donde estaba el campamento y salieron a la pradera abierta.

Nadie la llamó, nadie lloró y nadie la despidió. Se limitaron a observar su marcha. Pero sus amigas confiaron en que no se mostrara demasiado dura consigo misma y en que regresara.

Todas ellas se sentían orgullosas de En Pie con el Puño en Alto.

El teniente Dunbar se apresuró a terminar sus preparativos. Ya había dormido hasta después de la salida del sol y había querido levantarse al amanecer. Así que se apresuró a tomar el café y fumar el primer cigarrillo, mientras su mente trataba de ordenarlo todo con la mayor eficiencia posible.

Primero se ocupó del trabajo sucio, empezando por la bandera del barracón de avituallamiento. Era más nueva que la que ondeaba sobre su propio alojamiento, así que subió por la destartada pared de paja y bajó la bandera.

A continuación partió uno de los mástiles del corral, se lo introdujo a empujones en la parte lateral de la bota, y tras tomar medidas cuidadosamente cortó unos pocos centímetros de la punta. Finalmente, ató la bandera. No tenía mal aspecto. Trabajó durante más de una hora en «Cisco», arreglándole las cerneas alrededor de cada

casco, peinándole la crin y la cola, y engrasando el pesado pelaje negro de ambas con grasa de tocino.

Pero la mayor parte del tiempo la pasó ocupado con su pelo. El teniente Dunbar lo frotó, lo cepilló media docena de veces hasta que, finalmente, retrocedió unos pasos y comprendió que no valía la pena continuar. El pelaje del caballo canela brillaba como la página satinada de un libro de imágenes.

Ató corto al caballo, para impedirle que se echara en el polvo, y regresó a la cabaña de paja. Una vez allí, sacó su uniforme y repasó cada centímetro de la tela con un fino cepillo, arrancando briznas de paja y las más pequeñas hilachas sueltas. Le sacó brillo a todos los botones. De haber tenido pintura, habría podido darles un toque a las charreteras y las cintas amarillas que corrían por la parte exterior de cada pernera del pantalón. Lo hizo con el cepillo y un poco de saliva. Una vez que hubo terminado el uniforme tenía un aspecto algo más que pasable. Escupió y sacó brillo a las botas de montar nuevas que le llegaban a la altura de la rodilla, y las dejó junto al uniforme, que previamente había extendido sobre la cama.

Cuando le llegó el turno a él mismo, tomó una toalla basta y la bolsa del afeitado, y bajó a toda prisa hasta la corriente. Se metió en el agua, se enjabonó a conciencia, se enjuagó y salió del agua. Toda esta operación la hizo en menos de cinco minutos. Luego, llevando mucho cuidado de no cortarse, el teniente se afeitó dos veces. Una vez que pudo pasarse la mano por la mandíbula y el cuello sin encontrar una sola punta de pelo, volvió a subir al risco y se vistió.

«Cisco» inclinó el cuello y se quedó observando con extrañeza a la figura que se le acercó, prestando una atención especial al brillante fajín rojo que colgaba de la cintura del hombre. Aunque el fajín no hubiera estado allí, lo más probable es que el caballo hubiera permanecido con la mirada fija en la figura. Hasta entonces, nadie había visto al teniente Dunbar vestido de ese modo. «Cisco», desde luego, no lo había visto, y conocía a su amo tan bien como cualquiera.

El teniente siempre se había vestido para salir del paso, poniendo muy poco énfasis en el resplandor de los desfiles, las inspecciones o los encuentros con los generales.

Pero si las más exquisitas mentes del ejército se hubieran unido para imaginar a un joven oficial perfecto, habrían terminado por pensar en la imagen que ofrecía el teniente Dunbar en esta mañana de mayo, tan clara como el cristal.

Desde los pies a la cabeza, pasando por el gran revólver de la Marina que le colgaba suavemente de la cadera, era lo que toda mujer joven hubiera podido soñar como un hombre en uniforme. La visión que ofrecía estaba tan llena de color y brillo, que ningún corazón femenino habría dejado de latir un poco más fuerte ante su presencia, y hasta la cabeza más cínica se habría visto impulsada a girarse, o los labios más apretados habrían formado unas palabras: «¿Qué es eso?».

Después de deslizar el freno por la boca de «Cisco», se sujetó a la crin del animal y saltó sin esfuerzo alguno sobre el reluciente lomo del caballo de color canela. Se acercaron al paso al barracón de avituallamiento, donde el teniente se inclinó y tomó el guion y la bandera que estaban apoyadas contra la pared. Introdujo la punta del guion en su bota izquierda, sujetó el estandarte con la mano izquierda y guio a «Cisco» hacia la pradera abierta.

Cuando ya se había alejado unos cien metros, Dunbar se detuvo y miró hacia atrás, sabiendo que existía la posibilidad de no volver a ver aquel lugar nunca más. Observó la posición del sol y supo que no era más tarde de media mañana. Así pues, dispondría de mucho tiempo para encontrarlos. Allá a lo lejos, hacia el oeste, distinguió la nube plana de humo que había aparecido en el mismo sitio desde hacía tres mañanas. Tendrían que ser ellos.

El teniente bajó la mirada, observándose las puntas de las botas. Reflejaban la luz del sol. Un ligero suspiro de duda surgió de su pecho, y por una fracción de segundo deseó haber podido tomar un buen trago de whisky. Luego, azuzó ligeramente a «Cisco» y el pequeño caballo emprendió un trote en dirección hacia el oeste. Se había levantado una ligera brisa y la bandera ondeaba mientras él cabalgaba para encontrarse... con no sabía qué.

Pero él avanzaba.

Sin haber sido planeado en absoluto, el duelo de En Pie con el Puño en Alto estaba muy ritualizado.

Ella no tenía la menor intención de morir ahora. Lo único que deseaba era limpiar lo más completamente posible el almacén de dolor que había en su interior. Quería llevar a cabo una limpieza lo más profunda posible, así que se tomó su tiempo.

De una forma serena y metódica cabalgó durante una hora antes de encontrar un lugar que le pareció adecuado, un lugar donde, probablemente, se congregaban los dioses.

Para cualquiera que viviera en la pradera la ligera elevación del terreno pasaría por una colina. Para cualquier otra persona no sería más que un pequeño altozano, como si fuera una diminuta hinchazón en un mar ancho y plano. En su cresta había un único árbol, un nudoso y viejo roble que, de algún modo, seguía aferrándose a la vida, a pesar de haber sido mutilado por el paso de los años. Era el único árbol que podía verse en cualquier dirección que se mirara.

Se trataba de un lugar muy solitario. Y parecía ser el lugar justo. Subió a lo más alto, desmontó del poni, caminó unos pocos pasos, bajando por la pendiente trasera de la colina y se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas.

La brisa le agitaba ligeramente las trenzas, así que levantó los brazos, se las deshizo y dejó el cabello de color cereza suelto al viento. Cuando cerró los ojos,

empezó a balancearse con suavidad hacia adelante y hacia atrás, y concentró sus pensamientos en el terrible acontecimiento que había ocurrido en su vida, haciéndolo de tal modo que excluyó cualquier otra cosa.

Pocos minutos más tarde, las palabras de una canción cobraron forma en su cabeza. Abrió la boca y surgieron los versos, con fuerza y seguridad, como si se hubiera tratado de algo previamente ensayado.

Su canto fue alto. A veces, su voz se resquebrajaba, pero cantó con todo su corazón, y con una belleza que sobrepasaba cualquier sonido dulce al oído. Primero fue una canción sencilla, en la que celebraba las virtudes del fallecido como guerrero y como esposo. Al final de la canción repitió un estribillo. Decía: *Fue un gran hombre. Fue grande para mí.*

Se detuvo un momento, antes de cantar estas palabras. Elevando los ojos cerrados hacia el cielo, En Pie con el Puño en Alto extrajo el puñal de la funda y se hizo deliberadamente un corte de unos cinco centímetros en el antebrazo. Dejó caer la cabeza y echó una mirada rápida hacia el corte. La sangre brotaba bien. Reanudó después su cántico, sosteniendo el cuchillo en una mano.

En el transcurso de la hora siguiente, volvió a herirse varias veces más. Las incisiones eran superficiales, pero producían mucha sangre, y eso agradaba a En Pie con el Puño en Alto, porque a medida que se le aligeraba la cabeza, aumentaba su grado de concentración.

Su cántico fue bueno. En él narró toda la historia de sus vidas como no habría podido hacerlo hablando con alguien. No se dejó nada, sin entrar en detalles. Finalmente, cuando hubo formado un hermoso verso en el que imploraba al Gran Espíritu que le diera a su esposo un lugar honroso en el mundo situado más allá del sol, un repentino estremecimiento de emoción se apoderó de ella. Había pocas cosas que no hubiera expresado en su cántico. Ahora, estaba terminando y eso significaba la despedida para siempre.

Las lágrimas inundaron sus ojos al tiempo que se levantaba el vestido de piel de gamo para hacerse un corte en uno de los muslos. Hizo deslizar la hoja sobre la pierna con rapidez, y emitió un pequeño gemido. Esta vez, el corte había sido bastante profundo. Tenía que haber alcanzado una gran vena o arteria porque cuando En Pie con el Puño en Alto bajó la mirada pudo ver que la sangre brotaba a borbotones, con cada uno de los latidos de su corazón.

Podía intentar detener la hemorragia, o podía seguir cantando.

En Pie con el Puño en Alto eligió esto último. Se sentó con los pies extendidos, dejando que la sangre empapara la tierra mientras elevaba la cabeza hacia el cielo y gemía las palabras:

Será bueno morir.

Será bueno ir con él.

Yo iré tras él.

Como la brisa le daba en la cara, ella no escuchó la llegada del jinete.

En cuanto a él, al darse cuenta de la ligera elevación, decidió que, puesto que no había visto nada aún, sería un buen lugar desde donde mirar. Si, una vez que llegara arriba, seguía sin ver nada, podía subirse a aquel viejo árbol.

El teniente Dunbar se encontraba a medio camino pendiente arriba cuando el viento trajo hasta sus oídos un sonido extraño y triste. Avanzando con precaución, llegó a lo alto de la colina y vio a una persona sentada sobre la tierra, unos pocos pasos más abajo de la otra ladera. No pudo saber con seguridad si se trataba de un hombre o de una mujer. Pero no cabía la menor duda de que era un indio.

Un indio que cantaba.

Permaneció montado sobre «Cisco», quieto, y estaba así cuando, de pronto, la persona se volvió hacia él.

Él no pudo haber sabido de qué se trataba, pero lo cierto fue que, de repente, En Pie con el Puño en Alto supo que había algo detrás de ella y fue entonces cuando se volvió.

Sólo captó una visión fugaz del rostro por debajo del sombrero, antes de que una repentina ráfaga de aire hiciera que la bandera de colores cubriera la cabeza del hombre.

Pero aquel vistazo fue suficiente. Supo entonces que se trataba de un soldado blanco.

No saltó, ni echó a correr. Había algo fascinante en la imagen de aquel soldado solitario a caballo. La gran bandera de colores, el brillante poni y el sol reflejándose en los adornos de sus ropas. Y un instante más tarde la cara azotada por la bandera desplegada y agitada por el viento: una cara de aspecto duro y joven, con unos ojos brillantes. En Pie con el Puño en Alto parpadeó varias veces, sin estar muy segura de saber si lo que veía era una visión o una persona de carne y hueso. Nada se había movido, excepto la bandera.

Luego, el soldado se movió ligeramente sobre su montura. Era una persona real. Ella rodó entonces sobre sus rodillas y empezó a alejarse pendiente abajo. No hizo ningún ruido, ni se precipitó. En Pie con el Puño en Alto había despertado de una pesadilla para encontrarse en otra, una que era bien real. Se movió con lentitud porque se sentía demasiado horrorizada como para echar a correr.

Dunbar se sintió impresionado cuando le vio la cara. No pronunció las palabras, ni siquiera en su mente, pero, de haberlo hecho, el teniente habría preguntado algo así

como: «¿Qué clase de mujer es ésta?».

El rostro pequeño y anguloso, el enmarañado cabello color cereza, los ojos llenos de inteligencia, lo bastante salvajes como para amar u odiar con igual intensidad..., todo eso le desconcertó por completo. En ese momento no se le ocurrió pensar que ella pudiera no ser una mujer india, porque en su mente sólo hubo una cosa.

Jamás había visto a una mujer cuyo aspecto fuera tan original.

Antes de poder moverse o decir algo, ella rodó sobre sus rodillas y entonces él se dio cuenta de que estaba cubierta de sangre.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró. Pero no fue hasta que ella hubo bajado rodando toda la pendiente cuando levantó una mano y gritó—: ¡Espera!

Al escuchar el sonido de la palabra, En Pie con el Puño en Alto se puso en pie de un salto y echó a correr, tambaleante. El teniente Dunbar trotó tras ella, rogándole que se detuviera. Cuando se encontraba a unos pocos metros de distancia, En Pie con el Puño en Alto miró hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó entre la alta hierba.

Cuando llegó junto a ella, la mujer se arrastraba a gatas, y cada vez que se inclinó hacia ella tuvo que apartarse, como si temiera tocar a un animal herido. Cuando finalmente la tomó por los hombros, ella se giró de espaldas y extendió las garras de sus uñas hacia su rostro.

—Estás herida —dijo él, apartándole las manos—. Estás herida.

Durante unos pocos segundos, la mujer luchó con dureza, pero la energía se le acabó con rapidez, y él la sujetó por los puños en un abrir y cerrar de ojos. Utilizando los últimos restos de fortaleza, la mujer corcoveó y pateó por debajo de él y, al hacerlo, algo extraño sucedió.

Inmersa en el delirio de su lucha, pronunció una sola palabra en inglés, una palabra que no había pronunciado desde hacía muchos años. Le surgió de la boca antes de que pudiera evitarlo.

—¡No!

Eso hizo que ambos se detuvieran de pronto. El teniente Dunbar apenas si podía creer lo que acababa de escuchar, y En Pie con el Puño en Alto tampoco creía que hubiera sido capaz de decirlo.

Echó la cabeza hacia atrás y dejó que su cuerpo se hundiera contra la tierra. Aquello fue demasiado para ella. Murmuró unas pocas palabras comanches y perdió el conocimiento.

La mujer tendida sobre la hierba seguía respirando. La mayoría de sus heridas eran superficiales, pero la que mostraba en el muslo era peligrosa. La sangre seguía brotando por allí, y el teniente se maldijo a sí mismo por haberse quitado y tirado el fajín rojo a uno o dos kilómetros de distancia. Eso le habría permitido hacer un torniquete perfecto.

Para entonces ya había estado dispuesto a desprenderse de más cosas. Cuanto más

cabalgaba y cuanto menos veía, tanto más ridículo le parecía su plan. Se había quitado y arrojado el fajín por considerarlo como algo ridículo y, en realidad, estúpido, y ya estaba casi dispuesto a arriar la bandera (que también le parecía una estupidez) y regresar a Fort Sedgewick cuando vio el altozano y el árbol solitario. Su cinturón era nuevo y demasiado rígido así que, utilizando el propio cuchillo de la mujer, cortó una tira de la tela de la bandera y la ató en la parte superior del muslo. El flujo de sangre disminuyó en seguida, pero aún necesitaba una compresa. Se quitó el uniforme, se sacó los calzoncillos largos y cortó la ropa interior por la mitad. Después dobló la ropa, la colocó sobre la herida y la apretó. Durante diez terribles minutos, el teniente Dunbar estuvo arrodillado junto a ella, desnudo sobre la hierba, apretando con ambas manos la compresa. Y hubo un momento en que la creyó muerta. Aplicó una oreja sobre su pecho y escuchó con atención. El corazón latía aún.

Tener que arreglárselas a solas era difícil y le enervaba, sin saber quién era aquella mujer, sin saber si viviría o moriría. Hacía calor sobre la hierba, al pie de la ladera, y cada vez que se limpiaba el sudor que le goteaba sobre los ojos, se dejaba una mancha de la sangre de ella sobre la cara. De vez en cuando, levantaba la compresa y echaba un vistazo. Y cada vez se sentía frustrado al comprobar que la sangre no dejaba de brotar. Entonces, volvía a colocarle la compresa en seguida.

Pero siguió haciéndolo, sin desfallecer.

Finalmente, cuando el flujo de sangre disminuyó hasta convertirse en un hilillo, él entró en acción. Había que coser la herida del muslo, pero eso era imposible. Cortó una pernera del calzoncillo largo, la plegó hasta formar una venda y la colocó sobre la herida. Luego, actuando con toda la rapidez que pudo, cortó otra tira de tela de la bandera y la ató con fuerza alrededor del vendaje improvisado. Repitió ese mismo proceso con las heridas más superficiales de los brazos.

Mientras actuaba, En Pie con el Puño en Alto empezó a gemir. Abrió los ojos unas pocas veces, pero estaba demasiado débil como para armar ningún jaleo, y ni siquiera se resistió cuando él tomó la cantimplora y le dio a beber un sorbo o dos de agua.

Después de haber hecho todo lo que pudo como médico, Dunbar volvió a ponerse el uniforme, y mientras se abrochaba los pantalones y la guerrera se preguntó qué debía hacer a continuación.

Vio el poni de la mujer, que estaba paciendo en la pradera, y pensó en apoderarse del animal. Pero cuando se volvió a mirar a la mujer tendida sobre la hierba, se dio cuenta de que aquello no tenía ningún sentido. Es posible que fuera capaz de cabalgar, pero necesitaría ayuda.

Dunbar miró el cielo, hacia el oeste. El humo ya casi había desaparecido, y sólo quedaban unos pocos jirones. Si se daba prisa, podría guiarse en aquella dirección antes de que aquellos últimos jirones desapareciesen.

Deslizó los brazos por debajo del cuerpo de En Pie con el Puño en Alto, la alzó en vilo y la colocó con toda la suavidad que pudo sobre el lomo de «Cisco», con la intención de dirigir el caballo a pie. Pero la mujer estaba semiinconsciente y empezó a desplomarse en cuanto estuvo allí.

Sosteniéndola con una mano, se las arregló para saltar detrás de ella. Luego, la hizo girar y acunándola como un padre amoroso, Dunbar dirigió su caballo en la dirección de donde se elevaba el humo.

Mientras «Cisco» los transportaba a través de la pradera, el teniente pensó en el plan que se había trazado para impresionar a los indios. En estos momentos, sin embargo, no tenía un aspecto precisamente muy poderoso u oficial. Tenía la guerrera y las manos manchadas de sangre, y aquella mujer aparecía vendada con su ropa interior y la bandera de Estados Unidos.

Sin duda alguna, sería mejor de este modo. Al pensar en lo que había hecho, recorriendo alegremente la pradera con las botas brillantes y un estúpido fajín rojo alrededor de la cintura y, sobre todo, portando una bandera, el teniente no pudo evitar una tímida sonrisa.

«Tengo que ser un idiota», pensó.

Observó el cabello color cereza por debajo de su barbilla, y se preguntó qué debería haber pensado aquella pobre mujer cuando le vio con todo aquel atuendo de gala.

Pero En Pie con el Puño en Alto no podía pensar nada.

Se hallaba sumida en el crepúsculo. Lo único que podía hacer era sentir. Sentía el caballo balanceándose bajo ella, sentía el brazo que la sostenía por la espalda, y sentía aquella tela extraña contra su rostro. Pero, sobre todo, En Pie con el Puño en Alto sentía que estaba a salvo y durante todo el trayecto mantuvo los ojos cerrados, temerosa de que, si los abría, desaparecieran todas aquellas sensaciones.

Capítulo

13

Risueño no era un muchacho en quien se pudiera confiar.

Nadie habría dicho de él que le gustara crear problemas, pero lo cierto es que a Risueño le disgustaba el trabajo, y a diferencia de la mayoría de muchachos indios, la idea de asumir responsabilidades le dejaba más bien frío.

Era un soñador y, como suele suceder con los soñadores, Risueño había aprendido que una de las mejores estrategias para evitar el aburrimiento del trabajo consiste en evitar el contacto con los demás.

De ello se desprende que el inquieto muchacho se pasaba todo el tiempo posible con la gran manada de ponis de la tribu. Conseguía esa tarea con regularidad, debido en parte a que siempre estaba dispuesto a cumplirla y a que, a la edad de doce años, ya se había convertido en un experto con los caballos.

Risueño era capaz de predecir, con pocas horas de error, el momento en que pariría una yegua. Tenía una extraña habilidad para controlar a los sementales inquietos. Y cuando se trataba de actuar como veterinario, sabía tanto como cualquier hombre adulto de la tribu acerca de los ungüentos más adecuados para cuidar a los equinos. El caso es que los caballos parecían sentirse mejor cuando él andaba cerca.

Todo eso era como una segunda naturaleza para Risueño..., y también era secundario. En realidad, lo que más le gustaba de estar con los caballos era que solían alejarse del poblado para pastar, llegando a veces incluso a un par de kilómetros de distancia, y eso le permitía a él alejarse con ellos; de ese modo, se distanciaba de los ojos omnipotentes de su padre, de la tarea potencial de tener que ocuparse de sus hermanos y hermanas más pequeños, y del inacabable trabajo de mantenimiento del campamento.

Habitualmente, siempre había otros chicos y chicas jugueteando alrededor de la manada, pero Risueño raramente participaba en sus juegos, a menos que surgiera algo muy especial.

Prefería mucho más subirse al lomo de algún caballo tranquilo, tumbarse a lo largo de la espina del animal y dedicarse a soñar, a veces durante horas, mientras el siempre cambiante cielo se desplazaba sobre su cabeza.

Se había pasado la mayor parte de la tarde soñando de esta forma, feliz de

hallarse lejos del poblado, que todavía se tambaleaba tras el trágico regreso de la partida que había salido a luchar contra los utes. Risueño sabía que, aun cuando sentía muy poco interés por la lucha, tarde o temprano tendría que seguir el sendero de la guerra, y ya se había tomado buena nota mental de llevar cuidado con los grupos que se dispusieran a salir para luchar contra los utes.

Durante la última hora había estado disfrutando del insólito lujo de encontrarse a solas con la manada. Los otros muchachos habían sido llamados por una u otra razón, pero nadie había acudido a buscar a Risueño, y eso le permitía convertirse en el más feliz de los soñadores. Con un poco de suerte, no tendría que regresar hasta el anochecer, y aún faltaban varias horas para la puesta de sol.

Estaba exactamente en medio de la manada, sumido en la ensoñación de ser el dueño de su propio hato de caballos, que sería como un gran conjunto de guerreros al que nadie se atrevería a desafiar, cuando percibió un movimiento en el suelo.

Era una serpiente de tierra grande y amarilla. De algún modo inexplicable, se las había arreglado para perderse en medio de todos aquellos cascos en movimiento, y ahora se deslizaba a una velocidad desesperada, buscando una forma de salir de allí.

A Risueño le gustaban las serpientes, y ésta era lo bastante grande y vieja como para haber sido su abuelo. Un abuelo metido en problemas, claro. Así que bajó de la grupa del caballo con la idea de apoderarse del viejo animal y llevarlo lejos de aquel lugar tan peligroso para él.

Pero la gran serpiente no resultó fácil de atrapar. Se movía con mucha rapidez, y Risueño se veía molestado por los ponis, algunos de los cuales formaban grupos compactos. El muchacho no hacía más que agacharse por debajo de los cuellos y los vientres de los animales, y sólo gracias a la ferviente determinación de su corazón de buen samaritano pudo seguirle la pista al cuerpo amarillo, que se retorció sobre el suelo.

La aventura terminó bien. Cerca ya del final de los terrenos ocupados por la manada, la gran serpiente encontró por fin un agujero donde meterse, y lo único que Risueño pudo ver fue la cola que desaparecía bajo tierra.

Mientras se encontraba sobre el agujero, observándolo, algunos de los caballos relincharon y Risueño vio que levantaban las orejas. De pronto, todas las cabezas que le rodeaban giraron en una misma dirección.

Habían visto llegar algo.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo del muchacho y el entusiasmo por estar a solas se volvió de pronto en contra suya. Sintió miedo. A pesar de todo, avanzó con firmeza, permaneciendo semiagachado entre los ponis, confiando en ver antes de ser visto.

Cuando pudo ver trozos de pradera vacía extendiéndose ante él, Risueño se agachó aún más y avanzó a rastras por entre las patas de los caballos. Los animales

no habían sentido pánico y eso hizo que el muchacho se sintiera un poco menos asustado. Pero seguían observando en una misma dirección, con mayor curiosidad que nunca, y Risueño llevó cuidado de no hacer ningún ruido.

Se detuvo cuando vio pasar el caballo, a veinte o treinta metros de distancia. No pudo echarle un buen vistazo porque su visión se vio bloqueada, pero estuvo seguro de haber visto piernas.

Se levantó lentamente, y miró por encima del lomo de un poni. A Risueño le hormiguearon todos los pelos de la cabeza, y un zumbido de aturdimiento le sonó dentro de la mollera, como el que pudiera producir un enjambre de abejas. La boca del muchacho se quedó petrificada, y también los ojos. No parpadeó una sola vez. Nunca había visto a ninguno antes, pero sabía exactamente qué era lo que estaba mirando ahora.

Era un hombre blanco. Un soldado blanco, con el rostro cubierto de sangre.

Y llevaba a alguien. Llevaba a aquella mujer extraña llamada En Pie con el Puño en Alto.

La mujer parecía estar herida. Mostraba los brazos y las piernas envueltos en unas ropas de extraño aspecto. Quizá estuviera muerta.

El caballo del soldado blanco inició un ligero trote al pasar. Se dirigía directamente hacia el poblado. Ya era demasiado tarde para adelantarse y dar la alarma, así que Risueño se encogió y volvió a retroceder hacia el centro de la manada. Seguro que esto le plantearía problemas. ¿Qué podía hacer?

El muchacho no fue capaz de pensar con claridad; todo le daba vueltas en la cabeza, como semillas en una matraca. Si hubiera conservado un poco más de serenidad, se habría dado cuenta por la expresión del soldado blanco, que éste no podía estar cumpliendo ninguna misión hostil. No había nada en su porte que así lo indicara. Pero las únicas palabras que sonaban en el cerebro de Risueño eran: «Soldado blanco, soldado blanco».

De repente pensó: «Quizá haya más. Quizá haya todo un ejército de bocapeludas en la pradera. Quizá se estén acercando».

Preocupado únicamente por expiar su descuido, Risueño tomó la brida que solía llevar alrededor del cuello, se la pasó por el morro a un poni de aspecto fuerte y lo hizo salir de la manada de la forma más tranquila que pudo.

Luego, saltó sobre el lomo del animal y azuzó al caballo, lanzándolo al galope en dirección opuesta a donde se encontraba el poblado, registrando angustiado el horizonte por si veía alguna señal de soldados blancos.

La adrenalina del teniente Dunbar corría por su sangre. La manada de ponis... Al principio, casi pensó que era la pradera la que se movía. Nunca había visto tal cantidad de caballos juntos. Quizá hubiera seiscientos o setecientos. Aquella visión inspiraba tanto respeto que casi se había sentido tentado de detenerse a observarla.

Pero, claro está, no podía hacer eso.

Llevaba a una mujer en sus brazos.

Hasta ahora, ella había resistido bastante bien. Su respiración era regular y ya no sangraba mucho. También había permanecido muy quieta, aunque, a pesar de lo pequeña que era, el peso de la mujer le estaba quebrando la espalda. Ya la había transportado desde hacía más de una hora y ahora que estaba cerca del poblado, el teniente deseaba más que nunca haber llegado allí. Su destino se decidiría dentro de muy poco y eso hacía que la adrenalina le corriera por la sangre, pero más que en ninguna otra cosa pensaba en el monstruoso dolor que sentía entre los omóplatos. Un dolor que parecía estar matándole.

El terreno que se extendía ante él ascendía lentamente y al acercarse más pudo ver fragmentos del río cruzando la pradera y luego las puntas de algo; finalmente, llegó al borde de la elevación y el campamento apareció ante su vista, elevándose como lo había hecho la luna en la noche anterior.

Inconscientemente, el teniente tiró de las riendas. Tenía que detenerse ahora. Aquello era una visión que había que contemplar.

Había unas cincuenta o sesenta tiendas cónicas, cubiertas de piel, extendiéndose a lo largo del río. Su aspecto era cálido y pacífico bajo el sol del atardecer, pero las sombras que arrojaban también las hacían parecer más grandes de lo que eran en realidad, como monumentos antiguos y todavía vivos.

Pudo ver a gente trabajando alrededor de las tiendas. Escuchó algunas de las voces de las personas que deambulaban entre las tiendas. También escuchó risas y, de algún modo, eso le sorprendió. Había más personas arriba y abajo del río. Algunas de ellas estaban dentro del agua.

El teniente Dunbar permaneció montado en «Cisco», sosteniendo a la mujer que había encontrado, con los sentidos abrumados por la potencia de aquella planicie sin edad extendida ante él como el despliegue de un lienzo vivo. Una civilización primigenia, completamente intocada.

Y él estaba allí.

Aquello iba mucho más allá del alcance de su imaginación y, al mismo tiempo, sabía que ésa era la razón por la que había venido, esto era el núcleo de aquella urgencia para que lo enviaran a la frontera. Esto, sin que él lo hubiera sabido antes, era aquello que tanto había anhelado ver.

Estos momentos que se movían con tanta rapidez, en lo alto de la pendiente, ya no volverían a ser los mismos en toda su vida mortal. Porque en estos breves instantes se convirtió en parte de algo tan grande que dejó de ser un teniente, un hombre o incluso un cuerpo de partes que funcionaban juntas. En aquellos momentos sólo fue espíritu suspendido en el espacio vacío e infinito del universo. Durante aquellos preciosos y pocos segundos, conoció la sensación de la eternidad.

La mujer tosió. Se agitó un poco contra su pecho y Dunbar le acarició con ternura la parte posterior de la cabeza.

Hizo un breve sonido de beso con los labios, y «Cisco» empezó a bajar la suave pendiente. Apenas habían avanzado unos pocos pasos cuando vio a una mujer y dos niños salir de entre los claros situados a lo largo del río.

Y ellos también le vieron a él.

La mujer lanzó un grito y dejó caer el recipiente de agua que sostenía, tomó de la mano a los niños y echó a correr hacia el poblado, gritando: «¡Soldado blanco, soldado blanco!», con toda la fuerza de sus pulmones. Montones de perros indios salieron corriendo como cohetes, otras mujeres gritaron llamando a sus hijos, y los caballos se removieron inquietos alrededor de las tiendas, relinchando salvajemente. Aquello fue un verdadero pandemónium.

Toda la tribu creyó estar siendo objeto de un ataque.

A medida que se acercaba al poblado, el teniente Dunbar pudo ver a hombres corriendo por todas partes. Los que habían conseguido apoderarse de sus armas montaron en sus caballos con unos saltos que a él le hicieron pensar en aves llenas de pánico. El poblado conmocionado era tan poco realista como se lo había parecido en estado de reposo. Era como un gran nido de gente en el que se hubiera introducido y agitado un palo.

Los hombres que ya habían logrado montar sus caballos se estaban reuniendo para formar un grupo que en cualquier momento avanzaría para salir a su encuentro, quizá con la intención de matarle. No había esperado crear tanta agitación, ni que aquellas gentes fueran tan primitivas. Pero hubo algo más que pesó en su ánimo al tiempo que iba acercándose más y más al poblado; algo que hacía desaparecer todo lo demás. Por primera vez en su vida, el teniente Dunbar supo lo que era sentirse como un intruso. Y fue una sensación que no le gustó, lo que tuvo bastante que ver con la acción que realizó a continuación. Lo último que deseaba era que le tomaran como un intruso y cuando llegó al terreno despejado de un claro, a la entrada del poblado, situado ya lo bastante cerca como para ver a través de la nubécula de polvo que se había levantado como consecuencia de aquel clamor, y poder distinguir las miradas de los ojos, tiró una vez más de las riendas, y se detuvo.

Luego, desmontó, tomó a la mujer en sus brazos y avanzó uno o dos pasos por delante de su caballo. Y se quedó allí, quieto, con los ojos cerrados, sosteniendo a la mujer herida, como si fuera un viajero extranjero que llegara con un extraño presente.

El teniente escuchó con intensidad, mientras el pueblo, en fases que sólo duraron unos pocos segundos, se quedó extrañamente quieto. La cortina de polvo empezó a asentarse, y Dunbar percibió con el oído que la masa de humanidad que momentos antes había producido tanta algarabía se acercaba ahora lentamente hacia él. Envuelto por aquel extraño silencio, escuchó el sonido de algún adorno ocasional, el murmullo

de los pasos, el bufido de un caballo que pateaba con impaciencia.

Abrió entonces los ojos y vio que toda la tribu se había reunido a la entrada del poblado, con los guerreros y los hombres jóvenes al frente, y las mujeres y los niños detrás. Eran como un sueño de gentes salvajes, vestidos con pieles y tejidos de colores, como una raza completamente aparte de seres humanos que le contemplaban con la respiración contenida, apenas a cien metros de distancia.

La mujer pesaba en sus brazos y cuando Dunbar desplazó su peso, moviéndose un poco, una agitación se despertó al instante entre la multitud, y desapareció con la misma rapidez. Pero nadie se adelantó para salir a su encuentro.

Un grupo de ancianos, aparentemente hombres de importancia, formaron un corrillo, susurrando entre ellos con tonos guturales, tan extraños para el oído del teniente que, para él, ellos apenas si parecían estar hablando.

Durante este intervalo desvió su atención de un lado a otro, y cuando miró hacia un grupo compacto de unos diez jinetes, la mirada del teniente descubrió entre ellos un rostro conocido. Era el mismo hombre, el guerrero que le había ladrado de una forma tan feroz el día que varios indios hicieron la incursión en Fort Sedgewick. Cabello al Viento le devolvió la mirada con tal intensidad que Dunbar casi estuvo a punto de girarse para ver si había alguien a su espalda.

Sentía los brazos tan plomizos que ya no estaba seguro de poder moverlos de nuevo, pero con la mirada del guerrero todavía fija en él, Dunbar levantó un poco más a la mujer, como diciendo: «Aquí tenéis..., tomadla».

Desconcertado por este gesto repentino e inesperado, el guerrero vaciló, y sus ojos se desviaron hacia la multitud, preguntándose, evidentemente, si alguien más había observado aquel intercambio silencioso de miradas. Cuando volvió a mirarle, los ojos del teniente seguían clavados en él, y aún sostenía el gesto.

Con un suspiro interior de alivio, el teniente Dunbar vio a Cabello al Viento saltar del poni que montaba y echar a caminar a través del claro, sosteniendo relajadamente un hacha de guerra en la mano. Se acercaba a él, y si el guerrero sentía algún temor, se cuidó mucho de enmascararlo, puesto que la expresión de su rostro era firme y más bien parecía dispuesto a impartir un castigo.

Los demás guardaron silencio mientras el espacio entre el inmóvil teniente Dunbar y Cabello al Viento, que avanzó deprisa, se redujo a la nada. Ya era demasiado tarde para impedir que sucediera lo que fuera a suceder. Todo el mundo permaneció inmóvil, observando.

A la vista de lo que se le acercaba, el teniente Dunbar no pudo haber sido más valiente. Permaneció imperturbable, sin pestañear, y aunque no había ningún dolor en su rostro, tampoco mostraba la menor señal de temor.

Cuando Cabello al Viento estuvo a corta distancia y aminoró el paso, el teniente dijo con un tono de voz claro y fuerte:

—Está herida.

Levantó un poco más su carga y el guerrero miró fijamente el rostro de la mujer. Dunbar pudo observar que la reconocía. De hecho, la sorpresa de Cabello al Viento fue tan evidente que, por un momento, cruzó por su mente la horrible idea de que ella pudiera haber muerto. El teniente también se la quedó mirando.

Y, mientras lo hacía, se la arrancaron de los brazos. Con un solo movimiento fuerte y seguro se la habían quitado, y antes de que Dunbar se diera cuenta, el guerrero regresaba caminando hacia el poblado, sosteniendo a En Pie con el Puño en Alto más o menos como haría un perro con un cachorro. Mientras caminaba, dijo algo y una exclamación colectiva de sorpresa surgió de entre los comanches que se apresuraron a adelantarse hacia él.

El teniente permaneció inmóvil delante de su caballo y mientras la tribu se arremolinaba alrededor de En Pie con el Fuño en Alto, él se sintió desanimado. Aquél no era su pueblo. Nunca llegaría a conocerlos. Era como si se encontrara a mil kilómetros de distancia. Y en ese momento quiso ser pequeño, lo bastante pequeño como para arrastrarse hasta el interior del agujero más pequeño y oscuro. ¿Qué había esperado de aquella gente? Tuvo que haber pensado que echarían a correr a su encuentro, y le abrazarían, y le hablarían en su idioma, y le invitarían a cenar, a compartir sus historias y bromas con toda naturalidad. Qué solitario debía sentirse. Qué despreciable tenía que haber sido por haber concebido expectativa alguna, por haberse aferrado a aquellas ideas tan estafalarias, por haber abrigado esperanzas tan lejanas a la realidad que ya ni siquiera parecía capaz de ser honesto consigo mismo. Se las había arreglado para engañarse acerca de todo y pensar que él era algo, cuando no era nada.

Todos estos terribles pensamientos daban vueltas en su cabeza como una tormenta de destellos incoherentes, y ya no le importaba el lugar donde se encontrara ahora, delante de este poblado primitivo. El teniente Dunbar vacilaba bajo el peso de una mórbida crisis personal. El corazón y la esperanza le habían abandonado al unísono, como demasiada tiza borrada de un plumazo de la pizarra. En alguna parte, en lo más profundo de sí mismo, alguien había bajado un conmutador, y la luz del teniente Dunbar se había apagado.

Inconsciente ante todo lo que no fuera la vaciedad de sus sentidos, el desgraciado teniente montó en «Cisco», lo hizo volver grupas y reinició el camino de regreso por donde había venido, emprendiendo un trote vivo. Todo esto sucedió con tan poca espectacularidad, que los muy ocupados comanches no se dieron cuenta de que se había marchado hasta que él ya había avanzado cierta distancia.

Dos jóvenes se dispusieron a ir en su busca, pero fueron contenidos por los hombres de cabeza fría del círculo íntimo de Diez Osos. Eran lo bastante sabios como para saber que se había hecho una buena obra, que el soldado blanco les había

devuelto a uno de los suyos, y que nada ganarían lanzándose en su persecución.

El camino de regreso fue el más largo y angustioso en toda la vida del teniente Dunbar. Durante varios kilómetros cabalgó casi en estado de trance, con la mente ocupada en miles de pensamientos negativos. Resistió la tentación de echarse a llorar de la misma forma que uno se resiste a vomitar, pero la autocompasión se cebó en él despiadadamente, en una oleada tras otra, hasta que finalmente ya no pudo soportarlo más.

Se inclinó hacia adelante, dejando que sus hombros se hundieran al principio, y las lágrimas cayeron sin un sonido. Pero empezó a sollozar, las compuertas se abrieron por completo. Su rostro se contorsionó de una forma grotesca y empezó a gemir con el abandono de un histérico. Y en medio de estas primeras convulsiones, dejó caer la cabeza sobre el cuello de «Cisco» y, mientras el animal recorría la pradera sin que él se diera cuenta, dejó que su corazón sangrara libremente, sollozando con tanta pena como un niño desconsolado.

Ni siquiera vio el fuerte. Cuando «Cisco» se detuvo, el teniente levantó la mirada y se dio cuenta de que el animal se había detenido delante de su alojamiento. Se sentía desprovisto de todas sus fuerzas y durante unos segundos, todo lo que pudo hacer fue permanecer sentado sobre el lomo de su caballo, inmóvil. Cuando finalmente volvió a levantar la cabeza, vio a «Dos calcetines», estacionado en su lugar habitual sobre el risco situado al otro lado del río. La visión del lobo, sentado en una actitud tan paciente, como un perro de caza real, con un rostro tan dulcemente inquisitivo, produjo una nueva oleada de sentimiento en la garganta de Dunbar. Pero ahora ya había agotado todas sus lágrimas.

Descendió de «Cisco», tambaleante, le quitó el freno de la boca y cruzó el umbral. Dejó caer la brida al suelo y luego se dejó caer él en el jergón, tiró de una manta, hasta taparse la cabeza, y se enrolló, formando un ovillo.

A pesar de lo agotado que estaba, el teniente no pudo dormir. Por alguna razón, no podía dejar de pensar en «Dos calcetines», que esperaba en el exterior con tanta paciencia. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se arrastró fuera de la cama, salió a la luz del crepúsculo y miró hacia el otro lado del río.

El viejo lobo seguía sentado en su lugar, así que el teniente se dirigió como un sonámbulo al barracón de avituallamiento y cortó un gran trozo de tocino. Llevó la carne hasta el risco y, con «Dos calcetines» observándole intensamente, la arrojó sobre la hierba del fondo, cerca de la parte alta del risco.

Luego, pensando en dormir a cada paso que daba, preparó algo de heno para «Cisco» y finalmente se retiró a su alojamiento. Cayó de nuevo en el jergón como un soldado agotado, tiró de la manta y se cubrió los ojos.

Un rostro de mujer apareció ante él, un rostro procedente del pasado que él conocía muy bien. Había una tímida sonrisa en sus labios y los ojos brillaban con una

luz que sólo puede proceder del corazón. En momentos difíciles, él siempre había convocado el recuerdo de aquel rostro, que había acudido para reconfortarle. Había mucho más detrás de aquel rostro, una larga historia con un final desgraciado, pero el teniente Dunbar no se fijaba en eso. El rostro y su maravillosa expresión eran todo lo que él deseaba recordar, y se agarraba a eso con tenacidad. Lo utilizaba como si de una droga se tratara. De hecho, era el analgésico más poderoso que conocía. No pensaba en ella a menudo, pero siempre llevaba aquel rostro consigo, y sólo lo utilizaba cuando se encontraba a punto de tocar fondo. Permaneció inmóvil sobre la cama, como un fumador de opio y, finalmente, la imagen convocada en su mente empezó a surtir su efecto. Ya estaba roncando suavemente cuando apareció Venus encabezando un largo desfile de estrellas a través del cielo infinito de la pradera.

Capítulo

14

Pocos minutos después de la partida del hombre blanco, Diez Osos convocó otro consejo. A diferencia de las últimas reuniones, iniciadas y terminadas en la confusión, Diez Osos sabía ahora con toda exactitud qué deseaba hacer. Él ya se había trazado un plan antes de que el último de los hombres se sentara en su tienda.

El soldado blanco con sangre en el rostro había traído a En Pie con el Puño en Alto, y Diez Osos estaba convencido de que esta sorpresa era un buen presagio, uno que debería seguirse hasta el final. El tema de la raza blanca había preocupado sus pensamientos desde hacía ya demasiado tiempo. Durante años, no había sido capaz de vislumbrar ningún bien en su llegada, a pesar de buscarlo desesperadamente. Hoy, por fin, se había producido algo bueno, y ahora él estaba decidido a no dejar pasar lo que consideraba como una magnífica oportunidad.

El soldado blanco había demostrado una extraordinaria valentía al acercarse a solas al campamento. Y era evidente que lo había hecho con una sola intención... no la de robar, engañar o luchar, sino la de devolver algo que había encontrado, algo que les pertenecía a ellos. Probablemente, todo lo que decían aquellas habladurías sobre dioses eran cosas equivocadas, pero Diez Osos tenía una cosa muy clara: había que investigar el comportamiento de este soldado, por el bien de todo el mundo. Un hombre capaz de comportarse así se hallaba destinado, sin duda, a alcanzar una elevada posición entre los blancos. Incluso era posible que ya ejerciera un gran peso e influencia entre ellos. Un hombre como aquél era alguien con quien se podían alcanzar acuerdos. Y, si no se lograban acuerdos, la guerra y el sufrimiento serían inevitables.

Así que Diez Osos se sintió muy animado. La escena de la que había sido testigo aquella tarde, aunque sólo se tratara de un acontecimiento aislado, se le aparecía a él como una luz en la noche, y ahora, mientras los hombres entraban en su tienda, pensaba en la mejor forma de poner en práctica su plan.

Durante el despliegue de los preliminares de la reunión, en los que el propio Diez Osos hizo sus propios comentarios, repasó mentalmente cuáles eran los hombres en quienes se podía confiar, tratando de decidir quién de ellos sería el mejor para llevar a cabo su idea.

Pero no fue hasta la llegada de Pájaro Guía, que se había retrasado al tener que atender a En Pie con el Puño en Alto, cuando el anciano se dio cuenta de que aquello no podía ser tarea de un solo hombre. Debía enviar a dos hombres. Una vez hubo decidido eso, los individuos en cuestión se le ocurrieron en seguida. Debía enviar a Pájaro Guía debido a sus poderes de observación, y a Cabello al Viento debido a su naturaleza agresiva. El carácter de cada uno de aquellos dos hombres era representativo de él mismo y de su pueblo, y ambos se complementaban a la perfección.

Diez Osos hizo que el consejo fuera corto. No deseaba entablar la clase de discusiones prolongadas que podían conducir a la indecisión. Una vez que hubo llegado el momento adecuado, pronunció un discurso elocuente y hermosamente razonado, recordando las numerosas historias de superioridad numérica blanca y riquezas blancas, especialmente en términos de armas y caballos. Concluyó con la idea de que el hombre del fuerte debía ser un emisario, y que sus buenas acciones debían ser motivo para hablar, no para luchar.

Al final de su discurso se hizo un prolongado silencio. Todos los presentes sabían que tenía razón.

Entonces, Cabello al Viento habló:

—No creo que debas ser tú el que vaya a hablar con ese hombre blanco —dijo—. No es un dios, sino sólo otro hombre blanco perdido en su camino.

Un diminuto centelleo cruzó por los ojos del anciano al dar su respuesta.

—No seré yo quien vaya. Pero deberían ser buenos hombres. Hombres capaces de demostrar qué es un comanche. —Al llegar a este punto, se detuvo, cerrando los ojos como para causar un mayor efecto dramático. Transcurrió un rato tan prolongado que algunos de los hombres pensaron que podría haberse quedado dormido. Finalmente, en el último momento, abrió los ojos y miró directamente a Cabello al Viento, diciendo—: Tú deberías ir. Tú y Pájaro Guía.

Y tras haber dicho estas palabras, cerró los ojos de nuevo y se quedó, esta vez sí, dormitando, dando por terminado el consejo en el momento justo.

La primera gran tormenta de la temporada cayó aquella noche, formando un frente de muchos kilómetros que avanzó con el retumbar hueco de los truenos y el luminoso resquebrajamiento del cielo en relámpagos bifurcados. La lluvia que trajo consigo la tormenta cayó sobre la pradera en grandes cortinas ondulantes, obligando a todo bicho viviente a buscar refugio.

La tormenta despertó a En Pie con el Puño en Alto.

La lluvia repiqueteaba con fuerza contra las paredes de cuero de la tienda como el fuego mortal procedente de mil rifles y, por unos instantes, no supo dónde se hallaba. Había luz, y se giró un poco de costado para echar un vistazo a la pequeña hoguera que aún ardía en el centro de la tienda. Al moverse, una de las manos se desplazó

sobre la herida del muslo y, accidentalmente, rozó algo cuyo tacto le pareció extraño. Se palpó con cuidado y descubrió que se le había cosido la pierna.

Entonces lo recordó todo.

Miró con actitud somnolienta en el interior de la tienda, preguntándose quién viviría allí. Sabía que no era la suya.

Sentía la boca tan seca como si fuera de algodón, así que sacó una mano de debajo de las mantas para explorar con los dedos. Lo primero con que se tropezaron fue un pequeño cuenco medio lleno de agua. Se incorporó sobre un codo, tomó varios largos tragos y volvió a tenderse.

Había cosas que deseaba saber, pero ahora le resultaba difícil pensar. Por debajo de las mantas sentía tanto calor como en verano. Las sombras que arrojaba el fuego bailoteaban alegremente por encima de su cabeza; la lluvia canturreaba con fuerza en sus oídos, y ella se sentía muy débil.

«Quizá me estoy muriendo», pensó al tiempo que se le empezaban a cerrar los párpados, apagando la visión de los últimos retazos de la luz de la hoguera. Justo antes de quedarse dormida, se dijo a sí misma: «No es tan malo».

Pero En Pie con el Puño en Alto no se estaba muriendo. Al contrario, se estaba recuperando y lo que había sufrido, una vez que se hubiese curado, la haría más fuerte que nunca.

El bien terminaría por surgir del mal. En realidad, el bien ya se había iniciado. Estaba acostada en un buen lugar, un lugar que sería su nuevo alojamiento durante bastante tiempo.

Estaba en la tienda de Pájaro Guía.

El teniente Dunbar durmió como los muertos, apenas consciente del grandioso espectáculo que se desplegó en el cielo. La lluvia castigó durante horas la pequeña cabaña de paja, pero él estaba tan caliente y tan seguro bajo el montón de mantas del ejército, que el propio Armagedón podría haber venido y haberse marchado sin que él se enterara de nada.

Su cuerpo no se agitó ni una sola vez, y no fue hasta bastante después de salido el sol, mucho después de que hubiera pasado la tormenta, cuando el despreocupado y persistente canto de una alondra de los prados terminó por despertarle. La lluvia había refrescado cada centímetro cuadrado de la pradera, y la dulzura de su aroma llegó suavemente a su nariz incluso antes de que abriera los ojos. Al parpadear por primera vez, se dio cuenta de que estaba tumbado de espaldas, y cuando abrió los ojos del todo se encontró mirando directamente hacia la entrada de la cabaña, por encima de los dedos de los pies.

Hubo un ramalazo de movimiento cuando algo bajo y peludo se alejó del umbral con rapidez. El teniente se sentó, parpadeando. Un instante después, apartó las mantas de un tirón y se acercó a hurtadillas a la entrada. Desde dentro echó un vistazo

precavido hacia el exterior.

«Dos calcetines» acababa de abandonar trotando la protección del toldo y ahora se giraba para sentarse bajo el sol que daba en el patio. Entonces, vio al teniente y se puso rígido. Los dos se miraron atentamente durante unos pocos segundos. Luego, el teniente se frotó los ojos para eliminar los últimos vestigios del sueño y cuando dejó caer las manos «Dos calcetines» se había tendido dejando descansar el hocico sobre el suelo existente entre las dos patas extendidas, como un perro fiel a la espera de las órdenes de su amo.

«Cisco» relinchó ruidosamente en el corral, y la cabeza del teniente giró con rapidez en aquella dirección. En ese mismo instante, captó un relampagueo de movimiento por el rabillo del ojo y se giró a tiempo de ver a «Dos calcetines» que salía disparado, desapareciendo al otro lado del risco. Y entonces, cuando volvió a mirar hacia el corral, los vio.

Estaban sentados sobre sus ponis, a menos de cien metros de distancia de él. No los contó, pero había por lo menos ocho de ellos.

De pronto, dos hombres empezaron a avanzar con lentitud hacia él. Dunbar no se movió pero, a diferencia de lo sucedido en encuentros anteriores, mantuvo una actitud relajada. Pudo hacerlo así gracias a la forma en que se acercaban los ponis. Llevaban las cabezas caídas, de una forma tan natural como obreros que regresaran a casa después de un largo día de trabajo.

El teniente se sentía un tanto angustiado, pero su ansiedad tenía muy poco que ver con la vida o con la muerte.

Se preguntaba qué diría y cómo podría comunicar sus primeras palabras.

Pájaro Guía y Cabello al Viento se preguntaban exactamente lo mismo. El soldado blanco era para ellos tan extraño como lo más extraño que se hubieran encontrado hasta entonces, y ninguno de ellos sabía a ciencia cierta cómo podía terminar esto. El hecho de ver que la sangre seguía manchando el rostro del soldado blanco no les hizo sentirse mejor acerca de la reunión que estaba a punto de iniciarse. En términos de papel, sin embargo, cada uno de aquellos dos hombres era diferente. Cabello al Viento cabalgaba como un guerrero, como un comanche luchador. Pájaro Guía, en cambio, adoptaba más el papel de estadista. Éste era un momento importante en su vida, en la vida del grupo y de toda la tribu. Para Pájaro Guía se iniciaba un futuro completamente nuevo y él estaba sentado en el carro de la historia.

Cuando sus rostros estuvieron lo bastante cerca como para verse con claridad, Dunbar reconoció en seguida al guerrero que había tomado a la mujer de entre sus brazos. En el otro hombre también creyó ver algo familiar, pero no pudo situarlo. Tampoco dispuso de tiempo.

Ambos se detuvieron a una docena de pasos de distancia de donde él se encontraba.

Tenían un aspecto resplandeciente bajo la brillante luz del sol. Cabello al Viento llevaba un peto hecho de hueso, y un gran disco de metal colgaba del cuello de Pájaro Guía. Estos objetos reflejaban la luz. Se observaba incluso un brillo procedente de sus profundos ojos negros, y el cabello negro y brillante de cada uno de los dos hombres parecía tremolar bajo los rayos del sol.

A pesar de que acababa de despertarse, el teniente Dunbar también mostraba un cierto lustre, aunque fuera mucho más sutil que el de sus visitantes.

Su crisis del corazón ya había pasado, dejándole del mismo modo que la tormenta de la noche anterior había dejado a la pradera: fresco y lleno de vigor.

El teniente Dunbar se inclinó hacia adelante, con la leve sugerencia de una inclinación y se llevó las puntas de los dedos a la parte lateral de la cabeza, en un saludo militar lento y deliberado.

Un instante después, Pájaro Guía replicó a su gesto inicial con un movimiento extraño de su propia mano, que giró desde el dorso hasta la palma.

El teniente no sabía lo que eso significaba, pero lo interpretó correctamente como un gesto de amistad. Miró a su alrededor, como para asegurarse de que el lugar seguía estando allí y dijo:

—Bienvenidos a Fort Sedgewick.

El significado de aquellas palabras constituyeron un completo misterio para Pájaro Guía, pero, tal y como había hecho el teniente Dunbar con su gesto anterior, las interpretó como una especie de saludo.

—Hemos venido desde el campamento de Diez Osos para hablar pacíficamente —dijo, obteniendo del teniente una mirada de ignorancia.

Como ahora ya estaba claro que ninguna de las dos partes era capaz de conversar, el silencio cayó sobre todos ellos. Cabello al Viento aprovechó el respiro para estudiar los detalles del edificio del hombre blanco. Parecía anguloso y largo a causa del toldo, que ahora empezaba a agitarse impulsado por la brisa.

Pájaro Guía permaneció sentado en su poni, impasible, mientras transcurrían los segundos. Dunbar dio unos golpecitos sobre el suelo con la punta de una bota y se acarició la barbilla. A medida que transcurría el tiempo, se fue poniendo nervioso, y su nerviosismo le recordó el café de la mañana, que no había tomado aún, y lo mucho que hubiera deseado tomar una taza. También quería fumar un cigarrillo.

—¿Café? —preguntó mirando a Pájaro Guía. El chamán ladeó la cabeza con curiosidad—. ¿Café? —repitió el teniente. Rodeó con los dedos de una mano una taza imaginaria e hizo un movimiento como si bebiera—. ¿Café? —volvió a decir—. ¿Para beber?

Pájaro Guía se limitó a mirar fijamente al teniente. Cabello al Viento hizo una pregunta y Pájaro Guía contestó algo. Luego, los dos miraron intensamente a su anfitrión. Después de lo que a Dunbar le pareció una eternidad, Pájaro Guía terminó

por asentir con un gesto.

—Bien, bien —dijo el teniente dándose unos golpecitos en el muslo—. Venid entonces.

Les hizo gestos para que desmontaran y les indicó que se adelantaran, mientras él caminaba bajo el toldo.

Los comanches desmontaron y avanzaron con precaución. Todo aquello que veían sus ojos tenía un aire de misterio para ellos, y el teniente les parecía una figura un tanto ridícula, actuando como un hombre cuyos invitados le han pillado por sorpresa llegando con una hora de antelación.

No había ningún fuego encendido pero, afortunadamente, había dejado leña seca suficiente para el café. Se acuclilló junto al montón de astillas y se dispuso a encender el fuego.

—Sentaos, por favor —les dijo.

Pero los indios no comprendieron y él tuvo que repetir la invitación, haciendo gestos para imitar el acto de gente sentándose.

Una vez que se hubieron sentado, se dirigió presuroso al barracón de avituallamiento y regresó con la misma rapidez llevando consigo un pequeño saco de un kilo de grano y un molinillo de café. Una vez que hubo logrado encender el fuego, el teniente Dunbar vertió unos granos en la cazoleta del molinillo y empezó a hacer girar la manija.

A medida que los granos desaparecían por el cono metálico del molinillo, observó que tanto Pájaro Guía como Cabello al Viento se inclinaban hacia adelante con curiosidad. Jamás se le hubiera ocurrido pensar que algo tan habitual como moler café pudiera ser mágico. Pero lo era para Pájaro Guía y Cabello al Viento. Ninguno de ellos había visto antes un molinillo de café.

El teniente Dunbar estaba emocionado de hallarse en compañía de personas después de haber pasado tanto tiempo a solas, y se sentía ansioso porque sus invitados permanecieran un tiempo con él, así que aprovechó la operación de moler café para extraerle todo su jugo. Se detuvo de pronto y acercó el aparato un par de pasos hacia los indios, permitiéndoles observar el proceso con mayor claridad. Hizo girar la manija con lentitud, lo que les permitió observar cómo descendían los granos. Cuando ya sólo quedaron unos pocos, terminó la tarea con una floritura, efectuando el movimiento con rapidez y un tanto teatralmente. Luego, se detuvo con el efecto espectacular de un mago, para dejar que su público reaccionara.

Pájaro Guía se sentía intrigado por el aparato. Extendió la mano y pasó los dedos ligeramente sobre uno de los lisos y brillantes lados de madera del molinillo. Fiel a su naturaleza, a Cabello al Viento le gustó más el mecanismo de molienda. Introdujo uno de sus largos dedos oscuros en el embudo y palpó alrededor del pequeño agujero existente en el fondo, con la esperanza de descubrir qué había sucedido con los

granos.

Dunbar creyó llegado el momento para el remate final del espectáculo. Interrumpió aquellas inspecciones levantando una mano. Hizo girar el aparato y apretó entre los dedos el pequeño pomo situado en su base. Los indios inclinaron las cabezas, más curiosos que nunca.

En el último momento posible y con la actitud de alguien que estuviera exponiendo una joya fabulosa, el teniente Dunbar abrió mucho los ojos, dejó que una sonrisa se extendiera sobre su rostro y extrajo el cajoncillo, lleno con el café recién molido.

Los dos comanches quedaron fuertemente impresionados. Cada uno de ellos tomó un pequeño pellizco del café molido y lo olió. Luego, permanecieron tranquilamente sentados, a la espera del siguiente proceso, mientras su anfitrión colgaba un caldero sobre el fuego y dejaba hervir el agua.

Dunbar sirvió el café recién hecho, extendiendo hacia cada uno de sus invitados una humeante taza de líquido negro. Los hombres dejaron que el aroma subiera hasta sus rostros e intercambiaron miradas de reconocimiento. Aquello olía como buen café, mucho mejor que el que habían saqueado a los mexicanos hacía ya tantos años. Era mucho más fuerte.

Dunbar les observó expectante cuando ellos tomaron un pequeño sorbo, y se sorprendió al ver la expresión contorsionada de sus rostros. Algo andaba mal. Los dos pronunciaron en seguida unas pocas palabras, al parecer, una pregunta. El teniente sacudió la cabeza con un gesto negativo.

—No comprendo —dijo, encogiéndose de hombros.

Los indios mantuvieron una breve pero indecisa conferencia. Luego, a Pájaro Guía se le ocurrió una idea. Convirtió su mano en un puño, lo sostuvo sobre la taza, y abrió la mano, como si estuviera dejando caer algo en el café. Luego, aparentó agitar con un palo imaginario lo que acababa de echar.

El teniente Dunbar dijo algo que él no entendió y luego Pájaro Guía se quedó observando cómo el hombre blanco se levantaba de un salto, volvía a aquella casa de tierra tan mal hecha, regresaba con otro saquito en la mano y se lo tendía.

Pájaro Guía miró el interior del saquito y gruñó al ver los cristales marrones.

El teniente Dunbar vio aparecer una sonrisa en el rostro del indio y se dio cuenta de que su suposición había sido correcta. Lo que habían pedido los indios era azúcar.

Pájaro Guía se sintió especialmente animado por el entusiasmo demostrado por el soldado blanco. Deseaba hablar, y cuando se presentaron a sí mismos Loo Ten Nant pidió que le repitieran los nombres varias veces, hasta que pudo pronunciarlos de forma correcta. Su aspecto era extraño, e hizo cosas extrañas, pero el hombre blanco mostraba deseos de escuchar y parecía tener grandes reservas de energía. Quizá porque él mismo estuviera tan inclinado hacia la paz, Pájaro Guía apreciaba mucho la

fuerza de la energía en los demás.

Habló mucho más de lo que Pájaro Guía estaba acostumbrado a escuchar. Más tarde, al pensarlo, le pareció que el hombre blanco no había dejado de hablar en todo el tiempo.

Pero los estaba atendiendo. Efectuó extrañas danzas e hizo extrañas señales con las manos y el rostro. Logró incluso causar algunas impresiones que hicieron reír a Cabello al Viento. Y eso era algo difícil de conseguir.

Dejando aparte sus impresiones generales, Pájaro Guía había descubierto algunas cosas. Loo Ten Nant no podía ser un dios. Era demasiado humano para eso. Y estaba solo. Allí no vivía nadie más que él. Pero no pudo saber por qué estaba solo, del mismo modo que tampoco supo si iban a venir más hombres blancos y cuáles podrían ser sus planes. Y Pájaro Guía estaba ansioso por encontrar respuesta a estas preguntas.

Cabello al Viento cabalgaba justo delante de él. Iban en fila india, siguiendo el tortuoso sendero que atravesaba el bosquecillo de chopos, cerca del río. Sólo se escuchaba el fangoso chapoteo de los cascos de los ponis en la arena húmeda, y se preguntó en qué estaría pensando Cabello al Viento. Aún no habían comparado sus impresiones sobre la reunión. Él se sentía un tanto preocupado.

Pero, en realidad, no tendría que haberse sentido preocupado, porque Cabello al Viento también había quedado favorablemente impresionado. Y eso a pesar de que la idea de matar al soldado blanco había cruzado por su mente en varias ocasiones. Estaba convencido desde hacía mucho tiempo de que los hombres blancos no eran más que inútiles irritaciones, coyotes que rondaban la carne. Pero este soldado blanco había demostrado su valentía en más de una ocasión. Y también se había mostrado amistoso. Y era divertido. Muy divertido.

Pájaro Guía bajó la mirada hacia los dos saquitos, el de café y el de azúcar, que se bamboleaban contra los costados de su caballo, y entonces se le ocurrió la idea de que aquel soldado blanco le gustaba. Se trataba de una idea extraña, y eso era algo en lo que tenía que pensar.

«Bueno, ¿y qué si me gusta?», se preguntó finalmente el chamán.

Escuchó el sonido apagado de una risa. Parecía proceder de Cabello al Viento. La risa se repitió, esta vez más audible, y el rígido guerrero se giró sobre su poni, hablando por encima del hombro.

—Eso fue divertido —dijo—. Cuando el hombre blanco se convirtió en un búfalo. Luego, sin esperar una respuesta, volvió a mirar el sendero. Pero Pájaro Guía pudo observar los hombros de Cabello al Viento, balanceándose arriba y abajo, al compás de las risas apenas contenidas.

Era divertido. Loo Ten Nant había caminado de un lado a otro, de rodillas, con las

manos colocadas en su cabeza como si fueran cuernos. Y se había introducido aquella manta por debajo de la camisa, como para formar una joroba.

«No, desde luego —se dijo Pájaro Guía sonriendo para sus adentros—, nada hay más extraño que un hombre blanco».

El teniente Dunbar extendió el pesado chaquetón sobre su jergón y se quedó contemplándolo, maravillado.

«Nunca he visto un búfalo, y ya tengo un chaquetón de piel de búfalo», pensó con orgullo.

Luego, se sentó casi con actitud reverente en el borde de la cama y pasó las manos por la piel suave y tupida. Levantó uno de los bordes e inspeccionó el curado de la piel. Apretó la cara contra el pelaje y saboreó el salvaje aroma.

Qué rápidamente podían cambiar las cosas. Apenas unas pocas horas antes se había sentido conmocionado hasta sus cimientos, y ahora, en cambio, se sentía flotar.

Frunció ligeramente el ceño. Una parte de su comportamiento podría haber sido excesivo, como por ejemplo lo relacionado con esta prenda de búfalo. Y él parecía haber llevado todo el peso de la conversación, quizá en demasía. Pero se trataba de pequeñas dudas. Mientras admiraba el gran chaquetón, no pudo dejar de sentirse muy animado por este primer encuentro real.

Le gustaron los dos indios. El que más le agradó fue el que mostraba la actitud más suave y digna. Había en él algo muy fuerte, había algo de atractivo en su actitud pacífica y paciente. Era sereno, pero muy varonil. El otro, el temperamental que le había arrebatado a la mujer de entre los brazos, no era, desde luego, nadie con quien se pudiera tontear. Pero a él le pareció fascinante.

Y el chaquetón. Se lo habían regalado. Aquello sí que era algo impresionante.

El teniente se regodeó con otros recuerdos mientras se relajaba contemplando su hermoso regalo. Con todos estos nuevos pensamientos cruzando por su cabeza, no tuvo ni espacio ni inclinación para profundizar en la verdadera fuente de la euforia que sentía.

Había hecho buen uso del tiempo que había pasado solo, un tiempo que únicamente había compartido con un caballo y un lobo. Había hecho un buen trabajo en el fuerte. Todo aquello eran puntos a su favor. Pero la espera y la preocupación se le habían adherido como la grasa en una arruga, y el peso de aquella carga había sido considerable.

Ahora, todo eso había desaparecido gracias a dos hombres primitivos cuyo idioma no hablaba, a cuyos semejantes no había visto y de quienes le resultaba extraño todo lo que se relacionara con ellos.

Sin saberlo, le habían hecho un gran favor al venir. La raíz de la euforia del teniente Dunbar podía encontrarse en el rescate. El rescate de sí mismo.

Porque ahora ya no estaba solo.

Capítulo 15

17 de mayo de 1863

No he escrito nada en este diario desde hace muchos días. Han ocurrido tantas cosas que casi no sé por dónde empezar.

Hasta el momento, los indios han venido a visitarme en tres ocasiones, y no me cabe la menor duda de que habrá más visitas. Siempre son los mismos dos, con su escolta de otros seis o siete guerreros. (Me extraña que todas estas personas sean guerreros. No he visto todavía a un solo hombre que no sea un luchador).

Nuestros encuentros han sido muy amistosos, aunque muy dificultosos por la barrera del lenguaje. Lo que he aprendido hasta el momento es muy poco en comparación con lo que podría aprender. Ni siquiera sé de qué tipo de indios se trata, aunque sospecho que son comanches. Creo haber escuchado en más de una ocasión una palabra que suena como «comanche».

Conozco los nombres de mis visitantes, pero no sé cómo deletrearlos. Me parecen hombres agradables e interesantes. Son tan diferentes como la noche y el día. Uno es extraordinariamente feroz, y no cabe la menor duda de que se trata de un guerrero importante. Su físico (que es algo digno de contemplar), y su personalidad recelosa y hosca tienen que hacer de él un luchador formidable. Espero, sinceramente, que nunca tenga que enfrentarme a él, porque si eso se produjera me vería en grandes aprietos. Este hombre, cuyos ojos están situados bastante cerca el uno del otro, pero que, a pesar de todo, podría ser considerado como apuesto, codicia mucho a mi caballo y nunca deja de involucrarme en una conversación sobre «Cisco».

Conversamos a base de signos, en una especie de pantomima que los dos indios están empezando a dominar bastante bien. Pero es un procedimiento muy lento, y la mayor parte de nuestro terreno común se ha establecido sobre la base del fracaso, antes que en la del éxito de la comunicación.

El feroz arroja cantidades extraordinarias de azúcar en su café. A este paso, no tardará mucho en agotarse esa ración. Afortunadamente, yo no tomo azúcar. ¡Ja! El feroz (que es como yo lo llamo) es agradable a pesar de su actitud taciturna, parecida a la del jefe de una pandilla de duros callejeros que, en virtud de su poderío

físico, impone respeto. Después de haber pasado yo mismo un cierto tiempo en las calles, lo respeto de ese modo.

Aparte de eso, hay una cruda honradez e intencionalidad que me gustan.

Es un tipo directo.

Al otro lo llamo el hombre tranquilo y me agrada inmensamente. A diferencia del feroz, es paciente e inquisitivo.

Creo que se siente tan frustrado como yo por las dificultades del lenguaje. Me ha enseñado unas pocas palabras de su lengua, y yo he hecho lo mismo por él. Ahora conozco las palabras comanches para designar cabeza, mano, caballo, hoguera, café, casa y algunas otras, así como hola y adiós. No sé todavía lo suficiente como para formar una frase. Se tarda mucho tiempo en comprender correctamente los sonidos. No me cabe la menor duda de que para él también resulta difícil.

El tranquilo me llama Loo Ten Nant y por alguna razón no utiliza Dunbar. Estoy seguro de que no se trata de que se le olvide (se lo he recordado en varias ocasiones), así que tiene que haber alguna otra razón. Sin duda alguna, tiene un sonido claro... Loo Ten Nant.

Me ha asombrado porque me parece que posee una inteligencia de primer orden. Escucha con atención y parece darse cuenta de todo. Cualquier cambio en el viento, cualquier canto casual de un pájaro puede llamar su atención con la misma facilidad con que la llamaría algo más espectacular. Sin posibilidad de comunicarnos por medio del lenguaje, me veo reducido a leer sus reacciones con mis sentidos, pero parece ser que él también se siente favorablemente inclinado hacia mí.

Se produjo un incidente relacionado con «Dos calcetines» que ilustra muy bien lo anterior. Ocurrió al final de su visita más reciente. Habíamos bebido una cantidad sustancial de café y acababa de presentar a mis invitados las maravillas de un trozo de tocino cortado. De pronto, el tranquilo observó a «Dos calcetines» sobre el risco que hay al otro lado del río. Le dijo unas palabras al feroz y ambos se quedaron observando al lobo. Ávido por demostrarles lo que sabía sobre «Dos calcetines», tomé el cuchillo y el tocino y me dirigí al borde del risco de esta parte del río.

El feroz estaba ocupado poniendo azúcar en su café y probando el tocino, y se quedó mirando desde donde estaba sentado. Pero el tranquilo se levantó y me siguió. Habitualmente, dejó algunos trozos para «Dos calcetines» en mi lado del río, pero después de haberle cortado su ración, algo se apoderó de mí y arrojé el trozo al otro lado de la corriente. Apunté bien y el trozo cayó a pocos pasos de «Dos calcetines». Sin embargo, el lobo permaneció allí sentado y durante un tiempo creí que no haría nada. Finalmente, bendito sea el viejo lobo, se acercó, olisqueó el tocino y lo mordió. Hasta entonces, yo nunca le había visto cogerlo, y sentí un cierto orgullo al verlo ahora alejarse al trote, con su botín.

Para mí no fue más que un suceso feliz. Pero el tranquilo pareció sentirse

demasiado afectado por lo sucedido. Cuando me volví hacia él, la expresión de su rostro me pareció más pacífica que nunca. Me hizo varios gestos de asentimiento. Luego se levantó y me puso la mano en el hombro, como si diera su aprobación a mi acción.

Al regresar junto a la hoguera ejecutó una serie de signos que finalmente pude discernir como una invitación a visitar su hogar al día siguiente. Me apresuré a aceptar y poco después se marcharon.

Sería imposible hacer una narración completa de todas mis impresiones sobre el campamento comanche. Si lo intentara, creo que me pasaría el resto de mi vida escribiendo.

Pero sí trataré de hacer un breve esbozo, con la esperanza de que mis observaciones puedan ser útiles en futuros tratos con estas gentes. Aproximadamente a un kilómetro de distancia del poblado salió a recibirme una delegación, con el tranquilo a la cabeza. Empezamos sin tardanza el recorrido del trayecto hasta el poblado. La gente se había puesto sus mejores vestiduras para salir a recibirnos. El colorido y la belleza de estos vestidos es algo digno de ver. Ellos parecían sentirse extrañamente tímidos, y debo admitir que yo también lo estaba. Unos pocos de los niños más pequeños rompieron filas y echaron a correr hacia mí, para palmearme las piernas. Todos los demás se contuvieron. Desmontamos delante de una de las casas cónicas, y hubo un breve instante de vacilación cuando un muchacho de unos doce años echó a correr y trató de llevarse a «Cisco» de allí. Forcejamos brevemente con la brida, pero el tranquilo intercedió entonces. Volvió a colocar una mano sobre mi hombro y la mirada de sus ojos me indicó que no tenía nada que temer. Así pues, dejé que el muchacho se llevara a «Cisco». El joven pareció sentirse encantado.

Luego, el tranquilo me hizo entrar en su tienda. El lugar estaba a oscuras, pero no por ello era triste. Olía a humo y a carne. (Todo el poblado tiene un olor característico, que a mí no me parece desagradable. Por lo que puedo describir, creo que es el olor propio de la vida salvaje). En su interior había dos mujeres y varios niños. El tranquilo me invitó a sentarme en el suelo y las mujeres trajeron comida en cuencos. Entonces, todos desaparecieron y nos dejaron a solas. Comimos en silencio durante un tiempo. Yo pensé en hacer preguntas sobre la joven que encontré en la pradera. No la había visto, y tampoco sabía si seguía con vida. (Y sigo sin saberlo). Pero, teniendo en cuenta nuestras limitaciones, me pareció un tema demasiado complicado, así que hablamos lo mejor que pudimos acerca de la comida (una especie de carne dulce que me pareció deliciosa).

Una vez que hubimos terminado, yo lie un cigarrillo y lo fumé mientras que el tranquilo permanecía sentado frente a mí. Su atención se desviaba constantemente hacia la entrada. Tuve la seguridad de que estábamos esperando a alguien, o algo. Mi suposición fue correcta, pues no transcurrió mucho tiempo antes de que el

colgajo de piel se abriera y apareciesen dos indios. Le dijeron algo al tranquilo y él se levantó inmediatamente, haciéndome una seña para que le siguiera.

En el exterior esperaba un considerable grupo de mirones, y yo me sentí asediado por tanta gente mientras caminábamos, pasando ante varias tiendas, antes de detenernos ante una que aparecía decorada con un gran oso de sólidos colores. Una vez allí, el tranquilo me empujó con suavidad al interior.

Dentro había cinco hombres más viejos sentados más o menos en círculo alrededor de la hoguera habitual, pero mi mirada se posó de inmediato sobre el más anciano de todos ellos. Era un hombre poderosamente constituido, de quien supuse debía de tener más de sesenta años, a pesar de que se mantenía notablemente esbelto. Su camisa de cuero aparecía adornada con unas cuentas de intrincada belleza, con dibujos precisos de colores muy vivos. Atado a uno de los mechones de su cabello gris, llevaba una garra enorme que, por lo que pude suponer a juzgar por el oso pintado del exterior de la tienda, pertenecía a esta clase de animal. A lo largo de las mangas de la camisa le colgaban a intervalos mechones de pelo, y un momento más tarde me di cuenta de que debía de tratarse de cueros cabelludos. Uno de ellos era de un ligero color rubio. Eso hizo que me sintiera incómodo.

Pero la característica más notable de todas fue su rostro. Nunca he visto un rostro como el de él. Sus ojos mostraban una viveza que sólo podría compararse con la que produce la fiebre. Sus pómulos eran extremadamente altos y redondos, y la nariz era curvada, como si fuera un pico. La barbilla era muy cuadrada. Las arrugas corrían en tan gran profusión a lo largo de la piel de su rostro, que llamarlas «arrugas» casi parecía inadecuado. Se trataba más bien de hendeduras. En una parte de la frente se le apreciaba una clara abolladura que probablemente era el resultado de alguna herida recibida hacía mucho tiempo en combate.

En conjunto, ofrecía una imagen asombrosa de sabiduría anciana y de fortaleza, a pesar de lo cual jamás me sentí amenazado durante mi corta estancia.

Parecía estar claro que yo era la razón de que se hubiera convocado esta conferencia. Estaba seguro de que se me había permitido entrar con el exclusivo propósito de permitir al anciano echarme un vistazo de cerca.

Apareció una pipa y los hombres empezaron a fumar. La pipa era de cañón largo y por lo que pude apreciar el tabaco era una mezcla nativa dura, pues sólo se me excluyó a mí de fumarlo.

Yo estaba ansioso por causar una buena impresión, y deseando liar un cigarrillo propio, saqué los artículos y se los ofrecí al anciano. El tranquilo le dijo algo, y el jefe extendió una de sus nudosas manos y tomó la bolsa de tabaco y el papel de liar. Efectuó una cuidadosa inspección de mis cosas. Luego me miró intensamente con sus ojos de pesadas pestañas y mirada un tanto cruel, y me devolvió los objetos. Al no saber si mi oferta había sido o no aceptada, decidí liar un cigarrillo de todos modos.

El anciano pareció muy interesado por todos mis movimientos. Una vez que hube terminado de liarlo se lo tendí y él lo tomó. El tranquilo volvió a decir algo y el anciano me lo devolvió. Por medio de signos, el tranquilo me pidió que fumara y yo accedí gustoso a su deseo.

Mientras todos los presentes me observaban, encendí el cigarrillo, inhalé el humo y lo expulsé. Antes de que pudiera aspirar otra chupada, el anciano extendió la mano hacia mí. Le entregué el cigarrillo. El hombre lo miró, al principio con cierto recelo, y luego inhaló tal y como yo había hecho. A continuación, exhaló también el humo. Luego, se acercó el cigarrillo al rostro.

Ante mi desazón, empezó a hacer rodar los dedos de un lado a otro, con rapidez. Las ascuas cayeron y el tabaco se derramó. A continuación formó una pequeña bolita con el papel vacío y la arrojó descuidadamente al fuego.

Después, lentamente, comenzó a sonreír y, uno tras otro, todos los hombres se echaron a reír.

Quizá yo hubiera sido insultado, pero su buen humor fue tal que terminé por contagiarme.

Más tarde, me acompañaron hasta mi caballo y me escoltaron durante un kilómetro fuera del poblado, donde el tranquilo se despidió de mí cortésmente.

Ésta es la narración esencial de mi primera visita al campamento indio. Ahora, no sé qué estarán pensando.

Me resultó muy reconfortante volver a ver Fort Sedgewick. Es mi hogar. Y, sin embargo, espero anhelante poder hacerles otra visita a mis «vecinos».

Cuando miro hacia el horizonte del este, raras veces dejo de preguntarme si alguna vez aparecerá una columna por allí. Sólo confío en que mi vigilancia aquí y mis «negociaciones» con los salvajes de las llanuras den sus frutos con el tiempo.

Tte. John J. Dunbar, EE.UU.

Capítulo

16

Pocas horas después de la primera visita del teniente Dunbar al poblado, Pájaro Guía y Diez Osos sostuvieron una conversación de alto nivel. Fue breve y concreta.

A Diez Osos le había gustado el teniente Dunbar. Le gustó la mirada que había visto en sus ojos, y él daba mucha importancia a lo que veía en los ojos de las personas. También le gustó la actitud del teniente. Era humilde y cortés, y Diez Osos daba igualmente un valor considerable a esas características. Cómo era posible que alguien pudiera hacer humo de algo con tan poca sustancia, era algo que desafiaba a toda lógica, pero no se lo echó en cara el teniente Dunbar y, junto con Pájaro Guía, estuvo de acuerdo en que valía la pena conocer al hombre blanco como una fuente de la que obtener valiosa información.

El anciano jefe aprobó tácitamente la idea de Pájaro Guía de romper la barrera del lenguaje. Pero hubo condiciones. Pájaro Guía tendría que orquestar sus movimientos de manera no oficial. El trato con Loo Ten Nant sería de su exclusiva responsabilidad. Ya se estaba hablando de que el hombre blanco podría ser de algún modo el responsable de la escasez de caza. Si el soldado blanco efectuaba repetidas visitas al poblado, nadie sabía cómo se tomaría eso el resto de la gente. Cabía la posibilidad de que la gente se revoliera contra él, y hasta que alguno decidiera matarlo.

Pájaro Guía aceptó las condiciones, asegurándole a Diez Osos que haría todo lo que estuviera en su mano para conducir el plan de una forma tranquila.

Una vez acordado esto, abordaron un tema aún más importante.

Los búfalos no acababan de llegar.

Se habían enviado exploradores, que habían estado fuera durante días, pero por el momento sólo habían visto un búfalo. Se trataba de un animal viejo y solitario que una gran manada de lobos había apartado del rebaño. No valió la pena llevarse su cuerpo.

La moral de la tribu disminuía al unísono con sus escasas reservas de comida, y no pasarían muchos días antes de que la escasez fuera crítica. Habían estado alimentándose con la carne de los venados locales, pero esa fuente de alimentación se agotaba con rapidez. Si los búfalos no llegaban pronto, la promesa de un verano

abundante quedaría rota por el sonido de los niños que lloraban.

Los dos hombres decidieron que, además de enviar más exploradores, se necesitaba con urgencia una danza que habría que hacer en el término de una semana.

Pájaro Guía quedaría a cargo de los preparativos.

Fue una semana extraña, una semana en la que el tiempo fue confuso para el chamán. Cuando necesitaba tiempo, las horas parecían volar, y cuando necesitaba que transcurriese de prisa, parecían arrastrarse minuto a minuto. Tratar de equilibrarlo todo exigió grandes esfuerzos.

Había una miríada de detalles delicados que había que considerar para organizar la danza. Tenía que ser una invocación, muy sagrada, y en ella participaría toda la tribu. La planificación y delegación de las diversas responsabilidades en un acontecimiento de esta importancia, exigía ya un trabajo capaz de ocuparle todo el día.

Además, tenía que ocuparse de los deberes habituales como esposo de dos mujeres, padre de cuatro hijos, y guía de su hija recientemente adoptada. A ello se añadían los problemas rutinarios y las sorpresas que le reservaba cada nuevo día: visitas a los enfermos, consejos intempestivos con visitantes inesperados, y la preparación de su propia medicina.

Pájaro Guía era el más ocupado de los hombres.

Y había algo más, algo que pellizcaba constantemente su concentración. El teniente Dunbar seguía apareciendo en su mente como un dolor de cabeza ligero pero persistente. Por muy ocupado que estuviera ahora en el presente, Loo Ten Nant era el futuro, y Pájaro Guía no podía resistirse a su llamada. El presente y el futuro ocupaban el mismo espacio en las actividades diarias del chamán. Sí, era un hombre muy ocupado.

El hecho de que En Pie con el Puño en Alto estuviera por allí cerca no le facilitaba las cosas. Porque ella era la clave de su plan y Pájaro Guía no podía mirarla sin pensar en Loo Ten Nant, y eso, inevitablemente, le inducía a seguir nuevos senderos especulativos en su pensamiento. Pero tenía que observar a la mujer. Era importante abordar el tema en el momento y el lugar adecuados.

Se estaba curando con rapidez, ahora ya se movía sin problemas y había vuelto a adaptarse al ritmo de la vida en la tienda de Pájaro Guía. Convertida ya en favorita de sus hijos, trabajaba tanto tiempo y tan duramente como cualquiera en el poblado. Cuando se la dejaba a su aire, parecía reservada, pero eso era comprensible. De hecho, su naturaleza siempre había sido un poco así.

A veces, después de haberla observado algún tiempo, Pájaro Guía emitía un suspiro privado a causa de la carga. En esos momentos se detenía al borde de las preguntas, la principal de las cuales era si En Pie con el Puño en Alto pertenecía realmente o no a la tribu. Pero él no podía ni imaginar una respuesta y, de todos

modos, hallar una respuesta no le habría ayudado en nada. Sólo había dos cosas que importaran: que ella estaba allí, y que él la necesitaba.

Cuando llegó el día de la danza, todavía no había encontrado una oportunidad para hablar con ella tal y como deseaba hacerlo. Aquella mañana se despertó sabiendo que él, Pájaro Guía, tendría que poner en marcha su plan si es que quería que sucediera alguna vez.

Así pues, envió a Fort Sedgewick a tres jóvenes. Él estaba demasiado ocupado como para hacerlo, y mientras ellos estuvieran fuera encontraría una forma de hablar con En Pie con el Puño en Alto.

Pájaro Guía se vio libre de la necesidad de manipular a su familia cuando ésta emprendió una expedición al río a media mañana, lo que dejó a En Pie con el Puño en Alto a solas para preparar un venado recién cazado.

Pájaro Guía la observó desde el interior de la tienda. Ella nunca levantaba la mirada cuando el cuchillo se elevaba en su mano, extrayendo la piel con la misma facilidad con que la carne tierna se desprende del hueso. Esperó a que ella hiciera una pausa en su trabajo y se tomara un momento para observar a un grupo de niños que jugaban delante de otra tienda.

—En Pie con el Puño en Alto —le dijo con suavidad inclinándose a través de la entrada de la tienda. Ella se volvió a mirarle con los ojos muy abiertos, pero no dijo nada—. Quisiera hablar contigo —añadió él, volviendo a desaparecer en la oscuridad de la tienda.

Ella le siguió.

En el interior, la atmósfera era tensa. Pájaro Guía iba a decir cosas que probablemente ella no habría deseado escuchar, y eso le hacía sentirse incómodo.

De pie delante de él. En Pie con el Puño en Alto experimentó la clase de presentimientos que se tienen antes de un interrogatorio. Había hecho algo mal, pero su vida se había convertido en una cuestión rutinaria. Nunca sabía qué era lo que iba a sucederle a continuación, y desde la muerte de su esposo no se había sentido con ánimos de afrontar desafíos. Encontró consuelo en el hombre que estaba ante ella. Era respetado por todos y la había aceptado como uno de los suyos. Si había alguien en quien pudiera confiar, esa persona era Pájaro Guía. Pero ahora, él parecía sentirse nervioso.

—Siéntate —le dijo, y ambos se acomodaron en el suelo—. ¿Cómo te va la herida? —empezó.

—Se está curando —contestó ella, sin atreverse apenas a mirarlo a los ojos.

—¿Ha desaparecido el dolor?

—Sí.

—Has vuelto a encontrar tu fortaleza.

—Ahora me siento más fuerte. Estoy trabajando bien.

Jugueteó con un poco de tierra suelta a sus pies, amontonándolo mientras Pájaro Guía intentaba encontrar las palabras que deseaba. No le gustaba la precipitación, pero tampoco quería que lo interrumpieran, y alguien podía regresar en cualquier momento.

De repente, ella le miró y Pájaro Guía se sintió impresionado por la tristeza que observó en su rostro.

—Te sientes desgraciada aquí —dijo.

—No —contestó ella negándolo con un gesto de la cabeza—. Me alegro de estar aquí. —Siguió jugueteando con el montoncito de tierra, amontonándolo con los dedos una y otra vez. Finalmente, admitió—: Me siento triste sin mi marido.

Pájaro Guía pensó un momento y ella empezó a hacer otro montoncito de tierra.

—Él se ha ido ahora —dijo el chamán—, pero tú no. El tiempo se mueve y tú te mueves con él, aunque te sientas infeliz. Pero ocurrirán cosas.

—Sí —asintió ella apretando los labios—, aunque yo no me siento muy interesada por lo que ocurra.

Desde su ventajosa posición, frente a la entrada de la tienda, Pájaro Guía vio varias sombras pasar por delante y luego seguir su camino.

—Los blancos están llegando —dijo de pronto—. A cada año que pase muchos más de ellos aparecerán por nuestro territorio.

Un estremecimiento recorrió la espalda de En Pie con el Puño en Alto. Un estremecimiento que también se extendió sobre los hombros. La mirada de sus ojos se endureció y sus manos se cerraron involuntariamente, formando puños.

—No me iré con ellos —dijo ella.

—No —dijo Pájaro Guía con una sonrisa—, no te irás. No hay entre nosotros nadie que no luchara para impedir que te marcharas.

Al escuchar estas palabras de apoyo, la mujer con el pelo color cereza oscuro se inclinó ligeramente hacia adelante, sintiendo ahora curiosidad.

—Pero ellos vendrán —siguió diciendo él—. Son una raza extraña en sus hábitos y creencias. Resulta difícil saber lo que hay que hacer. La gente dice que son muchos, y eso me preocupa. Si llegan como una inundación, tendremos que detenerlos. Entonces, perderemos muchos de nuestros buenos hombres, hombres como tu esposo. Y habrá muchas más viudas con rostros largos.

A medida que Pájaro Guía se iba acercando al tema que deseaba tratar, En Pie con el Puño en Alto inclinó la cabeza, reflexionando en aquellas palabras.

—Ese hombre blanco, el que te trajo a casa... Yo lo he visto. He estado en su casa río abajo, he bebido su café y he hablado con él. Es extraño en su forma de actuar. Pero le he observado y creo que su corazón es bueno...

Ella levantó la cabeza y dirigió una rápida mirada hacia Pájaro Guía.

—Ese hombre blanco es un soldado. Es posible que sea una persona de influencia

entre los blancos...

Pájaro Guía se detuvo. Un gorrión común había encontrado la forma de entrar en la tienda a través del colgajo abierto y aleteó en el interior. Sabiendo que había quedado atrapado, el joven pájaro se picoteó las alas frenéticamente, al tiempo que se lanzaba contra uno y otro lado de la tienda, elevándose. Pájaro Guía observó al gorrión acercándose cada vez más al alto agujero por donde salía el humo y de repente desapareció por él, recuperada la libertad.

Miró a En Pie con el Puño en Alto. Ella había ignorado la intrusión del ave y estaba contemplándose las manos entrelazadas sobre su regazo, con la mirada fija. El chamán reflexionó, tratando de recuperar el hilo de su monólogo. Sin embargo, antes de que pudiera reanudarlo, volvió a escuchar la suave agitación de unas pequeñas alas.

Miró por encima de la cabeza y vio al gorrión, suspendido justo dentro del agujero por donde salía el humo. Siguió su vuelo a medida que descendía deliberadamente hacia el suelo, se elevaba luego con un gracioso giro, y se posaba con suavidad sobre la cabeza de cabello color cereza. Ella no se movió, y el ave empezó a arreglarse las plumas con el pico, como si acabara de posarse sobre las ramas de un árbol alto. Ella levantó una mano con aire ausente y, como si fuera un niño saltando a la comba, el gorrión levantó una patita, permaneció un instante inmóvil en el aire y luego se posó de nuevo cuando la mano se deslizó bajo sus patas. En Pie con el Puño en Alto permaneció sentada, mientras el diminuto visitante se hinchaba las alas, sacaba la pechuga y luego salía disparado como una bala dirigiéndose directamente hacia la salida y desapareciendo en un abrir y cerrar de ojos.

Con el tiempo. Pájaro Guía habría extraído algunas conclusiones relativas a la importancia y el significado de la llegada del gorrión y el papel jugado por En Pie con el Puño en Alto en su actuación. Pero no disponía de tiempo para dar un paseo y reflexionar. Pájaro Guía, sin embargo, se sintió bastante más tranquilo después de lo que había visto.

Antes de que pudiera hablar de nuevo, ella levantó la cabeza.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—Quiero escuchar las palabras del soldado blanco, pero mis orejas no me permiten comprenderlas.

Ahora ya estaba dicho. En Pie con el Puño en Alto bajó la mirada.

—Le tengo miedo —dijo.

—Cien soldados blancos viniendo montados en cien caballos y armados con cien armas de fuego..., eso es algo a lo que temer. Pero él sólo es un hombre. Nosotros somos muchos y éste es nuestro territorio.

Sabía que él tenía razón, pero eso no la hizo sentirse más segura. Se removió

inquieta en su lugar.

—No recuerdo bien la lengua blanca —dijo sin mucha convicción—. Soy comanche.

—Sí, eres comanche —asintió Pájaro Guía—. No te estoy pidiendo que te conviertas en ninguna otra cosa. Sólo te pido que dejes tu temor atrás y pongas delante a tu pueblo. Ve a ver al hombre blanco. Trata de descubrir tu lengua blanca con él, y cuando lo hayas hecho, los tres mantendremos una conversación que servirá a todo el pueblo. He pensado en esto desde hace mucho tiempo.

Él guardó silencio y dentro de la tienda se hizo la quietud.

Ella miró a su alrededor, posando su mirada aquí y allá, como si tuviera que transcurrir mucho tiempo antes de que pudiera volver a ver este mismo lugar. No se iba a marchar a ninguna parte, pero en su mente En Pie con el Puño en Alto se imaginaba estar dando otro paso hacia el abandono del estilo de vida que tanto quería.

—¿Cuándo le veré? —preguntó.

El silencio volvió a extenderse por la tienda. Finalmente, Pájaro Guía se incorporó.

—Ve a un lugar tranquilo —la instruyó—, lejos de nuestro campamento. Siéntate durante un tiempo y trata de recordar las palabras de tu vieja lengua. —Ella tenía la barbilla apuntando hacia el pecho cuando Pájaro Guía la acompañó a la entrada—. Deja tus temores atrás y será una buena cosa —dijo, haciéndola salir de la tienda.

No supo si ella llegó a escuchar este último consejo. No se volvió a mirarle, y luego se alejó.

En Pie con el Puño en Alto hizo lo que se le pedía.

Con un jarro vacío de agua apoyado en la cadera, se encaminó hacia el río, siguiendo el sendero principal. Era poco antes del mediodía y ya había disminuido mucho el ajetreo en las cercanías del río, de personas que acudían a buscar agua, a bañarse, caballos a beber y niños a jugar. Caminó con lentitud, mirando a ambos lados del camino, siguiendo una ruta raramente utilizada que la llevaría a un lugar solitario. Los latidos de su corazón se aceleraron cuando distinguió un camino con la hierba alta que partía del sendero principal, y serpenteaba a unos cien metros de distancia del río.

No había nadie por los alrededores, pero ella escuchó con cuidado por si llegaba alguien. Al no escuchar nada, escondió la jarra bajo un arbusto y se deslizó tras la maleza del viejo camino cuando unas voces empezaron a sonar cerca de la orilla del agua.

Se apresuró por entre la maraña vegetal que colgaba sobre el camino y se sintió aliviada cuando, al cabo de unos pocos metros, éste se convirtió en un sendero de verdad. Ahora empezó a moverse con facilidad y las voces que llegaban desde el sendero principal no tardaron en desvanecerse.

La mañana era hermosa. Una ligera brisa convertía las ramas de los sauces en bailarines oscilantes, las manchas de cielo por encima de su cabeza eran de un azul brillante, y los únicos sonidos que se escuchaban eran los de un conejo o un lagarto ocasionales, asustados por su paso. Era un día para sentirse regocijada, pero no había ningún regocijo en el corazón de En Pie con el Puño en Alto, que se veía surcado por largas venas de amargura, y ahora, mientras disminuía el paso, la mujer blanca de los comanches dio paso al odio.

Una parte de ese odio fue dirigido contra el soldado blanco. Lo odiaba por haber venido a su territorio, por ser un soldado, por haber nacido. Odiaba a Pájaro Guía porque le había pedido hacer esto y por saber que ella no podría negarse. Y odiaba al Gran Espíritu por ser tan cruel. El Gran Espíritu le había destrozado el corazón. Pero, al parecer, no era suficiente con matar el corazón de una.

«¿Por qué sigues haciéndome daño? —preguntó—. Yo ya estoy muerta».

Poco a poco, su cabeza empezó a enfriarse. Pero la amargura no disminuyó por eso, sino que se endureció, transformándose en algo frío y frágil.

Encuentra tu lengua blanca. Encuentra tu lengua blanca.

Se le ocurrió pensar que ya estaba cansada de ser una víctima, y eso la enojó.

«¿Quieres mi lengua blanca? —pensó en comanche—. ¿Ves algún valor en mí para eso? Está bien, la encontraré entonces. Y si por hacer eso me convierto en nadie, entonces seré la más grande de todos los nadies. Seré un nadie a quien recordar».

Mientras sus mocasines rozaban con suavidad el camino alfombrado por la hierba, empezó a intentar recordar, a encontrar un lugar por donde empezar, un lugar desde donde pudiera empezar a recordar palabras.

Pero todo estaba en blanco en su mente. Por mucho que se concentrara, no se le ocurría nada y durante varios minutos sufrió la terrible frustración de tener todo un idioma en la punta de la lengua. En lugar de levantarse, la neblina de su pasado se había cerrado como una niebla densa.

Ya se sentía agotada cuando llegó a un pequeño claro que se abría al río, a casi dos kilómetros corriente arriba del poblado. Era un lugar de una extraña belleza, formado por una especie de terraza cubierta de hierba, bajo la sombra de un reluciente chopo, y rodeado de pantallas naturales de vegetación por tres lados. En aquella parte, el río se deslizaba ancho y superficial, salpicado de bancos de arena coronados por juncos. En otros tiempos pasados le habría encantado descubrir un lugar como éste. A En Pie con el Puño en Alto siempre le había gustado la belleza.

Pero hoy apenas si la notó. Como sólo deseaba descansar, se sentó pesadamente delante del chopo y apoyó con pesadez la espalda sobre su tronco. Cruzó las piernas al estilo indio y se levantó un poco la falda para permitir que el aire fresco del río jugueteara entre sus muslos. Finalmente, cerró los ojos y se decidió a continuar sus esfuerzos por recordar.

Pero seguía sin poder recordar nada. En Pie con el Puño en Alto rechinó los dientes. Levantó las manos y hundió las palmas en los cansados ojos.

Y fue mientras se frotaba los ojos cuando surgió la imagen.

La conmocionó como una mancha brillante de color.

Ya había tenido imágenes como aquella durante el verano anterior, cuando se descubrió que había soldados blancos en las cercanías. Una mañana, mientras estaba tumbada en la cama, su muñeca había aparecido sobre la pared. En medio de un baile había visto a su madre. Pero aquellas dos imágenes fueron opacas.

Las que estaba viendo ahora, en cambio, eran vivas y se movían como si formaran parte de un sueño. Y durante todo el rato no hacía más que escuchar la lengua del hombre blanco. Y comprendía cada una de las palabras de lo que recordaba.

Lo que apareció primero la había conmocionado debido a su claridad. Se trataba del dobladillo desgarrado de un gran vestido azul. Había una mano sobre el dobladillo, jugueteando con el flequillo. Mientras ella observaba eso con los ojos cerrados, la imagen se hizo más grande. La mano pertenecía a una muchacha de diez u once años. Estaba de pie en una habitación basta de tierra apisonada, amueblada únicamente con una cama pequeña, de aspecto duro, un ramillete de flores enmarcadas colocado cerca de la única ventana, y un aparador sobre el que colgaba un espejo con uno de sus bordes descascarillado.

La muchacha estaba apartando la mirada, y su rostro, que no se veía en el espejo, se inclinaba hacia la mano que sostenía el dobladillo en el que ella inspeccionaba el desgarrón.

Al hacer la inspección, el vestido se levantó lo suficiente como para dejar al descubierto las piernas cortas y delgadas de la muchacha.

De pronto, desde el otro lado de la habitación sonó la voz de una mujer.

—Christine...

La muchacha volvió la cabeza y, en un ramalazo de toma de conciencia. En Pie con el Puño en Alto se reconoció a sí misma con aquella edad. Su antiguo rostro escuchó y luego su antigua boca pronunció las palabras:

—Voy, mamá.

En ese momento. En Pie con el Puño en Alto abrió los ojos. Se sintió asustada por lo que acababa de ver, pero al igual que un oyente ante el narrador, quería saber más.

Volvió a cerrar los ojos, y desde la rama de un roble por el que estaba subiendo se extendió ante ella una masa de hojas que se agitaban con suavidad. Una casa alargada de paja, bajo la sombra de un par de chopos, construida junto a la orilla de una pequeña corriente de agua. Una mesa tosca situada delante de la casa. Y, sentados a la mesa, cuatro personas adultas, dos hombres y dos mujeres. Los cuatro estaban hablando, y En Pie con el Puño en Alto pudo comprender cada una de las palabras

que dijeron.

Tres niños estaban jugando a la gallina ciega algo más lejos, en el patio, y las mujeres no dejaban de vigilarlos mientras charlaban sobre unas fiebres que había logrado superar recientemente uno de los pequeños.

Los hombres fumaban en pipas. Sobre la mesa, delante de ellos, se encontraban desparramados los restos del almuerzo del domingo: un cuenco de patatas hervidas, varios platos de verdura, unas tortas, los restos de un pavo, y una jarra medio llena de leche. Los hombres hablaban sobre la probabilidad de que lloviera. Reconoció a uno de ellos. Era alto y nervudo. Tenía las mejillas hundidas y el rostro anguloso. Llevaba el cabello peinado hacia atrás. En su mandíbula se apreciaba una barba corta y tenue. Era su padre.

A continuación, distinguió las imágenes de dos personas tumbadas sobre la hierba que crecía del tejado. Al principio, no supo quiénes eran, pero de pronto pareció acercarse y pudo verlas con toda claridad.

Ella estaba con un muchacho que tenía aproximadamente su misma edad. Se llamaba Willy. Era tosco, delgado y pálido. Estaban tumbados de espaldas, el uno junto al otro, cogidos de la mano, mientras observaban una línea de nubes altas que se extendía por un cielo espectacular.

Estaban hablando del día en que se casaran.

—Yo preferiría que no hubiera nadie —dijo Christine con expresión soñadora—. Preferiría que vinieras una noche junto a mi ventana y me llevaras lejos...

Ella le apretó la mano, pero Willy no se la apretó a ella. Estaba observando las nubes con mucha atención.

—No sé muy bien lo de esa parte —dijo.

—¿Qué es lo que no sabes?

—Podríamos vernos metidos en problemas.

—¿De quién? —preguntó ella con impaciencia.

—De nuestros padres.

Christine giró la cara hacia la de él y sonrió ante la preocupación que vio reflejada en ella.

—Pero estaríamos casados. Nuestros asuntos serían nuestros, y no de nadie más.

—Supongo que sí —dijo el muchacho con el ceño todavía fruncido.

No le ofreció ninguna otra idea, así que Christine volvió a contemplar el cielo en su compañía.

Finalmente, el chico suspiró. La miró por el rabillo del ojo y ella lo miró a él de la misma forma.

—Supongo que no me importará el jaleo que pueda armarse... siempre y cuando nos casemos.

—A mí tampoco —dijo ella.

Sin llegar a abrazarse, sus rostros empezaron a acercarse, y sus labios se prepararon para un beso. En el último momento, Christine cambió de idea.

—No podemos —susurró. Una expresión de dolor cruzó por los ojos del chico—. Ellos nos verían —volvió a susurrar ella—. Larguémonos abajo.

Willy estaba sonriendo cuando la vio deslizarse un poco más hacia abajo, por la vertiente trasera del tejado. Antes de seguirla echó un vistazo hacia atrás para mirar a la gente que estaba en el patio, allá abajo.

Unos indios se acercaban desde la pradera. Eran una docena, todos montados a caballo. Llevaban la cabellera manchada de grasa y los rostros pintados de negro. —Christine —susurró, sujetándola.

Avanzaron hacia adelante, sobre sus vientres, acercándose al borde todo lo que pudieron. Willy sostuvo su escopeta de matar ardillas, mientras asomaban los cuellos.

Las mujeres y los niños debían de haberse metido dentro de la casa, porque su padre y su amigo estaban solos en el patio. Tres indios se habían acercado. Los otros esperaban a una respetuosa distancia.

El padre de Christine empezó a hablar por señas con uno de los tres emisarios, un corpulento pawnee con el ceño fruncido. Ella se dio cuenta en seguida de que la conversación no andaba bien. El indio hacía movimientos en dirección a la casa, haciendo la señal de beber. El padre de Christine seguía sacudiendo la cabeza, en señal de negación.

En otras ocasiones ya habían acudido indios, y el padre de Christine siempre había compartido con ellos lo que tuviera a mano. Pero estos pawnee querían algo que él no tenía... o que no quería compartir.

—Parecen enfadados —le susurró Willy al oído—. Quizá quieren whisky.

Ella pensó que eso debía de ser. Su padre no aprobaba la idea de beber licor de ninguna clase y, mientras observaba, se dio cuenta de que estaba perdiendo la paciencia. Y la paciencia era una de sus características.

Les hizo señas para que se marcharan, pero los indios no se movieron. Luego, levantó los brazos al aire y los ponis agitaron las cabezas. A pesar de todo, los indios siguieron sin moverse y ahora los tres tenían la expresión ceñuda.

El padre de Christine le dijo algo al amigo blanco que estaba de pie, a su lado y luego, dándoles la espalda, emprendieron el regreso hacia la casa.

No hubo tiempo para que nadie les gritara ninguna advertencia. El hacha del pawnee corpulento trazó un arco en el aire y descendió antes de que el padre de Christine hubiera terminado siquiera de volverse. Se le hundió profundamente en el hombro, introduciendo toda la hoja. Lanzó un gruñido como si una repentina ráfaga de viento le hubiera cortado la respiración y se balanceó hacia un lado, a través del patio. Antes de que hubiera podido dar unos pasos más, el pawnee corpulento se

lanzó sobre su espalda, golpeándole furiosamente con el hacha hasta que cayó al suelo.

El otro hombre blanco intentó echar a correr, pero unas flechas silbantes le derribaron cuando se encontraba a medio camino de la puerta de la casa de paja. Unos terribles sonidos inundaron los oídos de Christine. Gritos de desesperación procedentes del interior de la casa, y los indios que hasta entonces se habían mantenido a distancia empezaron a aullar y se lanzaron al galope hacia la casa. Alguien le gritó delante de la cara. Era Willy.

—¡Corre, Christine..., corre!

Willy le colocó una de las botas en el trasero y la empujó, haciéndola rodar tejado abajo hasta el lugar donde terminaba éste y empezaba la pradera. Miró hacia atrás y vio al muchacho tosco y delgado, de pie en el borde del tejado, con su escopeta de cazar ardillas apuntando hacia el patio.

Disparó y, por un momento, Willy permaneció inmóvil. Luego, giró el rifle hasta cogerlo por el cañón, sosteniéndolo como un palo y se lanzó tranquilamente al espacio, desapareciendo.

Entonces, ella echó a correr, azuzada por el temor, con sus delgadas piernas de muchacha de catorce años chapoteando en los charcos que había detrás de la casa como las ruedas de una máquina.

El sol le daba en los ojos y se cayó varias veces, pelándose la piel de las rodillas. Pero en cada ocasión se incorporó en un abrir y cerrar de ojos, con el temor a morir impulsándola más allá de su dolor. Si delante de ella hubiera aparecido de pronto una pared de ladrillo, la habría atravesado directamente.

Sabía que no podría mantener el mismo ritmo y que, aunque pudiera, ellos llegarían montados a caballo, de modo que cuando el riachuelo empezó a curvarse y sus orillas se hicieron más profundas, buscó un lugar donde ocultarse.

Su búsqueda frenética no le permitió encontrar nada y el dolor de los pulmones empezaba a aguijonearla cuando vio una oscura abertura, oscurecida parcialmente por unos espesos matojos que crecían a medio camino de la pendiente de la izquierda.

Gruñendo y llorando, subió a rastras la pendiente salpicada de rocas y, como si fuera un ratón en busca de cobijo, se arrojó dentro del agujero. Su cabeza se introdujo, pero los hombros no le pasaron. Era demasiado pequeño. Retrocedió, poniéndose de rodillas y golpeó los lados del agujero con los puños. La tierra era blanda y empezó a desmoronarse. Christine excavó febrilmente y al cabo de unos momentos se había abierto el espacio suficiente como para ocultarse.

Era un escondite muy estrecho. Tuvo que enroscarse y adoptar una posición fetal y casi inmediatamente tuvo la nauseabunda sensación de haberse metido de algún modo en una jarra. El ojo derecho podía ver sobre el borde de la entrada del agujero, distinguiendo varios cientos de metros del riachuelo. Nadie venía por allí. Pero un

humo negro se elevaba en la dirección donde estaba la casa. Se llevó las manos al cuello y una de ellas descubrió el crucifijo en miniatura que había llevado desde que tenía uso de razón. Lo sostuvo con fuerza y esperó.

Cuando el sol empezó a descender por detrás de donde se encontraba, se despertaron las esperanzas de la joven. Temía que uno de ellos la hubiera visto salir huyendo, pero a cada hora que transcurría iban mejorando sus oportunidades. Rezó para que llegara pronto la noche. Entonces les sería imposible descubrir dónde estaba.

Una hora después de la puesta de sol, contuvo la respiración cuando unos caballos pasaron por el riachuelo. Era una noche sin luna y no pudo distinguir ninguna forma. Creyó haber escuchado el llanto de un niño. Lentamente, los cascos de las bestias se fueron apagando y no regresaron.

Sentía la boca tan seca que hasta le dolía el tragar, y las palpitaciones de sus rodillas peladas parecían estar extendiéndose sobre el resto de su cuerpo. Habría dado cualquier cosa con tal de poder estirarse. Pero no podía moverse más que unos pocos centímetros en cada dirección. Tampoco podía darse la vuelta, y el costado izquierdo, sobre el que estaba apoyada, se le había quedado dormido. Mientras transcurría lentamente la noche más larga de la joven, su incomodidad fue en aumento, debilitándola como una fiebre, y tuvo que endurecerse a sí misma para combatir ataques repentinos de pánico. Si se hubiera dejado llevar por éste, habría podido morir a causa de la conmoción, pero Christine encontró en cada ocasión una forma de rechazar aquellos aumentos de la histeria. Si hubo algo que la salvó, fue quizá que pensó muy poco en lo que les había sucedido a su familia y a sus amigos. De vez en cuando, en su cabeza resonaba el gruñido de muerte de su padre, el que emitió cuando el hacha del pawnee le atravesó el hombro. Pero cada vez que escuchaba aquel gruñido se las arreglaba para detenerse allí, y expulsaba de su mente todo lo demás. Siempre se la había conocido como una niña tenaz, y la tenacidad fue lo que la salvó.

Hacia la medianoche se quedó durmiendo, para despertarse pocos minutos después con un ataque de claustrofobia. Como si fuera el nudo corredizo de una cuerda, cuanto más se esforzaba por salir de allí, tanto más se encajonaba.

Sus gritos lastimeros se extendieron arriba y abajo de la corriente.

Finalmente, cuando ya no pudo seguir gritando más, su voz se convirtió en un llanto prolongado y reparador. Una vez que eso también hubo pasado, se sintió en calma, aunque muy débil, con el agotamiento propio de un animal que se ha pasado varias horas en la trampa.

Renunciando a escapar de aquel agujero, concentró su atención en una serie de pequeñas actividades destinadas a sentirse más cómoda. Empezó a mover los pies de un lado a otro, contando que cada uno de los dedos de los pies pudiera moverlo por separado de los demás. Tenía las manos relativamente libres y se fue apretando las

puntas de los dedos, hasta que efectuó todas las combinaciones que se le ocurrieron. Se contó los dientes. Recitó una oración, pronunciando con lentitud cada una de las palabras. Compuso una larga canción en la que hablaba de encontrarse a solas en un agujero. Luego, la cantó.

Cuando observó las primeras luces del día, empezó a gritar de nuevo, sabiendo que posiblemente no podría resistir el pasar otro día allí. Ya había tenido bastante. Cuando escuchó el sonido de caballos en el arroyo, la perspectiva de morir a manos de alguien le pareció mucho mejor que la de morir en aquel agujero.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Ayúdeme!

Escuchó los cascos de los caballos detenerse con brusquedad. Alguien subió por la pendiente, arrastrándose sobre las rocas. El sonido se detuvo y el rostro de un indio apareció delante del agujero. Ella no pudo soportar el mirarlo, pero le era imposible girar la cabeza. Así pues, cerró los ojos ante el asombrado comanche.

—Por favor..., sáqueme —murmuró.

Antes de que se hubiera dado cuenta, unas manos fuertes tiraron de ella y la sacaron a la luz del sol. Al principio no pudo ponerse en pie, y se sentó en el suelo, extendiendo las hinchadas piernas poco a poco, mientras los indios conferenciaban entre ellos.

Estaban divididos. La mayoría no veía ningún valor en llevarla consigo. Dijeron que era delgada, pequeña y débil. Y que si se llevaban a aquel pobre fardo de miseria, podrían acusarles a ellos de lo que habían hecho los pawnee con la gente blanca de la casa de tierra.

Su líder se opuso a eso. No era nada probable que la gente de la casa de tierra fuera encontrada en seguida, al menos por otros blancos. Y para cuando los encontraran ellos ya estarían lejos del territorio. La tribu sólo contaba ahora con dos cautivos, ambos mexicanos, y los cautivos eran valiosos. Si esta moría en el largo camino de regreso a casa, la dejarían junto al sendero, y nadie habría sido más sabio que otro. Si sobrevivía, sería útil como trabajadora, o para negociar con ella cuando surgiera la necesidad. Y el jefe del grupo recordó a los demás que existía una tradición de cautivos convertidos en buenos comanches, y que siempre había necesidad de que hubiera más buenos comanches.

La cuestión quedó solucionada con rapidez. Probablemente, quienes preferían matarla allí mismo tenían mejores argumentos, pero el hombre que se mostró favorable a llevarla consigo era un joven guerrero con un futuro prometedor, y nadie tenía ganas de oponerse a él.

Ella sobrevivió a todas las privaciones, gracias en buena medida a la benevolencia del joven guerrero con futuro, cuyo nombre, según se enteró, era Pájaro Guía.

Con el tiempo, terminó por comprender que aquellas gentes formaban su pueblo y que eran muy diferentes a aquellos otros que habían asesinado a su familia y a sus

amigos. Los comanches se convirtieron en su único mundo, y ella llegó a amarlos tanto como odiaba a los pawnee. Pero aunque el odio contra los asesinos se mantuvo, el recuerdo de su familia se hundió cada vez más en el olvido, como si se tratara de algo pesado atrapado en arenas movedizas. Al final, los recuerdos habían desaparecido por completo de su vista.

Hasta este día, el día en que ella había desenterrado el pasado.

Por muy vivo que hubiera sido el recuerdo, En Pie con el Puño en Alto ya no estaba pensando en él cuando se levantó del lugar donde había permanecido sentada, delante del chopo, y se introdujo en el río. Al chapotear en el agua y rociarse la cara, no estaba pensando ni en su madre ni en su padre. Ellos habían desaparecido desde hacía tiempo, y su recuerdo no le servía de nada.

Cuando sus ojos escudriñaron la orilla opuesta estaba pensando sólo en los pawnee, preguntándose si aquel verano harían alguna incursión en el territorio comanche.

En secreto, esperaba que así fuera. Quería contar con otra oportunidad para vengarse.

Varios veranos antes se había presentado una de aquellas oportunidades, y ella la había aprovechado al máximo. Se materializó en forma de un guerrero arrogante que había sido hecho prisionero con el propósito de pedir un rescate por él.

En Pie con el Puño en Alto y una delegación de mujeres salieron al encuentro de los hombres que lo traían, al borde del campamento. Y ella misma encabezó la furiosa carga que el grupo de guerreros comanches fue incapaz de rechazar. Lo arrancaron del caballo y lo cortaron a trozos allí mismo. En Pie con el Puño en Alto fue la primera en hundir su cuchillo, y se quedó allí hasta que sólo quedaron jirones del cuerpo enemigo. Poder devolver por fin los golpes había sido algo profundamente satisfactorio, pero no tanto como para que ella no soñara con regularidad en encontrarse con otra oportunidad.

La visita a su pasado le resultó tonificante; entonces se sentía más comanche que nunca, mientras regresaba por el camino poco usado. Llevaba la cabeza erguida y sentía su corazón muy fuerte.

Ahora, el soldado blanco parecía una fruslería. Decidió que, si hablaba con él, sólo sería en la medida en que le agradara hacerlo.

Capítulo

17

La aparición de tres jóvenes extraños, montados en ponis, constituyó una sorpresa. Tímidos y respetuosos, daban la impresión de ser mensajeros, pero el teniente Dunbar se mostró vigilante. No había aprendido aún a distinguir las diferencias tribales, y para su ojo inexperto aquellos jóvenes podrían haber sido cualquiera.

Con el rifle apoyado sobre el hombro, caminó unos cien metros por detrás del barracón de avituallamiento para encontrarse con ellos. Cuando uno de los jóvenes hizo la señal de saludo utilizada por el tranquilo, Dunbar contestó con su habitual y leve inclinación de cabeza.

El lenguaje con las manos fue corto y sencillo. Le pidieron que los acompañara al poblado, y el teniente asintió. Permanecieron aguardándole mientras él embridaba a «Cisco», y no dejaron de hablar en voz baja sobre el pequeño caballo canela, pero el teniente Dunbar no les prestó ninguna atención.

Se sentía ávido por descubrir a qué venía aquella invitación y se sintió contento cuando todos abandonaron el fuerte al galope.

Era la misma mujer, y aunque estaba sentada lejos de ellos, hacia el fondo de la tienda, la mirada del teniente se desviaba una y otra vez en su dirección. El vestido de piel de gamo le cubría las rodillas, y él no sabía con seguridad si se había recuperado de la fea herida que se había hecho en el muslo.

Físicamente, parecía sentirse bien, aunque él no pudo percibir ninguna pista en su expresión, un tanto melancólica pero, en conjunto, inexpresiva. Y la miraba una y otra vez porque ahora estaba seguro de que ella era la razón de que se le hubiera invitado a acudir al poblado. Hubiera deseado abordar directamente el asunto, pero su limitada experiencia con los indios ya le había enseñado a ser paciente.

Así pues, esperó a que el chamán preparara meticulosamente su pipa. El teniente volvió a mirar a En Pie con el Puño en Alto. Durante una fracción de segundo la mirada de ella se cruzó con la suya, y eso le permitió recordar lo pálidos que eran aquellos ojos en comparación con los negros profundos de los demás. Luego recordó que el día en que la encontró en la pradera, había dicho «No», en inglés. De repente, el cabello de color cereza oscuro adquirió para él un nuevo significado, y empezó a sentir un hormigueo en la base de la nuca.

«Oh, Dios mío, esa mujer es blanca», pensó.

Dunbar sabía que Pájaro Guía era más que consciente de la presencia de la mujer entre las sombras. Cuando ofreció por primera vez la pipa a su visitante especial, lo hizo dirigiendo una mirada de soslayo en dirección de ella.

El teniente Dunbar necesitó ayuda para fumar, y Pájaro Guía se la prestó amablemente, colocando las manos sobre el largo y suave cañón y ajustando el ángulo. El tabaco era tan áspero como daba a entender su olor, pero le pareció lleno de aroma. Producía un buen humo. La pipa en sí era fascinante. Pesada de encender, era extraordinariamente ligera una vez que se empezaba a fumar, casi como si pudiera alejarse flotando si él dejara de sostenerla.

Estuvieron fumando durante unos minutos, pasándose la pipa el uno al otro. Luego, Pájaro Guía dejó la pipa a su lado, con mucho cuidado. Miró directamente a En Pie con el Puño en Alto, e hizo un ligero movimiento con la mano, indicándole que se adelantara.

Ella vaciló un momento, pero luego apoyó una mano en el suelo y se dispuso a incorporarse. El teniente Dunbar, siempre en su papel de caballero, se levantó instantáneamente y, al hacerlo, produjo un pequeño jaleo.

Todo se produjo como en un violento fogonazo. Dunbar no vio el cuchillo hasta que ella hubo cubierto la mitad de la distancia que los separaba. Lo siguiente de lo que fue consciente fue del antebrazo de Pájaro Guía que le golpeó en el pecho, y a continuación cayó hacia atrás. Al tiempo que caía vio a la mujer que se acercaba agachada, puntuando las palabras que decía entre dientes con movimientos perversos, como si quisiera apuñalarlo.

Pájaro Guía se lanzó sobre ella con la misma rapidez, quitándole el cuchillo con una mano, mientras que con la otra la obligaba a sentarse en el suelo. Cuando el teniente Dunbar también se sentó, Pájaro Guía se estaba volviendo hacia él. En el rostro del chamán había una expresión de cierto temor.

Desesperado por quitar tensión a aquella terrible situación, Dunbar se puso en pie de un brinco. Movié las manos de un lado a otro y dijo «No» varias veces. Luego, hizo una de las pequeñas inclinaciones que solía utilizar a modo de saludo cuando los indios acudían a Fort Sedgewick. A continuación, señaló a la mujer que estaba en el suelo y volvió a inclinarse.

Entonces, Pájaro Guía comprendió. El hombre blanco sólo trataba de ser amable. No había tenido intención de hacer ningún daño. Le dijo unas pocas palabras a En Pie con el Puño en Alto y ella volvió a levantarse. Mantuvo la vista fija en el suelo evitando cualquier mirada con el soldado blanco.

Por un momento, los tres permanecieron inmóviles.

El teniente Dunbar esperó y observó mientras Pájaro Guía se acariciaba con lentitud la nariz con un dedo largo y oscuro, pensando en lo que acababa de suceder.

Luego murmuró con suavidad unas palabras a En Pie con el Puño en Alto, y la mujer levantó la mirada. Sus ojos parecían más pálidos que antes. Y también más inexpresivos. Ahora miraban fijamente a los de Dunbar.

Por medio de señas, Pájaro Guía pidió al teniente que volviera a sentarse. Se sentaron como habían hecho antes, uno frente al otro. Pájaro Guía volvió a hablar con En Pie con el Puño en Alto, con palabras suaves, y ella se adelantó, sentándose, ligera como una pluma, a sólo un par de pasos de distancia de donde estaba Dunbar.

Pájaro Guía los miró a ambos, a la expectativa. Se llevó los dedos a los labios, induciendo al teniente con este signo, hasta que Dunbar comprendió que se le estaba pidiendo que hablara, que le dijera algo a la mujer sentada a su lado.

El teniente giró la cabeza hacia ella, a la espera, hasta que le vio los ojos entrecerrados.

—Hola —le dijo. Ella parpadeó entonces—. Hola —repitió él.

En Pie con el Puño en Alto recordaba la palabra. Pero su lengua blanca estaba tan oxidada como una vieja bisagra. Tenía miedo de lo que pudiera salirle, y su subconsciente seguía resistiéndose a la misma idea de iniciar esta conversación. Hizo varios intentos, sin producir sonido alguno, antes de que le saliera.

—Huía —dijo, dejando caer en seguida la barbilla.

Pájaro Guía estaba tan encantado que, en contra de su habitual manera de ser, se dio un golpe con la mano en la pierna. Se inclinó hacia adelante y palmeó la mano de Dunbar, animándole a continuar.

—¿Hablas? —preguntó el teniente, acompañando sus palabras con el signo que había utilizado Pájaro Guía—. ¿Hablas inglés?

En Pie con el Puño en Alto se dio unos golpecitos con los dedos en la sien, y asintió, tratando de indicarle que las palabras estaban en su cabeza. Luego, colocó un par de dedos contra los labios y sacudió la cabeza con un gesto negativo, intentando comunicarle que tenía problemas con la lengua.

El teniente no la comprendió del todo. La expresión de ella seguía siendo francamente hostil, pero ahora mostraba una cierta naturalidad de movimientos que le produjeron la sensación de que estaba dispuesta a comunicarse.

—Yo soy... —empezó a decir él, señalándose con un dedo apuntado a su guerrera—. Yo soy John. Yo soy John. —Los ojos de ella estaban fijos en su boca—. Yo soy John —repitió.

En Pie con el Puño en Alto movió los labios en silencio, practicando la palabra. Cuando finalmente la dijo en voz alta sonó con una claridad perfecta. Eso la conmovió. Y también impresionó al teniente Dunbar.

—Willie —dijo ella.

Pájaro Guía comprendió que se había producido un malentendido cuando vio la expresión de asombro en el rostro del teniente, quien se quedó observando a En Pie

con el Puño en Alto, impotente, mientras ella efectuaba una serie de confusos movimientos. Se cubrió los ojos, se frotó la cara; se cubrió la nariz como si tratara de ahuyentar un olor y sacudió la cabeza con fuerza. Finalmente, colocó las palmas de las manos sobre el suelo y suspiró profundamente, formando de nuevo palabras silenciosas en su pequeña boca. En ese momento, el ánimo de Pájaro Guía vaciló. Quizá había pedido demasiado al organizar este experimento.

El teniente Dunbar tampoco sabía qué hacer con todo aquello. Por un momento, pensó que la prolongada cautividad de la mujer hubiera terminado por volverla loca.

Pero el experimento de Pájaro Guía, aunque terriblemente difícil, no lo era demasiado. Y En Pie con el Puño en Alto no estaba loca. Lo que sucedía era que las palabras del soldado blanco, los propios recuerdos de ella y la confusión de su lengua se entremezclaban de una forma confusa. Desenmarañar todo aquel embrollo era como intentar dibujar con los ojos cerrados. Ella estaba intentando llevarlo a cabo y se quedó mirando el espacio.

Pájaro Guía empezó a decir algo, pero ella le interrumpió bruscamente con una ráfaga de palabras comanches.

Luego, cerró los ojos y los mantuvo así durante un rato más. Cuando los volvió a abrir miró a través del cabello enmarañado hacia donde estaba el teniente Dunbar y él observó que su mirada se había suavizado. Con un gesto tranquilo de la mano, ella le pidió en comanche que volviera a hablar.

Dunbar se aclaró la garganta.

—Yo soy John —dijo, pronunciando el nombre muy cuidadosamente—. John... John.

Una vez más los labios de ella se movieron formando la palabra y luego trató de pronunciarla en voz alta:

—Jun.

—Sí —asintió Dunbar estáticamente—. John.

—Jun —volvió a decir ella.

El teniente Dunbar echó la cabeza hacia atrás. Escuchar el sonido de su propio nombre fue muy agradable para él, muy dulce. No lo había escuchado desde hacía varios meses.

En Pie con el Puño en Alto sonrió a pesar de sí misma. Últimamente, su vida había estado tan llena de expresiones hoscas. Era bueno tener algo de lo que sonreír, sin que importara lo que fuese.

Los dos miraron a Pájaro Guía al mismo tiempo.

No había ninguna sonrisa en su boca, pero en sus ojos había una luz de felicidad, por muy débil que fuese.

El progreso fue lento aquella primera tarde en la tienda de Pájaro Guía. El tiempo se consumía con los dolorosos intentos de En Pie con el Puño en Alto por repetir las

sencillas palabras y frases que iba diciendo el teniente Dunbar. A veces, se necesitaban una docena o más repeticiones, todas ellas agotadoramente aburridas, para producir un solo monosílabo, e incluso entonces la pronunciación distaba mucho de ser perfecta. Eso no era lo que podría haberse considerado como una conversación.

Pero Pájaro Guía se sintió muy estimulado. En Pie con el Puño en Alto le había dicho que recordaba bien las palabras blancas, y que sólo encontraba dificultades con su lengua. El chamán sabía que la práctica le permitiría recuperar su lengua oxidada, y su mente galopaba con la feliz perspectiva del momento en que la conversación entre ellos fuera libre y pudiera estar llena de información.

Sintió un aguijonazo de irritación cuando llegó uno de sus ayudantes para comunicarle que dentro de poco se le necesitaría para supervisar los preparativos finales para la danza de aquella noche.

Pero Pájaro Guía sonrió cuando tomó la mano del hombre blanco y se despidió de él pronunciando unas palabras estropajosas:

—Huía, Jun.

Fue duro de imaginar. La reunión había terminado con brusquedad. Y por lo que sabía, había transcurrido bien. Pero, por lo visto, había surgido alguna otra prioridad.

Dunbar se quedó de pie fuera de la tienda de En Pie con el Puño en Alto, contemplando la avenida a cuyos lados se levantaban las tiendas. La gente parecía estar congregándose en un espacio situado al extremo de la calle, cerca del *tipi* que mostraba el dibujo del oso. Deseaba quedarse para ver lo que iba a suceder. Pero el tranquilo ya había desaparecido entre la gente, cuyo número aumentaba continuamente. Distinguió a la mujer, tan pequeña entre los ya pequeños indios, caminando entre otras dos mujeres. Ella no le devolvió la mirada, pero mientras los ojos del teniente seguían su figura que se alejaba, pudo observar a las dos personas que había en ella: la blanca y la india.

«Cisco» se le acercaba y a Dunbar le sorprendió ver que el muchacho de la sonrisa constante iba montado en su caballo. El joven se detuvo, desmontó, le dio a «Cisco» unas palmadas en el cuello y le dijo algo al teniente Dunbar, correctamente interpretado por éste como unas palabras de elogio por las virtudes de su caballo.

Ahora, la gente se dirigía en grupos hacia el claro, sin prestar la menor atención al hombre de uniforme. El teniente volvió a pensar en quedarse pero, por mucho que lo deseara, sabía que si no contaba con una invitación formal no sería bien recibido. Y esa invitación no se había producido.

El sol iniciaba su puesta y su estómago empezaba a gruñir. Si quería llegar a casa antes del anochecer y evitar así problemas para prepararse la cena en la semioscuridad, tendría que hacer el trayecto de regreso con rapidez. Saltó sobre «Cisco», lo hizo girar e inició la salida del poblado llevando el animal a un trote natural.

Al pasar junto a las últimas tiendas, tuvo la oportunidad de distinguir a un grupo extraño. Quizá había una docena de hombres reunidos detrás de una de las últimas tiendas. Llevaban puestas toda clase de exquisitas colgaduras y sus cuerpos aparecían pintados con dibujos llamativos. La cabeza de cada uno de ellos aparecía cubierta con una cabeza de búfalo, incluyendo el pelaje ensortijado y los cuernos. Por debajo de aquellos extraños cascos sólo se veían los ojos oscuros y las narices prominentes.

Dunbar levantó una mano a modo de saludo al pasar al trote. Algunos de ellos miraron en su dirección, pero ninguno le devolvió el saludo, y el teniente siguió cabalgando.

Las visitas de «Dos calcetines» ya no se limitaban a últimas horas de la tarde o primeras de la mañana. Ahora podía aparecer en cualquier momento y, cuando lo hacía, el viejo lobo se sentía como en casa, deambulando por los pequeños confines del mundo del teniente Dunbar, como si fuera un perro de campamento. La distancia que había mantenido en otro tiempo fue reduciéndose a medida que aumentó la familiaridad. Ahora había muchas veces en que sólo estaba a veinte o treinta metros del teniente solitario, mientras éste cumplía con sus pequeñas tareas. Cuando él se dedicaba a escribir en el diario, «Dos calcetines» se tendía sobre el suelo y sus ojos amarillos parpadeaban mirándolo todo con curiosidad y observando al teniente que escribía.

El trayecto de regreso había sido muy solitario. El fin acelerado de su reunión con la mujer que era dos personas y la misteriosa excitación despertada en el poblado (y de la que él no había formado parte) entristecieron a Dunbar con el viejo castigo y la melancólica sensación de haber sido arrinconado. Durante toda su vida se había mostrado ávido por participar y, como sucede con cualquier otro ser humano, la soledad era algo a lo que tenía que enfrentarse constantemente. En su caso la soledad había terminado por convertirse en la característica predominante de su vida, así que, al ocaso, cuando llegó al fuerte, le pareció tranquilizador ver la forma leonada de «Dos calcetines» incorporarse bajo el toldo.

El lobo salió al patio, avanzando al trote, y una vez allí se sentó para ver descabalgarse al teniente.

Dunbar se dio cuenta en seguida de que bajo el toldo había algo más. Se trataba de una gran perdiz de la pradera, que yacía muerta sobre la tierra, y cuando se acercó para examinarla, descubrió que el ave había sido cazada hacía muy poco. La sangre de su cuello todavía estaba pegajosa. Pero, aparte de las incisiones visibles en el cuello, el animal no mostraba ningún otro daño. Apenas si había perdido ninguna pluma. Se trataba de un enigma, para el que sólo encontró una explicación, y el teniente miró con intensidad a «Dos calcetines».

—¿Has sido tú? —preguntó en voz alta. El lobo levantó los ojos y parpadeó mientras el teniente Dunbar estudiaba el ave durante un momento más—. Está bien

—dijo al fin, encogiéndose de hombros—. Supongo que has sido tú.

«Dos calcetines» se quedó y sus estrechos ojos siguieron los movimientos de Dunbar, que desplumó el ave, le arrancó los intestinos y la puso a asar sobre el fuego recién hecho. Mientras se preparaba el ave, siguió al teniente hasta el corral, y esperó pacientemente a que éste preparara la ración de grano de «Cisco». Luego, regresó con él a la hoguera, a la espera del festín.

Era una buena ave, tierna y llena de carne. El teniente comió despacio, arrancando de vez en cuando un trozo de carne y arrojándoselo a «Dos calcetines». Una vez que hubo terminado de comer, arrojó lo que quedaba al patio, y el viejo lobo se lo llevó, desapareciendo en la noche.

El teniente Dunbar se sentó en una de las sillas del campamento y fumó un cigarrillo, dejando que los sonidos de la noche fueran apoderándose de él. Le pareció extraño que hubiera podido llegar tan lejos en tan poco tiempo. Hacía no mucho tiempo, aquellos mismos sonidos le habrían mantenido en estado muy nervioso, impidiéndole dormir. Ahora, en cambio, le parecían tan familiares que hasta resultaban reconfortantes.

Pensó en cómo había pasado el día y decidió que había sido bueno. Cuando el fuego se fue apagando, mientras él se fumaba el segundo cigarrillo, se dio cuenta de que lo único que podía hacer era tratar él solo y directamente con los indios. Se permitió elogiarse por ello, pensando que, hasta el momento, había llevado a cabo un trabajo increíble como representante de Estados Unidos. Y, además, sin haberse podido guiar por las instrucciones.

De repente, pensó en la Guerra Civil. Era posible que ya no fuese un representante de Estados Unidos. Quizá la guerra hubiera terminado. Los Estados Confederados de América... No podía imaginarse que sucediera una cosa así. Pero podría ser. Hacía ya algún tiempo que no recibía ninguna información.

Estas reflexiones le llevaron a pensar en su propia carrera militar, y tuvo que admitir para sus adentros que últimamente pensaba cada vez menos en el ejército. El hecho de hallarse inmerso en una gran aventura tenía mucho que ver con aquellas omisiones, pero ahora, allí sentado ante el fuego que se iba apagando y escuchando el aullido de los coyotes río abajo, le pasó por la cabeza la idea de que quizá se hubiera topado sin saberlo con un mejor estilo de vida. En esta clase de vida que llevaba ahora le faltaban muy pocas cosas. «Cisco» y «Dos calcetines» no eran humanos, pero su lealtad era inquebrantable en algunos sentidos en los que las relaciones humanas no lo habían sido nunca. Se sentía feliz con ellos.

Y, desde luego, estaban los indios. Ejercían sobre él una clara atracción. En el peor de los casos, eran excelentes vecinos, se comportaban muy bien, eran abiertos y compartían sus cosas. Aunque él era demasiado blanco para las costumbres aborígenes, se sentía más que cómodo con ellos. Se trataba de un pueblo que poseía

una cierta sabiduría. Quizá fuera ésa la razón por la que se había sentido atraído desde el principio. El teniente nunca había tenido mucha capacidad para aprender; siempre había sido un hombre de acción, a veces incluso en demasía. Pero tenía la impresión de que esta faceta de su personalidad estaba cambiando.

«Sí —pensó—, de eso se trata. Hay algo que aprender de ellos. Conocen cosas. Si el ejército no vuelve nunca, no creo que la pérdida sea tan grande».

De repente, Dunbar se sintió perezoso. Después de bostezar, arrojó la colilla del cigarrillo a los rescoldos que brillaban a sus pies y levantó los brazos por encima de la cabeza, desperezándose.

—A dormir —dijo en voz alta—. Ahora dormiré durante toda la noche como un muerto.

El teniente Dunbar se despertó alarmado en la oscuridad del cercano amanecer. Su cabaña de paja retemblaba. La tierra también retumbaba y el aire estaba lleno con un sonido hueco y apagado que lo dominaba todo.

Saltó de la cama y escuchó con atención. El retumbar procedía de alguna parte cercana, justo río abajo.

Se puso los pantalones y las botas y salió al exterior. Allí, el sonido era aún más fuerte, y llenaba la noche de la pradera como un gran eco reverberante.

Se sintió pequeño en medio de aquel ruido.

El sonido no se dirigía hacia él y, sin saber exactamente por qué, excluyó de su mente la idea de que toda aquella enorme energía fuera producida por algún fenómeno de la naturaleza, un terremoto o una inundación. El sonido lo producía algo vivo. Algo vivo que era capaz de hacer temblar la tierra y que él tenía que ver.

La luz de su farol pareció diminuta cuando caminó hacia el lugar de donde procedía el sonido, en alguna parte por delante de donde se encontraba. Apenas se había apartado cien metros del risco cuando la débil luz que sostenía en alto le permitió captar algo. Era polvo: un gran muro ondulante de polvo se elevaba en la noche.

El teniente aminoró el paso y se acercó más. De repente, se dio cuenta de que eran patas de animales las que producían aquel sonido retumbante, y que el polvo se levantaba a causa del movimiento de bestias tan grandes que jamás podría haber creído lo que estaba viendo ahora con sus propios ojos.

Eran los búfalos.

Uno de ellos salió de entre la nube polvorienta. Y luego otro. Y otro. Sólo pudo verlos fugazmente, al pasar, pero aquella visión era tan magnífica que casi podrían haber quedado congelados y, de hecho, quedaron congelados para siempre en la memoria del teniente Dunbar.

En ese momento, allí a solas con su farol, supo lo que aquellos animales

significaban para el mundo en que él vivía ahora. Eran lo que es el océano para los peces, el cielo para las aves o el aire para un par de pulmones humanos.

Eran la vida de la pradera.

Y había miles de ellos. Pasaban por el terraplén y seguían río abajo, cruzándolo con el mismo cuidado con que un tren podría pasar sobre un charco. Luego subían por la otra ladera y penetraban en los territorios cubiertos de hierba, precipitándose hacia un destino sólo conocido por ellos, como un torrente de patas, cuernos y carne que cruzara el paisaje con una fuerza más allá de toda imaginación.

Dunbar dejó el farol en el suelo, allí mismo, y echó a correr. No se detuvo para nada, excepto para tomar la brida de «Cisco». Ni siquiera se puso una camisa. Luego saltó a lomos del animal, lo azuzó y se lanzó al galope. Incluyó el pecho desnudo sobre el cuello del caballo canela y lo dejó correr.

El poblado estaba iluminado por las luces de las hogueras cuando el teniente Dunbar cabalgó hacia la depresión donde estaban situadas las tiendas y enfiló la avenida principal.

Entonces pudo ver las llamas de la fogata más grande y a la multitud reunida a su alrededor. Vio a los bailarines con cabeza de búfalo y escuchó el sonido uniforme de los tambores. Y también escuchó un canto profundo y rítmico.

Pero apenas si fue consciente del espectáculo que se desplegó ante sus ojos, del mismo modo que apenas si se había dado cuenta de la cabalgada que había efectuado, cruzando la pradera a toda velocidad. No era consciente del sudor que empapaba a «Cisco» desde la cabeza a la cola. Mientras subía por la avenida, en su mente sólo había una cosa: recordar la palabra comanche para designar «búfalo». La iba repitiendo una y otra vez, tratando de recordar la pronunciación exacta.

Y ahora estaba gritando la palabra. Pero con el canto y el sonido de los tambores, ellos no escucharon su llegada. Al acercarse a la hoguera, trató de detener a «Cisco», pero el caballo estaba lanzado a todo galope, y no respondió al freno.

Así pues, cargó hacia el mismo centro de la danza, desparramando comanches en todas direcciones. Haciendo un esfuerzo supremo, logró detener el caballo, pero cuando los cuartos traseros de «Cisco» casi se arrastraron por el suelo, enderezó la cabeza y el cuello. Las patas delanteras del animal patearon salvajemente el aire. Dunbar no pudo mantener el equilibrio. Se deslizó sobre el lomo sudoroso y cayó estrepitosamente a tierra con un ruido sordo audible.

Antes de que pudiera moverse, media docena de guerreros enfurecidos se abalanzaron sobre él. Un hombre provisto de un palo podría haber terminado con todo allí mismo, pero los seis hombres estaban embarullados y ninguno de ellos pudo ver al teniente con claridad.

Rodaron sobre el suelo en una pelota caótica. Dunbar gritaba: «¡Búfalo!», al tiempo que trataba de defenderse de los puñetazos y las patadas. Pero nadie

comprendía lo que estaba diciendo y, ahora, algunos de los golpes encontraban su destino.

Entonces, fue débilmente consciente de una disminución del peso que lo presionaba. Alguien estaba lanzando gritos por encima del tumulto, y la voz le sonó familiar.

De pronto, ya no hubo nadie sobre él. Se encontró tendido en el suelo, mirando con ojos medio atónitos una multitud de rostros indios. Uno de aquellos rostros se inclinó más hacia él.

Era Pájaro Guía.

—Búfalo —dijo entonces el teniente.

Sentía su cuerpo pesado como si le faltara aire y su voz había sonado como en un susurro. El rostro de Pájaro Guía se inclinó aún más.

—Búfalo —balbuceó el teniente.

Pájaro Guía emitió un gruñido y sacudió la cabeza. Giró la oreja para acercarla a la boca de Dunbar, y el teniente dijo una vez más la palabra, esforzándose todo lo que pudo para que la pronunciación tuviera el acento correcto.

—Búfalo.

Los ojos de Pájaro Guía se volvieron para mirar al teniente Dunbar.

—¿Búfalo?

—Sí —asintió Dunbar, con una débil sonrisa aflorando en su rostro—. Sí..., búfalo..., búfalo.

Exhausto, cerró los ojos por un momento y escuchó la voz profunda de Pájaro Guía gritar la palabra por encima del silencio.

Fue contestada con un rugido de alegría surgido de la garganta de todos los comanches y, durante una fracción de segundo, el teniente creyó que la potencia de aquel rugido le transportaba lejos de allí. Parpadeando para desembarazarse de la sorpresa, se dio cuenta entonces de que unos fuertes brazos indios le habían ayudado a ponerse en pie.

Cuando el en otro tiempo teniente levantó la mirada fue saludado por una gran cantidad de rostros radiantes que se agolpaban a su alrededor.

Capítulo 18

Todos se marcharon.

El campamento junto al río quedó virtualmente desierto cuando la gran caravana partió al amanecer.

Se enviaron exploradores en todas direcciones. La mayor parte de los guerreros montados cabalgaron al frente. Luego iban las mujeres y los niños, algunos montados y otros no. Los que iban a pie marchaban junto a los ponis que tiraban de las parihuelas con las que transportaban sus instrumentos. Algunos de los más viejos se habían sentado en los bordes. Cerraba la marcha la enorme manada de ponis.

Había muchas cosas de las que sentirse asombrado. El gran tamaño de la columna, la velocidad con la que se desplazaba, el increíble estrépito que producía, lo maravillosa que era aquella organización que asignaba un lugar y una tarea a cada cual.

Pero lo que le pareció más extraordinario fue la forma en que lo trataban. Literalmente en un abrir y cerrar de ojos había pasado de ser alguien a quien toda la tribu miraba con recelo o indiferencia, a una persona de verdadera posición. Ahora, las mujeres le sonreían abiertamente, y los guerreros llegaban incluso a compartir con él sus bromas. Los niños, de los que había muchos, buscaban constantemente su compañía, y a veces se convertían incluso en una molestia.

Al tratarle de esta manera, los comanches revelaban un aspecto totalmente nuevo de sí mismos, dando la vuelta a la actitud estoica y recelosa que le habían presentado en el pasado. Ahora se comportaban de un modo desenfadado y alegre, y eso hacía que el teniente Dunbar se sintiera del mismo modo.

De todas formas, la llegada del búfalo habría levantado el ánimo reservado de los comanches, pero, mientras la columna avanzaba por la pradera, el teniente sabía que su presencia añadía ahora un cierto brillo a la empresa y, sólo de pensarlo, cabalgaba un poco más erguido.

Bastante antes de que llegaran a Fort Sedgewick, los exploradores trajeron la noticia de que se había encontrado un gran rastro allí donde el teniente había dicho que estaría. Inmediatamente, se despachó a más hombres para localizar la zona de apacentamiento del rebaño principal.

Cada uno de los exploradores se llevó consigo varias monturas de refresco. Cabalgarían hasta que encontraran al rebaño, y luego regresarían hacia la columna para informar de su tamaño y de la distancia a la que se encontraba. También informarían de la presencia de cualquier enemigo que pudiera estar al acecho alrededor de los territorios de caza de los comanches.

En el momento en que la columna pasó junto al fuerte, Dunbar hizo una breve parada y recogió un buen suministro de tabaco, su revólver y el rifle, una guerrera, una buena ración de grano para «Cisco» y después se reincorporó a la columna, situándose en cuestión de minutos al lado de Pájaro Guía y sus ayudantes.

Después de haber cruzado el río, Pájaro Guía le hizo señas para que le siguiera, y los dos hombres cabalaron más allá de la cabeza de la columna. Fue entonces cuando Dunbar pudo echar el primer vistazo al rastro que había dejado el rebaño de búfalos a su paso: un camino gigantesco de terreno aplastado de casi un kilómetro de anchura, que ondulaba sobre la pradera como si se tratara de una inmensa autopista salpicada de estiércol.

Pájaro Guía le estaba describiendo por señas algo que el teniente no acababa de comprender, cuando dos nubéculas de polvo aparecieron en el horizonte. Poco a poco, las nubéculas de polvo se fueron convirtiendo en dos jinetes. Era una pareja de exploradores que regresaba.

Conduciendo las monturas de refresco, llegaron al galope tendido y se detuvieron en las cercanías de donde estaba Diez Osos para presentarle su informe.

Pájaro Guía cabalgó hacia allí para conferenciar y Dunbar, sin saber lo que se estaba diciendo, observó con atención al chamán, con la esperanza de adivinar algo a partir de su expresión.

Pero lo que vio no le ayudó mucho. Si hubiera conocido el lenguaje, habría entendido que el rebaño se había detenido para alimentarse en un gran valle situado a poco más de quince kilómetros de distancia de la posición actual de la columna, un lugar al que podrían haber llegado con facilidad a la caída de la noche.

De pronto, la conversación se animó bastante, y el teniente se inclinó reflexivamente hacia adelante, como para escuchar lo que se decía. Los exploradores hacían largos gestos ondulantes, primero hacia el sur y después hacia el este. Las expresiones de los que escuchaban se hicieron notablemente más sombrías y después de haber interrogado un poco más a los exploradores, Diez Osos mantuvo un consejo, montado a caballo, con sus más estrechos consejeros. Poco después, dos jinetes abandonaron la reunión y galoparon hacia la retaguardia. Una vez que se hubieron marchado, Pájaro Guía miró una sola vez al teniente, y éste ya conocía lo bastante bien su rostro como para saber que su expresión no lo decía todo.

Por detrás de él escuchó el sonido de unos cascos y al volverse vio a una docena

de guerreros galopando hacia la vanguardia de la columna. El feroz iba al mando. Se detuvieron cerca del grupo de Diez Osos, sostuvieron una breve conferencia y luego, llevándose consigo a uno de los exploradores, salieron a galope tendido hacia el este.

La columna reanudó su marcha y cuando Pájaro Guía volvió a ocupar su lugar, cerca de donde se encontraba el soldado blanco, observó que los ojos del teniente estaban llenos de interrogantes. Pero no era posible explicarle a él aquel mal augurio.

Habían descubierto enemigos en las cercanías, enemigos misteriosos procedentes de otro mundo. Por sus hechos, habían demostrado ser gentes sin valor y sin alma, carniceros desenfundados sin ninguna consideración para con los derechos de los comanches. Era importante castigarlos.

Así que Pájaro Guía evitó los ojos interrogantes del teniente. En lugar de eso, se quedó observando el polvo levantado por el grupo de Cabello al Viento, que cabalgaba hacia el este, y rezó en silencio una oración por el éxito de su misión. Desde el momento en que vio en la distancia las gibas de un color ligeramente rosado, supo que se estaba acercando a algo feo. Había manchas negras en las gibas rosadas y, a medida que la columna se fue acercando, pudo ver que estaban en movimiento. Hasta el aire pareció repentinamente más denso, y el teniente se desabrochó otro botón de la guerrera.

Pájaro Guía le había llevado a la vanguardia con un propósito. Pero su intención no era la de castigarle, sino la de educarle, y, ahora, la educación quedaría mejor servida viendo, en lugar de hablando. El impacto sería mucho mayor si él avanzaba en la vanguardia. Sería mayor para ambos, porque Pájaro Guía tampoco había visto nunca una visión como aquella.

Al igual que el mercurio en un termómetro, una biliosa mezcla de revulsión y lamento subió por la garganta del teniente Dunbar. Se vio obligado a tragar saliva constantemente para impedir que aquella mezcla le brotara por la boca, mientras él y Pájaro Guía conducían la columna por el centro del terreno donde se había producido la matanza.

Contó veintisiete búfalos. Y aunque no pudo contarlos, calculó que debía de haber por lo menos otros tantos cuervos aleteando sobre cada cuerpo. En algunos casos, las cabezas de los búfalos aparecían totalmente cubiertas por las aves negras, que peleaban entre sí, lanzando chillidos, retorciéndose y picoteando para tratar de sacar los globos de los ojos. Aquellos animales que ya habían perdido los globos de los ojos eran los que soportaban el mayor enjambre, que se montaba vorazmente sobre los cadáveres, moviéndose de un lado a otro, defecando con tanta frecuencia que parecía como si estuvieran acentuando la riqueza de su festín. Los lobos también aparecían, procedentes de todas direcciones. Ellos se acurrucaban junto a los hombros, las ancas y los vientres en cuanto hubiera pasado la columna.

Pero habría más que suficiente para cada lobo y ave rapaz que se encontrara a

varios kilómetros a la redonda. El teniente hizo un cálculo aproximado y alcanzó una cifra de unos diez mil kilos de carne muerta, pudriéndose bajo el calor del sol de la tarde.

«Y todo eso abandonado para que se pudra», pensó, preguntándose si algún archienemigo de sus amigos indios habría dejado aquello como una especie de macabra señal de advertencia.

Veintisiete pellejos habían sido arrancados desde el cuello hasta las nalgas; al pasar a pocos pasos de distancia de un animal particularmente grande, vio que su boca abierta no tenía lengua. Otros animales también habían sido privados de sus lenguas. Pero eso era todo. Todo lo demás se abandonaba.

De repente, el teniente Dunbar pensó en el hombre muerto del bulevar. Al igual que estos búfalos, el hombre estaba tendido de costado. La bala que le habían disparado en la base del cráneo había hecho desaparecer, al salir, la parte derecha de la mandíbula.

En aquel entonces, él sólo era John Dunbar, un muchacho de catorce años. En los años sucesivos había visto a montones de hombres muertos; a algunos de ellos les faltaba todo el rostro, mientras que a otros se les había salido el cerebro, que empapaba el suelo como una masa blanda y espesa desparramada. Pero el primer hombre muerto era el que mejor recordaba. Debido, sobre todo, a los dedos.

Él se hallaba de pie, directamente detrás del alguacil, cuando se descubrió que al hombre le habían cortado dos dedos. El alguacil miró a su alrededor y, sin dirigirse a nadie en particular, dijo:

—Esos tipos matan sólo para apoderarse de los anillos.

Y ahora estos búfalos yacían muertos sobre la tierra, con las entrañas desparramadas sobre la pradera, sólo porque alguien quería sus lenguas y sus pellejos. A Dunbar le pareció que se trataba de la misma clase de crimen.

Cuando vio un ternero nonato, medio colgando del abdomen abierto de su madre, en su mente apareció, como un letrero luminoso, la misma palabra que escuchara por primera vez aquella noche en el bulevar:

Asesino.

Se volvió a mirar a Pájaro Guía. El chamán contemplaba fijamente los restos del ternero nonato, con el rostro convertido en una máscara larga y sombría.

En ese momento, el teniente Dunbar se giró y miró hacia el fondo de la columna. Toda la tribu avanzaba de prisa por entre la carnicería. A pesar de lo hambrientos que estaban, después de haberse alimentado mal durante las últimas semanas, nadie se detuvo para cortar un trozo del botín de carne extendido a su alrededor. Las voces que habían estado tan alegres durante toda la mañana, se mantenían ahora en silencio, y observó en sus rostros la melancolía que produce el saber que un buen sendero se ha convertido, de pronto, en malo.

Cuando llegaron a los terrenos de caza, los caballos ya arrojaban grandes sombras. Mientras las mujeres y los niños se ponían a trabajar para levantar el campamento en lo alto de una larga escarpadura del terreno, la mayoría de los hombres se adelantó para explorar el rebaño, antes de que cayera la noche.

El teniente Dunbar fue con ellos.

A poco más de un kilómetro de distancia del nuevo campamento, se encontraron con tres exploradores que se habían preparado un pequeño campamento propio, a unos cien metros de distancia de la boca de entrada de una amplia barranca. Dejando los caballos abajo, sesenta guerreros comanches y un hombre blanco empezaron a subir lentamente la larga ladera occidental que surgía de la barranca. Al acercarse a la cresta, todos se agacharon sobre el suelo y avanzaron los últimos metros a rastras.

El teniente miró con expectación a Pájaro Guía y encontró en su rostro una leve sonrisa. El chamán señaló hacia adelante y se llevó un dedo a los labios. Dunbar supo entonces que habían llegado.

A unos pocos pasos por delante de él, la tierra descendía y delante sólo se veía el cielo. Se dio cuenta de que acababan de subir por la parte de atrás de una escarpadura. La penetrante brisa de la pradera le mordió en el rostro cuando levantó la cabeza para mirar hacia la gran depresión que se extendía treinta metros más abajo.

Era un valle magnífico, de unos siete u ocho kilómetros de ancho y por lo menos quince kilómetros de fondo. Por todas partes ondulaba hierba de la variedad más exuberante.

Pero el teniente apenas si observó la hierba, o el valle o sus dimensiones. Nada podía compararse con el gran manto vivo de búfalos que cubría todo el valle, ni siquiera el cielo, que ahora empezaba a cubrirse de nubes, y el sol que se ponía, con su milagroso despliegue de rayos catedralicios.

Que pudieran existir tantas criaturas vivas y que, además, ocuparan un mismo espacio inmediato, hizo que la mente del teniente empezara a dar vueltas con cifras incalculables. ¿Cincuenta mil, setenta mil, cien mil? ¿Podía haber más? Su cerebro tuvo que apartarse de la enormidad de aquellas cifras.

No saltó, ni gritó, ni susurró para sí mismo, en demostración de estupor. Ser testigo de esto hizo que situara como en suspensión todo lo que había presenciado hasta entonces. No sintió las pequeñas piedras de tamaños extraños que le pinchaban el cuerpo. Cuando una avispa azulada se posó en la punta de su mandíbula floja, ni siquiera se movió para espantarla. Todo lo que pudo hacer fue parpadear para apartarse de los ojos el estupor.

Estaba contemplando un verdadero milagro.

Cuando Pájaro Guía le dio unos golpecitos en el hombro, se dio cuenta de que había mantenido la boca abierta durante todo el rato. El viento de la pradera le había

dejado la boca seca.

Giró la cabeza de mala gana y miró por la pendiente.

Los indios habían empezado a descender.

Llevaban media hora cabalgando en la oscuridad cuando aparecieron las fogatas, como puntos distantes. La extrañeza que eso le produjo fue como un sueño.

«El hogar —pensó—. Eso es el hogar».

¿Cómo podía serlo? Sólo se trataba de un campamento provisional, con fogatas encendidas, en una distante llanura, poblado por doscientos aborígenes cuyo color de piel era distinto al suyo, cuyo lenguaje era una mezcla de gruñidos y gritos, cuyas creencias seguían constituyendo un misterio, y probablemente siempre lo serían.

Pero esta noche se sentía muy cansado. Esta noche, el campamento prometía la comodidad de un lugar de nacimiento. Era el hogar, y él se sentía contento de avistarlo.

Los otros, los grupos de hombres medio desnudos con los que había cabalgado los últimos kilómetros, también se alegraron de avistarlo. Comenzaron a hablar de nuevo. Los caballos también pudieron olerlo. Ahora marchaban más erguidos, casi tratando de lanzarse al trote.

Hubiera deseado ver a Pájaro Guía entre las vagas figuras que le rodeaban. El chamán era capaz de decir muchas cosas sólo con los ojos, y allí, en la oscuridad, mezclado tan íntimamente con aquellos hombres salvajes, mientras se aproximaban a su salvaje campamento, se sintió desamparado al no poder contar con los expresivos ojos de Pájaro Guía.

A poco más de medio kilómetro ya pudo escuchar voces y el redoble monótono de los tambores. Unos murmullos se extendieron por entre las filas de sus compañeros de cabalgada y, de pronto, los caballos se lanzaron al galope. Estaban todos tan juntos, y se movían con tal celeridad que, por un momento, el teniente Dunbar se sintió parte de una energía imparable, como una ola rompiente de hombres y caballos a la que nadie se atrevería a oponerse.

Los hombres aullaban, con voz alta y estridente, como si fueran coyotes, y Dunbar, atrapado como se sentía por toda aquella excitación, también lanzó unos cuantos aullidos de su propia cosecha.

Vio las llamas de las hogueras y distinguió las siluetas de la gente que deambulaba por el campamento. Ahora, todos se habían dado cuenta del regreso de los jinetes y algunos de ellos echaban a correr por la pradera para salir a su encuentro.

Tuvo una extraña sensación en relación con aquel campamento, la sensación de que estaba insólitamente agitado, de que durante su ausencia había sucedido algo fuera de lo común. Sus ojos se abrieron mucho más al acercarse, tratando de captar alguna clave que le indicara qué había de diferente.

Y entonces vio la carreta, detenida al borde de la hoguera más grande, tan fuera de lugar allí como si se tratara de un exquisito carruaje flotando sobre la superficie del océano.

Había gente blanca en el campamento.

Detuvo a «Cisco» con cierta brusquedad y dejó que los otros jinetes pasaran de largo, mientras él reflexionaba.

Aquella carreta le parecía basta, e incluso fea. Mientras «Cisco» bailoteaba nervioso, el teniente se sintió asombrado ante sus propios pensamientos. Cuando se imaginó el sonido de las voces que habrían llegado en aquella carreta, no deseó escucharlas. No quería ver los rostros blancos que se mostrarían tan ávidos por ver el suyo. No quería contestar a sus preguntas. No deseaba escuchar las noticias que había echado de menos.

Pero sabía que no le quedaba otra alternativa. No había ningún otro lugar a donde ir. Le soltó un poco la rienda a «Cisco» y avanzaron con lentitud.

Se detuvo cuando se encontró a cincuenta metros. Los indios bailaban de una forma exuberante, mientras los hombres que habían explorado el gran rebaño saltaban de sus caballos. Esperó a que los ponis se fueran alejando y luego revisó todos los rostros que estaban al alcance de su vista.

No había ninguno que fuera blanco.

Se acercó un poco más, se detuvo y volvió a registrar la escena con la mirada, más cuidadosamente esta vez.

No, no había rostros blancos.

Distinguió al feroz y a los hombres de su pequeño grupo que habían abandonado la columna aquella misma tarde. Parecían haberse convertido en el centro de atención. Definitivamente, aquello era algo más que un simple saludo de bienvenida. Era una especie de celebración. Se pasaban palos largos de un lado a otro. Gritaban. Los que se habían reunido para verles también gritaban.

El y «Cisco» se acercaron un poco más y el teniente se dio cuenta en seguida de que se había equivocado. No eran palos largos lo que se estaban pasando, sino lanzas. Una de ellas regresó a manos de Cabello al Viento, y Dunbar lo vio levantarla muy alto en el aire. No sonreía, pero, desde luego, se le veía feliz. En el momento en que lanzó un aullido largo y vibrante, Dunbar captó fugazmente el cabello que aparecía colgado cerca de la punta de la lanza.

Y en ese preciso momento se dio cuenta de que se trataba de una cabellera. Una cabellera recién arrancada. Y el cabello era negro y rizado.

Sus ojos se desviaron hacia las otras lanzas. En otras dos de ellas habían cabelleras colgando; una era de un moreno suave y la otra de un color arenoso, casi rubia. Miró con rapidez hacia la carreta y vio lo que no había podido ver antes. Sobre los raíles colgaba un montón de pellejos de búfalo apilados.

Y de pronto lo comprendió todo, con la claridad de un día sin nubes.

Las pieles pertenecían a los búfalos muertos, y las cabelleras a los hombres que los habían matado, hombres que habían estado con vida aquella misma tarde. Hombres blancos. El teniente se quedó entumecido por la confusión. No podía participar en esto, ni siquiera como observador. Tenía que marcharse de allí.

En el momento en que se giraba distinguió a Pájaro Guía. El chamán sonreía ampliamente, pero cuando vio al teniente Dunbar entre las sombras, justo un poco más allá de la luz que arrojaba la hoguera, su sonrisa se desvaneció. Luego, como si quisiera aliviar al teniente de una situación embarazosa, le volvió la espalda. Dunbar quiso creer que el corazón de Pájaro Guía estaba con él; que, de algún modo vago, se daba cuenta de su propia confusión. Pero ahora se sentía incapaz de pensar. Ahora tenía que alejarse de allí y permanecer a solas.

Rodeó el campamento y localizó sus cosas en el otro extremo. Las recogió y se dirigió hacia la pradera montando a «Cisco». Siguió cabalgando hasta que ya no pudo ver las hogueras. Entonces, extendió su manta sobre el suelo y se tumbó, quedándose allí, contemplando las estrellas, tratando de creer que los hombres que habían muerto eran mala gente y se merecían la muerte. Pero eso no le sirvió de nada. Eso era algo de lo que no podía estar seguro, y aunque lo estuviera..., bueno, no le correspondía a él decirlo. Intentó creer que Cabello al Viento y Pájaro Guía y todos los demás que compartían la alegría por aquellas muertes no se sentían en el fondo tan felices como aparentaban por haberlas llevado a cabo. Pero sí lo estaban. Lo que más deseaba creer era que, en realidad, no se encontraba en esta posición. Deseaba creer que se hallaba flotando hacia las estrellas. Pero no era así.

Escuchó a «Cisco» tumbarse sobre la hierba, lanzando un pesado suspiro. Todo quedó entonces en silencio y los pensamientos de Dunbar se volvieron hacia dentro, hacia sí mismo. O más bien hacia su ausencia de sí mismo. Porque no pertenecía a los indios. Y ahora tampoco pertenecía a los blancos. Y tampoco le había llegado el momento de pertenecer a las estrellas.

Pertenecía exactamente al lugar donde se encontraba ahora. Pertenecía a ninguna parte.

Un sollozo surgió en su garganta. Tuvo que apretar la boca para contenerlo. Pero los sollozos continuaron apareciendo y poco después ya había dejado de intentar contenerlos.

Algo le tocó. Al despertar creyó haber soñado el ligero empujón percibido en la espalda. La manta estaba pesada y húmeda por el rocío. Tuvo que habérsela echado sobre la cabeza en algún momento, durante la noche.

Levantó una punta de la manta y miró con ojos somnolientos hacia la tenue luz de la mañana. «Cisco» estaba de pie sobre la hierba, solo, a pocos pasos frente a él. Tenía las orejas levantadas.

Volvió a sentir que algo le golpeaba ligeramente en la espalda. El teniente Dunbar apartó la manta y se volvió, mirando directamente el rostro de un hombre que estaba situado sobre él.

Era Cabello al Viento. Su cara de expresión severa aparecía pintada con rayas de color ocre. En una de sus manos llevaba un rifle nuevo. Empezó a mover el rifle y el teniente contuvo la respiración, creyendo que había llegado su hora. En ese breve instante, se imaginó su propia cabellera, balanceándose en la punta de la lanza del feroz.

Pero cuando Cabello al Viento levantó el rifle un poco más, le sonrió. Hundió suavemente los dedos de los pies en el costado del teniente y dijo unas pocas palabras en comanche. El teniente Dunbar permaneció quieto mientras Cabello al Viento apuntaba el rifle hacia una imaginaria pieza de caza. Luego, se llevó un montón de comida imaginaria a la boca y, como si fuera un buen amigo que juguetea con otro, volvió a dar unos golpecitos en las costillas de Dunbar con la punta del pie.

Se acercaron con el viento de cara. Iban todos los hombres disponibles en la tribu, cabalgando en una gran formación en forma de cuerno, como una media luna en movimiento de unos quinientos metros de anchura. Avanzaban con lentitud, llevando buen cuidado de no espantar a los búfalos hasta el último momento posible, hasta que fuera necesario lanzarse al galope.

Sintiéndose como un novato entre expertos, el teniente Dunbar se vio absorbido por la tarea de intentar averiguar la estrategia de la caza a medida que ésta se desplegaba ante él. Desde la posición que ocupaba, cerca del centro de la formación, comprendió que se estaban moviendo con el propósito de aislar a una pequeña parte del gigantesco rebaño. Los jinetes que formaban la parte derecha del cuerno en movimiento ya casi habían logrado separar a la pequeña parte, mientras que el centro presionaba por la retaguardia. A su izquierda, la formación de caza formaba una línea recta.

Era una emboscada.

Estaba lo bastante cerca como para escuchar sonidos: los gritos chillones y ocasionales de los terneros, los mugidos de las madres, y un bufido ocasional emitido por alguno de los enormes machos. Por delante de ellos había varios miles de animales.

El teniente miró hacia la derecha. Cabello al Viento era el jinete más próximo y era todo ojos, al tiempo que se acercaban al rebaño. No parecía ser consciente de la presencia del caballo moviéndose bajo él, ni del rifle que balanceaba en la mano. Sus ojos penetrantes estaban en todas partes al mismo tiempo: en los cazadores, en las presas, y en el terreno que les separaba de ellas y que disminuía. Si se pudiera ver el aire, él habría podido distinguir en aquel momento cualquier cambio, por muy sutil

que fuera. Era como un hombre a la escucha de un reloj invisible mientras escuchaba los segundos de una cuenta atrás.

Hasta el teniente Dunbar, tan poco práctico en tales lides, pudo percibir la tensión que se erizaba a su alrededor. El aire parecía haberse quedado absolutamente inmóvil. No traía ningún sonido. Ya ni siquiera escuchaba los cascos de los ponis de los cazadores. Hasta el rebaño que se extendía por delante se había quedado repentinamente en silencio. La muerte se instalaba sobre la pradera con la seguridad de una nube descendente.

Cuando se hallaba a unos cien metros de distancia, un puñado de bestias velludas se volvió hacia él. Los animales levantaron las grandes cabezas, olisqueando el aire quieto a la búsqueda de un indicio de lo que sus oídos habían escuchado, pero sus débiles ojos aún eran incapaces de identificar. Sus rabos se levantaron, encrespándose por encima de sus grupas como pequeñas banderas. El mayor de ellos pateó la hierba, sacudió la cabeza y lanzó un brusco bufido, desafiando la intrusión de los jinetes que se aproximaban.

Dunbar comprendió entonces que la muerte que estaba a punto de producirse no era ninguna conclusión prevista para cada uno de los cazadores, que no se trataría de una situación en la que uno espera tumbado y dispara, que para conseguir la muerte de estos animales, cada hombre iba a tener que cazar su propia pieza.

Una conmoción estalló a lo largo del flanco derecho, allá lejos, hacia la punta del cuerno. Los cazadores habían lanzado su ataque.

Este primer ataque puso en marcha una reacción en cadena que se desarrolló con una velocidad asombrosa y que pilló a Dunbar de la misma manera en que un gran buque arrolla a un nadador que no sospecha su presencia.

Los animales que se habían vuelto a mirar en su dirección, se giraron y echaron a correr. Al mismo tiempo, los ponis de todos los indios se lanzaron al unísono al galope. Todo eso sucedió con tal rapidez que «Cisco» casi dejó atrás al teniente. Éste echó la mano hacia atrás para intentar atrapar el sombrero que le había volado, pero se le escapó de entre los dedos. No importaba. Ahora ya no había forma de detenerse, ni siquiera aunque utilizara toda su fuerza. El pequeño caballo color canela galopaba a toda velocidad como si las llamas le estuvieran hormigueando en los cascos, y como si su vida dependiera de la velocidad de su carrera.

Dunbar miró hacia la línea de jinetes que se extendía a su derecha y a su izquierda y le extrañó observar que no había nadie allí. Miró entonces por encima del hombro y los vio, tendidos sobre los lomos de sus ponis lanzados al galope. Avanzaban todo lo rápido que podían pero, en comparación con «Cisco», no eran más que enanos que ahora se esforzaban inútilmente por mantener su paso. Se iban quedando cada vez más atrás a cada segundo que transcurría y, de repente, el teniente se encontró ocupando un espacio que era para él solo. Se encontraba entre los cazadores lanzados

a la persecución y los búfalos que huían.

Tiró de las riendas de «Cisco», pero si el caballo lo notó, no hizo el menor caso. Tenía el cuello extendido hacia adelante, las orejas planas y las aletas de la nariz abiertas al máximo, bebiendo al viento que le impulsaba cada vez más cerca del rebaño.

El teniente Dunbar no dispuso de tiempo para pensar. La pradera parecía volar bajo sus pies, el cielo semejaba rodar sobre su cabeza y entre los dos, extendiéndose en una línea situada directamente por delante, se encontraba una muralla de búfalos en estampida.

Ahora estaba ya lo bastante cerca como para ver los músculos de sus cuartos traseros. Pudo verles las pezuñas y supo que al cabo de unos segundos más estaría lo bastante cerca de ellos como para tocarlos.

Se estaba precipitando hacia una pesadilla mortal, como un hombre tendido en una canoa que flotara impotente hacia el borde de una cascada. El teniente no gritó. Pero sí cerró los ojos. Los rostros de su padre y de su madre cruzaron por su mente. Estaban haciendo algo que nunca les había visto hacer con anterioridad. Se estaban besando apasionadamente. Se sentía rodeado por un gran retumbar como el que pudiera proceder de mil tambores. El teniente abrió entonces los ojos y se encontró en un paisaje de ensueño, en un valle lleno de gigantescas protuberancias pardas y negras que corrían en una sola dirección.

Y ellos corrían con el rebaño.

El tremendo estruendo de decenas de miles de patas hendidas pareció traer consigo el curioso silencio de una inundación y, por un breve instante, Dunbar se sintió serenamente a flote en la frenética quietud de la estampida.

Agarrándose a «Cisco» miró por encima del masivo manto en movimiento, del que ahora formaba parte y se imaginó que, si así lo deseaba, podría deslizarse del caballo, quedarse atrás y ganar la seguridad del terreno vacío, saltando de una joroba a otra, del mismo modo que un muchacho podría pasar de una orilla a otra de la corriente saltando sobre las piedras.

El rifle se le resbaló, casi cayéndole de la sudorosa mano y, en ese momento, el bisonte que corría a su izquierda, apenas a un paso o dos de distancia, giró de pronto la cabeza. Dio un fuerte impulso a su cabeza velluda y trató de cornear a «Cisco». Pero el caballo era demasiado hábil. Saltó a un lado y el cuerno apenas le rozó el cuello. El movimiento casi estuvo a punto de arrojar al suelo al teniente Dunbar. En el caso de haberse caído, habría encontrado una muerte segura. Pero los búfalos corrían tan apretados a su alrededor que rebotó contra el lomo del que corría al otro costado y, de alguna forma, consiguió enderezarse.

Sintiendo el pánico, el teniente bajó el rifle y disparó contra el búfalo que había tratado de cornear a «Cisco». Fue un mal disparo, pero la bala destrozó una de las

patas delanteras de la bestia. Sus rodillas se doblaron y Dunbar escuchó el crujido de su cuello al romperse cuando el animal dio una vuelta de campana.

De pronto, se encontró rodeado de espacio abierto. Los búfalos se habían alejado de su arma. Tiró con fuerza de las riendas de «Cisco» y el caballo respondió esta vez. Un momento más tarde se habían detenido. El retumbar del rebaño se fue perdiendo en la distancia.

Mientras observaba al rebaño que se alejaba delante de él, vio que sus compañeros de caza les habían alcanzado. La vista de los hombres desnudos montados a pelo sobre los caballos, corriendo con todos aquellos animales, como si fueran corchos a la deriva en un océano, le dejó boquiabierto durante varios minutos. Pudo ver cómo curvaban sus arcos y los remolinos de polvo a medida que, uno tras otro, iban cayendo los búfalos.

Pero apenas habían transcurrido unos minutos cuando regresaron. Él deseaba ver al animal que había matado. Quería confirmar lo que aún le parecía demasiado fantástico como para ser verdad.

Todo había sucedido en menos tiempo del que tardaba en afeitarse.

Para empezar, se trataba de un gran animal, pero en la muerte, allí tendido, quieto y solo entre la corta hierba, aún parecía mucho más grande.

Como si se tratara de un visitante en una exposición, el teniente Dunbar rodeó el cuerpo lentamente. Se detuvo ante la monstruosa cabeza del animal, tomó con una mano uno de los cuernos y tiró de él. La cabeza era muy pesada. Recorrió con la mano la longitud del cuerpo, pasándola por el vello lanoso de la joroba y el lomo que descendía y los cuartos traseros, de pelaje más fino. Sostuvo entre los dedos el mechón de la cola, que le pareció ridículamente pequeño.

Volviendo al punto de partida, el teniente se acuclilló delante de la cabeza del macho y observó la larga barba negra que le colgaba del mentón. Le hizo pensar en la barba de chivo de un general, y por un momento se preguntó si aquel bicho habría sido un miembro destacado del rebaño.

Se incorporó y retrocedió dos pasos, todavía impresionado ante la vista del búfalo muerto. Para él constituía un hermoso misterio saber cómo era posible que existiera una criatura tan notable como ésta. Y había miles como aquélla.

«Quizá haya millones», pensó.

No sintió ningún orgullo por haberle arrebatado la vida al búfalo, pero tampoco le produjo remordimientos. Dejando aparte una fuerte sensación de respeto, no sintió ninguna otra emoción. Lo que sí experimentó fue algo físico: el estómago se le retorció y lo escuchó gruñir. La boca se le empezó a hacer agua. Durante los últimos días sus comidas habían sido más bien escasas y ahora, contemplando aquel enorme montón de carne, fue plenamente consciente del hambre que sentía. Apenas habían transcurrido diez minutos desde que se iniciara la furiosa carga y la caza ya había

terminado. El rebaño se había desvanecido, dejando atrás a sus muertos. Los cazadores deambulaban entre sus piezas, esperando a que las mujeres, los niños y los viejos acudieran a la llanura, trayendo consigo todo su equipo de carniceros. En sus voces había una nota de excitación y a Dunbar se le ocurrió la idea de que acababa de iniciarse alguna clase de festín.

De pronto, Cabello al Viento se acercó al galope, acompañado por otros dos compañeros. Aparecía muy emocionado por el éxito de la caza, y sonrió ampliamente al detener su pesado poni. El teniente observó que tenía una fea hendedura abierta por debajo de la rodilla.

Pero Cabello al Viento ni se daba cuenta de eso. Aún estaba radiante cuando se acercó al teniente y lo empujó en la espalda, con un saludo bienintencionado que lanzó a Dunbar contra el suelo.

Lanzando una risotada de buen humor, Cabello al Viento ayudó al aturdido teniente a incorporarse y apretó el mango de un cuchillo de hoja ancha contra la palma de su mano. Dijo algo en comanche y señaló al animal muerto.

Dunbar se quedó allí de pie, con una actitud desmañada, mirando estúpidamente el cuchillo. Sonrió, impotente y sacudió la cabeza con un movimiento negativo. No sabía lo que debía hacer.

Cabello al Viento murmuró algo que hizo reír a sus compañeros, dio unos golpes en el hombro del teniente y volvió a coger el cuchillo. Luego, se arrodilló ante el vientre del búfalo de Dunbar.

Actuando con la misma serenidad y aplomo que un escultor avezado, hundió el cuchillo en el pecho del animal y luego, utilizando ambas manos, empujó la hoja hacia atrás, abriéndolo. Cuando las entrañas se derramaron, Cabello al Viento introdujo una mano en la cavidad, tanteando como alguien que busca algo en la oscuridad.

Encontró lo que deseaba, dio un par de tirones secos y se incorporó, sosteniendo en la mano un hígado tan grande que casi se le desbordaba por ambas manos juntas. Imitando la ya conocida leve inclinación del soldado blanco, presentó su trofeo al atónito teniente. Cauteloso, Dunbar aceptó el órgano humeante, pero al no saber lo que hacer con él, se refugió en la leve inclinación en la que tanto confiaba y, con toda la amabilidad que pudo, devolvió el hígado.

Normalmente, Cabello al Viento podría haberse sentido ofendido, pero se dijo a sí mismo que «Jun» era blanco y, en consecuencia, ignorante. Así pues, hizo otra inclinación, se llevó a la boca un extremo del hígado todavía caliente y desgarró un buen bocado.

El teniente Dunbar le observó con incredulidad, mientras el guerrero pasaba el hígado a sus amigos. Ellos también dieron buenos bocados a la carne cruda, que comieron con avidez, como si se tratara de un pastel de manzana recién hecho. Pero

para entonces una pequeña multitud, algunos montados y otros a pie, se había reunido alrededor del búfalo de Dunbar. Pájaro Guía también estaba allí, así como En Pie con el Puño en Alto. Ella y otra mujer ya habían empezado a arrancarle la piel al animal.

Cabello al Viento le ofreció una vez más la carne a medio consumir y Dunbar la tomó de nuevo en sus manos. La sostuvo como un estúpido, mientras sus ojos buscaban una expresión o un signo entre alguno de los presentes que le permitieran salir airoso de la situación.

No recibió ninguna ayuda. Todos le observaban en silencio, esperando con expectación, y él se dio cuenta de que sería una solemne tontería intentar pasarlo de nuevo a los demás. Hasta Pájaro Guía estaba a la espera.

Así que al llevarse el hígado a la boca, Dunbar se dijo que aquello era muy fácil de hacer, que sólo exigiría tragar un bocado de algo que odiaba.

Confiado en no sentir náuseas, mordió el hígado.

La carne estaba increíblemente tierna. Se deshizo en su boca. Observó el horizonte mientras masticaba y, por un momento, el teniente Dunbar se olvidó de la silenciosa audiencia cuando sus papilas gustativas enviaron un mensaje sorprendente a su cerebro.

La carne estaba deliciosa.

Sin pensárselo dos veces, dio otro bocado. Una sonrisa espontánea apareció en su rostro y entonces, con una expresión de triunfo, levantó lo que quedaba del hígado por encima de su cabeza.

Sus compañeros de caza saludaron su gesto con un coro de aullidos salvajes.

Capítulo 19

Al igual que otras muchas personas, el teniente Dunbar había pasado la mayor parte de su vida en los graderíos, observando más que participando. En los momentos en que se convertía en un participante, sus acciones eran claramente independientes, bastante parecido a como había sido su participación en la guerra. Resultaba algo muy frustrante sentirse siempre aparte.

Algo de esta característica que conocía de toda la vida cambió en el momento en que levantó entusiasmado el hígado en el aire, como símbolo de su presa cazada, y escuchó los gritos de entusiasmo de sus compañeros de caza. Entonces sintió la satisfacción de pertenecer a algo cuyo conjunto era más grande que cada una de sus partes. Fue una sensación que le afectó profundamente desde el principio. Y durante los días que pasó en la llanura de caza, y en las noches transcurridas en el campamento temporal, aquella sensación se vio sólidamente reforzada.

El ejército había resaltado incansablemente las virtudes del servicio, del sacrificio individual en nombre de Dios, o del país, o de ambos. El teniente había hecho todo lo que pudo por adoptar aquellas creencias, pero la mayor parte de la sensación de servicio al ejército había estado sólo en su cabeza, no en su corazón. Nunca perduraba más allá de la retórica vacía y desvaneciente del patriotismo.

Con los comanches, en cambio, era diferente.

Eran un pueblo primitivo. Vivían en un mundo enorme, solitario y extraño, descrito por los blancos como nada más que cientos de kilómetros de territorio sin valor alguno que había que cruzar.

Pero los hechos de sus vidas habían ido adquiriendo menos importancia para él. Eran un grupo que vivían y prosperaban a través del servicio. El servicio era, en realidad, la forma que tenían de controlar el frágil destino de sus vidas. Estaba siendo ofrecido constantemente, con fidelidad y sin quejas, al espíritu simple y hermoso de su forma de vida, y el teniente Dunbar encontró en él una paz que concordaba con sus más queridos deseos.

No se engañó en ningún momento. Ni se le ocurrió la idea de convertirse en un indio. Pero sabía que, mientras estuviera con ellos, se dedicaría a servir al mismo espíritu.

Y esta revelación le permitió ser un hombre más feliz.

La tarea de la carnicería fue una empresa colosal.

Había quizá unos setenta búfalos muertos, desparramados como manchas de chocolate por entre el amplio terreno, y las familias situaron verdaderas factorías portátiles ante cada uno de los cuerpos, y se pusieron a trabajar con una extraordinaria velocidad y precisión en la tarea de transformar aquellos animales en productos útiles.

El teniente casi no podía creer en la cantidad de sangre derramada. Empapó el terreno donde había caído el animal como el zumo derramado sobre un mantel. Cubrió los brazos, los rostros y las ropas de los carniceros. Goteaba de los ponis y parihuelas que transportaban la carne hacia el campamento.

Se lo llevaron todo: pellejos, carne, entrañas, cascos, colas, cabezas. En el término de unas pocas horas todo desapareció, dejando la pradera con el aspecto de una gigantesca mesa de banquete de la que se acabaran de levantar los comensales.

El teniente Dunbar pasó ese tiempo deambulando de un lado a otro con los guerreros. Los espíritus estaban muy animados. Sólo dos hombres habían resultado heridos, ninguno de ellos de gravedad. Un poni veterano se había partido una pata, pero eso no representaba más que una pequeña pérdida en comparación con la abundancia producida por los cazadores.

Estaban encantados, y eso se reflejaba en sus caras, mientras se relacionaban con familiaridad durante toda la tarde, fumando, comiendo y contando historias. Dunbar no comprendía las palabras, pero resultaba bastante fácil entender el sentido de las historias que contaban; se referían a las incidencias de la caza, los arcos rotos y los animales que se habían escapado.

Cuando se le pidió al teniente que relatara su historia, éste explicó su aventura con gestos, y lo hizo con tanta teatralidad que los guerreros se partieron de risa. Se convirtió en el testimonio más buscado del día, y se vio obligado a repetir su historia media docena de veces. Cada vez que lo hacía, el resultado era el mismo. Cuando apenas estaba a medio contarla, los que le escuchaban se inclinaban sobre sí mismos, tratando de resistir el dolor que les producía una risa incontenible.

Al teniente Dunbar no le importó. Él también se estaba riendo. Y no le importaba el papel que la suerte había jugado en sus hazañas, pues sabía que eran reales. Y también sabía que, a través de ellas, había conseguido algo maravilloso.

Se había convertido en «uno de los chicos».

Aquella noche, cuando regresaron al campamento, lo primero que vio fue su sombrero. Se balanceaba sobre la cabeza de un hombre de edad mediana al que no conocía.

Hubo un breve momento de tensión cuando el teniente Dunbar se dirigió directamente hacia él, señaló el sombrero del ejército, que apenas si le sentaba bien al

hombre y dijo con naturalidad:

—Eso es mío.

El guerrero lo miró con curiosidad y se quitó el sombrero. Lo hizo girar entre sus manos y se lo volvió a colocar en la cabeza. Luego desenfundó el cuchillo de su cinto, se lo entregó al teniente, y siguió su camino sin decir una sola palabra. Dunbar vio desaparecer su sombrero de la vista y se quedó mirando el cuchillo que había tomado en la mano. El mango de cuentas parecía un tesoro, y se dirigió en busca de Pájaro Guía, pensando que había conseguido la mejor parte del intercambio.

Se movía con toda libertad por el campamento y allí donde iba era objeto de los más alegres saludos.

Los hombres asentían con gestos de reconocimiento, las mujeres sonreían y los pequeños reían y trotaban tras él. La tribu estaba delirante ante la perspectiva de un gran festín, y la presencia del teniente entre ellos no era más que otro motivo de alegría. Habían terminado por pensar en él como un hechizo de buena suerte, sin que se hubiera producido ninguna declaración formal o consenso en tal sentido.

Pájaro Guía le llevó directamente a la tienda de Diez Osos, donde hubo una pequeña ceremonia de agradecimiento. El anciano seguía siendo notablemente ágil, y la joroba de su presa fue la que se asó primero. Cuando estuvo preparada, el propio Diez Osos cortó un trozo, dijo unas pocas palabras al Gran Espíritu y honró al teniente ofreciéndole el primer trozo.

Dunbar hizo su breve inclinación de saludo, tomó un bocado y luego, con galantería, devolvió el trozo de carne a Diez Osos, una actitud que impresionó mucho al anciano. Más tarde, encendió la pipa y volvió a honrar al teniente ofreciéndole la primera chupada.

El fumar la pipa delante de la tienda de Diez Osos señaló el inicio de una noche salvaje. Todo el mundo había encendido una hoguera y en cada una de ellas se asaba carne fresca: jorobas, costillas y una amplia variedad de trozos selectos. Iluminado como una pequeña ciudad, el pequeño campamento centelleó hasta bastante avanzada la noche, con el humo elevándose hacia el cielo oscuro, desprendiendo un aroma que podría olerse a muchos kilómetros de distancia.

La gente comió como si no hubiera un mañana. Cuando ya se sentían atiborrados, hacían pausas cortas, iban de un lado a otro, formando pequeños grupos, charlaban tranquilamente u organizaban pequeños juegos de suerte. Pero una vez asimilado lo que habían comido hacía poco, regresaban a las hogueras y volvían a servirse buenos trozos.

Antes de que hubiera transcurrido la noche, el teniente Dunbar se sintió como si se hubiera comido un búfalo entero. Había estado dando vueltas por el campamento en compañía de Cabello al Viento, y la pareja fue tratada regiamente en cada una de las hogueras en las que se detuvo.

Se dirigían hacia otro grupo de alegres comensales, cuando el teniente se detuvo entre las sombras de atrás de una tienda y le indicó a Cabello al Viento por señas que le dolía el estómago de tanto comer y que deseaba dormir.

Pero, en ese momento, Cabello al Viento no le escuchaba con atención. Estaba pendiente de la guerrera del teniente. Dunbar se miró la pechera y vio la hilera de botones de latón. Luego levantó la mirada y observó la expresión de su compañero de caza. La mirada del guerrero tenía un aire ligeramente soñador cuando extendió un dedo y lo posó sobre uno de los botones.

—¿Quieres esto? —preguntó el teniente.

El sonido de sus palabras ahuyentó la mirada soñadora de los ojos de Cabello al Viento. El guerrero no dijo nada. Inspeccionó la yema de su dedo para ver si había surgido algo del botón.

—Si lo quieres, puedes tenerlo —dijo el teniente.

Se desabrochó los botones, se quitó la guerrera y se la ofreció.

Cabello al Viento sabía que se la ofrecía, pero no la aceptó de inmediato. En lugar de eso, empezó a desatarse el magnífico peto de brillante hueso que llevaba atado al cuello y a la cintura. Se lo tendió a Dunbar, al tiempo que su otra mano se cerraba sobre la guerrera.

El teniente le ayudó a abrocharse los botones y cuando hubo terminado comprobó que Cabello al Viento se sentía tan contento como un niño con un regalo de Navidad.

Dunbar le devolvió el hermoso peto y se encontró con un gesto de rechazo. Cabello al Viento sacudió la cabeza con violencia y movió las manos. Hizo movimientos que le indicaron al soldado blanco que debía ponerse el peto.

—No puedo aceptar esto —balbuceó el teniente—. Esto no es..., no es un intercambio justo..., ¿comprendes?

Pero Cabello al Viento no quiso saber nada. Para él era un intercambio más que justo. Los petos estaban llenos de energía y costaba su tiempo hacerlos, pero la guerrera era un objeto único.

Hizo girar a Dunbar, le pasó el peto decorativo por el pecho y se lo ató.

Así fue como se produjo el intercambio, y cada uno de los dos hombres se sintió feliz. Cabello al Viento gruñó un saludo de despedida y se encaminó hacia la hoguera más cercana. La nueva adquisición le apretaba y le picaba contra la piel, pero eso tenía muy poca importancia. Estaba convencido de que la guerrera representaría una sólida adición a su provisión de encantos. Con el tiempo, incluso podría demostrar que poseía fuertes poderes mágicos, debido sobre todo a los botones de latón y a las barras doradas de los hombros.

Era un gran trofeo.

Deseoso de evitar la comida que sabía le obligarían a tragar si atravesaba el campamento, el teniente Dunbar prefirió salir a la pradera y rodear el poblado

temporal, confiando en poder distinguir la tienda de Pájaro Guía y marcharse directamente a dormir.

Después de haber dado dos vueltas completas al campamento, distinguió la tienda marcada con un oso y sabiendo que la de Pájaro Guía se habría plantado cerca, volvió a entrar en el poblado.

No había avanzado mucho cuando un sonido le hizo detenerse y se detuvo detrás de una de las tiendas. Delante de él, la luz procedente de una hoguera iluminaba el terreno y era de esa hoguera de donde procedía el sonido. Era un canto, alto, repetitivo y claramente femenino.

Aprovechando la tienda, el teniente Dunbar se asomó a mirar con cuidado.

Había una docena de mujeres jóvenes, cuyas tareas ya habían terminado por el momento, dedicadas ahora a bailar y cantar en un círculo desigual alrededor del fuego y cerca de éste. Por lo que podía deducir, no había nada de ceremonial en aquello. El canto se veía puntuado por ligeras risas, y se imaginó que aquella danza era improvisada, algo realizado por pura diversión.

Accidentalmente, sus ojos se posaron sobre el peto, iluminado ahora por la luz anaranjada de la hoguera, y no pudo resistir la tentación de pasarse una mano por la doble hilera de huesos como tubos que ahora le cubrían la totalidad del pecho y del estómago. Qué cosa tan rara era ver tanta belleza y fortaleza residiendo en un mismo lugar y al mismo tiempo. Eso le hacía sentirse como alguien especial.

«Lo conservaré siempre», pensó con ánimo soñador.

Cuando volvió a levantar la mirada, algunas de las mujeres habían dejado de bailar y formaban un pequeño grupo de jóvenes que sonreían y susurraban, y cuyo tema de conversación era evidentemente el hombre blanco llevando su peto de hueso. Le estaban mirando directamente y aunque él no se diera cuenta, en los ojos de las mujeres se percibía un matiz de diablura.

Después de haber sido un objeto constante de discusión durante tantas semanas, el teniente ya les era bien conocido a todas: como un posible dios, como un payaso, como un héroe y como un agente de misterio. Sin que el teniente se diera cuenta de ello, había alcanzado un raro estatus en la cultura comanche, un estatus que quizá fuera precisamente más apreciado por estas mujeres.

Se había convertido en una celebridad.

Y ahora su celebridad y su buena apostura natural se habían visto considerablemente aumentadas ante los ojos de estas mujeres por la adición del asombroso peto de hueso.

Hizo la sugerencia de una inclinación ante ellas y salió de entre las sombras con timidez, tratando de pasar de largo sin interrumpir su diversión.

Pero al pasar, una de las mujeres se le acercó impulsivamente y tomó su mano

entre las de ella, con suavidad. El contacto le dejó frío. Se quedó mirando fijamente a las mujeres, que ahora emitían risitas nerviosas, y se preguntó si no estarían a punto de gastarle alguna broma.

Dos o tres de ellas empezaron a cantar y, a medida que se animaba la danza, otras mujeres tiraron de sus brazos. Le estaban pidiendo que se uniera a ellas.

No había mucha más gente en las cercanías, así que no tendría una audiencia contemplándole. Y, además, se dijo a sí mismo que no le vendría nada mal hacer un poco de ejercicio.

La danza fue lenta y sencilla. Elevar un pie, sostenerlo en el aire, bajarlo. Elevar el otro pie, sostenerlo en el aire, bajarlo. Se introdujo en el círculo y probó a dar los pasos. Lo aprendió con rapidez y poco después se movía en sintonía con las otras bailarinas, sonriendo tanto como ellas y disfrutando enormemente.

A él siempre le había resultado fácil dedicarse al baile. Era una de sus distracciones favoritas. A medida que la música de las voces de las mujeres parecía transportarle, levantó aún más los pies, elevándolos y descendíéndolos con una gracia recién inventada. Empezó a mover los brazos como ruedas, participando cada vez más en el ritmo. Finalmente, cuando ya se estaba sintiendo realmente bien, el todavía sonriente teniente cerró los ojos y se dejó perder por completo en el éxtasis del movimiento.

Eso le impidió darse cuenta de que el círculo había empezado a estrecharse. Hasta que no tropezó con la espalda de la mujer que tenía delante de él no se dio cuenta de lo cercanos que estaban unos de otros. Miró con recelo a las mujeres, pero ellas le tranquilizaron con alegres sonrisas. Dunbar continuó bailando.

Ahora, sentía de vez en cuando en la espalda el contacto de unos pechos, inconfundiblemente suaves. Su cintura permanecía en contacto regular con la cadera que se movía delante de él. Al tratar de mantener una cierta distancia, los pechos de su espalda le presionaron de nuevo.

Nada de todo esto era tan excitante como asombroso. Hacía tanto tiempo que no había sentido el contacto de una mujer, que ahora casi le parecía algo totalmente nuevo, demasiado como para saber lo que debía hacer.

No había nada abierto en los rostros de las mujeres cuando el círculo se apretó aún más. Las sonrisas eran constantes. Como también lo era la presión de nalgas y pechos.

Ahora, él ya no levantaba los pies. Estaban demasiado apretados y se veía reducido a menearlos arriba y abajo.

El círculo se deshizo entonces y las mujeres se apretaron contra él. Sus manos le tocaron juguetonamente, pasando por la espalda, el estómago, la parte inferior de la espalda. De pronto, le frotaron su lugar más íntimo en la parte delantera de los pantalones.

Un segundo más y habría salido disparado de allí, pero antes de que pudiera hacer un solo movimiento, las mujeres desaparecieron.

Las vio deslizarse hacia la oscuridad como escolares azoradas. Luego, se volvió para ver qué era lo que las había asustado.

Estaba de pie, solo, al borde de la hoguera, resplandeciente y ominoso con un gorro de cabeza de búho. Pájaro Guía le gruñó algo, pero el teniente no pudo saber si estaba disgustado o no.

El chamán se volvió, apartándose de la hoguera y el teniente Dunbar lo siguió como un cachorro que creyera haber hecho algo malo pero que no ha sido castigado todavía.

Resultó que no hubo ninguna clase de repercusiones como consecuencia de su encuentro con las mujeres que bailaban. Pero, para su desesperación, Dunbar se encontró con que alrededor de la hoguera encendida delante de la tienda de Pájaro Guía había una gran cantidad de indios que seguían festejando, y que insistieron en que fuera él quien tomara el primer bocado de las costillas que acababan de sacar del fuego.

Así que el teniente permaneció sentado durante un rato más, participando del buen humor de quienes le rodeaban, mientras le obligaban a meterse más carne en su ya hinchado estómago.

Una hora más tarde apenas si podía mantener los ojos abiertos y cuando se encontró con los de Pájaro Guía, el chamán se levantó. Hizo entrar al soldado blanco en su tienda y lo condujo hacia un jergón que le habían preparado especialmente contra la pared del fondo.

El teniente Dunbar se dejó caer sobre las ropas y empezó a quitarse las botas. Estaba tan adormilado que ni siquiera pensó en decir buenas noches y apenas si vio fugazmente la espalda del chamán, que se retiraba.

Dunbar dejó que la última bota cayera descuidadamente al suelo y rodó sobre la cama. Se echó un brazo sobre los ojos y flotó hacia el sueño. En la penumbra anterior a la inconsciencia su mente empezó a llenarse de una corriente de calor y de unas imágenes inconcretas y vagamente sexuales. Las mujeres se movían a su alrededor. No podía distinguir sus rostros pero sí escuchar el murmullo de sus voces suaves. Podía ver sus formas pasando cerca de él, girando como los pliegues de un vestido que revolotea bajo la brisa.

Las sintió tocándole ligeramente y al moverse sintió la presión de la carne desnuda contra la suya.

Alguien estaba emitiendo una risita junto a su oreja y él no pudo abrir los ojos. Los sentía demasiado pesados. Pero las risitas persistieron y no tardó en cobrar conciencia de un olor en la nariz. Era la chaqueta de búfalo. Se dio cuenta entonces de que la risita no estaba en su oreja, pero sí muy cerca: en la estancia. Abrió los ojos

haciendo un esfuerzo y giró la cabeza hacia el lugar de donde procedía el sonido. No pudo ver nada y se incorporó ligeramente. El interior de la tienda estaba en calma y las formas oscuras de la familia de Pájaro Guía no se movían. Todo el mundo parecía estar durmiendo.

Entonces, volvió a escuchar la risita. Era alta y dulce, definitivamente femenina y procedía de un lugar situado directamente al otro lado. El teniente se incorporó un poco más, lo suficiente como para que su mirada distinguiera las brasas de la hoguera, en el centro de la estancia.

La mujer volvió a emitir una risita y entonces una voz de hombre, baja y suave, flotó hasta él. Distinguió el extraño bulto que había siempre sobre la cama de Pájaro Guía. Los sonidos procedían de allí.

Dunbar no fue capaz de imaginarse lo que estaba sucediendo y, frotándose los ojos con rapidez, se incorporó un poco más.

Ahora pudo distinguir las formas de dos personas, cuyas cabezas y hombros sobresalían de entre las ropas de la cama y su vivo movimiento le pareció fuera de lugar a aquellas horas. El teniente estrechó los ojos, tratando de taladrar la oscuridad.

De repente, los cuerpos se quedaron rígidos. Uno se levantó por encima del otro y ambos se fundieron en uno solo. Hubo un momento de absoluto silencio antes de que llegara hasta sus oídos un gemido largo y bajo, como un suspiro exhalado con fuerza, y sólo entonces se dio cuenta de que estaban teniendo relaciones sexuales. Sintiéndose como un verdadero asno, se apresuró a dejarse caer de nuevo, confiando en que ninguno de los amantes hubiera visto su rostro estúpido y boquiabierto mirándolos desde el otro lado de la estancia.

Ahora, más despierto que dormido, permaneció tumbado, escuchando los sonidos firmes y cada vez más urgentes de su acto de amor. Ya se había adaptado a la oscuridad y ahora pudo distinguir la figura de la persona que dormía más cerca de él.

La elevación y descenso regular de las ropas le indicaron que se hallaba profundamente dormida. Estaba tumbada de costado, dándole la espalda. Pero conocía muy bien la forma de su cabeza y aquel cabello enmarañado de color cereza oscuro.

En Pie con el Puño en Alto dormía sola, y él empezó a plantearse preguntas sobre ella. Podía ser blanca por sangre, pero en todo lo demás era un miembro más de aquel pueblo. Hablaba su lengua como si fuera su idioma nativo. El inglés le resultaba extraño. No actuaba como si se hallara bajo ninguna imposición. Su actitud no indicaba el menor atisbo de que estuviera en cautividad. Ahora parecía ser una persona absolutamente igual a cualquiera de la tribu. Supuso, correctamente, que debían de haberse apoderado de ella cuando aún era muy joven.

Mientras volvía a quedarse lentamente dormido, las preguntas que se hacía sobre la mujer que era dos personas, se entrelazaron lentamente en una sola.

«Me pregunto si se sentirá feliz con esta clase de vida», se dijo a sí mismo.

El interrogante quedó en su cabeza, entrelazándose perezosamente con los sonidos que producían Pájaro Guía y su esposa al fornicar.

Luego, sin ningún esfuerzo, el interrogante empezó a girar, haciéndolo de una forma lenta que fue ganando velocidad a cada giro que daba. Fue girando cada vez más y más rápido hasta que ya no pudo seguir viéndolo y el teniente Dunbar volvió a quedarse profundamente dormido.

Capítulo 20

Pasaron menos de tres días completos en el campamento temporal, y eso es un breve espacio de tiempo para experimentar un cambio amplio.

Sin embargo, eso fue lo que sucedió.

El curso de la vida del teniente Dunbar cambió.

No se produjo ningún acontecimiento único y espectacular que pudiera considerarse como responsable del cambio. No tuvo ninguna visión mística. Dios no se le apareció. No fue declarado oficialmente como guerrero comanche.

No hubo ningún momento de prueba, ninguna reliquia evidente a la que la gente pudiera señalar para decir que fue aquí o allí, esto o aquello.

Pero todo fue como si durante mucho tiempo hubiera llevado consigo un hermoso y misterioso virus del despertar que ahora, de pronto, hubiese surgido en un primer plano de su vida.

A la mañana siguiente después de la caza se despertó con una extraña lucidez. No quedaba en él el menor resto de sueño, y el teniente pensó en cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez que se había despertado así. Por lo menos desde que era un muchacho.

Sentía los pies pegajosos, así que tomó las botas y abandonó la tienda pasando junto a los que dormían, confiando en encontrar en alguna parte un lugar donde pudiera lavarse entre los dedos de los pies. Lo encontró en cuanto salió del *tipi*. La pradera, cubierta de hierba, estaba empapada de rocío.

Dejó las botas junto a la tienda y echó a caminar hacia el este, sabiendo que la manada de ponis se encontraba en aquella dirección, por alguna parte. Quería comprobar cómo estaba «Cisco».

Las primeras vetas rosadas del amanecer habían surgido ya a través de la oscuridad y las contempló reverencial-mente mientras caminaba, inconsciente de las perneras del pantalón que ya estaban empapadas de rocío.

«Cada día empieza con un milagro», pensó de pronto.

Las vetas se hacían más grandes, cambiando de color a cada instante.

«Sea quien fuere Dios, le doy las gracias por este día».

Aquellas palabras le gustaron tanto que tuvo que decirlas en voz alta:

—Sea quien fuere Dios, le doy las gracias por este día.

Aparecieron las cabezas de los primeros caballos, con las orejas levantadas silueteadas contra el amanecer. También vio la cabeza de un indio. Probablemente era aquel muchacho que siempre estaba sonriendo.

Encontró a «Cisco» sin grandes dificultades. El caballo de color canela relincho ante su aproximación y al teniente se le aceleró un poco el corazón. El caballo colocó el suave hocico sobre el pecho de Dunbar y los dos permanecieron quietos por un momento, dejando que les envolviera el frío de la mañana. Luego, con suavidad, el teniente levantó la cabeza de «Cisco» y le arrojó aliento caliente en cada una de las ventanas de la nariz.

Abrumados por la curiosidad, los otros caballos también empezaron a acercarse, y antes de que pudieran constituir una molestia, el teniente Dunbar pasó una brida sobre la cabeza de «Cisco» e inició el camino de regreso hacia el campamento. Avanzar en la dirección opuesta fue tan impresionante como a la venida. El poblado temporal se adaptaba perfectamente al horario de la naturaleza y, al igual que el día, se despertaba lentamente a la vida.

Ya se habían encendido unas pocas hogueras y en el corto espacio de tiempo que él había estado fuera fue como si todos se hubieran levantado. A medida que la luz se fue haciendo más intensa, como el giro gradual de una lámpara, las figuras que se movían por el campamento también fueron adquiriendo mayor vivacidad. —Qué armonía —dijo el teniente con sencillez mientras caminaba con un brazo colgado sobre las crines de «Cisco».

Luego, se vio inmerso en una línea compleja y profunda de pensamiento abstracto relacionado con las virtudes de la armonía, con la que estuvo ocupado durante todo el desayuno.

Aquella misma mañana volvieron a salir y Dunbar mató otro búfalo. Esta vez sostuvo a «Cisco» perfectamente controlado durante la carga, y en lugar de lanzarse en medio del rebaño, se aproximó por el costado, buscó un animal idóneo y se le acercó. A pesar de que llevó buen cuidado al apuntar, su primer disparo le salió alto y necesitó de una segunda bala para terminar el trabajo.

El búfalo que cobró era grande, y también fue felicitado por su buena elección por un grupo de guerreros que luego se acercaron a inspeccionar su pieza. No hubo ya la misma clase de excitación que había sido la característica dominante del primer día de caza. Tampoco comió el hígado fresco, pero se sintió mucho más competente en todos los sentidos.

Una vez más, las mujeres y los niños se desparramaron por la llanura para efectuar su trabajo de carniceros, y el campamento temporal se vio inundado de carne a últimas horas de la tarde. Las incontables perchas montadas para el secado se hundían bajo el peso de muchos cientos de kilos de carne, extendiéndose como

hongos después de un aguacero, y hubo un nuevo festín con los trozos más delicados recién asados.

Los guerreros más jóvenes y una serie de muchachos no preparados todavía para seguir el sendero de la guerra, organizaron una carrera de caballos poco después de que todos regresaran al campamento. Risueño había puesto todo su corazón en la posibilidad de montar a «Cisco». Planteó su petición con tal respeto que el teniente no se lo pudo negar, y ya se habían corrido varias carreras cuando se dio cuenta, con horror, de que a los ganadores se les entregaban los caballos de los perdedores. Apoyó con sus gritos a Risueño, cuidando de mantener cruzados los dedos de las dos manos y, afortunadamente para él, el muchacho ganó las tres carreras en las que participó.

Más tarde hubo juego; Cabello al Viento hizo que el teniente participara en él. A excepción de que se jugaba con un dado, el juego le resultó desconocido, y aprender las reglas le costó a Dunbar todo su suministro de tabaco. Algunos de los jugadores se mostraron interesados por los pantalones con rayas amarillas, pero después de haber intercambiado ya la guerrera y el sombrero, al teniente le pareció que debía conservar alguna apariencia de uniforme.

Además, tal y como se desarrollaban las cosas, bien podía perder los pantalones y no tener nada que ponerse.

También les gustó el peto, pero eso quedaba igualmente descartado. Ofreció el viejo par de botas que llevaba, pero los indios no vieron ningún valor en ellas. Finalmente, el teniente sacó su rifle y los indios se mostraron unánimes en aceptarlo. Aquello de jugarse un rifle creó una gran agitación, y la partida alcanzó instantáneamente apuestas muy altas, atrayendo a numerosos observadores.

Ahora, el teniente ya sabía lo que estaba haciendo y, a medida que continuaba, el juego empezaba a gustarle. Tuvo una racha de buena suerte y para cuando se hubieron calmado los ánimos no sólo había conservado su rifle, sino que se encontró como propietario de tres ponis excelentes.

Los perdedores entregaron sus tesoros con tal gracia y buen humor que Dunbar se sintió impulsado a contestar de la misma forma, y regaló inmediatamente sus ganancias. El más alto y el más fuerte de los tres se lo regaló a Cabello al Viento. Luego, con un tirón de la trailla, condujo los otros dos caballos a través del campamento y, al llegar ante la tienda de Pájaro Guía, le entregó las riendas de ambos al chamán.

Pájaro Guía se sintió contento, pero perplejo. Cuando alguien le explicó de dónde procedían los caballos, miró a su alrededor, vio a En Pie con el Puño en Alto, la llamó y le indicó que deseaba que hablara por él.

Mientras estaba allí de pie, escuchando al chamán, el aspecto de ella era un tanto

horrible. El trabajo con la carne le había salpicado de sangre los brazos, la cara y el delantal.

Ella aparentó ignorancia, haciéndole sacudir la cabeza a Pájaro Guía, pero éste insistió, y la pequeña asamblea que se había reunido delante de la tienda guardó silencio, a la espera de ver si ella era capaz de pronunciar en inglés aquello que Pájaro Guía le pedía.

En Pie con el Puño en Alto bajó la mirada hacia los pies y balbuceó una palabra varias veces. Luego, miró al teniente y lo intentó en voz alta.

—Jacia —dijo ella.

El teniente contorsionó el rostro.

—¿Qué? —replicó, forzando una sonrisa.

—Grazia. —Tiró de uno de sus brazos y con un dedo señaló hacia los ponis—. Bailo.

—¿Gracias? —aventuró el teniente—. ¿Me estás dando las gracias?

En Pie con el Puño en Alto asintió con la cabeza. —Sí —dijo con claridad.

El teniente Dunbar se adelantó para estrecharle la mano a Pájaro Guía, pero ella le detuvo. Aún no había terminado y sosteniendo un dedo en alto, se introdujo entre los ponis.

—Bailo —dijo señalando al teniente con la mano libre.

Luego repitió la palabra y señaló a Pájaro Guía.

—¿Uno para mí? —preguntó el teniente utilizando los mismos signos de la mano—. ¿Y otro para él?

En Pie con el Puño en Alto suspiró feliz y, al darse cuenta de que él la había comprendido, sonrió ligeramente.

—Sí —asintió y, sin pensárselo dos veces de su boca, surgió otra palabra perfectamente pronunciada—. Correcto.

Aquella palabra inglesa tan bien pronunciada sonó de una forma tan extraña que el teniente Dunbar se echó a reír y En Pie con el Puño en Alto se llevó una mano a la boca, como una muchacha que acabara de decir alguna tontería.

Ésa fue una broma entre ellos. Tanto ella como el teniente sabían que la palabra le había surgido como una especie de eructo inadvertido. Reflexivamente, miraron a Pájaro Guía y a los demás. No obstante, los rostros de los indios aparecían inexpresivos y cuando las miradas del oficial de caballería y de la mujer que era dos personas volvieron a encontrarse, en ambas bailoteaba la risa de algo interior que sólo ellos podían compartir. No había forma alguna de explicárselo adecuadamente a los demás. No era lo bastante divertido como para tomarse la molestia.

El teniente Dunbar no conservó el otro poni. En lugar de eso, lo condujo a la tienda de Diez Osos y, sin saberlo, aún elevó más su estatus. La tradición comanche dice que los ricos debían extender su riqueza entre los menos afortunados. Pero

Dunbar le dio la vuelta a eso, y el anciano se quedó con la idea de que el hombre blanco era alguien realmente extraordinario.

Aquella noche, mientras estaba sentado ante la hoguera de Pájaro Guía, escuchando una conversación que no comprendía, el teniente Dunbar vio a En Pie con el Puño en Alto. Se hallaba acucillada a pocos pasos de él, y le estaba mirando. Tenía la cabeza ligeramente ladeada y la mirada de sus ojos parecía perdida en la curiosidad. Antes de que pudiera apartarla hacia otro lado, él señaló con la cabeza en dirección a la conversación de los guerreros, puso una expresión oficial y se llevó una mano hacia la comisura de la boca.

—Correcto —susurró en voz alta.

Ella se apartó con rapidez pero, al hacerlo, él escuchó el sonido claro de una risita.

Quedarse más tiempo allí habría sido inútil. Tenían toda la carne que eran capaces de transportar. Poco después del amanecer ya estaba todo recogido y preparado y la columna se puso en marcha a media mañana. Con todas las parihuelas repletas de carne, el viaje de regreso les llevó el doble de tiempo, y cuando llegaron a Fort Sedgewick ya estaba oscureciendo.

Una de las parihuelas, cargada con unos cuantos cientos de kilos de tajos de carne, fue arrastrada pendiente arriba y descargada en el barracón de avituallamiento. A ello siguió una cierta agitación de despedidas y la caravana continuó su marcha corriente arriba, hacia el campamento permanente, mientras el teniente se quedaba contemplando su partida desde la entrada de su cabaña de paja.

Sin premeditación alguna, sus ojos taladraron la semioscuridad que rodeaba la larga y ruidosa columna, en un intento por distinguir a En Pie con el Puño en Alto. Pero no pudo encontrarla.

Los sentimientos del teniente relacionados con su vuelta eran encontrados. Consideraba el fuerte como su hogar y eso era tranquilizador. Era bueno poder quitarse las botas, tumbarse en el jergón y desperezarse sin que nadie lo observara. Con los ojos semicerrados, contempló el débil parpadeo de la lámpara y deambuló perezosamente por los tranquilos alrededores de la cabaña. Todo estaba en su lugar, y él se sentía del mismo modo.

Sin embargo, apenas transcurrieron unos minutos más cuando se dio cuenta de que el pie derecho se le movía lleno de una energía sin objetivo.

«¿Qué estás haciendo? —se preguntó a sí mismo obligando al pie a quedarse quieto—. No estarás nervioso, ¿verdad?».

Apenas un minuto más tarde descubrió que los dedos de la mano derecha tamborileaban con impaciencia sobre su pecho.

No es que estuviera nervioso. Estaba aburrido. Aburrido y solo.

En el pasado habría tomado sus útiles de fumar, se habría liado un cigarrillo y se

habría puesto a trabajar, echando humo. Pero ahora ya no le quedaba tabaco.

«Igual puedo echarle un vistazo al río», pensó. Así pues, volvió a ponerse las botas y salió al exterior.

Se detuvo, pensando en el peto de hueso que ya era tan precioso para él. Lo había dejado colgando sobre la silla de montar del ejército que se había traído desde el barracón de avituallamiento. Regresó al interior con la única intención de echarle un vistazo.

Incluso a la débil luz de la lámpara despedía un brillo resplandeciente. El teniente Dunbar pasó los dedos sobre los huesos. Eran como de cristal. Al tomarlo en la mano, se produjo un sólido repiqueteo, al chocar el hueso contra el hueso. Le gustaba el tacto frío y duro sobre su pecho desnudo.

El «vistazo al río» se transformó en un largo paseo. La luna volvía a ser casi llena y no necesitó linterna mientras caminaba con tranquilidad a lo largo de la escarpadura desde la que se dominaba la corriente.

Se tomó su tiempo, deteniéndose a menudo para contemplar el río, o una rama que se inclinaba bajo la brisa, o un conejo que mordisqueaba una mata. Todo a su alrededor parecía despreocuparse de su presencia.

Se sintió invisible. Y fue una sensación que le gustó.

Después de casi una hora se dio media vuelta e inició el camino de regreso a casa. Si hubiera habido alguien allí, habría visto que el teniente no era precisamente invisible, a pesar de toda la ligereza de su paso y de toda la atención puesta en lo que le rodeaba.

Tampoco lo fue en los momentos en que se detuvo para contemplar la luna. En esas ocasiones levantó la cabeza, volvió todo su cuerpo hacia aquella luz mágica, y el peto de hueso resplandeció con su blanco más reluciente, como una estrella terrenal.

Al día siguiente sucedió algo extraño.

Se pasó la mañana y parte de la tarde tratando de trabajar: volviendo a clasificar lo que le quedaba de los suministros, quemando algunas cosas inútiles, encontrando una forma adecuada de almacenar la carne y haciendo algunas anotaciones en el diario.

Todo eso lo hizo sin mucho entusiasmo. Pensó en apuntalar de nuevo el corral, pero decidió que eso no sería más que buscarse un trabajo que hacer para sí mismo. Y ya había trabajado para sí mismo. Hacía que se sintiera sin rumbo. Cuando el sol ya había descendido bastante, se encontró deseando dar otro paseo por la pradera. Había sido un día abrasador. El sudor causado por el cumplimiento de sus tareas le había empapado los pantalones, produciéndole un calor pegajoso en la parte superior de los muslos. No vio razón alguna para seguir soportando aquella incomodidad durante su paseo. Así pues, Dunbar echó a caminar por la pradera sin su ropa, confiando en encontrarse con «Dos calcetines».

Dejando el río, avanzó a través de la inmensa pradera cubierta de hierba, que se ondulaba en todas direcciones casi con vida propia.

La hierba había alcanzado su mayor altura y en algunos lugares le llegaba casi hasta la cadera. Por encima, el cielo aparecía cubierto de nubes algodonosas y blancas que se destacaban contra un azul puro como si fueran recortables.

Sobre una ligera elevación situada a poco más de un kilómetro del fuerte, se tumbó entre la hierba alta. Disponiendo así de un para vientos por todos los lados, se empapó con el último calor del sol y se quedó contemplando soñadoramente las nubes que se movían con lentitud.

Al cabo de un rato se giró para que el sol le diera en la espalda. Al moverse sobre la hierba una repentina sensación se apoderó de él, algo que no había conocido desde hacía tanto tiempo que ya ni siquiera estaba seguro de saber lo que sentía.

La hierba se agitó a su alrededor cuando la brisa se movió a través de ella. El sol le acariciaba la espalda como una manta de calor seco. La sensación fue aumentando y Dunbar se rindió ante ella.

Se llevó la mano hacia abajo y, al hacerlo, dejó de pensar. Nada guio su acción, ni visiones, ni palabras, ni recuerdos. Estaba sintiendo, nada más.

Cuando recuperó de nuevo la conciencia de lo que le rodeaba levantó la mirada al cielo y vio la tierra girando en el movimiento de las nubes. Rodó sobre su espalda, se colocó los brazos a lo largo de los costados, como un cadáver, y flotó durante un rato en su cama de hierba y tierra.

Luego cerró los ojos y dormitó media hora.

Aquella noche se revolvió inquieto en la cama, con la mente revoloteando de un tema a otro, como si estuviera comprobando una larga sucesión de estancias, a la búsqueda de una donde descansar. Pero cada una de ellas estaba cerrada o le parecía inhospitalaria, hasta que llegó al espacio al que sabía, desde el fondo de su mente, que tenía que llegar.

Y ese espacio estaba lleno de indios.

La idea le pareció tan adecuada, que consideró efectuar el viaje al campamento de Diez Osos aquella misma noche. Pero eso hubiera parecido demasiado impetuoso. «Me levantaré temprano —pensó—. Quizá esta vez me quede un par de días».

Se despertó, expectante, antes del amanecer, pero hizo esfuerzos por no levantarse en seguida, resistiéndose a la idea de acudir precipitadamente al poblado. Quería ir sin expectativas, y se quedó en la cama hasta que hubo amanecido.

Cuando lo tuvo todo preparado, excepto la camisa, la tomó y deslizó un brazo por una manga. Entonces, se detuvo de pronto y miró por la ventana de la cabaña para calibrar el tiempo que hacía. En la estancia ya se sentía calor y probablemente haría más calor en el exterior.

«Hoy será un día de mucho calor», pensó, quitándose la manga que acababa de

ponerse.

El peto de hueso colgaba ahora de una clavija y al extender la mano para cogerlo, se dio cuenta de que, en realidad, había deseado ponérselo, independientemente del tiempo que hiciera.

De todos modos, por si acaso, guardó la camisa en una mochila.

«Dos calcetines» le esperaba en el exterior.

Al ver al teniente Dunbar salir por la puerta, retrocedió dos o tres pasos, giró en un círculo, se desplazó unos pocos pasos de costado y finalmente se tendió en el suelo, jadeando como un cachorro.

Dunbar ladeó la cabeza, mirándolo con extrañeza.

—¿Qué te ocurre?

El lobo levantó la cabeza al escuchar la voz del teniente. Su mirada fue tan intensa que Dunbar no pudo evitar una risita.

—¿Quieres venir conmigo?

«Dos calcetines» se puso en pie inmediatamente y lo miró con fijeza, sin mover un solo músculo, a la expectativa.

—Vámonos entonces.

Pájaro Guía se despertó pensando en «Jun», allí solo, en el fuerte del hombre blanco.

«Jun». Qué nombre más extraño. Trató de pensar en lo que podría significar. Joven Jinete, quizá. O Jinete Rápido. Probablemente, tendría algo que ver con cabalgar.

Era bueno haber terminado con la primera caza de la temporada. Una vez que aparecieron los búfalos se había solucionado el problema de la comida; eso significaba que él podía volver a ocuparse con mayor regularidad de su proyecto más querido. Decidió reanudarlo ese mismo día.

El chamán acudió a las tiendas de dos cercanos consejeros, y les preguntó si deseaban cabalgar hasta allí con él. Le sorprendió comprobar la avidez con que se mostraron de acuerdo, pero él se limitó a considerarlo como una buena señal. Ahora, ya nadie tenía miedo. De hecho, la gente parecía sentirse a gusto con el soldado blanco. En las conversaciones que había escuchado durante los últimos días llegó a encontrar incluso expresiones de cariño hacia él.

Pájaro Guía salió a caballo del campamento sintiéndose especialmente bien acerca del día que le esperaba. Todo había salido bien con las primeras fases de su plan. El cultivo de la relación se había completado y ahora podía dedicarse al verdadero asunto que le preocupaba: investigar a la raza blanca.

El teniente Dunbar se imaginó que habría avanzado unos seis kilómetros. Había esperado que el lobo hubiese desaparecido ya después de los tres primeros kilómetros, pero no empezó a sentirse asombrado hasta que llevaron recorridos cinco.

Ahora, a los seis, se sentía realmente atónito.

Entraron en una estrecha depresión cubierta de hierba, que serpenteaba entre dos ligeras laderas, y el lobo seguía acompañándoles. Hasta entonces nunca les había seguido tan lejos.

El teniente se apoyó en el lomo de «Cisco» y se volvió a mirar a «Dos calcetines». Tal y como era su costumbre, el lobo también se había detenido. Cuando «Cisco» bajó la cabeza para mordisquear la hierba, Dunbar bajó del caballo y caminó hacia donde estaba «Dos calcetines», pensando que el animal se vería obligado a retirarse. Pero la cabeza y las orejas enhiestas sobre la hierba no se movieron y cuando el teniente se detuvo por fin apenas si estaba a un metro de distancia del animal.

El lobo ladeó la cabeza, a la expectativa pero, por lo demás, permaneció inmóvil cuando Dunbar se acuclilló.

—No creo que te den la bienvenida allí donde me dirijo —dijo en voz alta, como si estuviera charlando con un vecino de toda confianza. Levantó la vista hacia el sol—. Hoy hará mucho calor. ¿Por qué no regresas a casa?

El lobo le escuchó con atención, pero siguió sin moverse. El teniente se incorporó. —Vamos, «Dos calcetines» —dijo con cierta irritación—. Vete a casa.

Hizo con las manos un movimiento para ahuyentarlo, y «Dos calcetines» se escabulló hacia un lado.

Volvió a ahuyentarlo y el lobo dio un salto, pero era evidente que no tenía la menor intención de marcharse a su guarida.

—Muy bien —dijo Dunbar con énfasis—, pues no vayas a casa si no quieres. Pero quédate. Quédate justo aquí, donde estás ahora.

Y reforzó el sentido de sus palabras con un movimiento del dedo antes de dar media vuelta. Apenas había completado el giro cuando escuchó el aullido. No fue un aullido a pleno pulmón, sino bajo, quejoso y claro.

Un solo aullido.

El teniente giró la cabeza y allí estaba «Dos calcetines», con el hocico levantado, los ojos enfocados sobre Dunbar, gimiendo como un niño que estuviera haciendo pucheros.

Para cualquier observador objetivo, aquello habría sido una representación notable pero para el teniente, que lo conocía tan bien, aquello ya fue el colmo.

—¡Que te vayas a casa! —rugió Dunbar lanzándose a la carga hacia «Dos calcetines».

El lobo agachó las orejas y retrocedió, alejándose un poco con el rabo entre las piernas, como un hijo que ha presionado demasiado a su padre.

Al mismo tiempo, el teniente Dunbar echó a correr en la dirección opuesta,

pensando que montaría en «Cisco», se lanzaría a todo galope y burlaría a «Dos calcetines».

Avanzaba corriendo por entre la hierba, pensando sólo en su plan, cuando el lobo se plantó saltando feliz a su lado.

—¡Que te vayas a casa! —volvió a espetar girando de repente hacia su perseguidor.

«Dos calcetines» pegó un salto en el aire, como un conejo asustado, sacando las garras impulsado por el pánico repentino. Pero cuando cayó al suelo, el teniente estaba a un paso por detrás de él. Dunbar extendió la mano hacia la base de la cola, y dio un tirón de ella. El lobo salió lanzado hacia adelante como si le hubiera explotado un cohete, y Dunbar se echó a reír con tanta fuerza que tuvo que dejar de correr.

«Dos calcetines» se detuvo a unos veinte metros de distancia y se volvió a mirar por encima del hombro, con una expresión tan azorada que el teniente no pudo dejar de sentir pena por él.

Le dirigió un saludo de despedida con la mano y, todavía riendo, se volvió para buscar a «Cisco» y se dirigió hacia el caballo. Poco después inició un ligero trote, sin dejar de reír al recordar la imagen de «Dos calcetines» huyendo de su contacto.

En ese momento, Dunbar pegó un salto en la montura cuando algo le agarró por el tobillo y luego lo soltó. Se giró con rapidez, preparado para enfrentarse con su atacante invisible.

Y allí estaba «Dos calcetines», jadeando como un boxeador entre dos asaltos.

El teniente Dunbar se lo quedó mirando fijamente durante unos segundos. «Dos calcetines» miró con naturalidad en dirección a casa, como si pensara que el juego había terminado.

—Está bien, como quieras —dijo el teniente con suavidad, haciendo un gesto de rendición con las manos—. Puedes venir o puedes quedarte. Ya no tengo más tiempo para seguir con este juego.

Pudo haber sido un pequeño ruido, o quizá algo que percibió en el viento. Fuera lo que fuese, «Dos calcetines» lo captó. Se giró de repente y miró fijamente hacia el camino, con el pelaje encrespado.

Dunbar siguió su mirada e inmediatamente vio a Pájaro Guía acompañado por otros dos hombres. Estaban cerca, observándole desde lo alto de una ladera. Dunbar les saludó con un gesto de la mano y les gritó «Hola», mientras «Dos calcetines» empezaba a retirarse, cabizbajo.

Pájaro Guía y sus dos amigos llevaban un rato observando, lo suficiente como para haber sido testigos de todo el espectáculo con el lobo. Se habían entretenido mucho. Pájaro Guía también sabía que había presenciado algo precioso, algo que le había proporcionado solución a uno de los enigmas que rodeaban al hombre blanco..., el

enigma de cómo llamarlo.

«Todo hombre debe tener un verdadero nombre —pensó mientras bajaba la pendiente para encontrarse con el teniente Dunbar—, sobre todo cuando es un blanco que actúa como éste».

Recordó los viejos nombres, como Hombre Que Brilla Como La Nieve, y algunos de los nuevos que se habían empezado a utilizar, como Encuentra el Búfalo. Pero, en realidad, ninguno de ellos le parecía que encajara bien. Jun, desde luego, tampoco.

Ahora, sin embargo, estuvo seguro de que este nombre era el más adecuado. Se adaptaba a la personalidad del soldado blanco. La gente lo recordaría por este nombre. Y el propio Pájaro Guía, disponiendo de dos testigos para apoyarlo, había estado presente en el momento en que el Gran Espíritu se lo reveló.

Se lo dijo varias veces para sus adentros, mientras bajaba la pendiente. Y el sonido le pareció tan bueno como el nombre.

Bailando con Lobos.

Capítulo 21

De una forma tranquila, fue uno de los días más satisfactorios en la vida del teniente Dunbar.

La familia de Pájaro Guía le saludó con un cariño y un respeto que le hicieron sentirse como algo más que un simple invitado. Se sentían verdaderamente felices de verle.

Él y Pájaro Guía se sentaron para fumar y, gracias a unas constantes pero agradables interrupciones, eso duró hasta bien entrada la tarde.

La noticia sobre el nombre del teniente Dunbar y cómo se le había ocurrido se extendió por todo el campamento con la habitual y asombrosa velocidad de siempre, y con esta noticia inspiradora desapareció cualquier atisbo de recelo que aún hubiera podido quedar en relación con el soldado blanco.

No era un dios, pero tampoco era como los demás bocapeludas con los que se habían encontrado. Era como una especie de chamán. Los guerreros pasaban constantemente, algunos de ellos deseando saludarlo, mientras que otros sólo pretendían mirar a Bailando con Lobos.

Ahora, el teniente ya reconocía a la mayoría de ellos. A cada nueva llegada, él se levantaba y hacía su leve inclinación de cabeza. Algunos de ellos le devolvían la inclinación. Unos pocos extendieron las manos hacia él para estrecharle la suya, como le habían visto hacer.

No había mucho de lo que pudieran hablar, pero el teniente empezaba a arreglárselas bien con el lenguaje de las señas, lo bastante como para repasar algunos de los momentos culminantes de la caza de los últimos días. Eso constituyó la base de la mayor parte de la conversación con las visitas.

Al cabo de un par de horas se interrumpió por fin la continua corriente de visitantes, y Dunbar empezaba ya a preguntarse cómo es que no había visto a En Pie con el Puño en Alto, como si ella estuviera entre las cosas que tenía que hacer, cuando Cabello al Viento apareció de repente.

Antes de que pudieran intercambiar saludos, la atención de cada hombre se dirigió hacia los objetos que habían intercambiado: la guerrera desabrochada y el reluciente peto de hueso. El hecho de verlos constituyó un motivo de tranquilidad

para ambos.

En el momento de estrecharse las manos, el teniente Dunbar pensó: «Me cae bien este tipo; es bueno volver a verle».

Los mismos sentimientos predominaban en el pensamiento de Cabello al Viento. Ambos se sentaron, enzarzados en una amigable charla, aunque ninguno podía comprender lo que decía el otro.

Pájaro Guía llamó a su esposa para que trajera comida, y el trío no tardó en devorar un almuerzo de carne curada y bayas. Comieron sin pronunciar una sola palabra.

Después de la comida se encendió una pipa y los dos indios entablaron una conversación que el teniente no pudo adivinar. No obstante, y a juzgar por sus gestos y la entonación de sus palabras, supuso que trataban de algo que no era precisamente un chismorreo.

Parecían estar planificando alguna clase de actividad, y no le sorprendió que, al final de la conversación, ambos hombres se levantaran y le pidieran que les siguiera al exterior.

Dunbar los siguió hacia la parte posterior de la tienda de Pájaro Guía, donde les esperaba un alijo de material. Había un montón de flexibles varas de sauce, junto a otro montón de maleza seca.

Los dos hombres tuvieron otro intercambio de palabras, muy breve, y luego se pusieron a trabajar. Cuando el teniente se dio cuenta de lo que empezaba a adquirir forma, echó una mano aquí y allá, pero antes de que pudiera contribuir con mucho esfuerzo, el material ya se había transformado en un emparrado cerrado de un metro y medio de altura.

Habían dejado abierta una pequeña parte para permitir una entrada y le indicaron al teniente Dunbar que fuera el primero en entrar en el recinto cerrado. No había espacio suficiente para mantenerse en pie, pero una vez que se sentó, el lugar le pareció espacioso y tranquilo. La maleza ofrecía una buena protección contra el sol, y estaba lo bastante suelta como para permitir la entrada de un poco de aire. Cuando hubo terminado esta rápida inspección, se dio cuenta de que Pájaro Guía y Cabello al Viento habían desaparecido. Apenas una semana antes se habría sentido incómodo ante su repentina desaparición. Pero, al igual que les sucedía a los indios, él tampoco se sentía receloso. El teniente se sintió contento de permanecer tranquilamente sentado, con la espalda apoyada contra la pared del fondo, sorprendentemente fuerte, escuchando los ahora familiares sonidos del campamento de Diez Osos, mientras esperaba el desarrollo de los acontecimientos.

No tardaron mucho tiempo en producirse.

Apenas habían transcurrido unos pocos minutos cuando escuchó unos pasos que se aproximaban. Pájaro Guía apareció por la entrada, agachándose, y se sentó lo

bastante lejos de él como para dejar un amplio espacio entre ambos.

La aparición de una sombra en la entrada le indicó a Dunbar que en el exterior esperaba alguien más para entrar. Sin pensarlo, supuso que se trataría de Cabello al Viento.

Pájaro Guía llamó con suavidad a alguien. La sombra se movió, con acompañamiento de unas campanillas que tintineaban y En Pie con el Puño en Alto apareció en el umbral.

Dunbar se desplazó hacia un lado, dejando espacio libre, mientras ella se instalaba entre los dos hombres y en el breve espacio que tardó en hacerlo, él vio muchas cosas nuevas.

Las campanillas aparecían cosidas a los costados de los mocasines finamente adornados. Su vestido de piel de gamo más bien parecía una reliquia de familia, algo que se cuidaba mucho y que no se ponía todos los días. El corpiño estaba salpicado de pequeños huesos gruesos dispuestos en hileras. Se trataba de dientes de alce.

La muñeca más cercana a donde él se encontraba llevaba un brazalete de latón sólido. Alrededor del cuello llevaba un collar del mismo hueso que él tenía en su peto. El cabello, fresco y fragante le caía en una sola trenza, dejando bien al descubierto el rostro de altos pómulos y cejas claras. Ahora, le parecía mucho más delicada y femenina. Y también más blanca.

Al teniente se le ocurrió pensar entonces que aquel lugar había sido construido para que ellos dispusieran de un sitio donde encontrarse. Y en el momento que ella tardó en sentarse, él se dio cuenta de lo mucho que había deseado volver a verla.

Ella siguió sin mirarle y mientras Pájaro Guía le murmuraba algo, él decidió tomar la iniciativa y decirle hola.

Resultó que ambos giraron las cabezas, abrieron las bocas y dijeron la palabra precisamente en el mismo momento. Los dos «holas» parecieron chocar en el espacio existente entre ambos, y los interlocutores retrocedieron con torpeza ante un principio tan accidental.

Pájaro Guía, sin embargo, creyó ver en el incidente un buen augurio, porque le pareció que se trataba de dos personas con una misma mente. Y como eso era precisamente en lo que él confiaba, la situación le pareció irónica.

El chamán sonrió para sus adentros. Luego, señaló al teniente Dunbar y gruñó, como si le dijera: «Adelante..., tú primero».

—Hola —dijo él agradablemente.

Ella levantó la cabeza. Tenía en el rostro una expresión como si sólo le importara la tarea, pero, desde luego, allí no quedaba ya nada de la hostilidad que había existido con anterioridad.

—Huía —replicó ella.

Aquel día permanecieron sentados durante largo rato en el cobertizo, empleando la mayor parte del tiempo en revisar unas pocas palabras sencillas que habían intercambiado en su primera sesión formal.

Hacia la puesta del sol, cuando los tres ya se sentían cansados de la constante y balbuceante repetición, a En Pie con el Puño en Alto se le ocurrió de pronto la traducción inglesa de su propio nombre indio.

Se sintió tan excitada que empezó a enseñársela inmediatamente al teniente Dunbar. Primero tenía que transmitirle lo que deseaba. Le señaló y dijo: «Jun». Luego se señaló a sí misma y no dijo nada. En ese mismo movimiento levantó un dedo como diciendo: «Espera, te lo demostraré».

El teniente Dunbar supuso «levanta», «levantas», «se levanta», y «sobre mis pies» antes de que se le ocurriera «en pie». El «con» no fue tan difícil, puesto que eso ya lo habían aprendido, y captó «puño» al primer intento. Una vez que él lo hubo comprendido en inglés, se lo enseñó en comanche.

A partir de aquí y en una rápida sucesión averiguó las traducciones de los nombres de Cabello al Viento, Diez Osos y Pájaro Guía.

El teniente Dunbar se sentía excitado. Pidió algo para hacer señales y utilizando un trozo de carbón, escribió los cuatro nombres en comanche fonético, sobre una delgada corteza de abedul blanco.

En Pie con el Puño en Alto mantuvo su reserva, pero interiormente se sentía emocionada. Las palabras inglesas aparecían en su cabeza como destellos de miles de puertas que se habían mantenido cerradas durante mucho tiempo y que ahora, de pronto, se abrían. Se sentía delirante con la excitación de aprender.

Cada vez que el teniente recorría la lista escrita en su corteza de abedul, y cada vez que pronunciaba los nombres tal y como debían pronunciarse, ella le animaba con la sugerencia de una sonrisa y le decía la palabra «sí».

Por su parte, el teniente Dunbar no tenía necesidad de ver su leve sonrisa para saber que el estímulo que le transmitía era de corazón. Podía escucharlo en el sonido de la palabra y verlo en la energía de sus ojos pardos y pálidos. Para ella, escucharle decir aquellas palabras en inglés y en comanche significaba algo especial. Parecían hallarse rodeados por una emoción interna que resultaba hormigueante. El teniente, al menos, podía percibirla.

Ella no era la misma mujer, tan triste y tan perdida, que él había encontrado en la pradera. Ahora, aquel momento era algo dejado atrás. Y se sentía feliz al ver lo mucho que ella había progresado.

Lo mejor de todo era el pequeño trozo de corteza de abedul que sostenía en las manos. Lo sostenía con firmeza, decidido a no perderlo. Constituía la primera parte de un mapa que le guiaría hacia la futura relación con aquel pueblo, fuera ésta cual

fuese. A partir de ahora habría muchas más cosas posibles.

Sin embargo, fue Pájaro Guía quien se sintió más profundamente afectado por este curso de los acontecimientos. Aquello era para él como un milagro del orden más elevado, semejante al de asistir a algo agotador, como la vida o la muerte.

Su sueño se había convertido en realidad.

Cuando escuchó al teniente pronunciar su nombre en comanche, fue como si un muro impenetrable se hubiera transformado de pronto en humo. Y ellos atravesaban el lugar donde antes estaba ese muro. Se estaban comunicando.

Con una fuerza similar, la forma en que veía a En Pie con el Puño en Alto también se había ampliado. Ella ya no era una comanche. Al haberse convertido a sí misma en un puente para las palabras, se había transformado en algo más. Al igual que el teniente, él también lo percibió así en el sonido de las palabras inglesas que ella pronunciaba, y lo vio en la nueva energía que apareció en sus ojos. Algo se le había añadido, algo que no estaba allí con anterioridad, y Pájaro Guía sabía de qué se trataba.

La sangre de En Pie con el Puño en Alto, enterrada desde hacía tanto tiempo, volvía a correr, y se trataba de su no diluida sangre blanca.

El impacto de todas estas cosas fue más de lo que hasta el propio Pájaro Guía pudo soportar y, lo mismo que un profesor que sabe cuándo ha llegado el momento de que sus alumnos se tomen un descanso, le dijo a En Pie con el Puño en Alto que ya era suficiente para un día.

Una tenue expresión de desilusión apareció en su rostro. Pero luego agachó la cabeza y asintió sumisamente.

En ese momento, sin embargo, a ella se le ocurrió un pensamiento maravilloso. Se atrevió a mirar a Pájaro Guía y le preguntó respetuosamente si podían hacer una cosa más.

Quería enseñarle al soldado blanco su propio nombre, el que ellos le habían dado. Era una buena idea, tan buena que Pájaro Guía no pudo rechazar la sugerencia de su hija adoptiva, y le dijo que continuara.

Ella recordó la palabra inmediatamente. Pudo verla, pero no pronunciarla, y no era capaz de recordar cómo la había dicho en voz alta cuando era una niña. Los hombres esperaron mientras ella trataba de recordar.

En ese momento, el teniente Dunbar se llevó una mano a la oreja para espantarse un mosquito que le estaba molestando, Y ella lo comprendió en seguida.

Tomó la mano del teniente cuando aún estaba en el aire y dejó que las yemas de los dedos de su otra mano se posaran suavemente sobre la cadera de él. Antes de que ninguno de los dos hombres pudiera reaccionar, condujo a Dunbar hacia un recuerdo torpe pero inconfundible de lo que podría haber sido un vals.

Unos segundos más tarde ella se apartó con una cierta coquetería disimulada,

dejando al teniente Dunbar medio conmocionado. Él tuvo que hacer un gran esfuerzo para recordar cuál era el propósito del ejercicio.

Una luz se le encendió en la cabeza. Luego se reflejó en sus ojos y le sonrió a su maestra como si fuera el único muchacho de la clase que conociera la respuesta.

A partir de ahí fue sencillo comprender el resto.

El teniente Dunbar se apoyó sobre una rodilla y escribió el nombre al pie de su libro de gramática hecho de corteza de abedul. Su mirada se fijó en la forma que adoptaba en inglés. Parecía más grande que un simple nombre. Cuanto más lo contemplaba, tanto más le gustaba.

«Bailando con Lobos», se dijo a sí mismo.

El teniente se incorporó, se inclinó brevemente en dirección a donde se encontraba Pájaro Guía y como si fuera un mayordomo que anuncia la llegada de un invitado importante a cenar, pronunció el nombre una vez más, con humildad y sin aspavientos. Y esta vez lo hizo en comanche:

—Bailando con Lobos.

Capítulo 22

Bailando con Lobos se quedó aquella noche en la tienda de Pájaro Guía. Se sentía agotado pero, como sucede a veces, estaba demasiado cansado como para dormir. Los acontecimientos del día saltaban en su mente como granos de maíz en una cacerola.

Cuando finalmente empezó a quedarse adormilado, se deslizó hacia un sueño que no había tenido desde que era muy joven. Rodeado por las estrellas, se vio flotando a través del espacio frío y silencioso, como un muchacho sin peso, solo en un mundo de plata y negro.

Pero no tenía ningún miedo. Se sentía cómodo y caliente y bajo las mantas de una cama de cuatro patas, y desplazarse como una única semilla por todo el universo no era ningún castigo, sino una alegría, aunque fuera para toda la eternidad.

Así fue como se quedó durmiendo la primera noche en el ancestral campamento de verano de los coman-ches.

Durante los meses que siguieron, el teniente Dunbar se quedó a dormir muchas veces en el campamento de Diez Osos.

Regresó con frecuencia a Fort Sedgewick, pero aquellas visitas se veían inducidas sobre todo por la culpabilidad, no por al deseo. Incluso cuando estaba allí, sabía que sólo mantenía la más tenue de las apariencias. Sin embargo, se sentía obligado a hacerlo.

Sabía que no existía ninguna razón lógica para quedarse. Ahora que ya estaba seguro de que el ejército había abandonado el puesto, y a él también, pensó en regresar a Fort Hays. Ya había cumplido su deber allí. De hecho, su devoción hacia el puesto y el ejército de Estados Unidos había sido ejemplar. Ahora podía marcharse con la cabeza bien alta.

Lo que le retenía era la atracción de otro mundo, un mundo cuya exploración acababa de iniciar. No supo exactamente cuándo sucedió, pero en algún momento se le ocurrió pensar que su sueño de que le destinaran a la frontera, un sueño que le había inducido a encerrarse en los pequeños límites del servicio militar, había indicado desde el principio la ilimitada aventura en la que ahora se hallaba inmerso. Países, ejércitos y razas palidecían a la vista de esto. Había descubierto en sí mismo una gran sed, y ya no podía reprimirla, del mismo modo que un hombre sediento no

podía rechazar el agua.

Quería ver qué ocurriría y, debido a ello, abandonó su idea de regresar al ejército. Pero no abandonó por completo la idea de que el ejército regresara alguna vez a él. Eso era algo que tenía que suceder, tarde o temprano.

En sus visitas al fuerte se ocupaba en trivialidades: reparaba un desgarrón ocasional en el toldo, quitaba las telarañas de los rincones de la cabaña, escribía anotaciones en el diario.

Se obligaba a llevar a cabo estos trabajos como una forma de permanecer en contacto con su vida antigua. A pesar de hallarse profundamente involucrado con los comanches, no se decidía a abandonarlo todo, y los vacíos movimientos que realizaba le permitían mantenerse en contacto con los jirones de su pasado.

Al visitar el fuerte de una forma semirregular, conservaba la disciplina cuando ya no había ninguna necesidad, y al hacerlo así mantenía viva la idea del teniente John J. Dunbar, Estados Unidos.

Las anotaciones que escribía en el diario ya no incluían una descripción de sus días. La mayoría de ellas no eran más que elucubraciones sobre la estimación de la fecha, un breve comentario sobre el tiempo o su estado de salud, y una firma. Aun cuando lo hubiera querido, habría sido un trabajo demasiado grande para él intentar describir por escrito la nueva vida que estaba viviendo. Además, aquello era algo personal.

Caminaba invariablemente hasta el río, casi siempre seguido de cerca por «Dos calcetines». El lobo había sido su primer contacto real y el teniente siempre se alegraba de verlo. El tiempo silencioso que habían pasado juntos era algo que recordaba con agrado.

Se detenía unos pasos al borde de la corriente, viendo fluir el agua. Si la luz era la correcta, veía su imagen reflejada, con la claridad de un espejo. El cabello le había crecido, y ahora le caía más abajo de los hombros. El azote constante del sol y el viento le habían oscurecido la piel. Se volvía de un lado a otro, como un hombre elegante, para admirar el peto de hueso, que ahora llevaba como si se tratara de un uniforme. Con la excepción de «Cisco», no poseía nada que pudiera exceder su valor.

A veces, el reflejo que veía en el agua le hacía sentir un hormigueo de confusión. Ahora se parecía mucho a uno de ellos. Cuando le sucedía eso, se balanceaba de una forma extraña sobre un pie y levantaba el otro lo suficiente como para que el agua le reflejara una imagen de los pantalones con las rayas amarillas y las negras botas de montar de caña alta.

Ocasionalmente, consideraba la idea de descartarlas para cambiarlas por pantalones con polainas y mocasines, pero el reflejo siempre le indicaba a quién pertenecían. De algún modo, aquellas prendas también formaban parte de la disciplina. Llevaría los pantalones y las botas hasta que se desintegraran. Luego ya

vería.

Ciertos días en que se sentía más indio que blanco, regresaba al risco, y el fuerte le parecía entonces como un lugar muy antiguo, como una reliquia fantasmagórica de un pasado remoto en el que resultaba difícil creer que hubiera podido estar relacionado alguna vez.

A medida que transcurrió el tiempo, el ir a Fort Sedgewick se convirtió en un deber, y sus visitas se fueron haciendo menores y más distanciadas. A pesar de todo, continuó recorriendo a caballo la distancia que le separaba de su viejo alojamiento.

El poblado de Diez Osos se convirtió en el centro de su vida, pero el teniente Dunbar se movió como un hombre aparte, a pesar de la naturalidad con que se instaló en él. La piel, el acento, los pantalones y las botas le caracterizaban como un visitante procedente de otro mundo y, al igual que le había sucedido a En Pie con el Puño en Alto, pronto se transformó en un hombre que era dos personas.

Su integración en la vida comanche se veía mitigada constantemente por los vestigios del mundo que había dejado atrás, y cuando intentó reflexionar sobre cuál era el verdadero lugar que ocupaba en la vida, su mirada se perdía de pronto en la lejanía, y su mente se llenaba con una niebla que lo dejaba todo en blanco, sin acabar de decidir nada, como si todos sus procesos normales hubieran quedado suspendidos. Al cabo de unos pocos segundos, la niebla se levantaba y él continuaba haciendo lo que estuviera haciendo, sin saber qué le había ocurrido exactamente.

Afortunadamente, estos momentos fueron siendo más escasos a medida que transcurría el tiempo.

Las primeras seis semanas del tiempo que pasó en el campamento de Diez Osos giraron alrededor de un lugar en particular: el pequeño cobertizo de arbustos secos construido detrás de la tienda de Pájaro Guía.

Allí, en sesiones de varias horas de duración, que se extendieron por la mañana y por la tarde, fue donde el teniente Dunbar pudo conversar libremente con el chamán.

En Pie con el Puño en Alto hizo continuos progresos hacia la fluidez del lenguaje, y al cabo de una semana los tres eran capaces de mantener largas conversaciones. El teniente siempre había creído que Pájaro Guía era una buena persona, pero cuando En Pie con el Puño en Alto empezó a traducirle al inglés grandes bloques de su pensamiento, Dunbar descubrió que se estaba relacionando con una persona de una inteligencia muy superior a cualquier nivel que él conociera.

Al principio hubo, sobre todo, preguntas y respuestas. El teniente Dunbar contó la historia de cómo había llegado a encontrarse en Fort Sedgewick, y habló de su inexplicable aislamiento. Por muy interesante que fuera esa historia, pareció dejar frustrado a Pájaro Guía. Bailando con Lobos no sabía prácticamente nada. Ni siquiera conocía cuál era la misión del ejército, y mucho menos sus planes específicos. No tardó en darse cuenta de que nada podría aprender en lo que se refería a temas

militares. Bailando con Lobos había sido un simple soldado.

Pero en lo relacionado con la raza blanca, la cuestión ya fue distinta.

—¿Por qué acuden los blancos a nuestro territorio? —preguntó Pájaro Guía.

—No creo que quieran acudir a este territorio en particular —contestó Dunbar—. Creo que sólo quieren atravesarlo.

—Los téjanos ya están en nuestro territorio —replicó Pájaro Guía—. Y allí se dedican a cortar los árboles y abrir la tierra, desgarrándola. Están matando a los búfalos y abandonándolos en la hierba. Eso está sucediendo ahora. Ya hay demasiadas personas de ésas. ¿Cuántas más vendrán?

—No lo sé —contestó el teniente retorciendo la boca.

—He oído decir que los blancos sólo quieren la paz en el territorio —siguió diciendo el chamán—. ¿Por qué vienen siempre acompañados por soldados bocapeludas? ¿Por qué esos bocapeludas de Rangers de Texas nos persiguen cuando lo único que queremos es que nos dejen solos? He oído hablar de conversaciones que han tenido los jefes blancos con mis hermanos. Se me ha dicho que esas conversaciones son pacíficas y que se han hecho promesas. Pero también se me ha dicho que las promesas siempre han sido rotas. Si los jefes blancos acuden para vernos, ¿cómo conocemos cuál es el verdadero contenido de sus mentes? ¿Debemos aceptar sus regalos? ¿Debemos firmar los papeles para demostrar que habrá paz entre nosotros? Cuando yo era un muchacho, gran número de comanches acudieron a una casa de la ley en Texas para asistir a una gran reunión con los jefes blancos y todos ellos fueron muertos a tiros.

El teniente intentaba proporcionar respuestas razonadas ante las preguntas de Pájaro Guía, pero, en el mejor de los casos, eran teorías débiles y, si se veía presionado, terminaba diciendo, inevitablemente:

—En realidad, no lo sé.

Hablaba con cuidado, pues se daba cuenta de la profunda preocupación que existía por detrás de las preguntas planteadas por Pájaro Guía, y no se atrevía a decir lo que pensaba en realidad. Si los blancos decidían acudir a aquellos territorios, empleando para ello toda su fuerza, el pueblo indio sería inevitablemente dominado, sin que importara lo duramente que luchara. Serían totalmente derrotados, aunque sólo fuera debido al armamento.

Al mismo tiempo, tampoco podía decirle a Pájaro Guía que no hiciera caso de sus preocupaciones. Tenía motivos para sentirse preocupado. Lo que sucedía era que, sencillamente, el teniente no podía decirle la verdad. Pero tampoco podía mentirle al chamán. Se encontraba situado entonces en una especie de empate y, al verse arrinconado, Dunbar prefirió ocultarse tras un muro de ignorancia, confiando en que surgieran otros temas nuevos y más agradables.

Pero cada día, como una mancha que se niega a desaparecer, surgía una y otra vez

la misma pregunta:

—¿Cuántos más vendrán?

Poco a poco, En Pie con el Puño en Alto empezó a esperar con ilusión las horas que pasaba en el cobertizo.

Ahora que la tribu ya le había aceptado, Bailando con Lobos dejó de ser el gran problema que había sido en otro tiempo. Su conexión con la sociedad blanca había palidecido y aunque lo que él representaba seguía siendo algo temible, el soldado, por sí solo, no lo era. En realidad, ahora ya ni siquiera parecía un soldado.

Al principio, la notoriedad que rodeó la actividad desarrollada en el cobertizo molestó a En Pie con el Puño en Alto. El proceso de aprendizaje de Bailando con Lobos, su presencia en el campamento y el papel clave que ella jugaba como intermediaria, se convirtieron en temas de conversación constante en todo el poblado. La fama que ello le aportó hizo que se sintiera incómoda, como si estuviera siendo observada. Ella era especialmente sensible a la posibilidad de crítica por haber esquivado los deberes rutinarios cuyo cumplimiento se esperaba de toda mujer comanche. Era cierto que el propio Pájaro Guía la había disculpado, pero no por ello dejaba de sentirse preocupada.

No obstante, al cabo de dos semanas se dio cuenta de que no se materializaba ninguno de estos temores, y el nuevo respeto del que disfrutaba ahora estaba teniendo un efecto benéfico sobre su personalidad. Su sonrisa era más rápida y sus hombros más erguidos. La importancia de su nuevo papel se reflejaba incluso en su paso, que adquiriría ahora un nuevo sentido de autoridad, visible para todos. Su vida se estaba engrandeciendo, y en el interior de sí misma ella sabía que eso era bueno.

También había otras personas que lo sabían.

Una tarde, estaba recogiendo leña cuando una mujer amiga se detuvo junto a ella de pronto y fijo con un toque de orgullo:

—La gente habla de ti.

En Pie con el Puño en Alto se enderezó, sin sentirse muy segura de saber cómo debía responder a la observación.

—¿Qué es lo que dicen? —se limitó a preguntar.

—Dicen que estás haciendo magia. Dicen que quizá debieras cambiarte el nombre.

—¿A cuál?

—Oh, no lo sé —contestó la amiga—. Quizá Lengua Mágica, o algo así. Sólo es una habladora.

Mientras caminaban juntas en el crepúsculo, En Pie con el Puño en Alto reflexionó sobre ello. Habían llegado ya al borde del campamento cuando volvió a hablar.

—Me gusta mi nombre —dijo, sabiendo que la información sobre sus deseos se

filtraría con rapidez por todo el campamento—. Lo conservaré.

Unas pocas noches más tarde, regresaba a la tienda de Pájaro Guía después de haber hecho sus necesidades, cuando escuchó a alguien que empezaba a cantar en una tienda cercana. Se detuvo para escuchar y se quedó asombrada ante lo que oyó.

Los comanches tienen un puente

que pasa a otro mundo.

El puente se llama En Pie con el Puño en Alto.

Demasiado azorada como para seguir escuchando, se apresuró a regresar a su cama. Pero al arrebujarse con las mantas hasta la barbilla, no tenía ningún mal pensamiento sobre la canción. Sólo pensaba en las palabras que había escuchado; unas palabras que ahora, al reflexionar en su sentido, le parecieron buenas.

Aquella noche durmió profundamente. A la mañana siguiente, cuando se despertó, ya había amanecido. Deseando recuperar el tiempo que había dormido de más, salió presurosa de la tienda y se detuvo de improviso.

Bailando con Lobos abandonaba el campamento, montado en el caballo color canela. Fue una visión que entristeció su corazón mucho más de lo que hubiera imaginado. No era el pensamiento de que él se marchara lo que la perturbaba, sino que la idea de que pudiera no regresar la desinflaba tanto que terminaba por reflejarse en la expresión de su rostro.

En Pie con el Puño en Alto se ruborizó sólo de pensar que alguien hubiera podido verla así. Miró a su alrededor con rapidez y el rubor se hizo un tanto más intenso.

Pájaro Guía estaba observándola.

El corazón le latió con mayor rapidez, al tiempo que hacía esfuerzos por comportarse con naturalidad. El chamán se acercaba.

—Hoy no habrá conversación —dijo estudiando su expresión con un cuidado que le atenazó la boca del estómago.

—Ya veo —asintió ella tratando de que su voz sonara neutral. Pero observó curiosidad en los ojos de él, una curiosidad que exigía una explicación—. Me gustan las conversaciones —siguió diciendo—. Soy feliz pronunciando las palabras blancas.

—Él quiere ver el fuerte del hombre blanco. Regresará a la puesta del sol. — Luego, el chamán le dirigió otra atenta mirada y añadió—: Tendremos más conversaciones mañana.

El día transcurrió minuto a minuto.

Observó el sol como un aburrido oficinista observa cada movimiento del segundero del reloj. Nada se mueve más despacio que el tiempo cuando se lo observa. Debido a ello, tuvo grandes dificultades para concentrarse en sus quehaceres.

Y cuando no observaba el tiempo, se dedicaba a soñar.

Ahora, lo que había surgido ante ella como una persona real, resultaba que poseía cosas que admiraba. Algunas de aquellas cosas podrían tener como origen su blancura mutua. Otras le correspondían sólo a él. Y todas ellas mantenían el interés que ella experimentaba.

Sintió un misterioso orgullo al pensar en las hazañas que él había realizado, hazañas que ahora eran conocidas por todo su pueblo.

El recordar su forma de representarlas le hacía reír. A veces, él podía ser muy divertido. Divertido, sí, pero no tonto. En todos los aspectos le parecía una persona sincera, abierta, respetuosa y llena de buen humor. Y ella estaba convencida de que aquellas cualidades eran genuinas.

Al principio, aquello de verle con el peto de hueso sobre el pecho le había parecido algo fuera de lugar, del mismo modo que lo estaría un comanche que se pusiera un sombrero de copa. Pero lo llevaba día tras día, sin prestarle la menor atención. Y nunca se lo quitaba. Era evidente que le encantaba.

Su cabello se había enmarañado, como el de ella, y no era grueso y recto como el de los demás. Y él no había tratado de cambiarlo.

Tampoco se había cambiado las botas y los pantalones, sino que los llevaba con la misma naturalidad con la que llevaba el peto.

Todas estas reflexiones la condujeron a la conclusión de que Bailando con Lobos era una persona honrada. Para todo ser humano, hay ciertas características que le parecen más importantes que otras y, en el caso de En Pie con el Puño en Alto, una de ellas era la honradez.

El pensar en Bailando con Lobos no disminuyó en todo el día y a medida que fue transcurriendo la tarde se le fueron ocurriendo pensamientos más audaces. Se lo imaginó regresando a la puesta de sol. Se imaginó a ellos dos juntos, en el cobertizo, al día siguiente.

Al arrodillarse al borde del río, a últimas horas de la tarde, para llenar un jarro de agua, se le ocurrió otra imagen. Ambos se hallaban juntos en el cobertizo. Él hablaba de sí mismo y ella le escuchaba. Pero estaban ellos dos solos.

Pájaro Guía se había marchado.

Su sueño se convirtió en realidad al mismo día siguiente.

Los tres acababan de iniciar la conversación cuando llegó la noticia de que un grupo de jóvenes guerreros había declarado su intención de organizar una incursión contra los pawnee. Como no se había hablado previamente de ello, y como los jóvenes que deseaban participar en el grupo eran inexpertos, Diez Osos convocó apresuradamente un consejo.

Alguien vino a llamar a Pájaro Guía y, de repente, ellos se encontraron a solas.

El silencio que se produjo en el cobertizo fue tan pesado que les hizo ponerse nerviosos a ambos. Cada uno de ellos deseaba hablar, pero se vieron contenidos por

reflexionar en lo que decir y en cómo decirlo. Se quedaron sin habla. Finalmente, En Pie con el Puño en Alto decidió pronunciar unas palabras de apertura, pero su decisión llegó demasiado tarde.

Él ya se volvía hacia ella, diciendo unas palabras con un tono tímido y un tanto forzado.

—Quisiera saber cosas de ti —dijo.

Ella se volvió, tratando de pensar. El uso del inglés aún le resultaba difícil. Con la dificultad propia del esfuerzo que tenía que hacer para pensar las palabras, éstas surgieron de una forma balbuceante, aunque comprensible:

—¿Qué... quieres... sober? —preguntó.

Y así, durante el resto de la mañana, estuvo hablándole de sí misma, manteniendo la ávida atención del teniente con historias sobre su época como muchacha blanca, su captura, y la larga vida transcurrida entre los comanches.

Cada vez que ella trataba de terminar una historia, él hacía otra pregunta. De ese modo, por mucho que lo deseara, no lograba dejar de hablar de sí misma.

Le preguntó cómo le habían dado su nombre y le contó la historia de su llegada al campamento, hacía muchos años. Los recuerdos de sus primeros meses eran brumosos, pero recordaba muy bien el día en que le pusieron su nombre.

No había sido oficialmente adoptada por nadie, ni había sido declarada miembro de la tribu. Sólo trabajaba. A medida que fue cumpliendo con éxito lo que se le encargaba, sus tareas se hicieron menos bajas y se le fue proporcionando más instrucción sobre las diversas formas de vivir en la pradera. Pero cuanto más trabajaba, tanto más se resentía por el bajo estatus que ocupaba. Y algunas de las otras mujeres la trataban sin piedad.

Una mañana, delante de una de las tiendas, golpeó a la peor de aquellas mujeres. Al ser joven e inexperta, no abrigaba la menor esperanza de ganar la lucha. Pero el puñetazo que lanzó fue duro y estuvo perfectamente sincronizado. Alcanzó a la otra mujer en la barbilla y la noqueó. Luego, como medida adicional, le propinó una buena patada a su atormentadora inconsciente y se quedó de pie, frente a las otras mujeres, con los puños preparados, dispuesta a enfrentarse con quien viniera, a pesar de ser sólo una diminuta muchacha blanca.

Nadie la desafió. Todos se la quedaron mirando. Momentos más tarde, todo el mundo había vuelto a sus ocupaciones habituales, dejando a la otra mujer tendida en el suelo, allí donde había caído.

Después de eso, nadie volvió a meterse con la muchacha. La familia que se había hecho cargo de ella empezó a mostrarse muy amable y se le suavizó el camino para llegar a convertirse en comanche. A partir de entonces, se la conoció como En Pie con el Puño en Alto.

Mientras contaba esta historia una clase especial de calor pareció llenar el

cobertizo. El teniente Dunbar quiso conocer el lugar exacto donde había golpeado la barbilla de la otra mujer y sin dudarlo un instante En Pie con el Puño en Alto rozó con los nudillos la mandíbula de él.

Después de que hubiera hecho esto, el teniente se la quedó mirando fijamente. Lentamente, cerró los ojos y se dejó caer al suelo.

Fue una buena broma y ella la siguió, haciéndole recuperar el supuesto conocimiento perdido tirándole con suavidad del brazo.

Este pequeño intercambio de bromas produjo entre ellos una nueva naturalidad pero, por buena que fuese, esta repentina familiaridad también causó una cierta preocupación en En Pie con el Puño en Alto. No quería que él le hiciera preguntas personales, preguntas sobre su estatus como mujer. Casi sentía la proximidad de aquellas preguntas, y esa misma expectativa dificultaba su concentración. La ponía nerviosa y la hacía ser menos comunicativa.

El teniente se dio cuenta de su retraimiento, y eso también le puso nervioso y le hizo ser menos comunicativo.

Antes de que se dieran cuenta, el silencio había caído de nuevo entre ambos.

De todos modos, el teniente lo dijo. No sabía exactamente por qué, pero era algo que tenía que preguntar. Si lo hubiera dejado pasar por alto ahora, probablemente no lo habría preguntado nunca. Así que lo hizo ahora.

—¿Estás casada?

En Pie con el Puño en Alto hundió la cabeza y fijó la mirada en el regazo. Sacudió la cabeza, con un movimiento negativo breve y con una sensación de incomodidad.

—No —contestó.

El teniente estaba a punto de preguntarle por qué cuando se dio cuenta de que ella había ido dejando caer lentamente la cabeza entre las manos. Esperó un momento, preguntándose si habría hecho algo mal.

Ella permaneció totalmente inmóvil.

En el momento en que él se disponía a hablar de nuevo, ella se incorporó de pronto y abandonó el cobertizo.

Se marchó antes de que Dunbar pudiera llamarla. Devastado, se quedó sentado en el cobertizo, aturdido, mal-diciéndose por haber hecho aquella pregunta y confiando, contra toda esperanza, poder enderezar lo que hubiera hecho mal. Pero no había nada que él pudiera hacer en ese sentido. No podía pedirle consejo a Pájaro Guía. En aquellos momentos, ni siquiera podía hablar con Pájaro Guía. Durante diez frustrantes minutos permaneció a solas en el cobertizo. Luego salió para dirigirse hacia la manada de caballos. Necesitaba dar un paseo, a pie y a caballo.

En Pie con el Puño en Alto también había salido a dar un paseo a caballo. Cruzó el río y siguió por un sendero, tratando de analizar sus pensamientos.

No tenía mucha suerte.

Los sentimientos que experimentaba por Bailando con Lobos se hallaban en una terrible confusión. No hacía mucho tiempo odiaba sólo el pensar en él. Durante los últimos días, en cambio, no había hecho otra cosa más que pensar en él. Y había otras muchas contradicciones.

De pronto, se dio cuenta asombrada que ni siquiera había pensado en su esposo muerto. Él había sido el centro de su vida hasta hacía bien poco, y ahora ya lo había olvidado. Se sintió abrumada por la culpabilidad.

Hizo girar a su poni e inició el camino de regreso, ahuyentando a Bailando con Lobos de su cabeza con una larga ristra de oraciones por su esposo muerto.

Se encontraba todavía lejos del campamento cuando su poni levantó la cabeza y bufó, tal y como hacen los caballos cuando tienen miedo.

Algo grande produjo un fuerte estrépito entre la maleza, por detrás de ella. Sabiendo que aquel sonido tan grande sólo podía corresponder a un oso, En Pie con el Puño en Alto espoleó al poni hacia el campamento.

Estaba cruzando el río cuando se le ocurrió un pensamiento curioso.

«Me pregunto si Bailando con Lobos ha visto alguna vez un oso», se dijo a sí misma.

En ese momento, En Pie con el Puño en Alto se detuvo. No podía permitir que esto sucediera, que siguiera pensando constantemente en él. Era intolerable.

Para cuando llegó a la otra orilla, la mujer que era dos personas ya había resuelto que su papel como intérprete sería a partir de ahora una cuestión de trabajo estricto, como un intercambio comercial. No iría más allá, ni siquiera en su mente. Ella le detendría.

Capítulo 23

El teniente Dunbar también cabalgó en solitario a lo largo del río. Pero mientras que En Pie con el Puño en Alto lo hizo hacia el sur, él se dirigió hacia el norte.

A pesar del intenso calor del día, se apartó del río al cabo de un par de kilómetros, penetrando en campo abierto con la idea de que podría empezar a sentirse mejor viéndose rodeado por el espacio.

El teniente se sentía muy desanimado.

Volvió a pensar en ella una y otra vez abandonando el cobertizo a toda prisa, y trató de encontrarle una explicación. Estaba claro que su partida tenía una finalidad; eso le producía la terrible sensación de haber permitido que algo maravilloso se le escapara de entre las manos justo cuando se disponía a tomarlo. El teniente se maldijo a sí mismo sin piedad por no haberla seguido. Si lo hubiera hecho, podrían haber estado en aquel momento hablando del asunto, y el tema, por delicado que fuese, habría quedado zanjado.

Él hubiera querido contarle algo de sí mismo. Ahora, era posible que eso no se produjera nunca. Hubiera deseado estar en el cobertizo, con ella. En lugar de eso, deambulaba por allí sin rumbo fijo, como un alma perdida bajo un sol ardiente. Nunca había llegado tan al norte del campamento y le sorprendió observar lo radicalmente que estaba cambiando el paisaje. Lo que había delante de él eran verdaderas colinas y no simples altozanos en la pradera. Y de las colinas surgían cañones profundos y tortuosos.

El calor, junto con su constante autocrítica hizo que sintiera su mente a punto de estallar, y al notar una repentina somnolencia, dio un ligero apretón a «Cisco» con las rodillas. Había distinguido a poco más de medio kilómetro de allí la sombreada boca de un oscuro cañón que daba sobre la pradera.

Las paredes situadas a ambos lados se elevaban a más de treinta metros de altura, y la oscuridad que cayó sobre caballo y jinete fue instantáneamente refrescante. Pero a medida que fueron avanzando por el terreno del cañón, cubierto de rocas, el lugar se fue haciendo cada vez más siniestro. Las paredes se estrechaban más y más sobre ellos. Percibió los músculos de «Cisco» palpitando con nerviosismo, y en la absoluta quietud de la tarde él también fue consciente del latido hueco de su propio corazón.

Le asombró la repentina certidumbre de haber penetrado en algún sitio muy antiguo. Quizá aquello fuera diabólico.

Estaba pensando ya en la conveniencia de regresar cuando, de pronto, el piso del cañón empezó a hacerse más ancho. Por delante de él, en el espacio que había entre las paredes del cañón, pudo ver un bosquecillo de chopos, cuyas copas titilaban bajo la brillante luz del sol.

Después de haber efectuado unos pocos giros más, él y «Cisco» llegaron de pronto a un claro grande y natural, que era donde estaban situados los chopos. El lugar era notablemente verde, incluso a aquellas alturas del verano, y aunque no pudo ver ninguna corriente de agua, sabía que debía haberla por allí.

El caballo canela arqueó el cuello y olisqueó el aire. Probablemente, él también tendría sed, y Dunbar decidió dejarlo avanzar a su aire. «Cisco» rodeó los chopos y recorrió otros cien metros hasta la base de una roca que caía a pico y que marcaba el final del cañón. Una vez allí, se detuvo.

A sus pies, cubierta por una película de hojas y algas, había una pequeña fuente de un par de metros de diámetro. Antes de que el teniente pudiera desmontar, el hocico de «Cisco» atravesó la capa superficial y empezó a beber a grandes tragos. Cuando el teniente se arrodilló junto a su caballo llevando las manos hacia el borde de la fuente, algo llamó su atención. En la base de la pared rocosa había una hendedura lo bastante alta como para permitir sin agacharse la entrada de un hombre.

El teniente Dunbar hundió el rostro junto a la cabeza de «Cisco» y bebió con rapidez. Le quitó la brida al caballo, la dejó caer cerca de la fuente y se introdujo por la oscuridad de la hendedura.

En el interior se estaba maravillosamente fresco. El suelo, por debajo de sus pies, era blando; por lo que podía ver el lugar estaba vacío. Pero a medida que su mirada recorrió el suelo supo que la presencia del hombre era habitual allí. Sobre el suelo, como plumas arrancadas, se veían los carbones de muchas hogueras encendidas.

El techo empezó a encogerse, y cuando el teniente lo tocó, el hollín de aquellas hogueras impregnó las yemas de sus dedos.

Sintiéndose todavía algo mareado, se sentó, y sus nalgas dieron contra el suelo con tal dureza que gimió.

Estaba situado frente al camino por donde había venido y la entrada, a cien metros de distancia, era ahora como una ventana que diera al atardecer. «Cisco» ramoneaba contento los brotes de hierba cercanos a la fuente. Por detrás de él, las hojas de los chopos parpadeaban como espejos. A medida que el fresco fue rodeándole, se sintió repentinamente abrumado por una palpitante fatiga que se fue apoderando de todo su cuerpo. Extendió los brazos como para formar una almohada para su cabeza, se tumbó sobre la tierra suave y arenosa y se quedó mirando fijamente el techo.

El techo de roca sólida estaba ennegrecido por el humo; por debajo de éste se observaban unas marcas muy claras. En la piedra había profundas entalladuras y, al estudiarlas, Dunbar se dio cuenta de que habían sido hechas por manos humanas.

El sueño se apoderaba de él, pero se sentía fascinado por las marcas. Se esforzó por encontrarles un sentido, del mismo modo que un observador de las estrellas puede esforzarse para distinguir el perfil de Taurus.

De repente, las marcas que tenía inmediatamente encima de la cabeza encajaron en su lugar. Se trataba de un búfalo, dibujado de una forma tosca, pero mostrando todos los detalles esenciales. Hasta la pequeña cola aparecía levantada.

Cerca del búfalo había un cazador. Sostenía un palo que con toda probabilidad sería una lanza. Señalaba hacia el búfalo.

Ahora, el sueño era incontenible. La idea de que la fuente hubiera podido estar infectada apareció en su mente cuando sus ojos invisiblemente pesados empezaron a cerrársele.

Cuando ya estuvieron cerrados aún pudo ver al búfalo y al cazador. El cazador le resultaba familiar. No se trataba de un duplicado exacto, pero en su rostro había algo de Pájaro Guía, como si fuese algo transmitido a lo largo de cientos de años. Luego, el cazador fue él.

Después, perdió el sentido.

Los árboles no tenían hojas.

Había manchas de nieve sobre el suelo.

Y hacía mucho frío.

Un gran círculo de incontables soldados rasos esperaban inmóviles, con los rifles apoyados en sus costados.

Él fue de uno a otro, mirándoles los rostros azulados y congelados, buscando señales de vida. Nadie le reconoció.

Encontró a su padre entre ellos, con el revelador maletín de médico colgándole de una mano, como si fuera una extensión natural de su cuerpo. Vio a un amigo de la infancia que se había ahogado. Vio al propietario de un establo en su vieja ciudad, que pegaba a los caballos cuando se mostraban desobedientes. Vio al general Grant, tan inmóvil como una esfinge, con la capucha militar coronándole la cabeza. Vio a un hombre de ojos acuosos con el alzacuellos de un sacerdote. Vio a una prostituta, con su rostro muerto salpicado de carmín y polvos. Vio a su maestra de la escuela elemental con su maciza delantera. Vio el rostro dulce de su madre, con las lágrimas congeladas en las mejillas.

Este vasto ejército de su vida desfiló ante sus ojos como si no tuviera fin.

Había armas de fuego y grandes cañones del color del latón, sobre ruedas.

Alguien se acercó al círculo de soldados que esperaban.

Era Diez Osos. Caminó con suavidad bajo el mordiente frío, con una sola manta

envolviéndole los hombros huesudos. Mirándolo todo como si fuera un viajero, se plantó delante de uno de los cañones. Una mano cobriza surgió de debajo de la manta, deseando sentir el cañón.

En ese momento, el gran cañón disparó y Diez Osos desapareció envuelto en una nube de humo. La mitad superior de su cuerpo se vio lanzada lentamente hacia el cielo muerto del invierno. La sangre surgía del lugar donde había estado su cintura, brotando como de una manguera. Su rostro era inexpresivo. Sus trenzas flotaban con indolencia, alejándose de sus orejas.

Otros cañones se dispararon y, al igual que Diez Osos, las tiendas de su poblado salieron volando por los aires. Giraron por el espacio como pesados conos de papel y cuando volvieron a descender sobre la tierra, los *tipis* se hundieron en el terreno duro como el hierro, hincándose por las puntas.

Ahora, el ejército no tenía rostro. Se lanzó sobre la gente que había quedado al descubierto allí donde antes habían estado las tiendas, avanzando como un rebaño de bañistas alegres, que se apresuran hacia el mar en un día muy caluroso.

Los primeros en ser apartados fueron los bebés y los niños pequeños. Salieron volando por el aire. Las ramas de los árboles desnudos atravesaron los pequeños cuerpos, y los niños quedaron allí, retorciéndose, con la sangre goteando por los troncos de los árboles, mientras el ejército continuaba haciendo su trabajo. Abrieron a los hombres y las mujeres como si fueran regalos de Navidad; dispararon contra sus cabezas, levantándoles las tapas de los sesos; rajaron los vientres con las bayonetas y luego apartaron la piel con manos impacientes; cortaron las extremidades y las arrancaron.

Dentro de cada indio había dinero. De sus extremidades surgía plata; en sus vientres aparecían billetes de banco. Había oro en sus cráneos, como chocolate en barras.

El gran ejército se retiraba con carretas en las que se apilaban las riquezas. Algunos de los soldados corrían junto a las carretas, recogiendo lo que se caía al suelo.

La lucha estalló entre las filas del ejército, y bastante después de que éste hubiera desaparecido, el sonido de su combate relampagueaba y se alejaba como si fuera una tormenta tras las montañas.

Un único soldado quedó atrás; caminaba con expresión muy triste y medio aturdido por entre un campo cubierto de cadáveres.

Era él mismo.

Los corazones de las personas desmembradas aún seguían latiendo, golpeando al unísono, con una cadencia que sonaba como si fuera música.

Se deslizó una mano por debajo de la guerrera y la vio elevarse y caer con el latido de su propio corazón. Vio cómo la respiración se le congelaba delante de su

rostro. Dentro de poco, él también se habría quedado congelado.

Se tumbó entre los cadáveres y al extenderse escapó de sus labios un largo suspiro de dolor. Pero, en lugar de desvanecerse, el suspiro fue adquiriendo fortaleza. Rodeó el terreno donde se había producido la matanza, pasando más y más rápidamente junto a sus oídos, gimiendo un mensaje que él no pudo comprender. El teniente Dunbar tenía el frío metido hasta los huesos.

Había oscurecido.

El viento soplaba a través de la hendedura.

Se levantó de un salto, se golpeó con fuerza la cabeza contra el techo de roca sólida y cayó sobre sus rodillas. Parpadeando a causa del aguijonazo de dolor producido por el fuerte golpe, pudo ver una luz plateada que brillaba a través de la entrada de la hendedura. Era la luz de la luna.

Sintió pánico. Dunbar fue saliendo de allí a gatas, llevando esta vez una mano por encima de la cabeza para evitar el techo. Cuando pudo ponerse de pie sin obstáculos corrió hacia la boca de la hendedura y no se detuvo hasta encontrarse de pie bajo la brillante luz de la luna, en el claro.

«Cisco» había desaparecido.

El teniente emitió un silbido agudo y estridente.

Nada.

Avanzó más por el claro y volvió a silbar. Escuchó algo moverse entre los chopos. Luego escuchó un bajo relincho, y el costado canela de «Cisco» relució como el ámbar bajo la luz de la luna en cuanto salió de entre los árboles.

Dunbar se encaminó hacia la fuente para recoger la brida que había dejado allí cuando un movimiento se agitó en el aire. Se volvió a tiempo para atisbar la forma de un gran búho que pasó por encima de la cabeza de «Cisco», se elevó en el aire y finalmente se desvaneció entre las ramas de uno de los chopos más altos.

El vuelo del búho fue perturbadoramente misterioso, y tuvo que haber ejercido el mismo efecto sobre «Cisco», porque cuando llegó a su lado el caballo estaba temblando de miedo.

Salieron del cañón y cuando se encontraron de nuevo sobre la pradera abierta sintieron la clase de alivio que siente un nadador al salir a la superficie, después de un chapuzón particularmente largo y profundo.

El teniente Dunbar desplazó el peso ligeramente hacia adelante, y «Cisco» se lanzó a un galope natural, transportándole sobre la pradera plateada.

Al cabalgar se sintió vigorizado, emocionado por el hecho de estar despierto y vivo, y por interponer distancia entre él y aquel sueño extraño y perturbador. No importaba de dónde había surgido aquel sueño ni lo que pudiera significar. Las imágenes aún eran demasiado recientes y profundas como para repasarlas ahora. Alejó, pues, la alucinación en favor de otros pensamientos, al tiempo que escuchaba

el suave golpeteo de los cascos de «Cisco».

Una sensación de potencia fue apoderándose de él, aumentando a cada kilómetro que recorrían. Lo percibió en el movimiento sin esfuerzo del galope de «Cisco» y en la unicidad de sí mismo: unicidad con su caballo y con la pradera y la perspectiva de regresar entero al poblado que ahora se había convertido en su hogar. En el fondo de su mente sabía que habría una reconciliación con En Pie con el Puño en Alto, y que aquel sueño grotesco tendría que ser asimilado en alguna parte de su futuro.

Por el momento, sin embargo, esas cosas eran pequeñas. No le amenazaban en lo más mínimo, pues se sentía estimulado por la idea de que su vida como ser humano había quedado repentinamente en blanco, y la hoja de su historia había quedado totalmente limpia. El futuro se extendía ante él tan abierto como el nuevo día que empieza, y eso animaba su espíritu. Él era el único hombre sobre la tierra. Un rey sin súbditos que vagaba por el territorio ilimitado de su vida.

Le alegraba que hubieran sido comanches y no kiowas, pues ahora recordaba su apodo, escuchado o leído en alguna parte de su muerto pasado.

Los Señores de las Llanuras, así es como los llamaban. Y él era uno de ellos. Dejándose llevar por una especie de ensoñación, soltó las riendas y cruzó los brazos, apoyando cada mano en el peto de hueso que le cubría el pecho.

—Yo soy Bailando con Lobos —gritó en voz alta—. Yo soy Bailando con Lobos. Aquella noche, cuando entró en el poblado, encontró a Pájaro Guía, Cabello al Viento y algunos otros hombres sentados alrededor de la hoguera.

El chamán se había sentido lo bastante preocupado como para enviar a un pequeño grupo para que se dedicara a explorar en las cuatro direcciones en busca del soldado blanco. Pero no se había dado la alarma general. Todo se hizo tranquilamente. Habían regresado sin nada que informar y Pájaro Guía había apartado el asunto de su mente. Cuando se trataba de cuestiones situadas más allá de su esfera de influencia, siempre confiaba en la sabiduría del Gran Espíritu.

Se había sentido más perturbado por lo que vio en el rostro y en la actitud de En Pie con el Puño en Alto que por la desaparición de Bailando con Lobos. Ante la sola mención de su nombre, captó en ella una vaga desazón, como si tuviera algo que ocultar.

Pero decidió que aquello también se hallaba al margen de su control. Si algo importante había sucedido entre ellos dos, se revelaría a su debido tiempo.

Se sintió aliviado al ver el caballo color canela y a su jinete, que se acercaron a la hoguera.

El teniente desmontó y saludó en comanche a los hombres sentados alrededor del fuego. Ellos le devolvieron el saludo y esperaron a ver si iba a decir algo importante sobre su desaparición.

Dunbar permaneció en pie delante de ellos, como un invitado no bienvenido,

retorciendo las riendas de «Cisco» entre las manos. Todos se dieron cuenta de que su mente estaba ocupada con algo.

Al cabo de unos segundos su mirada se posó directamente sobre Pájaro Guía y el chamán pensó que nunca había visto al teniente tan tranquilo y seguro de sí mismo.

Entonces, Dunbar sonrió. Fue una sonrisa tenue, pero llena de confianza.

—Yo soy Bailando con Lobos —dijo en un comanche perfecto.

Luego se apartó de la hoguera y condujo a «Cisco» hacia el río para que bebiera.

Capítulo 24

El primer consejo de Diez Osos no fue concluyente, pero al día siguiente del regreso del teniente Dunbar se celebró otra reunión en la que se alcanzó un sólido compromiso.

En lugar de marcharse inmediatamente, como habían deseado los hombres jóvenes, la incursión contra los pawnee se retrasaría una semana para hacer los preparativos necesarios. También se decidió que en la partida quedarían incluidos algunos guerreros experimentados.

Cabello al Viento estaría al mando y Pájaro Guía también iría, proporcionando la crítica guía espiritual sobre cuestiones prácticas, como la elección de los lugares donde acampar, los momentos propicios para el ataque o la adivinación de los presagios imprevistos, algunos de los cuales aparecerían, sin lugar a dudas. Sería un pequeño grupo de unos veinte guerreros, y andarían a la búsqueda de botín, antes que de venganza.

Había puesto un gran interés en este grupo, porque varios de los hombres jóvenes saldrían por primera vez como guerreros de pleno derecho; el hecho de que se les adscribieran hombres tan distinguidos para conducirlos produjo excitación suficiente como para alterar la plácida rutina normal del campamento de Diez Osos.

La rutina del teniente Dunbar, alterada ya por el extraño día y noche pasados en el antiguo cañón, también se vio alterada. Con tantas cosas de que ocuparse, las reuniones en el cobertizo se vieron constantemente interrumpidas, y después de dos días pasados de la misma forma fueron discontinuas.

Asediado como estaba, Pájaro Guía se sintió feliz de dedicar toda su atención a la planificación de la incursión. En Pie con el Puño en Alto se sintió contenta por la aparición de este período de enfriamiento, y a Bailando con Lobos le sucedió otro tanto. Para él estaba cada vez más claro que ella hacía un esfuerzo extra por mantener la distancia, y se sintió aliviado al ver que se interrumpían las sesiones, aunque sólo fuera por esa razón.

Los preparativos para la partida de guerra le intrigaron y durante todo el tiempo que pudo se mantuvo a la sombra de Pájaro Guía.

El chamán parecía estar en contacto con todo el mundo en el campamento y a

Bailando con Lobos le encantó quedar incluido, aunque sólo fuera como observador. Aunque su dominio del comanche distaba mucho de ser fluido, ahora ya era capaz de captar lo esencial de lo que se decía, y dominaba tan bien el lenguaje de los signos que durante los días inmediatamente anteriores a la partida del grupo hubo poca necesidad de llamar a En Pie con el Puño en Alto.

Fue una educación de primera fila para el antiguo teniente Dunbar. Se sentó y participó en numerosas reuniones en las que se delegaron responsabilidades a cada miembro de la partida, algo que se hizo con un notable cuidado y tacto. Leyendo entre líneas, observó que, entre las numerosas cualidades de Pájaro Guía, ninguna destacaba más que su capacidad para que cada uno de los hombres se sintiera como un miembro crucialmente importante de la cercana expedición.

Bailando con Lobos también pudo pasar el tiempo con Cabello al Viento. Como éste había luchado contra los pawnee en numerosas ocasiones, todo el mundo quería escuchar las historias de aquellos enfrentamientos. De hecho, éstas eran vitales para la preparación de los hombres jóvenes que participarían en la partida. Las clases informales sobre táctica de guerra se llevaban a cabo dentro y alrededor de la tienda de Cabello al Viento, y Bailando con Lobos se fue sintiendo contagiado a medida que transcurrieron los días.

Al principio, ese contagio fue de baja intensidad, limitándose a ociosas reflexiones sobre cómo sería emprender el camino de la guerra. Pero finalmente sintonizó con el fuerte deseo de participar en la lucha contra los enemigos de los comanches.

Esperó pacientemente a que se produjeran las ocasiones oportunas en las que solicitar el poder acompañarles. Tuvo sus oportunidades, pero esos momentos surgieron y pasaron sin que él supiera qué decir. El temor a que alguien le dijera que no le hizo sentirse tímido.

Dos días antes de la fecha prevista para la salida del grupo, se divisó un gran rebaño de antílopes cerca del campamento, y un grupo de guerreros, incluyendo a Bailando con Lobos, salió en busca de carne.

Utilizando la misma técnica de rodeo que habían empleado en la caza del búfalo, los hombres pudieron matar un gran número de animales, unas sesenta cabezas en total.

La carne fresca siempre era bien recibida pero, lo que era más importante aún, la aparición y la caza con éxito del antílope se consideró como una señal de que la pequeña guerra contra los pawnee tendría un buen resultado. Los hombres que partirían se sentirían mucho más seguros sabiendo que sus familias no se verían presionadas por la necesidad de comida, aunque ellos estuvieran fuera durante varias semanas.

Aquella misma noche se organizó una danza de agradecimiento y todo el mundo

se sentía muy animado. Todos, excepto Bailando con Lobos. A medida que fue transcurriendo la noche y observaba a la distancia, su estado de ánimo se hizo más y más melancólico. No hacía más que pensar en que le dejarían atrás; ahora ya ni siquiera podía soportar esa idea.

Manióbró para situarse cerca de En Pie con el Puño en Alto y cuando la danza se interrumpió, él se encontró a su lado.

—Quisiera hablar con Pájaro Guía —le dijo.

Ella pensó que algo andaba mal. Le miró a los ojos para descubrir las claves, pero no encontró ninguna.

—¿Cuándo?

—Ahora.

Por alguna razón, él no pudo calmarse. Se mostró insólitamente nervioso y azorado, algo que percibieron tanto En Pie con el Puño en Alto como Pájaro Guía, mientras se dirigían a la tienda.

La ansiedad de Bailando con Lobos se hizo aún más evidente una vez que estuvieron sentados en la tienda. El chamán renunció esta vez a las formalidades habituales y abordó con rapidez el tema.

—Di tus palabras —dijo, hablando a través de En Pie con el Puño en Alto.

—Quiero ir.

—¿Ir, a dónde? —preguntó ella.

Bailando con Lobos se removi6 inquieto, acumulando su valor.

—Contra los pawnee —respondió.

Esto le fue transmitido a Pájaro Guía. El chamán permaneció imperturbable, a excepción de sus ojos, que se abrieron un poco más de lo usual.

—¿Por qué quieres hacer guerra contra los pawnee? —preguntó, lógicamente—. A ti no te han hecho nada.

Bailando con Lobos pensó un momento.

—Son enemigos de los comanches —contestó.

A Pájaro Guía no le gustó la respuesta. Percibió en ella algo forzado. Bailando con Lobos se estaba precipitando.

—En esta incursión sólo pueden ir guerreros comanches —dijo de forma terminante.

—He sido un guerrero en el ejército del hombre blanco durante más tiempo que algunos de los hombres jóvenes que van a tener que ser aprendices. Algunos de ellos hacen la guerra por primera vez.

—Se les ha enseñado a hacerla al estilo comanche —replicó el chamán con suavidad—. A ti no se te ha enseñado eso. El estilo del hombre blanco no es el del comanche.

Bailando con Lobos perdió entonces algo de su determinación. Sabía que estaba

perdiendo la partida. El tono de su voz se hizo más bajo.

—No puedo aprender el estilo comanche de hacer la guerra si me quedo en el campamento —dijo con lentitud.

Para Pájaro Guía fue una situación difícil que hubiera preferido no se produjera.

El afecto que sentía por Bailando con Lobos era profundo. El soldado blanco había sido su responsabilidad, y había demostrado que valió la pena correr los riesgos que Pájaro Guía había afrontado. En realidad, fue algo más que eso.

Por otro lado, el chamán había alcanzado una posición elevada y respetada gracias a la acumulación continua de sabiduría. Ahora era sabio y capaz de comprender el mundo lo bastante bien como para que eso constituyera un gran servicio para su pueblo.

Ahora, Pájaro Guía se sentía dividido entre el afecto por un hombre, y el servicio a su comunidad. En el fondo de sí mismo sabía que no había competencia posible. Toda su sabiduría le decía que sería un error llevar consigo a Bailando con Lobos. Mientras se esforzaba por dar una respuesta a la pregunta, escuchó a Bailando con Lobos decirle algo a En Pie con el Puño en Alto.

—Él dice que se lo preguntes a Diez Osos —le transmitió ella.

Pájaro Guía levantó la mirada y observó la expresión esperanzada en los ojos de su protegido.

—Así lo haré —asintió.

Aquella noche, Bailando con Lobos durmió mal. Se maldijo a sí mismo por sentirse demasiado excitado como para poder dormir. Sabía que no se tomaría ninguna decisión hasta el día siguiente, y eso parecía hallarse muy lejos. Se pasó toda la noche durmiendo diez minutos y permaneciendo despierto otros veinte. Finalmente, se levantó media hora antes del amanecer y se dirigió al río para bañarse.

La idea de esperar en el campamento a que se le comunicara la decisión le pareció insoportable y aprovechó la oportunidad cuando Cabello al Viento le preguntó si quería participar en una exploración para localizar a los búfalos. Se alejaron bastante hacia el este y ya estaba bien entrada la tarde cuando regresaron.

Dejó que Risueño se hiciera cargo de «Cisco» y lo llevara de vuelta a la manada y entró en la tienda de Pájaro Guía, con el corazón latiéndole aceleradamente.

Pero allí no había nadie.

Estaba decidido a esperar hasta que regresara alguien, pero entonces escuchó voces de mujeres, mezcladas con el trajín del trabajo, provenientes desde el exterior. No transcurrieron muchos minutos antes de que la curiosidad le obligara a abandonar la tienda.

Directamente detrás de la tienda de Pájaro Guía, a pocos pasos de distancia del cobertizo, encontró a En Pie con el Puño en Alto y a las esposas del chamán dando los toques finales a una nueva tienda recién levantada.

Estaban cosiendo las últimas pieles y él las observó trabajar durante un rato antes de hablar.

—¿Dónde está Pájaro Guía? —preguntó.

—Con Diez Osos —contestó En Pie con el Puño en Alto.

—Le esperaré —dijo Bailando con Lobos volviéndose para marcharse.

—Si quieres, puedes esperar aquí —dijo ella, sin molestarse en levantar la mirada de su trabajo. Se detuvo un instante para limpiarse las gotas de sudor que le caían por la sien y se volvió a mirarle—. Hemos hecho esto para ti.

La conversación con Diez Osos no duró mucho, o al menos lo sustancial de la misma.

El anciano estaba de muy buen humor. A sus doloridos huesos les encantaba el tiempo cálido y, aunque no participaría, la perspectiva de una aventura con éxito contra los odiados pawnee era algo que le encantaba. Sus nietos estaban bien gordos después de los festines del verano, y últimamente cada una de sus tres esposas se había mostrado especialmente cariñosa.

Pájaro Guía no podría haber elegido mejor momento para verle y consultarle acerca de una cuestión delicada.

Cuando el chamán le habló sobre la petición de Bailando con Lobos, Diez Osos escuchó impasiblemente. Preparó su pipa antes de hablar.

—Me has dicho lo que hay en su corazón —dijo el anciano—. Pero ¿qué hay en el tuyo? —preguntó, preparándose para ofrecerle la pipa a Pájaro Guía.

—Mi corazón me dice que él está demasiado ansioso. Lo desea demasiado, y demasiado pronto. Es un guerrero, pero no es un comanche. Y no será un comanche durante un tiempo.

Diez Osos sonrió.

—Siempre hablas bien, Pájaro Guía. Y también ves bien. —El anciano encendió la pipa y se la pasó—. Y ahora dime, ¿para qué querías mi consejo?

Al principio fue una decepción terrible. Lo único con lo que pudo compararlo fue con una disminución en el rango. Pero la desilusión fue mucho más que eso. En realidad, nunca se había sentido tan desilusionado.

Y, sin embargo, le asombró la rapidez con la que se le curó esa herida. El dolor desapareció casi en cuanto Pájaro Guía y En Pie con el Puño en Alto abandonaron la tienda.

Se tumbó sobre la nueva cama de su nuevo hogar y se preguntó a qué habría venido este cambio. Sólo habían transcurrido unos pocos minutos desde que recibiera la noticia, pero ahora ya no se sentía aplastado por ella. Ahora sólo era una pequeña desilusión.

«Eso es algo que tiene que ver con el hecho de estar aquí —pensó—. Estar con esta gente. Tiene algo que ver con el hecho de sentirme mimado».

Pájaro Guía lo había hecho todo con mucha precisión. Acudió seguido por las dos mujeres, En Pie con el Puño en Alto y una de sus esposas, llevando mantas. Después de que ellas hubieran preparado la nueva cama, la esposa se marchó y ellos tres, Pájaro Guía, En Pie con el Puño en Alto y Bailando con Lobos se quedaron de pie, mirándose entre sí, en el centro del *tipi*.

Pájaro Guía no hizo la menor alusión a la incursión o a la decisión que se había tomado en contra de sus deseos. Simplemente, empezó a hablar.

—Sería muy bueno que tú hablaras con En Pie con el Puño en Alto mientras yo estoy fuera. Deberías hacerlo en mi tienda, para que mi familia pueda verlo. Quiero que te conozcan mientras yo estoy fuera, y quiero que tú les conozcas a ellos. Me sentiré mejor sabiendo que tú cuidas de mi familia mientras estoy lejos. Acude junto a mi hoguera y come si tienes hambre.

Una vez hecha esta invitación a cenar, el chamán se volvió bruscamente y se marchó, seguido de inmediato por En Pie con el Puño en Alto.

A Bailando con Lobos le asombró comprobar que su depresión se evaporaba con rapidez. Su lugar quedó ocupado por una sensación de júbilo. No se sintió pequeño, en modo alguno. Se sintió más grande.

La familia de Pájaro Guía estaría bajo su protección y la idea de servirlos en el cumplimiento de ese papel le atrajo desde el primer instante. Además, volvería a estar con En Pie con el Puño en Alto y eso también agradó a su corazón.

La partida de guerra estaría fuera durante algún tiempo, lo que le proporcionaría a él la oportunidad de aprender mucho comanche. Y sabía que en el proceso aprendería algo más que el lenguaje. Si trabajaba con aplicación se encontraría en un nivel completamente nuevo para cuando regresaran sus mentores. Y esa idea le gustó.

Los tambores empezaron a sonar en el poblado. Se iniciaba la danza de la gran despedida, y él quería participar. Le encantaba bailar.

Bailando con Lobos se levantó y se quedó contemplando su tienda. Estaba vacía, pero dentro de bien poco contendría los pocos adornos de su vida; era agradable pensar que ahora ya tenía algo que podía considerar como propio.

Salió al exterior y se detuvo, bajo la luz del crepúsculo. Había permanecido soñando despierto hasta después de la cena, pero el humo de las hogueras de cocinar aún estaba espeso en el aire y el olor le satisfizo.

En ese momento, a Bailando con Lobos se le ocurrió un pensamiento.

«Debería quedarme aquí —se dijo a sí mismo—. Es una idea mucho mejor». Empezó a caminar hacia el lugar de donde procedía el sonido de los tambores. Cuando llegó a la avenida principal se encontró con un par de guerreros a los que conocía. Por señas, le preguntaron si él danzaría aquella noche. Y la contestación de Bailando con Lobos fue tan expresiva que los hombres se echaron a reír.

Capítulo

25

Una vez que la partida se hubo marchado, el poblado se instaló en una vida pastoral rutinaria, una sucesión sin tiempo de amanecer, día, atardecer y noche que casi hacía parecer la pradera como el único lugar que existiera en el mundo. Bailando con Lobos se adaptó con rapidez a ese ciclo, moviéndose en él de una forma agradable, como en un sueño. Era una vida en la que cazar, cabalgar y explorar exigían esfuerzos físicos, a los que su cuerpo se adaptaba bien, y una vez establecido el ritmo de sus días la mayoría de las actividades parecían no costarle esfuerzo alguno.

La familia de Pájaro Guía ocupaba la mayor parte de su tiempo. Las mujeres se encargaban prácticamente de todo el trabajo en el campamento, pero él se sintió obligado a controlar sus vidas cotidianas y las de los niños, con el resultado de que siempre tenía algo que hacer.

Durante la danza de despedida, Cabello al Viento le había regalado un buen arco y un carcaj lleno de flechas. Se sintió entusiasmado con aquel regalo y buscó a un guerrero más viejo llamado Ternero de Piedra para que le enseñara los aspectos más exquisitos de su uso. En el término de una semana los dos se hicieron buenos amigos y Bailando con Lobos aparecía con regularidad por la tienda de Ternero de Piedra.

Aprendió a cuidar las armas y hacerles reparaciones rápidas. Aprendió las palabras de varias canciones importantes y cómo cantarlas. Observó a Ternero de Piedra encendiendo el fuego a partir de un pequeño palo de madera y le vio prepararse su propia medicina personal.

Fue un alumno voluntarioso para estas lecciones y aprendió con rapidez, tanto que Ternero de Piedra le dio el sobrenombre de Rápido.

Exploraba unas pocas horas al día, como hacía la mayoría de los otros hombres. Salían en grupos de tres o cuatro; al cabo de poco tiempo Bailando con Lobos ya había adquirido un conocimiento rudimentario de las cosas necesarias, como la forma de leer la edad de las huellas y determinar los modelos del tiempo que haría.

Los búfalos aparecían y se marchaban de acuerdo con su misterioso estilo. Algunos días no veían un solo animal, mientras que otros veían tantos que hasta bromeaban sobre ello.

La exploración constituía un éxito en aquellos dos aspectos que más importaban.

Había carne fresca para cazar y el territorio estaba limpio de enemigos.

Al cabo de pocos días se preguntaba por qué no vivía todo el mundo en una tienda. Cuando pensaba en todos aquellos lugares donde había vivido hasta entonces, no veía más que una serie de habitaciones estériles.

Para él, una tienda constituía un verdadero hogar. Dentro se estaba fresco en los días más calurosos, y el círculo de espacio interior parecía lleno de paz, por mucho jaleo que pudiera haber en el campamento.

Empezó a gustarle mucho el tiempo que pasaba en ella, a solas.

Su parte favorita del día era a últimas horas de la tarde cuando, con gran frecuencia, se le encontraba cerca de la entrada de su tienda realizando alguna pequeña tarea, como limpiarse las botas, mientras observaba el cambio en la formación de las nubes o escuchaba el ligero silbido del viento.

Sin darse cuenta de ello ni intentarlo a propósito, estos atardeceres a solas disminuían el funcionamiento de su actividad mental permitiéndole descansar de una forma refrescante.

Sin embargo, hubo una faceta de su vida que no tardó en dominar sobre todas las demás. Fue En Pie con el Puño en Alto.

Reanudaron sus conversaciones, esta vez bajo la mirada discreta, pero siempre presente, de los miembros de la familia de Pájaro Guía.

El chamán había dejado instrucciones para mantener las reuniones pero, al no tener con ellos su guía, las lecciones no tenían ninguna dirección clara que seguir. Durante los primeros días se dedicaron, sobre todo, a efectuar revisiones mecánicas, nada excitantes, de lo que ya sabían.

En cierto sentido, eso fue conveniente hacerlo. Ella aún se sentía confundida y azorada. La sequedad de su primer encuentro a solas facilitó la toma del hilo del pasado. Eso permitió que se mantuviera entre ellos la distancia que ella necesitaba para acostumbrarse de nuevo a él.

A Bailando con Lobos le pareció muy bien que fuera de ese modo. El tedio de sus encuentros contrastaba con su sincero deseo de compensar cualquier daño que hubiera podido hacer al vínculo entre ambos y durante aquellos primeros días esperó pacientemente a que se produjera el deshielo.

El aprendizaje del comanche avanzaba bien, pero no tardó en ponerse de manifiesto que permanecer toda la mañana en la tienda imponía limitaciones a la rapidez con que él podía aprender, ya que muchas de las cosas que necesitaba aprender se encontraban en el exterior. Y las interrupciones de la familia eran interminables.

Sin embargo, esperó sin quejarse, dejando que En Pie con el Puño en Alto tropezara con palabras cuyo significado no podía explicar.

Una tarde, poco después del almuerzo, cuando ella no pudo encontrar la palabra

para designar la hierba, En Pie con el Puño en Alto terminó por llevarle al exterior. Una palabra condujo a otra y un día no regresaron a la tienda durante más de una hora. Estuvieron paseando por el poblado, tan enfrascados en sus estudios que el tiempo se les pasó sin darse cuenta.

En los días que siguieron repitieron y reforzaron esa misma pauta. Así, el verles juntos se convirtió poco a poco en una costumbre, mientras ellos se olvidaban de todo lo que no fuera el objeto de su trabajo, averiguar la forma de nombrar las cosas en los dos idiomas: hueso, pellejo, sol, casco, olla, perro, palo, cielo, niño, cabello, chaqueta, rostro, lejos, cerca, aquí, allí, luminoso, oscuro, etcétera, etcétera.

A cada día que pasaba, él iba aprendiendo más, y no tardó en poder articular algo más que palabras. Empezó a formar frases y a encadenarlas con un celo que le hacía cometer muchos errores: «El fuego crece en la pradera», «Comer agua es bueno para mí», «¿Es ese hombre un hueso?».

Era como un buen corredor que se cae a cada tres pasos que da, pero él seguía esforzándose en el cenagal del nuevo lenguaje y terminaba por hacer notables progresos, aunque sólo fuera a fuerza de voluntad.

Ningún fracaso era capaz de desanimarle, y superaba cualquier obstáculo con la clase de buen humor y la determinación que hacen que una persona sea divertida. Cada vez se quedaban menos tiempo en la tienda. El exterior era libre y una especial quietud se había extendido ahora sobre el poblado, cuya existencia se había hecho insólitamente pacífica.

Todo el mundo pensaba en los hombres que se habían marchado para afrontar acontecimientos inciertos en el territorio de los pawnee. A cada día que pasaba, los parientes y amigos de los hombres que formaban parte del grupo rezaban con mayor devoción por su seguridad. Parecía como si de la noche a la mañana las oraciones se hubieran convertido en la característica más evidente de la vida del campamento y encontraban su lugar en cada comida, reunión y tarea, sin que importara lo pequeña o fugaz que fuese.

La santidad que envolvía el campamento proporcionó a Bailando con Lobos y a En Pie con el Puño en Alto un ambiente perfecto en el que trabajar. Inmersos como estaban en ese ambiente de espera y oración, los demás prestaron muy poca atención a la pareja de blancos que se movía de un lado a otro como una burbuja serena y bien protegida, como una entidad en sí misma.

Cada día permanecían juntos tres o cuatro horas, sin tocarse y sin hablar de sí mismos. Superficialmente, observaban una cuidadosa formalidad. Se reían juntos y comentaban fenómenos ordinarios, como el tiempo que hacía. Pero los sentimientos sobre sí mismos permanecían siempre ocultos bajo la superficie. En Pie con el Puño en Alto estaba llevando mucho cuidado con sus sentimientos, y Bailando con Lobos respetaba eso.

Dos semanas después de la marcha de la partida se produjo un cambio profundo. Una tarde, a últimas horas, después de una larga marcha de exploración bajo un sol brutal, Bailando con Lobos regresó a la tienda de Pájaro Guía; al no encontrar allí a nadie, pensó que la familia se habría marchado al río y se dirigió hacia la corriente.

Las esposas de Pájaro Guía estaban allí, en efecto, lavando a sus hijos, pero En Pie con el Puño en Alto no aparecía por ningún lado. Él se quedó el tiempo suficiente para chapotear un poco con los niños y luego volvió a subir el camino que conducía al poblado.

El sol seguía siendo brutal; cuando vio el cobertizo se sintió atraído hacia él por la sombra que ofrecía.

Apenas había entrado cuando se dio cuenta de que ella estaba allí. Aquel día ya habían mantenido su sesión regular y los dos se sintieron azorados por un momento.

Bailando con Lobos se sentó a una modesta distancia de ella y la saludó.

—Hace..., hace calor —comentó ella, como presentando una excusa por su presencia allí.

—Sí —asintió él—, mucho calor.

Aunque no tenía necesidad, él se limpió la frente. Era una forma algo tonta de asegurarse de que ella comprendiera que también estaba allí por la misma razón. Pero en el momento de hacer este gesto ficticio, Bailando con Lobos se analizó. Lo que en realidad le había llevado hasta allí era una repentina necesidad, la necesidad de decirle cómo se sentía.

Y entonces empezó a hablar. Le dijo que se sentía confuso, que le gustaba mucho estar allí. Le habló de su tienda y de lo bueno que era poder disponer de ella. Tomó el peto de hueso con ambas manos y le dijo lo que pensaba de él y que para él era algo grandioso. Se lo llevó entonces a la mejilla y dijo:

—Amo esto. —A continuación añadió—: Pero soy blanco... y un soldado. ¿Es bueno que yo esté aquí, o es una estupidez? ¿Soy yo un estúpido?

Observó la más completa atención en los ojos de ella.

—No..., no lo sé —contestó.

Hubo un pequeño silencio. Se dio cuenta de que ella estaba a la espera.

—Yo no sé a dónde ir —siguió diciendo con tranquilidad—. No sé dónde estar. Entonces, ella volvió la cabeza con lentitud y se quedó mirando fijamente hacia la puerta.

—Yo lo sé —dijo.

Ella aún estaba perdida en sus pensamientos, contemplando el atardecer, cuando él dijo:

—Quiero estar aquí.

En Pie con el Puño en Alto se volvió hacia él. Su rostro parecía enorme. El sol poniente le daba un suave resplandor. Sus ojos, agrandados por el sentimiento,

mostraban el mismo resplandor.

—Sí —asintió, comprendiendo exactamente cómo se sentía él.

Hundió la cabeza y cuando volvió a levantar la mirada hacia él, Bailando con Lobos se sintió inundado, tal y como se había sentido la primera vez que percibió la pradera, en compañía de Timmons. Los ojos de ella eran los de una persona con un alma plena, llena de una belleza que pocos hombres podrían conocer. Eran eternos.

Bailando con Lobos se enamoró al ver esto.

En Pie con el Puño en Alto ya se había enamorado. Sucedió en el momento en que él empezó a hablar, no de una forma inmediata, sino en fases lentas, hasta que al final ya no pudo seguir negándose. Se veía a sí misma en él. Comprendía que ambos podían ser uno solo.

Hablaron un poco más y se quedaron en silencio. Contemplaron el atardecer durante unos minutos, sabiendo cada uno de ellos lo que sentía el otro, pero sin atreverse a hablar.

El hechizo quedó roto cuando apareció uno de los niños pequeños de Pájaro Guía, miró en el interior del cobertizo y preguntó qué estaban haciendo.

En Pie con el Puño en Alto sonrió ante aquella intrusión inocente y le dijo en comanche:

—Hace calor. Estamos sentados a la sombra.

Esto pareció tener tanto sentido para el pequeño que entró y se acomodó sobre el regazo de En Pie con el Puño en Alto. Juguetearon durante un rato, pero eso no duró mucho tiempo.

De pronto, el pequeño se irguió y le dijo a En Pie con el Puño en Alto que tenía hambre.

—Está bien —dijo ella en comanche, tomándolo de la mano. Luego, volviéndose hacia Bailando con Lobos preguntó—: ¿Hambre?

—Sí, tengo hambre.

Salieron del cobertizo a gatas y echaron a caminar hacia la tienda de Pájaro Guía para preparar algo de comer.

Lo primero que hizo él a la mañana siguiente fue ir a visitar a Ternero de Piedra. Pasó temprano por la tienda del guerrero y fue invitado inmediatamente a sentarse y tomar el desayuno.

Después de haber comido, los dos hombres salieron para hablar, mientras Ternero de Piedra trabajaba el sauce para formar un nuevo carcaj de flechas. A excepción de las conversaciones sostenidas con En Pie con el Puño en Alto, fue la más sofisticada que había tenido hasta entonces con alguien.

Ternero de Piedra se quedó impresionado por el hecho de que Bailando con Lobos, tan nuevo entre ellos, hablara ya en comanche. Y, además, lo hacía bien.

El viejo guerrero también se dio cuenta de que Bailando con Lobos quería algo y

cuando, de pronto, la conversación derivó hacia En Pie con el Puño en Alto, se dio cuenta de que debía tratarse de eso.

Bailando con Lobos intentó plantearlo con toda la naturalidad que pudo, pero Ternero de Piedra era un zorro demasiado viejo como para dejar de comprender la importancia que tenía la pregunta para su visitante.

—¿Está casada En Pie con el Puño en Alto?

—Sí —contestó Ternero de Piedra.

Aquella revelación afectó a Bailando con Lobos como la peor noticia posible. Permaneció en silencio.

—¿Dónde está su esposo? —preguntó finalmente—. No le veo.

—Está muerto.

Ésa era una posibilidad que nunca se le había ocurrido considerar.

—¿Cuándo murió?

Ternero de Piedra levantó la mirada del trabajo que estaba haciendo.

—No es amable hablar de los muertos —dijo—. Pero tú eres nuevo, así que te lo diré. Fue alrededor de la luna cereza, en la primavera. Ella estaba de duelo el día en que tú la encontraste y la trajiste de vuelta.

Bailando con Lobos no hizo más preguntas, aunque Ternero de Piedra le ofreció por cuenta propia algunos hechos más. Mencionó la posición relativamente elevada del hombre muerto y la ausencia de hijos en su matrimonio con En Pie con el Puño en Alto.

Necesitado de digerir lo que acababa de escuchar, Bailando con Lobos le dio las gracias a su informante y se alejó.

Ternero de Piedra se preguntó inútilmente si estaría sucediendo algo entre aquellas dos personas y, finalmente, tras decidir que aquello no era asunto suyo, volvió a enfrascarse en su trabajo.

Bailando con Lobos hizo lo único con lo que podía contar para aclararse un poco la cabeza. Encontró a «Cisco» en la manada de caballos y salió cabalgando del poblado. Sabía que ella le estaría esperando en la tienda de Pájaro Guía, pero la cabeza le daba tantas vueltas con lo que se le acababa de decir que en estos momentos no podía ni pensar en presentarse ante ella.

Se dirigió río abajo y al cabo de un par de kilómetros decidió recorrer todo el trayecto hasta Fort Sedgewick. No había estado allí desde hacía casi dos semanas y ahora sintió el impulso de ir, como si, de alguna forma extraña, aquel lugar fuera capaz de decirle algo.

Incluso desde la distancia pudo darse cuenta de que las tormentas de finales del verano habían terminado por separar el toldo de la mayoría de los palos que lo sostenían, e incluso la propia lona aparecía desgarrada en varios puntos. Lo que quedaba se bamboleaba a impulsos de la brisa, como la destrozada vela principal de

un barco fantasma.

«Dos calcetines» esperaba cerca del risco y él le arrojó el trozo de carne seca que había llevado consigo para comer algo. Ahora no tenía hambre.

Los ratones se desparramaron en todas direcciones cuando entró en el estropeado barracón de avituallamiento. Habían destruido lo único que él había dejado atrás, un saco de arpillera con galletas de molde.

En la cabaña de paja que había sido su hogar, se tumbó durante unos minutos en el jergón y se quedó mirando fijamente las deterioradas paredes.

Tomó el estropeado reloj de bolsillo de su padre que todavía colgaba de una clavija, con la intención de guardárselo en el bolsillo de los pantalones. Pero se lo quedó mirando durante unos pocos segundos y volvió a dejarlo donde estaba.

Su padre había muerto hacía seis años. ¿O eran siete? Su madre había muerto mucho antes. Podía recordar los detalles de su vida con ellos, pero las personas..., las personas parecía como si hubiesen desaparecido hacía cien años.

Descubrió el diario que había dejado sobre una de las sillas de campamento y lo tomó. Le resultó extraño volver a leer algunas de sus anotaciones. También parecían cosas antiguas y desaparecidas hacía tiempo, como algo perteneciente a una vida pasada.

A veces, se reía al releer cosas que había escrito, pero, en su conjunto, se sintió conmovido. Su vida había transcurrido, y una parte de ella había quedado registrada en aquellas páginas. Ahora, el diario sólo era una curiosidad y no tenía nada que decirle sobre su futuro. Pero resultaba interesante mirar hacia atrás y ver lo lejos que había llegado.

Cuando llegó al final había algunas páginas en blanco y tuvo entonces la caprichosa idea de que sería oportuno introducir una última anotación, algo quizá inteligente y misterioso.

Pero cuando levantó la mirada para pensar, dirigiéndola hacia la pared desnuda que tenía enfrente, sólo la vio a ella. Vio las pantorrillas musculosas que sobresalían de la falda de su vestido cotidiano de gamo. Vio las largas y hermosas manos sobresaliendo graciosamente de sus mangas. Vio la curva suelta de sus pechos por debajo del corpiño. Vio los altos pómulos y las cejas pobladas y expresivas, y aquellos ojos eternos y la mata de cabello enmarañado de color cereza.

Pensó en sus repentinos accesos de rabia y en la luz que rodeara su rostro en el cobertizo. Pensó en su modestia, dignidad y dolor.

Y todo lo que vio y todo lo que pensó, lo adoró.

Cuando su mirada volvió a posarse en la página en blanco, abierta sobre su regazo, supo qué tenía que escribir. Y se alegró sobremanera al ver cómo cobraba vida, convirtiéndose en palabras.

Finales del verano de 1863 Amo a En Pie con el Puño en Alto.

Bailando con Lobos

Cerró el diario y lo dejó cuidadosamente en el centro de la cama, pensando caprichosamente que lo dejaría allí para que la posteridad se preguntara cuál era su enigma.

Al salir al exterior le alivió ver que «Dos calcetines» había desaparecido. Sabiendo que no volvería a verlo, rezó una oración por su abuelo, el lobo, deseándole una buena vida para todos los años que le quedaran.

Luego, saltó sobre el robusto lomo de «Cisco», lanzó un grito de despedida en comanche y se alejó de allí al galope tendido.

Cuando miró por encima del hombro hacia Fort Sedgewick, sólo vio tras él la infinita extensión de la pradera abierta.

Ella esperó durante casi una hora antes de que una de las esposas de Pájaro Guía preguntara:

—¿Dónde está Bailando con Lobos?

La espera había sido muy dura. Cada minuto había estado lleno de pensamientos de él. Cuando se le hizo la pregunta, ella trató de construir la respuesta con un tono de voz que enmascarase lo que sentía.

—Oh, sí..., Bailando con Lobos. No, no sé dónde está.

Sólo entonces salió a preguntar por él. Alguien le había visto marcharse temprano, cabalgando hacia el sur, y supuso correctamente que se había dirigido hacia el fuerte del hombre blanco.

No queriendo saber por qué se había marchado, se dedicó a terminar las alforjas en las que había estado trabajando, intentando eliminar las distracciones del campamento para poder enfocar toda su atención sobre él.

Pero no fue suficiente.

Ella deseaba estar a solas con él, aunque sólo fuera en sus pensamientos, y después del almuerzo tomó el camino principal que bajaba hacia el río. Habitualmente, siempre se producía una tregua después del almuerzo, y le agradó descubrir que no había nadie a la orilla del río. Se quitó los mocasines, se subió a un espeso tronco que sobresalía como si fuera un muelle y, sentándose sobre él, hundió los pies en la refrescante corriente.

Sólo corría un atisbo de brisa, pero era suficiente para acabar con el calor del día. Se puso una mano sobre cada muslo, relajó los hombros y se quedó mirando el agua que se movía lentamente, con los ojos semicerrados.

Si él viniera a por ella ahora. Si la mirara con aquellos ojos suyos tan fuertes, y emitiera su risa tan divertida y le dijera que se marchaban. Ella se iría con él en seguida, sin que importara a dónde.

De pronto, recordó su primer encuentro, con la misma claridad como si hubiera sido ayer. El regreso a caballo, medio inconsciente, con su sangre manchándole. Recordó la seguridad que había experimentado en ese momento, el brazo de él rodeándole la espalda, su rostro, apretado contra la tela de la guerrera de un olor tan extraño para ella.

Ahora comprendía lo que eso significaba. Comprendía que lo que sentía ahora, era lo mismo que había sentido entonces. En aquel entonces sólo había sido una semilla, enterrada y fuera de la vista, y ella no había sabido qué significaba. Pero el Gran Espíritu sí lo sabía. El Gran Espíritu había dejado que la semilla creciera y, con todo su Gran Misterio, la había estimulado hacia la vida, a lo largo de todo el camino.

Aquella sensación que tuvo, aquella sensación de seguridad... Ahora sabía que no se trataba de la seguridad que se puede sentir ante un enemigo, o una tormenta, o una herida. No se trataba de nada físico. Era una seguridad que había percibido en su corazón, que había estado allí durante todo el tiempo.

Pensó que había sucedido lo más raro que podía ocurrir en esta vida. El Gran Espíritu los había juntado.

Estaba pensando en la maravilla de cómo había sucedido todo cuando escuchó un suave chapoteo en el agua, a pocos pasos de distancia.

Él estaba acuclillado sobre un pequeño claro, vertiéndose agua en el rostro, con una actitud tranquila, sin prisas. Entonces la miró y sin molestarse en limpiarse el agua que le goteaba por la cara, le sonrió como un muchacho.

—Hola —le dijo—. Estuve en el fuerte.

Lo dijo como si ambos hubieran estado juntos toda su vida. Ella le replicó del mismo modo.

—Lo sé.

—¿Podemos hablar un rato?

—Sí —contestó ella—. Lo esperaba.

Unas voces sonaron en la distancia, cerca del principio del camino que conducía hasta allí.

—¿A dónde podemos ir? —preguntó él.

—Conozco un sitio.

Ella se levantó con rapidez y seguida muy cerca por Bailando con Lobos le condujo hacia el viejo camino lateral que había tomado el día en que Pájaro Guía le pidió que recordara la lengua blanca.

Caminaron en silencio, rodeados por el sonido de las suaves pisadas de sus pasos, el susurro de los sauces y el canto de los pájaros que llenaban las ramas.

Sus corazones latían con la sospecha de lo que estaba a punto de suceder y el suspense de dónde y cuándo tendría lugar.

El claro aislado donde ella había recordado el pasado se abrió por fin ante ellos.

Todavía en silencio, se sentaron con las piernas cruzadas delante del gran chopo, frente al río.

No pudieron hablar. Todos los sonidos parecieron detenerse. Todo quedó sumido en la quietud.

En Pie con el Puño en Alto bajó la cabeza y vio un desgarrón en la tela de la pernera de los pantalones. Él tenía una mano posada allí, a media altura del muslo. — Se te ha roto —susurró ella dejando que sus dedos tocaran ligeramente el desgarrón.

Una vez que su mano estuvo allí ya no pudo moverla. Los pequeños dedos permanecieron juntos, inmóviles.

Como guiadas por una fuerza exterior, sus cabezas se acercaron suavemente. Sus dedos se entrelazaron. El contacto fue extático, como el propio sexo. Ninguno de los dos podría haber reconstruido la secuencia de cómo sucedió, pero lo cierto fue que un momento más tarde estaban compartiendo un beso.

No fue un beso apasionado, sino sólo un roce y luego una leve presión de los labios.

Pero eso bastó para sellar el amor entre ambos.

Juntaron las mejillas, y se pusieron a soñar, con la nariz de cada uno llena con el olor del otro. En su sueño, hicieron el amor y cuando hubieron terminado y quedaron tumbados en el suelo, el uno junto al otro, bajo el gran chopo, Bailando con Lobos la miró a los ojos y vio lágrimas en ellos.

Esperó un largo rato, pero ella no quiso hablar.

—Cuéntame —susurró él por fin.

—Soy feliz —dijo ella—. Soy feliz porque el Gran Espíritu me ha permitido vivir esto.

—Yo comparto el mismo sentimiento —asintió él con sus propios ojos húmedos. Ella se apretó mucho contra su cuerpo y empezó a llorar. Y él la sostuvo entre sus brazos, ya sin temor, al ver la alegría que se extendía por su rostro.

Hicieron el amor durante toda la tarde, y mantuvieron largas conversaciones intermedias. Finalmente, cuando las sombras empezaron a caer sobre el claro, se sentaron, dándose cuenta de que si se quedaban mucho tiempo más allí los echarían de menos.

Estaban contemplando el centelleo del agua cuando él dijo:

—Hablé con Ternero de Piedra... Sé por qué te marchaste corriendo aquel día... El día que te pregunté si estabas casada.

Ella se levantó entonces y le tendió la mano, ayudándole a ponerse en pie.

—Pasé una buena vida con él. Se marchó de mi lado porque tú ibas a llegar. Así es como lo veo ahora.

Le indicó el camino para salir del claro e iniciaron el camino de regreso, cogidos mientras caminaban. Cuando se encontraban cerca del poblado, desde donde les llegó

el sonido de unas débiles voces, se detuvieron a escuchar. El sendero principal estaba justo delante de ellos.

Después de darse un ligero apretón con las manos, los amantes se introdujeron intuitivamente entre los sauces, como si eso les ayudara a soportar la noche de separación que se avecinaba, volvieron a juntarse y se dieron un rápido beso de despedida.

A uno o dos pasos de distancia del sendero principal que conducía al poblado volvieron a detenerse y en el momento en que se abrazaron, ella le susurró junto a la oreja:

—Estoy en duelo y nuestro pueblo no lo aprobaría si se enteraran de nuestro amor. Debemos guardar nuestro amor con mucho cuidado, hasta que llegue el momento de que todos puedan verlo.

Él asintió con un gesto de comprensión. Se abrazaron brevemente y ella se deslizó por debajo de los matorrales para entrar en el sendero principal.

Bailando con Lobos esperó entre los sauces durante diez minutos y luego la siguió. Mientras subía el sendero que conducía al poblado, se alegró de estar a solas.

Se dirigió directamente a su tienda y se sentó en la cama, contemplando a través de la abertura lo que quedaba de luz diurna, soñando en la tarde que habían pasado juntos bajo el chopo.

Una vez que hubo oscurecido, se tendió sobre las mantas y sólo entonces se dio cuenta de lo exhausto que se sentía. Al rodar sobre sí mismo, descubrió en una de sus manos la fragancia de ella. Se quedó durmiendo confiando en que el olor durara toda la noche.

Capítulo 26

Los días siguientes fueron eufóricos para Bailando con Lobos y En Pie con el Puño en Alto.

Había sonrisas constantes alrededor de sus bocas, sus mejillas aparecían arreboladas por el amor, y fueran a donde fuesen, sus pies no parecían tocar el suelo.

En compañía de los demás se mostraban discretos, y llevaban cuidado de no mostrar ningún signo externo de afecto. Llevaron tanto cuidado de ocultar lo que sentían, que sus sesiones de aprendizaje del lenguaje se desarrollaron de un modo más profesional que nunca. Si se encontraban a solas en la tienda, corrían el riesgo de tomarse de las manos, haciendo el amor con el simple contacto de los dedos. Pero eso era todo lo lejos que se atrevían a llegar.

Intentaron encontrarse en secreto por lo menos una vez al día. Era algo que ambos deseaban. Y cuanto antes mejor. Pero la viudez de ella constituía un impedimento insuperable. En el estilo de vida comanche no existía ningún período de luto prescrito, y la liberación del mismo sólo podía proceder del padre de la mujer. Si no tenía padre, quien se hacía cargo de esa responsabilidad era el guerrero que se ocupara de ella. En el caso de En Pie con el Puño en Alto, sólo podía confiar en que fuera Pájaro Guía quien le diera la dispensa. Sólo él determinaría a partir de qué momento ya no sería una viuda. Y eso podía durar aún mucho tiempo.

Bailando con Lobos intentó tranquilizar a su amante, diciéndole que las cosas saldrían bien y que no tenía de qué preocuparse. Pero, de todos modos, ella se sentía preocupada. En un momento de depresión a causa del tema, ella llegó a proponer que escaparan juntos. Pero él se limitó a echarse a reír y la idea ya no volvió a plantearse.

Corrieron riesgos. En los cuatro días transcurridos desde la primera vez que estuvieron juntos junto al río, ella abandonó dos veces la tienda de Pájaro Guía en la oscuridad de la madrugada y se deslizó a hurtadillas en el *tipi* de Bailando con Lobos. Allí permanecieron juntos hasta las primeras luces del alba, hablando en susurros, sosteniéndose el uno al otro, desnudos, bajo las mantas.

En conjunto, se comportaron todo lo bien que cabía esperar de dos personas que se han rendido por completo al amor. Se mostraron dignos, prudentes y disciplinados.

Y no engañaron prácticamente a nadie.

En el campamento, todo aquel que tuviera edad suficiente para saber lo que es el amor entre un hombre y una mujer parecía como si pudiera leerlo en los rostros de En Pie con el Puño en Alto y Bailando con Lobos.

La mayoría no encontró en sus corazones motivo alguno para condenar el amor, fueran cuales fuesen las circunstancias. Los pocos que pudieron haberse sentido ofendidos, contuvieron sus lenguas por falta de pruebas. Y, lo más importante de todo, la atracción que sentían ambos no constituía ninguna amenaza para el conjunto de la tribu. Hasta los miembros más ancianos y conservadores tuvieron que admitir que aquella unión potencial no dejaba de tener cierto sentido.

Después de todo, los dos eran blancos.

En la quinta noche después de su encuentro en el río, En Pie con el Puño en Alto tuvo que verle de nuevo. Había estado esperando a que se quedaran durmiendo todos en la tienda de Pájaro Guía. Bastante después de que el sonido de ligeros ronquidos llenaran el *tipi*, ella aún seguía esperando, deseando asegurarse de que nadie se daría cuenta de su partida.

Acababa de percibir el fuerte olor de la lluvia en el aire cuando el silencio de la noche se vio roto de pronto por los ladridos de unas voces excitadas. Las voces sonaron lo bastante fuertes como para despertar a todo el mundo y segundos más tarde arrojaban las mantas a un lado para salir al exterior.

Algo había ocurrido. Todo el poblado estaba alarmado. Ella corrió por la avenida principal, junto con un grupo de personas que se dirigía hacia un gran incendio que parecía ser el centro de atención. Envuelta en aquel caos, buscó en vano a Bailando con Lobos, pero no pudo verle hasta que no se acercó lo suficiente al fuego.

Al desplazarse el uno hacia el otro, en medio de la gente, ella observó a nuevos indios amontonados junto al fuego. Había media docena de ellos. Otros aparecían tendidos sobre el suelo, algunos muertos y otros horriblemente heridos. Eran kiowas, amigos desde hacía mucho tiempo de los comanches y compañeros de caza.

Los seis hombres que no habían sido tocados parecían frenéticos y temerosos. Gesticulaban ansiosamente, hablando por señas con Diez Osos y dos o tres de sus más cercanos consejeros. Los que miraban permanecían callados y expectantes, observando cómo explicaban su historia los kiowas.

Ella y Bailando con Lobos ya casi estaban el uno al lado del otro cuando las mujeres empezaron a gritar. Un momento más tarde, la asamblea se deshizo cuando las mujeres y los niños echaron a correr hacia sus tiendas, atropellándose los unos a los otros en su pánico. Los guerreros hervían alrededor de Diez Osos y una sola palabra surgía de las bocas de todos. Una palabra que se extendía por todo el poblado del mismo modo que si la tormenta hubiera empezado a retumbar a través de los cielos oscuros.

Era una palabra que Bailando con Lobos ya conocía bien, pues la había

escuchado muchas veces en conversaciones e historias.

«*Pawnee*».

Teniendo a En Pie con el Puño en Alto a su lado se apretó más a los guerreros arremolinados alrededor de Diez Osos. Mientras observaban, ella le habló junto a la oreja, contándole lo que les había ocurrido a los kiowas.

Habían empezado siendo un grupo pequeño, de menos de veinte hombres, que andaban a la búsqueda del búfalo a unos quince kilómetros al norte del campamento comanche. Entonces fueron atacados por una gran partida de guerra pawnee, compuesta por lo menos por ochenta guerreros, o quizá más. Fueron atacados en la semipenumbra del atardecer y ninguno de ellos habría podido escapar de no haber sido por la oscuridad y un superior conocimiento del terreno. Habían protegido la retirada lo mejor que pudieron, pero al tratarse de un grupo tan numeroso, sólo era una cuestión de tiempo el que los pawnee localizaran este campamento. Era posible incluso que estuvieran ya tomando posiciones. En opinión de los kiowas sólo les quedaban unas pocas horas para prepararse. La conclusión evidente era que luego se produciría un ataque, probablemente al amanecer.

Diez Osos empezó a impartir órdenes que ni En Pie con el Puño en Alto ni Bailando con Lobos pudieron escuchar. Sin embargo, a juzgar por la expresión del anciano no cabía la menor duda de que se sentía muy preocupado. Diez de los más destacados guerreros de la tribu se habían marchado en compañía de Pájaro Guía y Cabello al Viento. Los hombres que quedaban eran buenos luchadores, pero si los pawnee eran ochenta, se verían peligrosamente sobrepasados en número.

La reunión mantenida alrededor de la hoguera se deshizo de una curiosa forma anárquica, con guerreros marchando en diferentes direcciones, en pos del hombre que, en opinión de cada uno, pudiera dirigirles mejor.

Bailando con Lobos tuvo una sensación incómoda. Todo parecía muy desorganizado. La tormenta que se avecinaba sobre ellos llegaba con rapidez y la lluvia parecía inevitable. Eso ayudaría a protegerlos de la aproximación de los pawnee.

Pero aquél era ahora su poblado y corrió detrás de Ternero de Piedra con un solo pensamiento en la mente.

—Te seguiré —le dijo cuando le alcanzó.

Ternero de Piedra le dirigió una mirada firme.

—Será una dura lucha —dijo—. Los pawnee nunca vienen a buscar caballos, sino sangre. —Bailando con Lobos asintió de todos modos con un gesto—. Toma tus armas y ven a mi tienda —le ordenó el anciano guerrero.

—Yo las traeré —se ofreció En Pie con el Puño en Alto y subiéndose el vestido por encima de las rodillas, echó a correr dejando a Bailando con Lobos libre para seguir a Ternero de Piedra.

Estaba tratando de calcular cuántas balas le quedaban para el rifle y su revólver de la Marina cuando de pronto recordó algo que le hizo detenerse en seco.

—Ternero de Piedra —gritó—. Ternero de Piedra.

El guerrero se detuvo, volviéndose hacia él.

—Tengo armas de fuego —dijo Bailando con Lobos precipitadamente—. Escondidas bajo tierra, en el fuerte del hombre blanco. Hay muchas armas.

Volvieron inmediatamente sobre sus pasos y regresaron junto a la hoguera.

Diez Osos seguía allí, interrogando a los cazadores kiowa.

Los pobres hombres, medio enloquecidos ya por el trauma de haber estado a punto de perder sus vidas, retrocedieron al ver a Bailando con Lobos y se necesitó una rápida explicación para calmarlos.

El rostro de Diez Osos se animó de pronto cuando Ternero de Piedra le dijo que había armas de fuego.

—¿Qué armas de fuego? —preguntó con ansiedad.

—Las de los soldados blancos..., rifles —contestó Bailando con Lobos.

Fue una decisión dura para Diez Osos. Aunque aprobaba la presencia de Bailando con Lobos, había algo en su vieja sangre comanche que no acababa de confiar en el hombre blanco. Las armas estaban en la tierra y tardarían tiempo en sacarlas. Los pawnee podían estar acercándose en aquellos momentos y necesitaba de todos los hombres disponibles para defender el poblado. Luego, había que considerar el largo trayecto a caballo hasta el fuerte del hombre blanco. Y la lluvia empezaría en cualquier momento.

Pero la lucha iba a ser cuerpo a cuerpo, y sabía que la posesión de armas de fuego constituiría una gran diferencia. Lo más probable era que los pawnee no dispusieran de muchas. Aún faltaban varias horas para el amanecer y disponían de tiempo suficiente para hacer el viaje de ida y vuelta al fuerte del bocapeluda.

—Las armas están en cajas..., cubiertas con madera —dijo Bailando con Lobos interrumpiendo sus pensamientos—. Sólo necesitamos unos pocos hombres y parihuelas para traerlas.

El anciano tenía que arriesgarse a jugar. Le dijo a Ternero de Piedra que se llevara a Bailando con Lobos, junto con otros dos hombres y seis ponis, cuatro para montar y dos para transportar las armas. Y les dijo que lo hicieran con rapidez. Cuando llegó a su tienda, «Cisco» ya estaba embridado y preparado. En el interior se había encendido una hoguera, y En Pie con el Puño en Alto estaba acucillada delante, mezclando algo en un pequeño cuenco.

Cerca de donde estaba ella, en el suelo, había dispuesto las armas de Bailando con Lobos, el rifle, el gran revólver de la Marina, el arco, el carcaj lleno de flechas y el cuchillo de hoja larga.

Él estaba cargando el revólver cuando ella le trajo el cuenco.

—Dame tu rostro —le ordenó.

Él permaneció quieto y ella introdujo uno de los dedos en la sustancia roja del cuenco.

—Esto es algo que tendrías que haber hecho tú, pero no dispones de tiempo y no sabes cómo hacerlo. Yo lo haré por ti.

Luego, con unos trazos rápidos y seguros, le dibujó una sola barra horizontal a través de la frente y dos verticales a lo largo de cada mejilla. Utilizando una pauta punteada sobreimpuso la huella de la pata de un lobo sobre las barras de una mejilla y retrocedió unos pasos para observar el resultado de su trabajo.

Asintió con un gesto de aprobación cuando Bailando con Lobos se colgó el arco y el carcaj sobre el hombro.

—¿Sabes disparar? —preguntó él.

—Sí —contestó En Pie con el Puño en Alto.

—Entonces toma esto —dijo él tendiéndole el rifle.

No hubo abrazos, ni palabras de despedida. Él salió al exterior, montó sobre «Cisco» de un salto y se marchó.

Cabalgaron alejándose del río, siguiendo la línea más recta posible a través de la pradera.

El cielo era terrorífico. Parecía como si cuatro tormentas estuvieran convergiendo en una sola. Los relámpagos destellaban a su alrededor como si se tratara de fuego de artillería.

Tuvieron que detenerse cuando se soltó una de las parihuelas de su aparejo. Mientras lo reparaban, a Bailando con Lobos se le ocurrió una idea escalofriante. ¿Y si no podía encontrar las armas? No había visto desde hacía mucho tiempo la costilla de búfalo que había utilizado como marcador. Aunque estuviera allí donde la había introducido en la tierra, sería difícil encontrarla. Gimió interiormente ante esta perspectiva.

Cuando llegaron al fuerte empezó a llover en goterones grandes y pesados. Les condujo hacia donde creía que estaba el lugar, pero no pudo ver nada en la oscuridad. Les dijo lo que tenían que buscar y el cuarteto desmontó de sus ponis y se puso a buscar un trozo de hueso grande, blanco y largo.

Ahora llovía con más fuerza y transcurrieron diez minutos sin hallar el menor rastro de la costilla. Se levantó viento y los relámpagos centelleaban a cada pocos segundos. La luz que arrojaban sobre el suelo se veía contrarrestada por el efecto enceguecedor que tenía sobre los hombres.

Después de veinte minutos angustiosos el corazón de Bailando con Lobos se hundió hasta lo más hondo. Ahora ya estaban revisando el terreno que habían revisado y seguían sin encontrar nada.

Luego, por encima del viento, la lluvia y la tormenta creyó escuchar un crujido

bajo uno de los cascos de «Cisco».

Bailando con Lobos llamó a los otros y se inclinó. Poco después, los cuatro hombres se habían arrodillado y tanteaban la tierra a ciegas.

De pronto, Ternero de Piedra se incorporó sosteniendo en la mano una larga costilla de búfalo.

Bailando con Lobos se situó en el lugar donde la había encontrado y esperó a que se produjera el siguiente relámpago. Cuando el cielo centelleó de nuevo, miró rápidamente hacia el viejo edificio de Fort Sedgewick y, utilizándolo como punto de referencia, empezó a moverse en dirección norte, avanzando paso a paso.

Unos pocos pasos más adelante, la pradera se puso esponjosa bajo una de sus botas y gritó, llamando a los demás. Los hombres se agacharon para ayudarle a excavar. La tierra cedió con rapidez y minutos más tarde tiraban de dos cajas largas de rifles, extrayéndolas de su tumba de barro.

Apenas llevaban media hora de camino de regreso cuando la tormenta alcanzó toda su virulencia descargando lluvia a torrentes. Era imposible ver nada, y los cuatro hombres que conducían las dos parihuelas tiradas por caballos a través de la llanura tuvieron que buscar a tientas su camino.

Pero ninguno de ellos olvidó ni por un instante la importancia de su misión, por lo que no se detuvieron un momento e hicieron el recorrido de regreso en un tiempo asombroso.

Cuando finalmente se encontraron a la vista del poblado, la tormenta ya había amainado. Por encima de ella, en el cielo turbulento, habían aparecido unas pocas y largas manchas de gris, y a través de los primeros y débiles rayos de luz pudieron ver que el poblado seguía estando a salvo.

Acababan de iniciar el descenso de la depresión que llevaba al campamento cuando una serie espectacular de relámpagos centellearon río arriba, iluminando el paisaje durante dos o tres segundos con la claridad de la luz del día.

Bailando con Lobos lo vio, y también lo vieron los demás.

Una larga hilera de jinetes estaba cruzando el río a poco menos de un kilómetro por encima del poblado.

Los relámpagos iluminaron de nuevo la escena y pudieron ver al enemigo que desaparecía por detrás de la maleza. El plan que pretendía llevar a cabo era evidente. Se aproximarían por el norte, utilizando la línea de follaje que se extendía a lo largo del río para acercarse hasta unos cien metros de distancia del poblado. Entonces, atacarían.

Los pawnee estarían en posición dentro de otros veinte minutos.

Había un total de veinticuatro rifles en cada caja. Bailando con Lobos, personalmente, se los fue entregando a los combatientes, reunidos alrededor de la

tienda de Diez Osos, al tiempo que el anciano daba las últimas instrucciones. Aunque sabía que el asalto principal procedería del río, era muy probable que el enemigo enviara una fuerza de distracción que atacaría desde la pradera abierta, dando así a los verdaderos atacantes la oportunidad de arrollar el poblado desde atrás. Designó a dos guerreros influyentes y un puñado de seguidores para que rechazaran la probable carga que se lanzaría desde la pradera.

Luego, le dio un golpecito en el hombro a Bailando con Lobos y los guerreros escucharon con atención mientras hablaba.

—Si fueras un soldado blanco —dijo el anciano con sequedad—, y tuvieras a tu disposición a todos estos hombres con armas de fuego, ¿qué es lo que harías? Bailando con Lobos lo pensó con rapidez.

—Me ocultaría en el poblado...

Unos gritos de desprecio surgieron de las bocas de los guerreros que lo habían escuchado. Diez Osos los tranquilizó levantando una mano y dirigiéndoles una advertencia.

—Bailando con Lobos no ha terminado aún su respuesta —dijo con firmeza.

—Me ocultaría en el poblado, detrás de las tiendas. Vigilaría sólo los matorrales del otro lado de río, y no los que puedan venir desde la pradera. Primero dejaría que el enemigo se pusiera al descubierto. Le haría creer que estamos luchando en la otra parte y que podría arrollar el campamento con facilidad. Entonces, haría que los hombres que se ocultan tras las tiendas salieran y gritaran. Haría que esos hombres cargaran contra el enemigo con cuchillos y mazas. Atraería al enemigo hacia el río y mataría a tantos que jamás volverían a seguir por este camino.

El anciano le había estado escuchando con atención. Después, levantó la vista, miró a sus guerreros y dijo en voz alta:

—Bailando con Lobos y yo tenemos la misma opinión.

Debemos matar a tantos de ellos que nunca más se les ocurra seguir este camino. Movámonos sin hacer ruido.

Los hombres se movieron sigilosamente por entre el poblado, llevando sus nuevos rifles, y tomaron posiciones detrás de las tiendas, de cara al río.

Antes de ocupar su lugar al lado de ellos, Bailando con Lobos se deslizó dentro de la tienda de Pájaro Guía. Los niños habían sido reunidos bajo las mantas. Las mujeres estaban a su lado, sentadas en silencio. Las esposas de Pájaro Guía sostenían palos sobre los regazos. En Pie con el Puño en Alto tenía su rifle. No dijeron nada, y Bailando con Lobos tampoco pronunció palabra. Sólo quería comprobar que estaban preparados.

Se deslizó por detrás del cobertizo y se detuvo detrás de su propia tienda. Era una de las situadas más cerca del río. Ternero de Piedra estaba al otro lado. Se hicieron un gesto de asentimiento el uno al otro y volvieron toda su atención hacia el terreno

abierto que se extendía delante de ellos. Formaba una ligera pendiente de unos cien metros antes de llegar a los matorrales.

Ahora, la lluvia era mucho más ligera, pero aún servía para impedirles la visibilidad. Las nubes bajas eran muy oscuras, y la media luz del amanecer casi no servía de nada. Podían ver muy poco, pero estaba seguro de que los enemigos se encontraban allí.

Bailando con Lobos miró la línea de *tipis*, a uno y otro lado de donde estaba. Había grupos de guerreros comanches detrás de cada tienda, esperando, con los rifles preparados. Hasta Diez Osos estaba allí.

Poco a poco, la luz fue haciéndose más intensa. Las nubes de tormenta empezaron a elevarse y la lluvia se fue con ellas. De repente, salió el sol y un momento más tarde empezó a levantarse vapor de la tierra, como niebla.

Bailando con Lobos miró intensamente hacia los matorrales y distinguió las formas oscuras de los hombres, moviéndose como espíritus a través de los sauces y los chopos.

Empezó a experimentar algo que no había sentido desde hacía mucho tiempo. Era algo intangible que hizo que sus ojos adquiriesen una tonalidad negra, que puso en marcha la maquinaria que ya no podía parar.

Aquellos hombres que se movían entre la niebla no le producían ningún temor, sin que importara lo grandes que fueran, lo elevado de su número o lo poderosos que fuesen. Ahora eran el enemigo, y estaban a la puerta de su casa. Quería luchar contra ellos. Ya casi no podía esperar más a luchar.

Por detrás de él sonaron unos disparos. La fuerza de diversión se había lanzado contra el pequeño grupo de defensores del otro frente.

A medida que aumentó el ruido de la lucha, sus ojos registraron la línea del frente. Unos pocos exaltados trataron de alejarse y echar a correr hacia donde se estaba produciendo la otra lucha, pero los guerreros más veteranos hicieron un buen trabajo al contenerlos y nadie se desmandó.

Su mirada volvió a registrar con intensidad los matorrales a los que se adhería la neblina.

Se acercaban con lentitud, algunos a pie, otros a caballo. Ahora subían por la ladera, como sombras enemigas que soñaran con una matanza.

La caballería pawnee avanzaba por detrás de los hombres que iban a pie y Bailando con Lobos los hubiera querido tener al frente. Quería que los hombres a caballo recibieran lo más nutrido del fuego.

«Traed los caballos —rogó en silencio—. Traedlos delante».

Miró a lo largo de la línea del poblado, confiando en que todos esperarían unos pocos segundos más y le sorprendió ver que había muchos ojos puestos en él. Seguían mirándole, como si esperaran una señal.

Bailando con Lobos levantó un brazo por encima de la cabeza.

Un agitado sonido gutural subió por la pendiente. Se fue haciendo más y más fuerte hasta atronar la tranquila mañana lluviosa. Los pawnee gritaban, lanzándose al ataque.

En ese momento, la caballería cargó, situándose por delante de los hombres que iban a pie.

Bailando con Lobos dejó caer el brazo y salió desde detrás de la tienda, con el rifle levantado. Los otros comanches le imitaron en seguida.

El fuego de sus armas alcanzó a los jinetes a una distancia de unos veinte metros y destrozó la carga de los pawnee con la misma limpieza con que un escalpelo corta la piel. Los hombres cayeron de sus caballos como juguetes zarandeados sobre una estantería y los que no fueron alcanzados quedaron aturridos por la conmoción producida por cuarenta rifles.

Los comanches contraatacaron, sin dejar de disparar, surgiendo por entre la pantalla de humo azulado, para lanzarse sobre el enemigo aturrido.

La carga fue tan furiosa que Bailando con Lobos arrolló al primer pawnee con el que se encontró, desmontándolo. Al rodar juntos sobre el suelo colocó el cañón del revólver sobre la cara del hombre y disparó.

Después de eso, disparó contra los atacantes allí donde los encontraba en la confusión y mató a dos más en una rápida sucesión.

Algo grande le golpeó con dureza desde atrás, casi haciéndole perder el equilibrio. Era uno de los ponis pawnee supervivientes. Le tomó la brida y saltó sobre su lomo.

Los pawnee eran como gallinas atacadas por lobos y ya empezaban a retroceder, tratando desesperadamente de regresar a la seguridad de los matorrales. Bailando con Lobos vio a un guerrero corpulento que corría para salvar su vida y cabalgó hacia él. Disparó contra la cabeza del hombre, pero se había quedado sin balas. Hizo girar el arma y golpeó al guerrero que huía con la culata del revólver. El pawnee cayó justo delante de él y Bailando con Lobos sintió cómo los cascos del poni pisoteaban el cuerpo al pasar por encima.

Por delante de él, otro pawnee, con la cabeza rodeada por una brillante bufanda roja, se estaba levantando del suelo y se disponía a huir también hacia los matorrales.

Bailando con Lobos hundió con fuerza los pies en los flancos del poni y al acercarse se lanzó contra el hombre de la bufanda, agarrándole por la cabeza.

El impulso les hizo recorrer los últimos metros de espacio abierto y chocaron con dureza contra un gran chopo. Bailando con Lobos sujetó al hombre por ambos lados de la cabeza y golpeó su cráneo contra el tronco del árbol una y otra vez, hasta que se dio cuenta de que los ojos del hombre estaban muertos. Una rama baja del tronco había ensartado al pawnee como si fuera un trozo de carne en un asador.

Al apartarse de aquella vista capaz de amilanar a cualquiera, el hombre muerto cayó pesadamente hacia adelante, con los brazos lastimosamente colgando contra Bailando con Lobos, como si quisiera abrazar a quien lo había matado. Bailando con Lobos se apartó más y el cuerpo cayó de bruces al suelo.

En ese instante se dio cuenta de que el griterío de la lucha había dejado de escucharse.

La lucha había terminado.

Sintiéndose repentinamente débil, avanzó tambaleante a lo largo del borde de los matorrales, tomó el sendero principal y descendió hacia el río, sorteando los cadáveres de los pawnee.

Una docena de comanches montados, con Ternero de Piedra entre ellos, perseguían a los restos de la fuerza pawnee más allá del otro lado del río.

Bailando con Lobos se quedó mirando hasta que aquellas pequeñas escaramuzas desaparecieron de su vista. Luego, regresó lentamente. Mientras subía por la ligera pendiente pudo escuchar gritos. Al llegar a la cresta de la pendiente, el campo de batalla que había ocupado hacía poco se abrió ante él.

Parecía como un picnic abandonado apresuradamente.

Había restos desparramados por todas partes. Y un gran número de cadáveres pawnee. Los guerreros comanches se movían entre ellos, llenos de excitación.

—Yo he matado a éste —gritaba alguien.

—Éste todavía respira —anunciaba otro urgiendo a quien estuviera más cerca a que le ayudara a acabar con él.

Las mujeres y los niños habían salido de las tiendas y ahora se estaban desparramando por el campo de batalla. Algunos de los cuerpos estaban siendo mutilados.

Bailando con Lobos permaneció allí, quieto, demasiado fatigado como para alejarse, sintiendo demasiadas náuseas como para continuar.

Uno de los guerreros lo vio y gritó:

—¡Bailando con Lobos!

Antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, se vio rodeado por los guerreros comanches, que le empujaron hacia el campo de batalla como si fuera un guijarro arrastrado por hormigas cuesta arriba. Y mientras lo hacían, cantaban su nombre. Aturdido, dejó que lo llevaran de ese modo, incapaz de comprender la intensa felicidad que experimentaban aquellos hombres. Se sentían muy contentos con la muerte y la destrucción que yacían a sus pies, y eso era algo que Bailando con Lobos no podía comprender.

Pero mientras estaba allí de pie, escuchándoles gritar su nombre, comprendió por fin. Él nunca había participado en esta clase de lucha, pero poco a poco empezó a considerar la victoria de una nueva forma.

Esta matanza no se había cometido en nombre de ningún oscuro objetivo político. No había sido una batalla por la posesión de territorios o riquezas, o para liberar a los hombres. Esta batalla no tenía ego.

Se había librado para proteger los hogares que se alzaban a pocos pasos de distancia. Y para proteger las vidas de las esposas y los hijos y personas amadas acurrucados en su interior. Aquella lucha se había librado para preservar las reservas de alimentos que les permitiría pasar el invierno, reservas que todos habían contribuido a reunir con su duro trabajo.

Aquello constituía una gran victoria personal para cada uno de los miembros de la tribu.

De pronto, se sintió orgulloso de escuchar su nombre que estaba siendo gritado y cuando volvió a enfocar la mirada, la bajó y reconoció a uno de los hombres que había matado.

—Yo disparé contra éste —gritó.

Y alguien le gritó junto a su oreja:

—Sí, yo vi cómo le disparabas.

Poco después, Bailando con Lobos marchaba con ellos, pronunciando los nombres de los compañeros comanches a medida que los reconocía.

La luz del sol se fue extendiendo sobre el poblado, y los guerreros iniciaron espontáneamente una danza de la victoria, exhortándose los unos a los otros con palmadas en la espalda y gritos de triunfo, mientras se divertían ruidosamente sobre el campo de batalla cubierto de pawnees muertos.

La fuerza que defendía el otro frente del poblado había muerto a dos enemigos más. En total, sobre el campo de batalla quedaron veintidós cuerpos. Entre los matorrales se encontraron otros cuatro más, y el grupo perseguidor de Ternero de Piedra se las arregló para matar a otros tres. Nadie sabía cuántos habían logrado huir heridos.

Siete comanches habían resultado heridos, aunque sólo dos de ellos de gravedad. Pero el verdadero milagro lo constituía el número de muertos. Ni un solo guerrero comanche había resultado muerto. Ni siquiera los ancianos fueron capaces de recordar una victoria tan grande.

El poblado se deleitó con su triunfo durante dos días. Todos los hombres se vieron colmados de honores, pero hubo un guerrero que fue exaltado por encima de todos los demás: Bailando con Lobos.

A lo largo de los meses que había pasado en las llanuras, la percepción que tenían los nativos de él había cambiado en numerosas ocasiones. Ahora, el círculo se había cerrado. Ahora se le consideraba de una forma bastante cercana a la idea original. Nadie se adelantó para declarar que era un dios, pero en la vida de aquellas personas

se convirtió en lo más cercano posible a un dios.

Los hombres jóvenes rondaban todo el día alrededor de su tienda. Las muchachas flirteaban abiertamente con él. Su nombre estaba en los pensamientos de todos. Ninguna conversación, fuera cual fuese el tema, se desarrollaba sin que, de una u otra forma, se hiciera mención de Bailando con Lobos.

El espaldarazo definitivo procedió de Diez Osos. En un gesto no conocido hasta entonces, le regaló al héroe una pipa de su propia tienda.

A Bailando con Lobos le encantó la atención, aunque no hizo nada por estimularla. Aquella celebridad instantánea y duradera ejercía una presión sobre su disponibilidad de tiempo. Ahora parecía que siempre hubiese alguien cerca de él. Lo peor de todo fue que eso le proporcionó muy poca intimidad para estar con En Pie con el Puño en Alto.

De todos los presentes en el campamento, él fue quizá el que más aliviado se sintió con el regreso de Pájaro Guía y Cabello al Viento.

Después de haber seguido durante varias semanas el sendero de la guerra, aún tenían que enfrentarse con el enemigo cuando, inopinadamente, se vieron sorprendidos por las primeras nevadas en las estribaciones de una cadena montañosa.

Interpretando aquello como una señal de un invierno adelantado y feroz, Pájaro Guía reunió a los miembros de la expedición y emprendieron el regreso con rapidez para hacer los preparativos de la gran emigración hacia el sur.

Capítulo 27

Si la partida tuvo algunas dudas por tener que regresar con las manos vacías, éstas desaparecieron ante las increíbles noticias de la completa derrota de los pawnee. Uno de los efectos secundarios inmediatos del regreso de los que se habían marchado fue la disminución de la celebridad a la que Bailando con Lobos se había visto sometido. No fue por ello menos honrado, pero debido a su posición, tradicionalmente más elevada, una buena parte de la atención se desplazó hacia Pájaro Guía y Cabello al Viento, y se restableció algo bastante similar a la vieja rutina.

Aunque no hizo ninguna demostración pública de ello, Pájaro Guía quedó asombrado al observar el progreso de Bailando con Lobos. Su valentía y habilidad para repeler el ataque de los pawnee era algo que no se podía pasar por alto, pero lo que verdaderamente conmovió al chamán fue su progreso como comanche, sobre todo en su dominio del lenguaje.

Él sólo había pretendido aprender algo de la raza blanca y era duro, incluso para un hombre de la experiencia de Pájaro Guía, aceptar el hecho de que este soldado blanco solitario, que hacía pocos meses no había visto nunca a un indio, se hubiera convertido ahora en un comanche.

Pero aún más difícil de creer fue que se hubiese convertido en líder de otros comanches. Sin embargo, la evidencia estaba allí, delante de todos: en los hombres jóvenes que le buscaban y en la forma que tenían todos de hablar de él. Pájaro Guía era incapaz de imaginarse cómo podía haber sucedido todo eso. Finalmente, llegó a la conclusión de que formaba parte del Gran Misterio que rodeaba al Gran Espíritu.

Fue una verdadera suerte que él aceptara estos cambios tan rápidos, porque eso ayudó a preparar el camino para la otra sorpresa que le esperaba. Su esposa le habló de ello mientras estaban en la cama, durante su primera noche después del regreso.

—¿Estás segura de eso? —preguntó él, totalmente confundido—. Me resulta difícil creerlo.

—Cuando los veas juntos, lo sabrás —susurró ella confiadamente—. Todos han podido verlo.

—¿No te parece una buena cosa?

Su esposa contestó la pregunta con una risita.

—¿No es siempre una buena cosa? —replicó, apretándose un poco más contra él.

Lo primero que hizo Pájaro Guía a la mañana siguiente fue aparecer ante la tienda de la nueva celebridad. Su rostro aparecía tan nublado que Bailando con Lobos se sintió desconcertado.

Intercambiaron unos saludos y se sentaron.

Bailando con Lobos acababa de empezar a preparar su nueva pipa cuando Pájaro Guía, en un despliegue insólito de mala educación, interrumpió a su anfitrión.

—Estás hablando bien —dijo.

Bailando con Lobos dejó de introducir el tabaco en la pipa.

—Gracias —dijo—. Me gusta hablar comanche.

—Entonces, dime..., ¿qué es eso que hay entre tú y En Pie con el Puño en Alto?

A Bailando con Lobos casi se le cayó la pipa de entre las manos. Balbuceó unos sonidos ininteligibles antes de poder decir algo coherente.

—¿Qué quieres decir?

El rostro de Pájaro Guía enrojeció de enojo y volvió a hacer una pregunta similar.

—¿Hay algo entre tú y ella?

A Bailando con Lobos no le gustó su tono de voz. La contestación que le dio tuvo el tono de un desafío.

—La amo.

—¿Quieres casarte con ella?

—Sí.

Pájaro Guía se quedó pensativo. Podría haberse opuesto al amor por el amor, pero no podía encontrar nada que desaprobar mientras ese amor se cobijara en el matrimonio.

Se levantó.

—Espera aquí, en la tienda —dijo con firmeza.

El chamán se marchó antes de que Bailando con Lobos pudiera replicar.

En cualquier caso, él habría contestado afirmativamente. La actitud brusca de Pájaro Guía le hizo sentir mucho miedo y se quedó sentado donde estaba.

Pájaro Guía pasó por las tiendas de Cabello al Viento y Ternero de Piedra, quedándose unos cinco minutos en cada *tipi*.

Al regresar a su propia tienda se descubrió a sí mismo sacudiendo la cabeza de nuevo. De algún modo, había esperado que sucediera esto. A pesar de todo, seguía pareciéndole desconcertante.

«¡Ah, el Gran Misterio! —exclamó con un suspiro para sus adentros—. Siempre intento verlo llegar, pero nunca lo consigo».

Ella estaba sentada en la tienda cuando él entró.

—En Pie con el Puño en Alto —le espetó, llamando inmediatamente su atención—. Ya no eres viuda.

Y tras decir estas palabras, salió de la tienda y se dirigió en busca de su poni favorito. Necesitaba salir a dar un largo paseo en solitario.

Bailando con Lobos no llevaba mucho tiempo esperando cuando Cabello al Viento y Ternero de Piedra aparecieron delante de su tienda. Pudo verles echar un vistazo al interior.

—¿Qué estás haciendo ahí dentro? —preguntó Cabello al Viento.

—Pájaro Guía me dijo que esperara.

Ternero de Piedra sonrió con malicia.

—Pues entonces es posible que tengas que esperar mucho rato —dijo con una risita—, porque Pájaro Guía salió a cabalgar por la pradera hace un momento y daba la impresión de que se lo iba a tomar muy tranquilamente.

Bailando con Lobos no supo qué hacer o decir. Observó entonces una sonrisa de satisfacción en el rostro de Cabello al Viento.

—¿Podemos entrar? —preguntó con timidez el corpulento guerrero.

—Sí, por favor..., por favor, sentaos.

Los dos visitantes se acomodaron delante de Bailando con Lobos. Parecían tan presumidos como dos escolares.

—Estoy esperando a Pájaro Guía —dijo él con rapidez—. ¿Qué es lo que queréis? Cabello al Viento se inclinó un poco hacia delante. Seguía mostrando una actitud presumida y sonriente.

—Se dice por ahí que quieres casarte.

El rostro de Bailando con Lobos empezó a cambiar de color. En apenas unos segundos pasó de un ligero rubor rosado al más profundo de los rojos. Sus dos invitados se echaron a reír.

—¿Con quién? —preguntó febrilmente.

Los guerreros compartieron entonces expresiones de duda.

—Con En Pie con el Puño en Alto —contestó Cabello al Viento—. Eso es lo que hemos oído decir. ¿Acaso no se trata de ella?

—Ella está en duelo —balbuceó él—. Es una...

—Hoy ya no —le interrumpió Ternero de Piedra—. Hoy ha sido liberada. Pájaro Guía lo hizo.

Bailando con Lobos se tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—¿Lo hizo?

Los dos hombres asintieron, ahora más serios, y Bailando con Lobos se dio cuenta de que ahora era legítimo seguir adelante con la idea del matrimonio. Su matrimonio.

—¿Qué tengo que hacer?

Sus visitantes se quedaron observando el interior de la tienda casi vacía, con

expresiones severas. Terminaron su breve inspección sacudiendo la cabeza al mismo tiempo, con tristeza.

—Eres muy pobre, amigo mío —dijo Cabello al Viento—. No sé si podrás casarte. Tienes que entregar algunas cosas, y yo no veo muchas por aquí.

Bailando con Lobos miró a su alrededor y su expresión también se fue entristeciendo por segundos.

—No, no tengo muchas cosas —admitió. Hubo un breve silencio—. ¿No podéis ayudarme? —preguntó al fin.

Los dos hombres aprovecharon la escena en todo lo que valía. Ternero de Piedra retorció la boca en un gesto con el que daba a entender que no se comprometía a nada. Cabello al Viento bajó la cabeza y se acarició una ceja.

Después de un prolongado silencio que fue muy angustioso para Bailando con Lobos, Ternero de Piedra emitió un profundo suspiro y le miró directamente a los ojos.

—Es posible —dijo.

Cabello al Viento y Ternero de Piedra pasaron un buen día. Se lo pasaron muy bien a costa de Bailando con Lobos, sobre todo a causa de las divertidas expresiones de su rostro, mientras recorrían el poblado haciendo tratos sobre caballos.

Normalmente, las bodas son ocasiones tranquilas, pero la singularidad de los novios, junto al hecho de que estuviera tan cercana la gran victoria alcanzada sobre los pawnee hizo que todos se sintieran muy bulliciosos, llenos de buena voluntad y expectativa.

La gente estaba ávida por participar en la novedad de hacer una colecta para Bailando con Lobos. De hecho, todo el poblado quiso participar en ello.

Quienes poseían muchos caballos se sintieron muy felices de aportar una contribución. Hasta las familias más pobres quisieron entregar unos animales de los que no podían prescindir. Fue duro tener que rechazar las ofertas de esas personas, pero así lo hicieron.

Como formando parte de un plan preestablecido, los contribuyentes procedentes de todas las partes del poblado empezaron a traer caballos a la caída del crepúsculo y para cuando apareció la estrella de la noche delante de la tienda de Bailando con Lobos había reunidos más de veinte buenos caballos.

Con Ternero de Piedra y Cabello al Viento actuando como padrinos, el novio tomó la reata de ponis y la llevó a la tienda de Pájaro Guía, atándola en el exterior.

La generosidad de sus compañeros le resultaba profundamente conmovedora. Pero deseando dejar algo propio y querido, se quitó la funda del gran revólver de la Marina y dejó el arma fuera de la entrada.

Luego, regresó a su propia tienda, y envió a sus padrinos en su nombre, disponiéndose a pasar una caprichosa noche de espera.

Al amanecer, se deslizó fuera de su tienda y echó un vistazo hacia la de Pájaro Guía. Cabello al Viento le había dicho que si la propuesta era aceptada, los caballos ya no estarían allí. En caso contrario, los encontraría aún delante de la tienda.

Los caballos no estaban.

Durante la hora siguiente se estuvo preparando para hacerse presentable. Se afeitó con mucho cuidado, sacó brillo a las botas, limpió el peto de hueso y se aceitó el cabello.

Acababa de terminar todos estos preparativos cuando escuchó la voz de Pájaro Guía llamándole desde el exterior.

—Bailando con Lobos.

Deseando no encontrarse tan solo en ese momento, el novio se agachó y salió de su tienda.

Pájaro Guía le estaba esperando allí, con un aspecto extraordinariamente elegante, con sus mejores galas. Unos pocos pasos por detrás de él estaba En Pie con el Puño en Alto. Y detrás de ellos se había reunido todo el poblado, que los observaba con solemnidad.

Intercambió unos saludos formales con el chamán y escuchó con atención mientras Pájaro Guía se enfrascó en un discurso acerca de lo que se esperaba de un esposo comanche.

Bailando con Lobos no podía apartar la mirada de la diminuta figura de su novia. Ella permanecía de pie, inmóvil, con la cabeza ligeramente inclinada. Llevaba puesto el buen vestido de gamo, con los dientes de alce sobre su corpiño. En los pies se había vuelto a poner los mocasines especiales y alrededor del cuello lucía un pequeño collar de hueso.

Mientras Pájaro Guía hablaba, ella sólo levantó la mirada en una ocasión y al ver la expresión de su rostro Bailando con Lobos se sintió tranquilizado y seguro de sí mismo. Nunca se cansaría de contemplarla.

Parecía como si Pájaro Guía no fuera a parar de hablar, pero finalmente lo hizo.

—¿Has escuchado todo lo que he dicho? —le interrogó el chamán.

—Sí.

—Bien —murmuró Pájaro Guía.

Luego, se volvió hacia En Pie con el Puño en Alto y le dijo que se adelantara. Ella así lo hizo, con la cabeza todavía agachada. Pájaro Guía la tomó de la mano. Se la pasó a Bailando con Lobos y le dijo que la llevara al interior de la tienda.

El matrimonio se consumó cuando ambos pasaron por la entrada. Una vez que lo hubieron hecho, todos los presentes se alejaron tranquilamente, dirigiéndose a sus hogares.

Durante toda la tarde, la gente del campamento de Diez Osos acudió en pequeños grupos para depositar regalos ante la entrada de la tienda de los recién casados,

quedándose apenas el tiempo suficiente para dejarlos. A la puesta del sol se había amontonado una cantidad impresionante de objetos ante la tienda.

Era como un día de Navidad del hombre blanco.

Por el momento, este hermoso gesto de la comunidad fue totalmente ignorado por la nueva pareja. El día de su boda no tenían que ver ni a la gente ni sus regalos porque ese día se quedaban en su hogar, y la entrada de la tienda permanecía cerrada.

Capítulo 28

Dos días después de la boda se convocó un consejo. Las recientes y fuertes lluvias, que habían caído al final de la estación, habían renovado el ya escaso pasto, y se decidió retrasar el traslado invernal en beneficio de la manada de ponis. Al quedarse un poco más, los caballos podrían engordar unos pocos kilos adicionales, que podrían llegar a ser cruciales para pasar luego el invierno. Así pues, la tribu se quedaría otras dos semanas más en el campamento de verano.

A nadie le agradó más esta decisión que a En Pie con el Puño en Alto y a Bailando con Lobos. Ellos se pasaron el primer día de su matrimonio como flotando descuidadamente, y no deseaban que se interrumpiera ese ritmo especial. Abandonar la cama ya era bastante duro. Tener que recoger sus cosas y marchar a lo largo de cientos de kilómetros, formando parte de una larga y ruidosa columna, era algo impensable por el momento.

Habían decidido intentar que ella se quedara embarazada, y la gente que pasaba cerca de la tienda raras veces veía la entrada abierta.

Cuando Bailando con Lobos aparecía, sus compañeros se dedicaban invariablemente a tomarle el pelo. Caballo al Viento fue particularmente despiadado en sus burlas. Si Bailando con Lobos pasaba a verle para fumar un poco, se veía saludado invariablemente con alguna pregunta indiscreta sobre el estado de salud de su virilidad, o con un gesto burlón exagerado por verle fuera de la cama. Cabello al Viento incluso trató de endosarle el apodo de Una Abeja, en una clara alusión a su interminable polinización de una sola flor, aunque, afortunadamente para el nuevo esposo, el apodo no tuvo éxito entre los demás. Bailando con Lobos dejaba que las bromas le resbalaran por la espalda. El hecho de tener a su lado a la mujer que deseaba le hacía invencible y nada podía causarle el menor daño.

La vida que hacía fuera de la tienda era profundamente satisfactoria. Salía a cazar todos los días, casi siempre con Cabello al Viento y Ternero de Piedra. Los tres se habían hecho grandes amigos y era raro ver que uno de ellos se marchara sin ir acompañado por los otros dos.

Las conversaciones con Pájaro Guía continuaron. Ahora eran fluidas y no había límites a los temas de que trataban. El apetito de Bailando con Lobos para aprender

excedía con mucho el de Pájaro Guía, y el chamán era el que más hablaba sobre toda clase de cosas, desde la historia de la tribu, hasta la curación por las hierbas. Se sentía muy animado al ver el profundo interés que demostraba su alumno por el espiritualismo, y más que contento por satisfacer aquel apetito. La religión comanche es muy sencilla, basada, como está, en el ambiente natural de los animales y los elementos que los rodeaban. La práctica de la religión, en cambio, es compleja. Está llena de rituales y tabúes, de tal modo que sólo hablar de este tema mantenía ocupados a los hombres.

Su nueva vida era más rica que nunca, y eso se reflejaba en la forma en que Bailando con Lobos se comportaba. Sin hacer aspavientos de ello, estaba perdiendo su ingenuidad, sin abandonar por ello su encanto personal. Se iba haciendo más masculino, sin abandonar su chispa, y se iba instalando suavemente en su nuevo papel de miembro de la comunidad sin perder el sello de su personalidad característica.

Pájaro Guía, siempre sintonizado con el alma de las cosas, se sentía inmensamente orgulloso de los progresos de su protegido y una noche, tras un paseo que habían dado después de cenar, colocó una mano sobre su hombro y dijo:

—Hay muchos senderos en esta vida, pero son pocos los hombres capaces de seguir aquel que más importa..., ni siquiera los hombres comanches. Es el sendero del verdadero ser humano. Creo que tú lo estás siguiendo. Y para mí es bueno verlo así. Le hace mucho bien a mi corazón.

Bailando con Lobos memorizó estas palabras tal y como se las dijo, y las atesoró siempre. Pero no se las dijo a nadie, ni siquiera a En Pie con el Puño en Alto. Las convirtió en parte de su medicina privada.

Faltaban sólo unos pocos días para el gran traslado cuando Pájaro Guía acudió una mañana y dijo que iba a cabalgar hasta un lugar especial. El viaje de ida y vuelta le llevaría todo el día y parte de la noche, pero si Bailando con Lobos quería ir, sería bien recibido.

Cortaron a través del corazón de la pradera, cabalgando durante varias horas en dirección sudeste. La enormidad del espacio que invadían les hacía sentirse humildes, y ninguno de los dos dijo gran cosa durante el trayecto.

Cerca del mediodía giraron hacia el sur y una hora más tarde los ponis estaban en lo alto de una larga escarpadura que descendía a lo largo de más de un kilómetro hasta llegar al río.

Podían ver el color y la forma del curso de agua extendiéndose hacia el este y el oeste. Pero el río había desaparecido por delante de donde se encontraban.

Lo impedía ver un bosque gigantesco que hacía de pantalla.

Bailando con Lobos parpadeó varias veces, como si tratara de solucionar un

milagro. Desde la distancia, resultaba difícil juzgar las alturas con exactitud, pero sabía que aquellos árboles eran muy altos. Algunos debían de tener veinte o veinticinco metros.

El bosque se extendía hacia el río durante más de un kilómetro, y su enormidad contrastaba vívidamente con el paisaje llano y vacío que se observaba por todas partes. Aquello era como la caprichosa creación de un espíritu misterioso.

—¿Es real este lugar? —preguntó medio en broma.

Pájaro Guía le sonrió.

—Quizá no. Para nosotros es un lugar sagrado..., incluso para algunos de nuestros enemigos. Se dice que la caza se renueva a sí misma a partir de aquí. Los árboles cobijan a todos los animales creados por el Gran Espíritu. Se dice que fue aquí donde se incubaron cuando empezó la vida y que regresan constantemente al lugar donde nacieron. Hacía mucho tiempo que no venía por aquí. Daremos de beber a los caballos y echaremos un vistazo.

Al acercarse más, el espectro de los bosques se hizo más poderoso; Bailando con Lobos se sintió muy pequeño en cuanto se introdujeron en el bosque. En ese momento pensó en el Jardín del Edén.

Pero cuando los árboles empezaron a cerrarse a su alrededor, los dos hombres se dieron cuenta de que algo andaba mal.

No se escuchaba ningún sonido.

—Está todo muy quieto —observó Bailando con Lobos.

Pájaro Guía no dijo nada. Escuchaba y observaba con la firmeza de un gato.

El silencio era sofocante mientras ellos se introducían más y más en el interior del bosque y Bailando con Lobos se dio cuenta, con un estremecimiento, que sólo una cosa podía producir este vacío de sonido. Era capaz de oler su aroma. Percibía su gusto en la punta de la lengua.

La muerte estaba en el aire.

Pájaro Guía se detuvo de improviso. El sendero se había ampliado y cuando Bailando con Lobos miró por encima del hombro de su mentor, se quedó aturdido ante la belleza de lo que vio.

Por delante de ellos había un terreno abierto. Los árboles aparecían espaciados a intervalos, dejando entre ellos el espacio suficiente como para alojar todas las tiendas, personas y caballos del campamento de Diez Osos. La luz del sol penetraba hasta el suelo del bosque en grandes manchas cálidas.

Se imaginó una escena de utopía fantástica, donde la gente de una raza santa llevaba una vida tranquila en concordancia con todas las cosas vivientes.

La mano del hombre no podía hacer nada que rivalizara con la belleza y la grandeza de esta catedral al aire libre.

La mano del hombre, sin embargo, sí podía destruirlo. Y la prueba de ello ya

estaba allí.

El lugar había sido horriblemente profanado.

Había árboles de todos los tamaños caídos allí donde se los había hecho caer, algunos incluso unos encima de otros, como si fueran palillos de dientes desparramados sobre un mantel. A la mayoría de ellos no les habían quitado las ramas y no pudo ni imaginarse con qué propósito habían sido cortados.

Hicieron avanzar a sus ponis y, al hacerlo, Bailando con Lobos percibió el sonido de un zumbido.

Al principio, creyendo que eran abejas o avispas, levantó la mirada hacia los árboles, pero el sonido no le llegaba desde arriba, sino desde abajo. Y lo producían las alas de incontables miles de moscas enfrascadas en un festín.

Mirara donde mirase, el suelo contenía cuerpos, o trozos de cuerpos. Había animales pequeños, tejones, mofetas y ardillas. La mayoría de ellos aparecían intactos. A algunos les faltaban las colas. Permanecían pudriéndose allí donde habían caído a balazos, sin ninguna otra razón aparente que la de servir como práctica de tiro al blanco.

Los principales objetos del genocidio eran los venados desparramados a su alrededor. Unos pocos de los cuerpos estaban enteros, aunque sólo los más pequeños. La mayoría estaban mutilados.

Ojos apagados y muertos le miraron fijamente desde cabezas que habían sido cortadas salvajemente por el cuello. Algunas de ellas yacían aisladas sobre el suelo del bosque. Otras habían sido arrojadas al azar, formando montones de hasta media docena.

En uno de los lugares, las cabezas cortadas se habían colocado nariz contra nariz, como si estuvieran sosteniendo una conversación. Se suponía que aquello debía tener humor.

Las patas eran todavía más grotescas. También las habían cortado de los cuerpos que antes sostenían. Lentas en su descomposición, su aspecto era brillante y hermoso, como si todavía estuvieran en buen estado de funcionamiento.

Pero era triste: los delicados cascos hendidos y las patas graciosas y cubiertas de pelaje... que no conducían a ninguna parte. Las extremidades se habían colocado de pie en pequeños grupos, como pilas de leña, y si se hubiera molestado en contar habrían superado los cien.

Los hombres se sentían cansados, después de tanto cabalgar, pero ninguno de los dos hizo el menor movimiento por desmontar. Siguieron cabalgando.

Un lugar más bajo en el gran claro reveló la existencia de cuatro decrepitas cabañas levantadas una junto a la otra; eran como cuatro feos barracones que se estuvieran ulcerando sobre el suelo del bosque.

Al parecer, a los hombres que habían cortado tantos árboles se les había agotado

toda clase de ambición como constructores. Pero aunque se hubieran aplicado a la tarea, el resultado habría sido probablemente el mismo. Los habitáculos que se las habían arreglado para levantar eran escuálidos, incluso en su concepción.

Aquel lugar no era, en ningún caso, un sitio donde vivir.

Alrededor de las horribles cabañas se veían botellas de whisky, arrojadas en cualquier sitio en cuanto se acababa su contenido. También había una gran multitud de otros objetos, una taza rota, un cinturón a medio reparar, la culata destrozada de un rifle, todo ello abandonado allí donde hubiese caído.

En el suelo, entre dos de las cabañas, descubrieron un montón de trampas atadas, sin usar.

Detrás de los barracones vieron un pozo bastante ancho, lleno hasta rebosar con los torsos putrefactos de los animales masacrados, sin pellejos, sin patas y sin cabezas.

El zumbido de las moscas era tan fuerte que Bailando con Lobos tuvo que gritar para hacerse oír.

—¿Esperamos a estos hombres?

Pájaro Guía no quería gritar y acercó su poni al de Bailando con Lobos.

—Hace ya una semana que se han marchado, quizá más. Daremos de beber a los caballos y regresaremos a casa.

Durante la primera hora del viaje de regreso ninguno de los dos hombres pronunció una sola palabra. Pájaro Guía miraba fijamente hacia adelante, con expresión apenada, mientras que Bailando con Lobos miraba el suelo, avergonzado de la raza blanca a la que él pertenecía y pensando en el sueño que había tenido en el cañón antiguo.

No había hablado con nadie al respecto, pero ahora tuvo la sensación de que debía hacerlo. Ahora ya no le parecía tanto un sueño. Podría haber sido una visión. Cuando se detuvieron para dar un respiro a los caballos, le contó a Pájaro Guía el sueño que todavía guardaba fresco en su mente, sin ahorrarse ninguno de los detalles.

El chamán escuchó la prolongada narración de Bailando con Lobos sin interrumpirle una sola vez. Cuando hubo terminado, se quedó mirando fijamente al suelo.

—¿Y todos nosotros estábamos muertos?

—Todos los que estaban presentes —contestó Bailando con Lobos—, pero yo no os vi a todos. A ti, por ejemplo, no te vi.

—Diez Osos debería escuchar ese sueño —dijo Pájaro Guía.

Volvieron a montar en los caballos y avanzaron con rapidez por la pradera, llegando de regreso al campamento poco después de la puesta del sol.

Los dos hombres hicieron su informe sobre la profanación del bosque sagrado, un hecho que sólo podría haber sido obra de una gran partida de cazadores blancos. Los

animales muertos encontrados en el bosque eran, sin lugar a dudas, un efecto secundario. Probablemente, los cazadores iban detrás de los búfalos y los habrían exterminado a mucha mayor escala.

Diez Osos asintió unas pocas veces con la cabeza, mientras se le transmitía el informe. Pero no hizo preguntas.

A continuación, Bailando con Lobos recitó por segunda vez su extraño sueño.

El anciano siguió sin decir nada, con una expresión tan inescrutable como siempre. Una vez que Bailando con Lobos hubo terminado tampoco hizo ningún comentario. En lugar de eso, tomó la pipa y dijo:

—Fumemos una pipa pensando en eso.

Bailando con Lobos tuvo la idea de que Diez Osos estaba pensando en todo lo que le habían dicho, pero cuando pasaron la pipa, se sintió impaciente y ávido por sacarse algo del pecho.

—Quisiera decir algo más —dijo finalmente.

El anciano asintió con un gesto.

—Cuando Pájaro Guía y yo empezamos a hablar —empezó a decir Bailando con Lobos— se me hizo una pregunta para la que yo no tenía respuesta. Pájaro Guía me preguntó: «¿Cuántos hombres blancos vendrán?», y yo le contesté: «No lo sé». Eso es cierto. No sé cuántos hombres blancos vendrán. Pero lo que sí puedo decir es que creo que serán muchos.

»Los blancos son muchos, muchos más de los que podría contar cualquiera de nosotros. Si quieren haceros la guerra, la harán con miles de soldados bocapeludas. Esos soldados tendrán grandes armas de fuego capaces de disparar contra un campamento y destruir todo lo que hay en él.

»Hace que me sienta temeroso, incluso de mi sueño, porque sé que entonces se convertiría en una realidad. No puedo decir qué es lo que se puede hacer. Pero yo procedo de la raza blanca y los conozco bien. Ahora les conozco en algunos aspectos que antes no conocía. Y me siento temeroso por la suerte de todos los comanches.

Diez Osos había estado asintiendo con gestos mientras Bailando con Lobos decía estas palabras, aunque sin dar a entender cómo se las tomaba.

El jefe se puso en pie y caminó unos pocos pasos por la tienda, deteniéndose cerca de la cama. Levantó las manos hacia el aparejo de la tienda situado por encima, bajó de allí un bulto del tamaño de un melón y regresó junto a la hoguera.

Volvió a sentarse con un gruñido.

—Creo que tienes razón —le dijo a Bailando con Lobos—. Resulta difícil saber qué debemos hacer. Soy un anciano que ha pasado muchos inviernos y ni siquiera yo estoy seguro de saber lo que debemos hacer cuando se trata del pueblo blanco y de sus soldados bocapeludas. Pero déjame que te enseñe algo.

Sus dedos nudosos tiraron de la cuerda que ataba el fardo y en un momento éste

estuvo abierto. Apartó los lados del saco y poco a poco dejó al descubierto un trozo de metal oxidado, que tenía aproximadamente el tamaño de la cabeza de un hombre.

Pájaro Guía nunca había visto aquel objeto y no tenía ni la menor idea de lo que podría ser.

Bailando con Lobos tampoco lo había visto antes. Pero sabía lo que era. Había visto un dibujo de algo similar en un texto de historia militar. Era el casco de un conquistador español.

—Estas gentes fueron los primeros en llegar a nuestros territorios. Llegaron montados a caballo... mientras que, en aquel entonces, nosotros no teníamos caballos... y nos dispararon con grandes armas de fuego que atronaban y que nunca habíamos visto. Iban buscando el metal que brilla y nosotros tuvimos miedo de ellos. Eso ocurrió en tiempos del abuelo de mi abuelo. Pero, finalmente, expulsamos a esas gentes.

El anciano guardó un momento de silencio y dio varias chupadas a su pipa.

—Luego empezaron a llegar los mexicanos. Tuvimos que hacer la guerra contra ellos y hemos tenido éxito. Nos tienen mucho temor y no han vuelto por aquí.

»En mi propia época empezó a venir el pueblo blanco, los tejanos. Han sido como todos los demás pueblos que han encontrado algo que desear en nuestros territorios. Se apoderan de ello sin preguntar. Se enojan cuando nos ven a nosotros instalados en nuestro propio territorio, y cuando no hacemos lo que ellos quieren que hagamos, tratan de matarnos. Matan incluso mujeres y niños, como si ellos también fueran guerreros.

»Cuando yo era un joven guerrero, luché contra los tejanos. Matamos a muchos de ellos y nos apoderamos de algunas de sus mujeres y niños. Uno de esos niños es la esposa de Bailando con Lobos.

»Al cabo de un tiempo se habló de paz. Nos reunimos con los téjanos y llegamos a acuerdos con ellos. Esos acuerdos siempre fueron rotos. En cuanto el pueblo blanco deseaba algo nuevo de nosotros, las palabras escritas sobre el papel ya no tenían ningún valor. Siempre ha sido así.

»Yo me cansé de eso, y hace muchos años traje hasta aquí a la gente de nuestra tribu, lejos de donde estaban los blancos. Aquí hemos vivido en paz durante mucho tiempo.

»Pero esto es lo último que nos queda de nuestro territorio. Ya no tenemos ningún otro sitio a donde ir. Cuando pienso en que el pueblo blanco pueda venir ahora a nuestro territorio, como ya he dicho, resulta difícil saber lo que hay que hacer.

»Yo siempre he sido un hombre pacífico, feliz de encontrarme en mi propio territorio y nunca he deseado nada del pueblo blanco. Nada en absoluto. Pero creo que tienes razón. Creo que ellos seguirán viniendo.

»Y cuando pienso en eso, miro este fardo, sabiendo lo que contiene, y estoy

seguro de que lucharemos para conservar nuestro territorio y todo lo que contiene. Nuestro territorio es todo lo que tenemos. Y es lo único que deseamos tener.

»Lucharemos por conservarlo.

»Pero no creo que tengamos que luchar este invierno, y después de todo lo que me has dicho, creo que ha llegado el momento de que nos marchemos.

»Mañana por la mañana levantaremos el poblado e iremos al campamento de invierno.

Capítulo 29

Aquella noche, al quedarse dormido, Bailando con Lobos se dio cuenta de que algo había empezado a roerle en el fondo de su mente. Al despertarse a la mañana siguiente, aquello seguía estando allí, y aunque sabía que tenía algo que ver con la presencia de cazadores blancos a medio día de distancia a caballo del campamento, así como con su sueño y con la conversación sostenida con Diez Osos, no se atrevió a afrontar el tema.

Una hora después del amanecer, una vez que el campamento estuvo desmantelado, empezó a pensar en el alivio que experimentaba por el hecho de partir. El campamento de invierno sería un lugar incluso más remoto que éste. En Pie con el Puño en Alto creía haber quedado embarazada y él anhelaba la protección que un campamento alejado proporcionaría a su nueva familia.

Allí, nadie podría llegar hasta ellos. Serían anónimos. El mismo dejaría de existir, como no fuera ante los ojos de su pueblo de adopción.

Y entonces, la realidad le golpeó, y lo hizo con la suficiente dureza como para producir una repentina y alocada agitación en su corazón.

Después de todo, él sí que existía.

Y había dejado estúpidamente la prueba de ello, tras de sí. El diario completo del teniente John J. Dunbar había quedado atrás para que todo el mundo lo leyera. Se encontraba sobre el jergón de la cabaña de paja. Y allí, en las páginas de aquel diario, estaba todo escrito.

Como ellos tenían poca cosa que hacer, En Pie con el Puño en Alto acudió a ayudar a algunas otras familias. Él pensó que tardaría algún tiempo en encontrarla entre toda aquella confusión del traslado y, además, no quería perder tiempo en explicaciones. Ahora, cada minuto que existiera, aquel diario constituiría una amenaza.

Corrió hasta la manada de ponis, incapaz de pensar en ninguna otra cosa que no fuera recuperar el registro de aquella historia.

Él y «Cisco» volvían hacia el campamento cuando se encontró con Pájaro Guía.

El chamán se resistió a admitir lo que Bañando con Lobos le dijo. Querían emprender el camino al mediodía, y no podrían esperar si el largo trayecto de ida y

vuelta al fuerte del soldado blanco se prolongaba más de lo esperado.

Pero Bailando con Lobos se mostró firme y, aunque de mala gana, Pájaro Guía acabó por aprobar su marcha. Si se retrasaba, le sería fácil seguir su rastro, aunque el chamán le urgió a que se diera prisa. No le gustaba aquella clase de sorpresa de última hora.

El caballo de color canela se sintió feliz de poder lanzarse al galope tendido por la pradera. Durante los últimos días el aire se había hecho más fresco y la brisa se había levantado esta mañana. A «Cisco» le encantaba que el viento le diera en la cara, así que recorrieron con rapidez los kilómetros que le separaban del fuerte.

La última elevación familiar apareció ante ellos, y Bailando con Lobos se agachó sobre el lomo del caballo, pidiéndole que recorriera a uña de caballo el último kilómetro de distancia.

Coronaron la elevación y se lanzaron al galope ladera abajo.

Entonces, Bailando con Lobos lo vio todo como en un fogonazo fantástico.

Fort Sedgewick estaba abarrotado de soldados.

Recorrieron otros cien metros antes de que pudiera detener a «Cisco». El animal cabeceó y relinchó alocadamente y Bailando con Lobos tuvo dificultades para calmarlo. Él mismo tuvo que hacer esfuerzos para tratar de comprender aquella visión irreal de un ajetreado campamento del ejército.

Había un montón de tiendas plantadas alrededor del antiguo barracón de avituallamiento y de la cabaña de paja. Cerca de su antiguo alojamiento había dos cañones Hotchkiss, montados en cureñas. El ya desmoronado corral estaba abarrotado de caballos. Y todo el lugar aparecía lleno de hombres vestidos de uniforme. Caminaban de un lado a otro, hablaban y trabajaban.

Apenas a cincuenta metros por delante de él había un carro y en el pescante, mirándole con expresiones de asombro, se encontraban cuatro soldados rasos.

Los perfiles de sus rostros no estaban tan claros como para permitirle darse cuenta de que sólo se trataba de muchachos muy jóvenes.

Aquellos soldados nunca habían visto a un indio salvaje, pero en las pocas semanas de entrenamiento que siguieron a su reclutamiento, se les había recordado una y otra vez que tendrían que luchar contra un enemigo engañoso, astuto y sediento de sangre. Ahora estaban contemplando fijamente una visión de aquel enemigo.

Y sintieron pánico.

Bailando con Lobos vio cómo levantaban los rifles en el momento en que «Cisco» volvía grupas. Él ya no podía hacer nada. La andanada que le dispararon no estuvo bien apuntada y Bailando con Lobos se arrojó del caballo en ese preciso momento, cayendo al suelo sin haber recibido ninguna herida.

Pero una de las balas alcanzó de pleno a «Cisco» en el pecho, y el plomo le desgarró el corazón. Murió antes de caer al suelo.

Sin hacer caso de los soldados que gritaban y se precipitaban hacia él, Bailando con Lobos gateó hasta donde había caído su caballo. Tomó la cabeza de «Cisco» y le levantó el hocico. Pero ya no quedaba vida alguna en él.

Entonces se sintió dominado por la rabia. Y una frase se formó en su mente. «Mirad lo que habéis hecho». Se volvió hacia el sonido de los pasos que se le acercaban precipitadamente, dispuesto a gritar las palabras.

Pero al volverse, la culata de un rifle le golpeó con fuerza en la cara y todo quedó negro.

Olió a estiércol. Tenía el rostro apretado contra un suelo de tierra. Escuchó el sonido de unas voces apagadas, y comprendió con toda claridad un conjunto de palabras.

—Sargento Murphy... viene también.

Bailando con Lobos giró el rostro y en él apareció una mueca de dolor cuando su mandíbula rota se puso en contacto con el suelo de tierra apisonada.

Se tocó el lugar herido con un dedo y se encogió de nuevo cuando el dolor se le extendió por toda la parte lateral de la cabeza.

Trató de abrir los ojos, pero sólo pudo conseguirlo con uno de ellos. El otro estaba tan hinchado que ni siquiera podía abrirlo. Cuando la visión del único ojo abierto se aclaró lo suficiente reconoció el lugar donde se encontraba. Era el antiguo barracón de avituallamiento.

Alguien le dio una patada en el costado.

—Eh, tú, siéntate.

La punta de la bota le hizo rodar sobre la espalda y Bailando con Lobos se alejó del contacto, hasta que le detuvo la pared del fondo.

Una vez allí, quedó sentado mirando fijamente con su ojo sano, primero el rostro del barbudo sargento que estaba de pie sobre él, y luego los rostros curiosos de los soldados blancos arremolinados junto a la puerta.

De pronto, alguien gritó por detrás de ellos:

—Abrid paso al mayor Hatch.

Los rostros de la puerta desaparecieron de inmediato.

Dos oficiales entraron en el barracón de avituallamiento. Uno de ellos era un teniente joven, casi barbilampiño; el otro hombre, más viejo, llevaba unas largas patillas grises y un uniforme que no le venía bien. Los ojos del hombre más viejo eran pequeños. Observó en sus hombros las insignias del grado de mayor.

Los dos oficiales se lo quedaron mirando con expresión de repulsión.

—¿Qué es él, sargento? —preguntó el mayor, con un tono de voz rígido y receloso.

—No lo sé todavía, señor.

—¿Habla inglés?

—Tampoco lo sé, señor... Eh, tú..., ¿hablas inglés?

Bailando con Lobos se limitó a parpadear su ojo bueno.

—¿Hablar? —repitió el sargento llevándose los dedos a los labios—. ¿Hablar? Golpeó ligeramente con el pie las botas de montar negras del prisionero y Bailando con Lobos se sentó más erguido. No fue un movimiento nada amenazador por su parte pero, al hacerlo, observó que los dos oficiales retrocedían sobresaltados.

Le tenían miedo.

—¿Tú hablar? —repitió el sargento de nuevo.

—Hablo inglés —dijo Bailando con Lobos con tono de hastío—. Pero me duele al hablar... Uno de sus hombres me ha roto la mandíbula.

Los soldados quedaron conmocionados al escuchar aquellas palabras, pronunciadas con tanta perfección y por un momento se quedaron mirándolo en un atónito silencio.

Bailando con Lobos parecía blanco y parecía indio, y habría sido imposible decir cuál era la mitad real. Ahora, al menos, sabían que era blanco.

Durante el silencio, otros soldados se habían vuelto a reunir ante la puerta de entrada, y Bailando con Lobos habló dirigiéndose a ellos.

—Uno de esos estúpidos mató a mi caballo. El mayor ignoró este comentario.

—¿Quién es usted?

—Soy el primer teniente John J. Dunbar, del ejército de Estados Unidos.

—¿Y por qué va vestido como si fuera un indio?

Aunque hubiese querido, Bailando con Lobos no habría podido ni siquiera empezar a contestar aquella pregunta. Pero es que, además, no deseaba contestarla.

—Éste es mi puesto —dijo—. Llegué procedente de Fort Hays en el mes de abril, pero no había nadie aquí.

El mayor y el teniente sostuvieron una breve conversación, susurrándose el uno al otro al oído.

—¿Tiene usted pruebas de eso? —preguntó el teniente.

—Bajo la cama de esa otra cabaña hay una hoja de papel doblado con mis órdenes escritas en ella. Encima de la cama está mi diario. Les diré todo lo que necesiten saber.

Para Bailando con Lobos, todo había terminado. Dejó caer el lado bueno de la cabeza sobre una mano. Sentía el corazón roto. La tribu tendría que dejarle atrás, de eso estaba seguro. Para cuando él lograra haber aclarado todo aquel embrollo, si es que lo conseguía alguna vez, ya sería demasiado tarde para encontrarlos. «Cisco» había quedado allí tendido, muerto. Hubiera deseado echarse a llorar. Pero no se atrevió. Simplemente, hundió la cabeza, sujetándose el lado bueno.

La gente abandonó la habitación aunque él no levantó la mirada para comprobarlo. Transcurrieron unos pocos segundos y luego escuchó al sargento, que

le susurró roncamente:

—Te volviste indio, ¿verdad?

Bailando con Lobos levantó la cabeza. El sargento estaba inclinado sobre él, con una mirada maliciosa.

—¿Verdad? —repitió.

Bailando con Lobos no se dignó contestarle. Volvió a hundir la cabeza sobre la mano, negándose a levantar la mirada hasta que el mayor y el teniente reaparecieron de nuevo.

Esta vez fue el teniente el que habló.

—¿Cuál es su nombre?

—Dunbar... D-u-n-b-a-r... John J.

—¿Son éstas sus órdenes?

En la mano sostenía una hoja amarillenta de papel. Bailando con Lobos tuvo que estrechar el único ojo sano para verla.

—Sí.

—El nombre que aparece aquí es Rumber —dijo el teniente con gesto ceñudo—. La fecha está incluida a lápiz, mientras que el resto está escrito a tinta. La firma del oficial que la emitió aparece borrosa. No es legible. ¿Qué tiene usted que decir al respecto?

Bailando con Lobos percibió el recelo en el tono de voz del teniente. Empezó a comprender entonces que aquellas personas no le creían.

—Ésas son las órdenes que se me entregaron en Fort Hays —se limitó a contestar. El rostro del teniente se retorció. No parecía sentirse satisfecho—. Lea el diario —dijo entonces Bailando con Lobos.

—No hay ningún diario —replicó el joven oficial.

Bailando con Lobos le miró con atención. Debía de estar mintiendo.

Pero el teniente decía la verdad.

Uno de los miembros de la patrulla de vanguardia, que fue la primera en llegar a Fort Sedgewick, había encontrado el diario. Se trataba de un soldado raso analfabeto llamado Sheets, que se había metido el diario en la guerrera, pensando que le serviría como papel higiénico. Ahora, Sheets se enteró de que faltaba un diario, uno que había escrito el hombre blanco salvaje. Quizá debiera devolverlo.

Podrían recompensarle por ello. Pero al pensarlo de nuevo, a Sheets le preocupó más la posibilidad de que lo reprendieran, o algo peor. Le habían encerrado en más de un calabozo por hurtos pequeños. Así que el diario se quedó bajo la guerrera de su uniforme.

—Queremos que nos diga cuál es el significado de su aspecto —siguió diciendo el teniente, cuyo tono de voz sonaba ahora como el de un interrogador—. Si es usted quien dice ser, ¿por qué no lleva su uniforme?

Bailando con Lobos se removi6 inquieto, apoyado contra la pared del barrac6n de avituallamiento.

—¿Qu6 est1 haciendo aqu6 el ej6rcito? —pregunt6.

El mayor y el teniente volvieron a susurrar algo entre s6. Luego, el teniente volvi6 a hablar.

—Se nos ha encomendado la misi6n de recuperar propiedad robada, incluyendo a los prisioneros blancos hechos durante incursiones hostiles.

—No ha habido incursiones y no hay prisioneros blancos —minti6 Bailando con Lobos.

—De eso nos aseguraremos nosotros mismos —replic6 el teniente.

Los oficiales volvieron a susurrar entre s6 y esta vez la conversaci6n dur6 un rato antes de que el teniente se girara y se aclarara la garganta.

—Le daremos una oportunidad para demostrar su lealtad a su pa6s. Si nos gu6a usted hasta los campamentos hostiles y nos sirve como int6rprete, su conducta ser1 reevaluada.

—¿Qu6 conducta?

—Su conducta traicionera.

Bailando con Lobos sonri6.

—¿Cree usted que soy un traidor? —pregunt6. La voz del teniente se elev6 enojada.

—¿Est1 usted dispuesto a cooperar, s6 o no?

—Ustedes no tienen nada que hacer aqu6, eso es todo lo que tengo que decir.

—Entonces, no nos queda otro remedio que ponerlo bajo arresto. Puede quedarse aqu6 sentado y reflexionar en su situaci6n. Si decide cooperar, llame al sargento Murphy, y mantendremos una conversaci6n.

Y, tras decir esto, el teniente y el mayor salieron del barrac6n de avituallamiento. El sargento Murphy destac6 a dos hombres para que permanecieran de guardia ante la puerta, y Bailando con Lobos se qued6 a solas.

P1jaro Gu6a retras6 las cosas todo lo que pudo, pero el campamento de Diez Osos inici6 la larga marcha a primeras horas de la tarde, dirigi6ndose hacia el sudoeste, a trav6s de las llanuras.

En Pie con el Pu6o en Alto insisti6 en esperar a su esposo y se puso hist6rica cuando la obligaron a marcharse con ellos. Las esposas de P1jaro Gu6a tuvieron que mostrarse duras con ella antes de que recuperara la compostura.

Pero En Pie con el Pu6o en Alto no era la 6nica comanche en sentirse preocupada. Todos estaban preocupados. Se convoc6 un consejo de 6ltima hora antes de emprender la marcha y tres j6venes, montados en ponis r1pidos fueron enviados a explorar el fuerte del hombre blanco, en busca de Bailando con Lobos. Bailando con Lobos ya llevaba all6 sentado desde hac6a tres horas, luchando contra el dolor de su

cara maltrecha, cuando le dijo a uno de los guardias que tenía que hacer sus necesidades.

Al salir para dirigirse hacia el risco, caminando entre los dos soldados, sintió verdadera repulsión por aquellos hombres y su campamento. No le gustaba cómo olían. El sonido de sus voces le parecía duro en sus oídos. Hasta la forma en que se movían le parecía tosca y desmañada.

Orinó por encima del risco y los dos soldados empezaron a acompañarle de regreso al barracón. Estaba pensando en escaparse, cuando un carro cargado con madera y tres soldados llegó con estrépito al campamento y se detuvo cerca.

Uno de los hombres que iba sentado en el pescante llamó a un amigo que se había quedado en el campamento, y Bailando con Lobos vio a un soldado alto acercarse despacio al carro. Los hombres del pescante se miraron y se sonrieron los unos a los otros mientras el alto se acercaba.

—Mira lo que te hemos traído, Burns —dijo entonces uno de ellos.

Los hombres del carro tomaron algo y lo arrojaron al aire, sobre el costado. El hombre alto, que estaba debajo, pegó un salto hacia atrás, atemorizado, cuando el cuerpo de «Dos calcetines» cayó con un ruido sordo a sus pies.

Los hombres se apearon del carro, burlándose del alto, que había retrocedido ante el lobo muerto. Uno de los que habían ido a buscar madera dijo:

—Es bastante grande, ¿verdad, Burns?

Dos de los leñadores levantaron a «Dos calcetines» del suelo, sosteniéndolo uno por la cabeza y el otro por las patas traseras. Luego, acompañados por las risas de todos los soldados presentes, empezaron a perseguir al hombre alto por todo el patio.

Bailando con Lobos salvó el espacio con tal rapidez, que nadie se movió hasta que llegó junto a los soldados que llevaban a «Dos calcetines». Con dos puñetazos cortos y rápidos tumbó sin sentido a uno de ellos.

Luego se lanzó contra el segundo hombre, haciéndole perder el equilibrio cuando trataba de huir. Una vez en el suelo, rodeó la garganta del hombre con sus dos manos. El rostro de aquel hombre empezó a ponerse púrpura y Bailando con Lobos vio que sus ojos empezaban a ponerse vidriosos cuando algo le golpeó con fuerza en la parte posterior de la cabeza y una cortina de oscuridad volvió a caer sobre él.

Eran las últimas horas de la tarde cuando recuperó la conciencia. La cabeza le palpitaba tanto que al principio ni siquiera lo notó. Tan sólo escuchó un ligero tintineo al moverse. Sólo después percibió el metal frío. Le habían encadenado las manos. Movié los pies. También llevaban cadenas.

Cuando el mayor y el teniente regresaron para hacerle más preguntas les contestó con una mirada mortal y les lanzó una larga sarta de insultos en comanche. Cada vez que le preguntaban algo, él contestaba en comanche. Finalmente, se cansaron de él y lo dejaron en paz.

Algo más tarde, aquella misma noche, el sargento corpulento colocó un cuenco de gachas ante él.

Con los pies encadenados, Bailando con Lobos le dio una fuerte patada al cuenco, derramando su contenido.

Los exploradores de Pájaro Guía trajeron la terrible noticia hacia la medianoche. Habían contado más de sesenta soldados fuertemente armados en el fuerte del hombre blanco. Habían visto el caballo de color canela muerto en la ladera. Y justo antes del anochecer habían visto a Bailando con Lobos que era conducido junto al risco que daba al río, con la manos y los pies encadenados.

La tribu emprendió inmediatamente una acción de evasión. Recogieron sus cosas y continuaron camino por la noche, en pequeños grupos de una docena o menos, tomando direcciones diferentes. Volverían a encontrarse varios días más tarde en el campamento de invierno.

Diez Osos supo que no podría contenerlos, así que ni siquiera lo intentó. Una fuerza compuesta por veinte guerreros, con Pájaro Guía, Ternero de Piedra y Cabello al Viento entre ellos, abandonó la columna una hora más tarde, prometiendo no entablar combate con el enemigo a menos que pudieran estar seguros del éxito.

El mayor Hatch tomó su decisión aquella misma noche, a última hora. No quería verse molestado con el espinoso problema de tener a un salvaje, medio indio y medio blanco, sentado delante de su nariz. El mayor no era precisamente un pensador visionario y desde el principio se había sentido desconcertado y temeroso ante este prisionero tan exótico.

En ningún momento se le ocurrió pensar que hubiera podido utilizar a Bailando con Lobos como herramienta de negociación, con gran ventaja por su parte. Lo único que deseaba era desembarazarse de él. Su presencia ya había desequilibrado su mando.

Así pues, enviarlo a Fort Hays le pareció una idea brillante. Como prisionero valdría mucho más para el mayor estando allí que no aquí. La captura de un renegado le situaría ante una muy buena posición ante sus superiores. El ejército hablaría de este prisionero, y si se hablaba del prisionero, el nombre del oficial que lo había capturado surgiría con la misma frecuencia.

El mayor apagó la luz de la lámpara y se tapó con la manta, emitiendo un bostezo de autosatisfacción. Pensó que todo iba a salir estupendamente. La campaña no habría podido conocer un mejor inicio.

Llegaron a buscar al prisionero a primeras horas de la mañana.

El sargento Murphy hizo que dos de sus hombres pusieran en pie a Bailando con Lobos y le preguntó al mayor:

—¿Debemos ponerle un uniforme, señor, adecentarlo un poco?

—Pues claro que no —contestó éste con tono penetrante—. Y ahora súbanlo al

carro.

Seis hombres fueron destacados para escoltar al prisionero: dos irían a caballo en la vanguardia, otros dos a caballo en la retaguardia, uno conduciría el carro, y el otro se encargaría de vigilar al prisionero.

Emprendieron la marcha hacia el este, a través de la pradera que él tanto amaba. Pero en esta luminosa mañana de octubre no había ningún amor en el corazón de Bailando con Lobos. No dijo nada a quienes le habían apresado, prefiriendo bambolearse en el fondo del carro, escuchando el continuo tintineo de sus cadenas, mientras su mente consideraba las posibilidades.

No había forma alguna de arrollar a la escolta. Quizá pudiera matar a uno de ellos, o incluso a dos. Pero después de eso los demás lo matarían a él. De todos modos, pensó en intentarlo. Morir luchando contra aquellos hombres no le pareció algo tan malo. Sería mucho mejor que terminar en alguna prisión distante.

Cada vez que pensaba en ella se le agrietaba el corazón. Cuando su rostro empezó a formarse en su cabeza como una imagen, hizo esfuerzos denodados por pensar en otra cosa. Y eso era algo que se veía obligado a hacer cada pocos minutos. Era la peor clase de agonía posible.

Dudaba mucho de que alguien acudiera a buscarle. Sabía que algunos desearían hacerlo, pero no podía imaginarse que Diez Osos pudiera comprometer la seguridad de todo su pueblo en beneficio de un solo hombre. Ni siquiera el propio Bailando con Lobos haría eso.

Por otro lado, estaba seguro de que habrían enviado exploradores y que a estas alturas ya conocerían lo desesperado de su situación. Si habían permanecido por los alrededores el tiempo suficiente como para verle salir del fuerte en el carro, acompañado sólo por seis hombres para escoltarlo, quizá hubiera una oportunidad. A medida que fue transcurriendo la mañana Bailando con Lobos se aferró a esta idea, que consideraba como su única esperanza. Cada vez que el carro aminoraba la marcha para subir una ligera pendiente o para bajarla, casi contenía la respiración, anhelando escuchar el silbido de una flecha o el tronar de un rifle.

Pero al mediodía aún no había escuchado nada de eso.

Se habían alejado del río desde hacía tiempo, pero ahora volvían a acercarse. Al buscar un lugar por donde vadearlo, siguieron su curso durante casi medio kilómetro antes de que los soldados de vanguardia encontraran un cruce muy transitado por los búfalos.

En aquella parte, el río no era muy ancho, pero los matorrales que lo rodeaban eran bastante espesos, lo suficiente como para preparar una emboscada. Mientras el carro traqueteaba bajando hacia el río, Bailando con Lobos mantuvo los ojos y las orejas bien abiertos.

El sargento al mando de la patrulla le gritó al conductor, ordenándole que se

detuviera antes de entrar en la corriente, y todos esperaron, mientras el propio sargento y otro hombre cruzaban a la otra orilla. Estuvieron registrando los matorrales durante un rato. Luego, el sargento hizo bocina con las manos y les gritó a los del carro que ya podían cruzar.

Bailando con Lobos apretó los puños con fuerza y se removi6 donde estaba, poniéndose casi en cuclillas. Pero desde allí no podía ver ni escuchar nada.

A pesar de todo, supo que estaban allí.

Empezó a moverse en cuanto escuchó el silbido de la primera flecha, y lo hizo con mucha mayor rapidez que el guardia de vigilancia en el interior del carro, que todavía trataba de preparar el rifle cuando Bailando con Lobos le pasó la cadena de las manos alrededor del cuello.

A su espalda sonaron disparos y tensó aún más la cadena, notando cómo cedía la carne del cuello del soldado.

Por el rabillo del ojo vio caer hacia adelante al sargento montado a caballo, con una flecha profundamente enterrada en la espalda. El conductor del carro había saltado de costado. Estaba en el agua, que le llegaba hasta la rodilla, disparando alocadamente un revólver.

Bailando con Lobos se lanzó sobre él y ambos forcejearon furiosamente durante un instante, en el agua, antes de que él pudiera liberarse. Luego, utilizando la cadena como un látigo manejado con ambas manos, golpeó la cabeza del soldado y el cuerpo de éste quedó flácido, rodando lentamente en las aguas poco profundas. Bailando con Lobos aún le propinó unos golpes más, dejándolo sólo cuando vio que el agua enrojecía. Escuchó unos gritos corriente abajo. Bailando con Lobos miró a tiempo para ver al último de los soldados, que trataba de escapar. Tuvo que haber sido herido, porque se bamboleaba suelto sobre la silla.

Cabello al Viento se encontraba justo detrás del soldado condenado. Cuando los dos caballos estuvieron a la misma altura Bailando con Lobos escuchó el golpe seco de la maza de Cabello al Viento, que aplastó la cabeza del hombre.

Por detrás de él, todo estaba tranquilo y al volverse vio a los hombres de la retaguardia tendidos sobre el agua, muertos.

Algunos guerreros atravesaban sus cuerpos con lanzas, y se alegró mucho al ver que uno de ellos era Ternero de Piedra.

Una mano se posó entonces sobre su hombro y Bailando con Lobos se giró con rapidez para encontrarse con el rostro luminoso de Pájaro Guía.

—Qué gran combate —fanfarroneó el chamán—. Los hemos vencido con mucha facilidad, y sin que ninguno de los nuestros resultara herido.

—Yo me encargué de dos —replicó Bailando con Lobos. Luego, levantó al aire las manos encadenadas y añadió—: Con esto.

La partida de rescate no perdió el tiempo. Después de una búsqueda frenética

encontraron las llaves de las cadenas de Bailando con Lobos, sobre el cuerpo del sargento muerto.

Luego, saltaron sobre sus ponis y se alejaron al galope, siguiendo un curso que rodeaba en muchos kilómetros hacia el sureste la posición de Fort Sedgewick.

Capítulo

30

Un par de centímetros de las primeras nieves cayó fortuitamente sobre la tribu de Diez Osos, cubriendo así sus huellas hacia el campamento de invierno.

Todos lo consiguieron con un ritmo excelente, y seis días más tarde los grupos divididos se habían reunido de nuevo a los pies del gran cañón que sería su hogar durante varios meses.

El lugar estaba impregnado de historia comanche y se le conocía adecuadamente como El Gran Espíritu Mora Aquí. El cañón tenía varios kilómetros de longitud, y casi dos de anchura en la mayoría de lugares, y en otros sus paredes verticales se elevaban a más de quinientos metros de altura. Solían pasar el invierno allí desde hacía mucho más tiempo de lo que nadie pudiera recordar, y era un lugar perfecto que les proporcionaba forraje y mucha agua para la gente y los caballos, y una amplia protección de las ventiscas que se desataban sobre ellos durante el invierno. También estaba lejos del alcance de sus enemigos.

Los miembros de otros poblados también pasaban aquí el invierno y había grandes muestras de regocijo cuando los viejos amigos y parientes volvían a verse por primera vez desde la primavera.

Sin embargo, una vez que se hubieron reunido, el poblado de Diez Osos se instaló y esperó, incapaz de descansar hasta que no se conociera el destino de la partida de rescate.

A media mañana del día posterior a su regreso, un explorador entró precipitadamente en el campamento con la noticia de que la partida de rescate regresaba. Dijo que Bailando con Lobos venía con ellos.

En Pie con el Puño en Alto echó a correr por el sendero antes que nadie. Lloraba mientras corría y cuando vio a los jinetes, cabalgando en fila india sobre el sendero alto, ella gritó su nombre.

Y no dejó de gritarlo hasta que estuvo a su lado.

Las primeras nieves fueron el prelude de una terrible ventisca que se desató aquella misma tarde.

Durante los dos días siguientes, la gente permaneció muy cerca de sus tiendas. Bailando con Lobos y En Pie con el Puño en Alto no vieron casi a nadie.

Pájaro Guía hizo todo lo que pudo por la cara de Bailando con Lobos, disminuyendo la hinchazón y tratando de acelerar su recuperación con hierbas curativas. Sin embargo, nada pudo hacerse con el frágil y agrietado hueso de la mandíbula, al que tuvieron que dejar que se curara por sí solo.

Pero Bailando con Lobos no se mostró nada preocupado por su herida. Un tema mucho más preocupante rondaba por su cabeza, y al reflexionar sobre él no se mostró inclinado a ver a nadie.

Sólo habló con En Pie con el Puño en Alto, pero no dijo gran cosa. Se pasó la mayor parte del tiempo encerrado en su tienda, como hombre enfermo que era. Ella se quedó con él, preguntándose qué estaría mal, pero decidida a esperar que fuera él quien lo dijera, y sabía que eso ocurriría tarde o temprano.

La ventisca había iniciado su tercer día cuando Bailando con Lobos salió a dar un largo y solitario paseo. Cuando regresó, le dijo a En Pie con el Puño en Alto que se sentara y le comunicó su decisión irreversible.

Entonces, ella se apartó de su lado y permaneció sentada durante casi una hora, con la cabeza inclinada en una silenciosa actitud contemplativa.

—¿Es así como tiene que ser? —preguntó finalmente con los ojos brillantes por la tristeza.

Bailando con Lobos también estaba triste.

—Sí —contestó con serenidad.

Ella suspiró con pena, luchando por contener las lágrimas.

—Entonces, que sea así.

Bailando con Lobos solicitó que se convocara un consejo. Deseaba hablar con Diez Osos. También solicitó la presencia de Pájaro Guía, Cabello al Viento, Ternero de Piedra y cualquier otro que debiera asistir en opinión de Diez Osos.

Se reunieron a la noche siguiente. La ventisca aminoraba su fuerza y todo el mundo parecía sentirse muy animado. Comieron y bebieron a su estilo, pasando por la vivida serie de preliminares, contando animadas historias sobre la lucha en el río y el rescate de Bailando con Lobos.

El esperó con buen humor a que todo esto pasara. Se sentía feliz de estar en compañía de sus amigos.

Pero finalmente, cuando la conversación empezó a desvanecerse, aprovechó el primer silencio que se produjo para llenarlo.

—Quiero decirles qué hay en mi mente —dijo.

Y fue entonces cuando empezó oficialmente el consejo.

Los hombres sabían que se iban a decir cosas importantes y se mostraron muy atentos. Diez Osos volvió su mejor oído hacia el interlocutor, no queriendo perderse una sola palabra de lo que dijera.

—No estoy entre vosotros desde hace mucho tiempo, pero en el fondo de mi

corazón siento que he estado toda mi vida. Me siento orgulloso de ser un comanche. Y siempre me sentiré orgulloso de serlo. Amo el estilo de vida comanche y os quiero a cada uno de vosotros como si fuéramos de la misma sangre. En mi corazón y en mi espíritu siempre estaré con vosotros. Así que debéis saber que es muy duro para mí deciros que debo marcharme.

Surgieron exclamaciones de asombro, sintiéndose cada uno de ellos furioso por la incredulidad. Cabello al Viento se levantó de un salto y fue de un lado a otro, moviendo las manos con gestos de burla ante una idea tan estúpida.

Bailando con Lobos permaneció sentado y quieto mientras duró esta demostración de enojo.

Se quedó mirando fijamente el fuego de la hoguera, con las manos serenamente entrelazadas sobre su regazo.

Diez Osos levantó finalmente una mano y les dijo a los hombres que dejaran de hablar. El interior de la tienda volvió a quedar en silencio.

Sin embargo, Cabello al Viento seguía de pie, moviéndose inquieto, y Diez Osos tuvo que ladrarle:

—Ven y siéntate, Cabello al Viento. Nuestro hermano no ha terminado.

Cabello al Viento obedeció, sin dejar de gruñir y, una vez que se hubo sentado, Bailando con Lobos continuó.

—Matar a esos soldados en el río fue una buena cosa. Me permitió ser libre y mi corazón se llenó de alegría al ver que mis hermanos acudían a ayudarme.

»No me importó matar a esos hombres. Me alegré de hacerlo.

»Pero no conocéis la mente blanca como yo la conozco. Los soldados creen que soy uno de ellos que se ha vuelto malo. Creen que les he traicionado. Ante sus ojos, yo soy un traidor porque he elegido vivir entre vosotros. No me importa si tienen razón o andan equivocados, pero lo cierto es que eso es lo que creen.

»Los hombres blancos son capaces de cazar a un traidor incluso mucho tiempo después de haber dejado de perseguir a otros hombres. Para ellos, un traidor es lo peor en que puede convertirse un soldado. Así que me perseguirán hasta que me encuentren. No abandonarán la caza.

»Y cuando me encuentren a mí, os encontrarán a vosotros. Querrán ahorcarme y desearán imponeros a vosotros la misma clase de castigo. Quizá lleguen a castigaros aunque yo haya muerto. No lo sé.

»Si sólo fuera por nosotros, podría quedarme, pero se trata de algo más que de nosotros, hombres. Se trata de vuestras esposas y vuestros hijos y todos vuestros amigos. Porque será todo el pueblo el que saldrá perjudicado.

»Ellos no podrán encontrarme entre vosotros. Eso es todo. Y ésa es la razón por la que tengo que marcharme. Se lo he dicho así a En Pie con el Puño en Alto y los dos nos marcharemos juntos.

Nadie se movió durante un buen rato. Todos sabían que él tenía razón, pero nadie sabía qué decir.

—¿A dónde iréis? —preguntó finalmente Pájaro Guía.

—No lo sé. Lejos. Lejos de este territorio.

Se produjo un largo silencio que casi se llegó a hacer insoportable cuando Diez Osos carraspeó ligeramente.

—Has hablado bien, Bailando con Lobos. Tu nombre estará vivo en los corazones de nuestro pueblo mientras haya comanches. Nosotros nos ocuparemos de que se mantenga vivo. ¿Cuándo os marcharéis?

—Cuando deje de nevar —contestó Bailando con Lobos con suavidad.

—La nieve dejará de caer mañana —dijo Diez Osos—. Ahora, debemos irnos a dormir.

Diez Osos era un hombre extraordinario.

Había superado con mucho la media de longevidad habitual en las llanuras, y con cada estación de su vida que lograba dejar atrás el anciano había ido acumulando una cantidad considerable de conocimiento. Este conocimiento había ido en aumento hasta que finalmente se hundió hacia dentro, sobre sí mismo, y, ya en el ocaso de su vida, Diez Osos había alcanzado la cumbre: se había convertido en un hombre de sabiduría.

Los viejos ojos empezaron a fallar, pero en la semioscuridad veían con una claridad que nadie podía igualar, ni siquiera Pájaro Guía. Su oído era apagado pero, de algún modo, los sonidos que importaban nunca dejaban de llegar a él. Y últimamente había empezado a suceder una cosa de lo más extraordinario. Sin necesidad de basarse en los sentidos que ahora comenzaban a fallarle, Diez Osos había empezado a «sentir» realmente la vida de las personas. Desde que era un muchacho había estado investido con una sagacidad especial, pero esto era algo mucho más que eso. Esto era ver con todo su ser y, en lugar de sentirse viejo y gastado, Diez Osos se sentía vigorizado por aquel poder extraño y misterioso que ahora tenía.

Pero el poder que había tardado tanto tiempo en llegar y que parecía tan infalible, se había roto. Durante dos días enteros después del consejo con Bailando con Lobos, el jefe permaneció sentado en su tienda, fumando, preguntándose qué había salido mal.

«Mañana dejará de nevar».

No había medido sus palabras. Le habían surgido sin pensarlo, y aparecieron en su lengua como si las hubiera colocado allí el propio Gran Espíritu.

Pero no dejó de nevar. Al contrario, la tormenta adquirió mayor virulencia. Al cabo de dos días los montones de nieve eran altos contra las pieles de las tiendas.

Y su altura aumentaba a cada hora que pasaba. Diez Osos podía percibirlos ir

aumentando contra las paredes de su propia tienda.

Su apetito se desvaneció y el anciano lo ignoró todo, excepto su pipa y la hoguera encendida. Se pasaba todos los minutos que permanecía despierto observando fijamente las llamas que se movían en el centro de su hogar. Suplicó al Gran Espíritu que tuviera piedad de un anciano y le permitiera un último retazo de comprensión, pero todo fue en vano.

Finalmente, Diez Osos empezó a pensar en los errores de cálculo como en una señal. Empezó a pensar que se trataba de una llamada para poner fin a su vida. Sólo cuando se hubo resignado por completo a la idea y hubo empezado a ensayar su canción de muerte, sucedió algo fantástico.

La anciana que había sido su esposa durante tantos años le vio levantarse de pronto de donde estaba sentado, junto al fuego, envolverse en una manta y empezar a salir de la tienda. Ella le preguntó a dónde iba, pero Diez Osos no le respondió.

En realidad, no la había escuchado. Sólo escuchaba una voz que había entrado en su cabeza. Y aquella voz pronunciaba una sola frase. Diez Osos se limitaba a obedecerla.

La voz decía: «Ve a la tienda de Bailando con Lobos».

Sin preocuparse por el esfuerzo, Diez Osos se esforzó por avanzar entre los montones de nieve. Al llegar a la tienda, situada en un extremo del campamento, vaciló antes de llamar.

No se veía a nadie. La nieve caía en grandes copos, húmedos y pesados. Mientras esperaba, Diez Osos creyó que podía escuchar la nieve, creyó que era capaz de escuchar cada uno de los copos que caían sobre la tierra. El sonido era celestial y allí de pie, bajo el frío, tuvo la sensación de que su cabeza empezaba a girar. Por unos momentos, creyó incluso que había cruzado el umbral del más allá.

Un cuervo gritó y al levantar la cabeza para buscar al ave, vio un hilillo de humo salir de uno de los agujeros de la tienda de Bailando con Lobos. Se quitó la nieve que cubría sus párpados y rascó en la piel de la tienda.

Cuando ésta se abrió, una gran oleada de calor surgió desde el interior, saliendo a su encuentro. Envolvió al anciano, lo absorbió y lo introdujo en el interior de la tienda como si se tratara de un ser vivo. Permaneció de pie en el centro de la estancia, y sintió que su cabeza empezaba a girar de nuevo. Ahora casi lo hacía con alivio para él, pues en el tiempo que tardó en pasar del exterior al interior, Diez Osos acababa de solucionar el misterio de su error.

El error no había sido suyo. Había sido cometido por otro y se había deslizado por delante sin que él lo viera. Diez Osos se había limitado a expresarlo cuando dijo: «Mañana dejará de nevar».

La nieve tenía razón. Antes que nada, él debería haber escuchado a la nieve. Diez Osos sonrió y sacudió ligeramente la cabeza. Qué sencillo era. ¿Cómo podía haberlo

pasado por alto? «Aún tengo algunas cosas que aprender», pensó.

El hombre que había cometido el error estaba ahora de pie a su lado, pero Diez Osos no se sintió enojado con Bailando con Lobos. Se limitó a sonreír al observar la expresión de extrañeza que vio en el rostro del hombre.

Bailando con Lobos encontró la lengua suficiente como para decir.

—Por favor... siéntate ante mi fuego.

Una vez que Diez Osos se hubo instalado dirigió una breve mirada de inspección por todo el interior de la tienda, y eso le confirmó lo que su cabeza mareada le había dicho. Era un hogar feliz y bien ordenado. Él se abrió la manta, dejando que algo más del calor del fuego penetrara en su cuerpo.

—Es un fuego muy bonito —dijo con afabilidad—. Y a mi edad, un buen fuego es mejor que cualquier otra cosa.

En Pie con el Puño en Alto colocó un cuenco de comida cerca de cada uno de los dos hombres, y luego se retiró junto a su cama, al fondo de la tienda. Allí tomó en sus manos una labor de costura. Pero mantuvo un oído abierto a la conversación que se iba a producir.

Los hombres comieron en silencio durante unos pocos minutos. Diez Osos masticó su comida con lentitud. Finalmente, apartó su cuenco a un lado y carraspeó ligeramente.

—He estado pensando desde que hablaste en mi tienda. Me preguntaba lo desgraciado que se sentiría tu corazón y pensé que lo vería por mí mismo. —Miró de nuevo el interior de la tienda. Luego, se volvió a mirar directamente a Bailando con Lobos—. Este lugar no parece que sea muy desgraciado.

—Oh, no —balbuceó Bailando con Lobos—. Sí, somos felices aquí.

Diez Osos sonrió y asintió con un gesto de la cabeza.

—Así fue como pensé que sería.

Un silencio se hizo entre los hombres. Diez Osos se quedó contemplando fijamente las llamas y sus ojos se fueron cerrando gradualmente. Bailando con Lobos esperó con amabilidad, sin saber qué hacer. Quizá debiera preguntarle al anciano si quería tumbarse. Había estado caminando por la nieve. Pero ahora le pareció demasiado tarde para decir eso. Su importante huésped ya parecía estar dormitando.

Diez Osos se movió un poco y habló, y lo hizo de tal forma que pareció como si sus palabras hubieran sido pronunciadas en sueños.

—He estado pensando en lo que dijiste..., en lo que dijiste sobre tus razones para marcharte.

De pronto, sus ojos se abrieron del todo y a Bailando con Lobos le sorprendió la luminosidad que vio en ellos. Brillaban como estrellas.

—Puedes alejarte de nosotros en cualquier momento que así lo desees..., pero no por esas razones. Esas razones son equivocadas. Todos los bocapeludas del mundo

podrían registrar nuestro campamento y ninguno de ellos encontraría a la persona que andan buscando, la persona que es como ellos y que se llama a sí mismo Loo Ten Nant. —Diez Osos extendió ligeramente las manos y su voz sonó alegre—. El llamado Loo Ten Nant no está aquí. En esta tienda sólo encontrarían a un guerrero comanche, a un buen guerrero comanche y a su esposa.

Bailando con Lobos dejó que aquellas palabras calaran hondo en su ánimo. Miró por encima del hombro hacia donde estaba En Pie con el Puño en Alto. Pudo ver una sonrisa en su rostro, pero ella no le miraba a él. No encontró nada que decir. Cuando volvió a mirar hacia adelante encontró a Diez Osos contemplando una pipa casi terminada que sobresalía de su caja. El anciano señaló con un dedo huesudo hacia el objeto de su interés.

—¿Estás haciendo una pipa, Bailando con Lobos?

—Sí.

Diez Osos extendió las manos y Bailando con Lobos le colocó la pipa en ellas. El anciano se la acercó al rostro y recorrió toda su longitud con la mirada.

—Esto puede ser una pipa bastante buena... ¿Qué tal se fuma en ella?

—No lo sé —contestó Bailando con Lobos—. No lo he intentado todavía.

—Entonces fumemos un rato —dijo Diez Osos devolviéndole la pipa—. Es bueno pasar el tiempo de esta forma.

Capítulo

31

Fue un invierno para quedarse bajo las mantas. A excepción de alguna partida de caza ocasional, los comanches raras veces se aventuraron fuera de sus tiendas. La tribu pasó tanto tiempo alrededor de sus hogueras, que aquella estación llegó a ser conocida como el Invierno de Muchos Fuegos.

Al llegar la primavera, todos estaban ansiosos por trasladarse y emprendieron el camino de nuevo en cuanto empezó el deshielo.

Aquel año instalaron un nuevo campamento, lejos del antiguo que estaba más cerca de Fort Sedgewick. Era un buen lugar donde disponían de mucha agua y hierba para los ponis. Los búfalos volvieron a millares, la caza fue buena, y muy pocos hombres resultaron heridos. A finales de aquel verano nacieron muchos bebés, más de lo que la mayoría de ellos eran capaces de recordar.

Permanecieron alejados de los caminos transitados, sin ver a los hombres blancos, y sólo vieron a algunos comerciantes mexicanos. La tribu se sintió feliz de que nadie los molestara.

Sin embargo, por el este empezaba a levantarse una marea humana, una marea que ellos no podían ver ni escuchar. No tardaría en caer sobre ellos. Los buenos tiempos de aquel verano serían los últimos de los que podrían disfrutar. Su tiempo se había acabado y dentro de poco habría desaparecido para siempre.



MICHAEL BLAKE nació en Carolina del Norte, Estados Unidos, en 1943. Interesado en la historia militar de Estados Unidos, especialmente en la Guerra de Secesión y sus secuelas, en ella se centran la mayoría de sus libros, entre los que destacan *American Civil War Calvary*, *Making Model Soldiers*, *Airman Mortensen*, *Bailando con Lobos* y su continuación *Holy Road*. Guionista cinematográfico, en 1991 obtuvo el Oscar por el guion de *Bailando con Lobos*, película dirigida e interpretada por Kevin Costner.